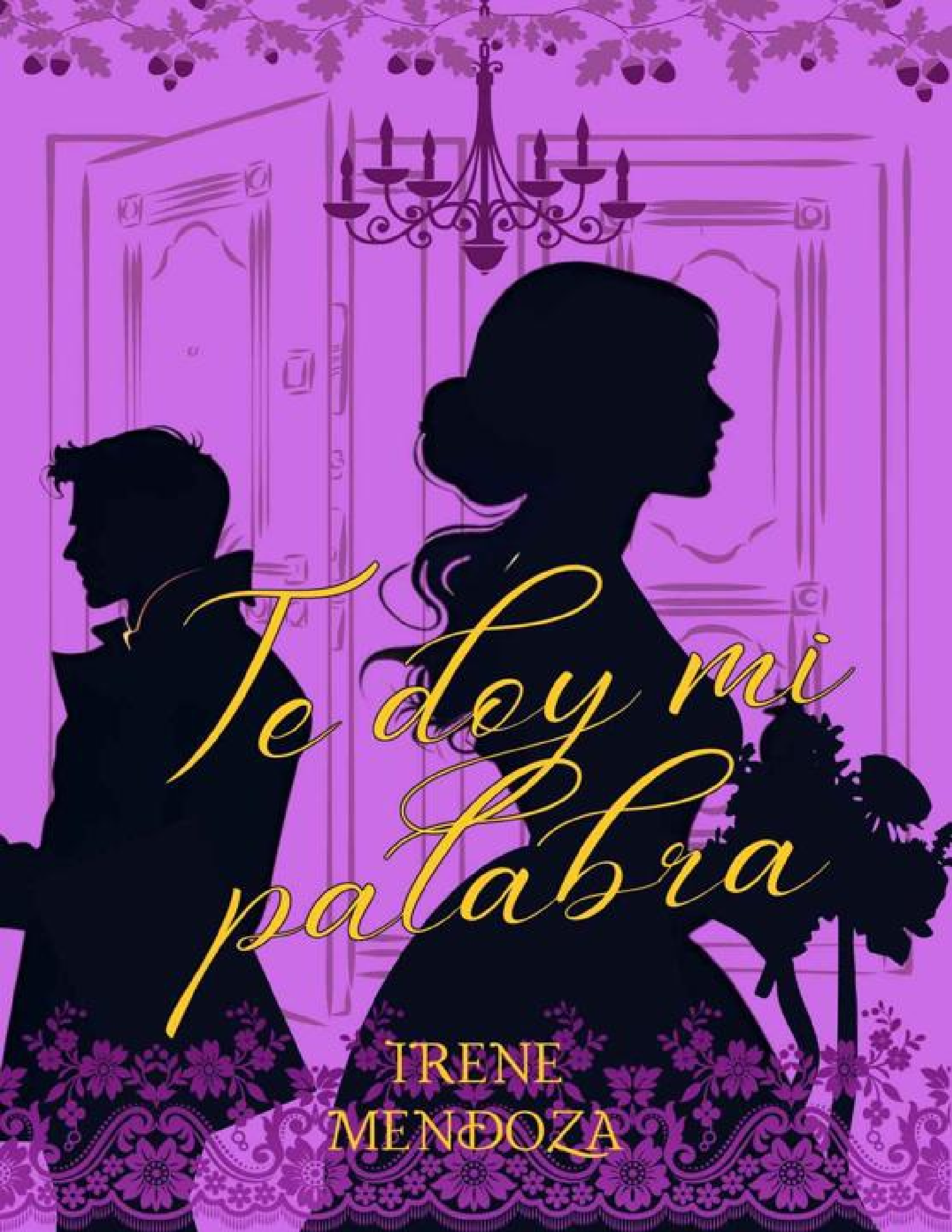


The book cover features a romantic illustration in shades of purple and black. In the foreground, the silhouettes of a man and a woman are shown in profile, facing each other. The woman is holding a large bouquet of flowers. The background includes a chandelier hanging from the ceiling and a doorway or window with decorative moldings. The title is written in a large, elegant, cursive script across the center, and the author's name is at the bottom in a smaller, serif font. The bottom of the cover is decorated with a wide, intricate lace border.

Te doy mi palabra

IRENE
MENDOZA

*Te doy mi
palabra*

IRENE MENDOZA

Título: Te doy mi palabra
©2024: Irene Mendoza Gascón
©De los textos Irene Mendoza Gascón
©Portada e ilustraciones: Irene Mendoza Gascón
Corrección: Marian Viladrich
Lectora cero: Pilar Barrio
Todos los derechos reservados



Para todas las personas que dejan su tierra y cruzan mares y océanos en busca de una vida mejor.

ÍNDICE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVII

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Capítulo XXXIV](#)

[Capítulo XXXV](#)

[Capítulo XXXVI](#)

[GLOSARIO](#)



Capítulo I

Una vez más, Pepa repasó todo lo que había metido en los baúles de su señorita con la incómoda sensación de que había olvidado algo importante. El traqueteo de la diligencia la mantenía en un lánguido duermevela y no lograba recordarlo.

Sentada frente a ella, y muy a su pesar, Mariana de Ibarra y Ezpeleta la observaba cabecear mientras pedía a Dios que aquella diligencia no llegara nunca a su destino.

El interior del carruaje olía a naranjas, las últimas que les quedaban. A Mariana, aquel aroma le recordaba al lugar donde había crecido tras enviudar su madre y casarse en segundas nupcias con el sevillano don Joaquín de Osuna. Era el olor de su casa, el de las flores de los naranjos que crecían en el patio del palacete de los Osuna.

Las dos mujeres se desplazaban por caminos principales, con paradas en posadas y paradores tranquilos frecuentados por comerciantes.

Llevaban varios días de viaje con un recorrido diario de casi treinta leguas y quedaba poco para alcanzar el final de la molesta ruta desde Madrid en dirección al norte. Se hallaban ya en tierras vizcaínas y se dirigían a Bilbao, donde Mariana debía tomar un barco hacia Burdeos.

Era consciente de que la seguridad en los caminos no era la mejor para que dos mujeres se desplazaran sin la compañía de un hombre. Las tropas que luchaban contra los adeptos a la regencia estaban por todas partes. El bando carlista campaba a sus anchas por aquellas tierras que su padrastro había denominado «levantiscas y atrasadas», y el cochero decidió desviarse para evitar el paso por Orduña tras escuchar en la última hostería ciertos rumores de asaltos guerrilleros. Mariana no le había referido nada de aquel cambio de ruta a Pepa para no asustarla.

Por eso habían viajado tan solo de día y pernoctado en paradores y posadas sin entrar en las ciudades, donde podían producirse tumultos o algo peor. Los alojamientos habían sido apropiados, con sábanas limpias diarias y desayuno, comida y cena, pero deseaba darse un largo baño, tomarse un chocolate caliente que le templase el cuerpo y alejarse de la austeridad de aquellos acomodos tan rústicos.

Mariana observaba el abrupto paisaje montañoso de aquella tarde neblinosa que amenazaba lluvia. Al fondo, las desnudas peñas grises anunciaban la proximidad a la villa de Durango, su última parada antes de llegar a la capital vizcaína. Había divisado pocas aldeas en el tramo final del camino, apenas algunos recios caseríos que salpicaban los montes, y su ánimo se encontraba igual que el entorno: frío y lúgubre.

Tan solo unos meses atrás, don Joaquín de Osuna, su padrastro, la había prometido en matrimonio con un primo materno al que había visto una vez, durante su única visita a los

parientes de su madre en Francia.

De su futuro esposo tan solo sabía que se llamaba Louis, que se llevaban casi veinte años y que pertenecía a la rama familiar de los Ezpeleta. Los rumores que habían llegado a sus oídos acerca de los gustos íntimos de aquel caballero por los muchachos no hacían que encontrase grata la idea del enlace, pero la opción de tomar los hábitos le pareció peor.

Mariana inspiró el aire plagado de humedad y exhaló un hondo suspiro que espabiló a Pepa.

—¡Ay, me parece que me he quedado transpuesta! —dijo la doncella mientras intentaba recomponer su postura en el asiento, lo que le provocó una mueca de dolor.

—Ya queda poco para terminar el viaje.

—¿Estás nerviosa, chiquilla? —preguntó Pepa con una sonrisa.

—No es eso —susurró la muchacha.

—Con lo preciosa que tú eres... Al franchute ese le vas a chiflar. No hagas caso de los chismes, que la gente tiene muy mala sombra.

Mariana asintió sin entusiasmo y pensó si sería al revés, si a ella le gustaría su primo y futuro esposo y volvió a suspirar.

—Todo irá bien, ya verás... No debes preocuparte. —Pepa le palmeó la rodilla con cariño.

—No puedo evitarlo. Me siento... —Negó con la cabeza.

—Te sientes como todas las mujeres antes de su boda: nerviosa y esperanzada. ¿A que sí?

—No es eso, Pepa —repitió Mariana—. No sé si quiero ser la esposa de alguien a quien no conozco de nada. No me encuentro capaz.

La doncella miró a su señorita con ojillos traviesos sin entender tanto remilgo y pensó que, si ella hubiese encontrado un hombre para casarse, no lo hubiese dudado ni un segundo.

—¿Estás medrosa por la noche de bodas?

—Mi madre ya me dio algunos consejos. No parece tan complicado.

—¿Qué te dijo? —preguntó la doncella en voz baja.

—Que solo debo mantener la compostura y no llorar para no asustar a mi esposo. Según ella, pasa rápido y el desagrado se olvida con el tiempo.

—Yo no me he casado nunca, pero mi hermana, la de Utrera, dice que no siempre es así, mi niña —apuntó Pepa.

—No creo que sea capaz de fingir —susurró Mariana con voz estrangulada.

—Merecerá la pena, ya lo verás. Cuando tengas a tu primer bebé en brazos, te darás cuenta de que todo fue para bien. A mí me encantaría tener muchos hijos.

«Bebés...», pensó Mariana sin poder evitar un mohín.

Recordó a su amiga Luisa, que había sido madre justo al comenzar la primavera. Cunado la visitó por primera vez tras el alumbramiento, se sintió horrorizada al contemplar a aquella criatura que solo lloraba sin cesar y que olía a leche agria y a pañales sucios. La aterradora

narración del largo, doloroso y cruento parto, descrito por la madre y la tía de su amiga con minuciosa exactitud, la dejó medio desfallecida para el resto de la tarde. Aunque lo que de verdad asustó a Mariana fue el silencio y la mueca de su amiga cuando le preguntó por su matrimonio.

Mariana llevaba años de fiestas, veladas en el teatro y meriendas vigiladas de cerca por su madre, doña Ana, y tenía la lucidez suficiente para darse cuenta de que el matrimonio solo era una propuesta económica, una forma de subsistir porque, como mujer, no podía disponer de la fortuna familiar. Al casarse, todo pertenecería a su esposo, incluidos sus hijos.

Había tratado de hacer lo que se esperaba de ella, de obedecer, de esforzarse en encajar con aquella imagen que, según su madre, debía dar una Ibarra, pero todo fue en vano. No era una hija dócil y complaciente, nunca lo había sido.

Solo había transgredido las normas una vez, y esa falta de prudencia la había condenado al destierro. Aunque lo que más la desesperaba era el haber sido tan estúpida como para caer en la antigua trampa del galanteo. Se veía en aquella situación por culpa de las lisonjas de un caballero de Cádiz que se había tomado demasiadas confianzas durante un baile en su casa. Mariana recordó la vergüenza que le supuso que su propia madre la llamase descocada solo porque creyó las habladurías de todos los que, por otra parte, no habían visto nada de lo que ocurrió en realidad.

Un simple coqueteo facilitado por dos copas de ponche había provocado el veredicto y posterior rechazo de toda la alta sociedad sevillana. El supuesto caballero, sin embargo, no había recibido un solo reproche. Los falsos rumores y la exageración de las mentes calenturientas de la ciudad habían llegado a insinuar que hubo desnudez de por medio, e incluso aseguraron la posibilidad de que ella hubiese yacido con aquel picaflor. Don Joaquín, su padrastro, sin aceptar sus explicaciones, no había encontrado otra solución para limpiar el buen nombre de la familia que enviarla a Madrid con unos parientes y, al final, prometerla en matrimonio.

—Un escándalo así puede poner en entredicho las aspiraciones políticas de tu padrastro y el ascenso de toda la familia —dijo doña Ana indignada, a pesar de las disculpas veraces de Mariana.

Era así: ella había fallado y roto el código de conducta que se le presuponía a una muchacha decente. Mariana lo sabía, nunca debió salir al patio con aquel caballero. Casi agradeció que su padre estuviese muerto para que no hubiese tenido que verla pasar por el escarnio público que vino después.

Ella era consciente de que no se podía estar a solas con un hombre que no fuese de la familia. El que dicho caballero posase la mano en su cintura sin su consentimiento a nadie le importó. Y que le susurrase al oído sin que ella se apartase fue suficiente para ser considerada una mujer fácil. Solo hizo falta que alguien los viera y difundiese el rumor para que la difamaran

sin piedad y dejaron de invitarla a los eventos de Sevilla y alrededores.

Aunque, en realidad, lo que la obligaba a desposarse con urgencia era algo bien distinto. El escándalo tan solo había sido la excusa perfecta para que su futuro esposo, perteneciente a una acaudalada familia francesa dedicada a la exportación de vinos, se hiciese cargo de las deudas familiares. Su hermano no iba a regresar para responsabilizarse de su apellido y su herencia. Había escrito desde México para expresar sus deseos de quedarse allí a pesar de la independencia de la antigua colonia, antes llamada Nueva España.

—Voy a ser sincera contigo. Ahora mismo eres el único valor seguro de esta familia. Tu belleza lo es, pero no durará para siempre. Nuestras armas son las que son hasta que llegamos a cierta edad y tú ya has pasado los veinte. Además, sabes que tu hermano se gastó todo su patrimonio en tierras americanas y ahora quiere consagrar su vida al sacerdocio. Por eso debes casarte. Ya no podrás hacerlo por tu renta, no eres una debutante y el escándalo ha empeorado tus opciones. Seré sincera, Mariana: los hombres nunca te han considerado un buen partido porque tienes demasiado carácter. Eres terca, osada y respondona... Y, después de tu error garrafal..., me temo que no te van a llover los pretendientes. Te has puesto en ridículo y nos has dejado a todos en entredicho —le dijo doña Ana sin compasión alguna.

Al final se quedó dormida ayudada por el traqueteo de la diligencia y soñó con su madre y sus últimas palabras antes de partir de Sevilla:

—Cuando murió tu padre no nos dejó nada más que su buen nombre. Tu padrastro no te va a mantener para toda la vida. Necesitas un marido.

—No sé si quiero casarme, madre.

—Lo sé, querida, pero me temo que a nadie le importa lo que una mujer desee. Tienes que aprender a conformarte y serás más feliz. Y cambiar ese endiablado carácter, que así nadie te va a querer.

La única vez que había albergado algo parecido a un enamoramiento fue por Arturo, el heredero de los Salinas y hermano mayor de su amiga Carmencita Buendía. Durante un par de años intentó que se fijara en ella, pero nunca la consideró nada más que, en sus propias palabras, «una chiquilla graciosa». Recordó aquella vez, en un baile, con quince años, cuando Arturo le dijo que era bonita mientras no dejaba de mirarle el pecho. Después pensó que, si no se lo hubiera dicho, ella no hubiese desperdiciado tanto tiempo fantaseando con el amor y todas esas patrañas de criadas, como hacía su otra amiga, Luisa, que se leía esos folletines sentimentales por entregas. Tal vez su madre tenía razón y el amor era solo para gente sin alcurnia ni fortuna.

De pronto, en sus sueños, halló otra imagen del pasado que desplazó a la del petimetre de Arturo. En ella evocó la última vez que estuvo en Bilbao, cuando, a sus doce años, paseaba con su antigua aya por las cercanías de la plaza de abastos de La Ribera bilbaína y un muchacho de grandes ojos castaños, que tendría pocos años más que ella, le sonrió. A temprana edad, Mariana

había comenzado a recibir las miradas de jóvenes y no tan jóvenes. Muy a su pesar, aparentaba ser mayor de lo que era en realidad, tal vez debido a su busto, ya bastante desarrollado, pero la atención de aquel jovencito no le causó ninguna incomodidad. Ella se ruborizó ante aquella espectacular sonrisa y el burlón gesto de admiración en forma de reverencia del que, con toda seguridad, no era más que un pilluelo de los muelles que, además, tuvo la desfachatez y el descaro de decirle algo que no comprendió, pero que le hizo sonreír.

En ese momento, un bache del camino la devolvió a la vigilia. Aunque aquella ensoñación no se desvaneció de repente, sino que la acompañó unos minutos más.

Habían pasado casi diez años y aún recordaba a aquel chico tan apuesto, el más guapo que había visto en su vida. Mucho más que todos los señoritingos que había conocido en Sevilla.

«Si a la fuerza tengo que casarme, al menos podría ser bien parecido», pensó.

Los trajes de diario, los de montar y para los bailes, las capotas y adornos, los mantones, el ajuar bordado y el vestido de novia, hecho por la modista de su madre a la última moda parisina con mangas *gigot* y los hombros al descubierto, llenaban los baúles. Pero el que más le gustaba a Mariana era uno de tafetán verde esmeralda con cinturón que había conseguido que le hicieran a imagen y semejanza del de una revista de moda parisina que había caído en sus manos.

Le dolía la cabeza por culpa del apretado peinado que Pepa le había hecho esa mañana, tras obligarla a madrugar para ello. Su doncella quería que la viesan con uno de aquellos intrincados cabellos trenzados tan de moda entre las damas afrancesadas de la corte. La parte posterior de su larga melena castaña clara estaba partida en el centro y recogida en elaboradas trenzas que se extendían a ambos lados hacia la coronilla y que iban clavadas en su cabeza y recogidas en un moñito mediante nudos. Unos apretados tirabuzones caían a cada lado del rostro, enmarcado por un bonete con anchos bordes semicirculares y decorado en abundancia con cintas y plumas.

La tarde de principios de septiembre era fresca y Mariana se arrebujó en su *paletot* de lana y seda.

Estaba dormida de nuevo gracias al canturreo de Pepa, muy aficionada a tararear coplas y bulerías, y al traqueteo incesante del viaje, cuando despertó abruptamente por culpa de un grito del cochero, que frenó de golpe a los caballos.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó extrañada y somnolienta.

—No lo sé, chiquilla —dijo Pepa mientras miraba a través de la ventana del carruaje—. Parece que hay unos hombres a caballo en medio del camino.

—¡Qué contrariedad! —exclamó Mariana, aunque en su fuero interno deseó que aquel contratiempo durase lo suficiente para llegar tarde y no poder subir a bordo del barco en dirección a Burdeos.

«Tal vez Dios ha escuchado mis plegarias después de todo», pensó.

Las voces que llegaban del camino hicieron que las dos mujeres se mirasen alarmadas. Los gritos del cochero subieron de tono e intensidad. Pepa continuó oteando por la ventanilla.

—¡Ay, que son salteadores de caminos!

—¡No digas insulseces!

—Que sí, Marianita, que son como los Niños de Écija. ¡Se están acercando y llevan armas!

—¿Quiénes son esos?

—¿Los Siete Niños de Écija? Yo era muy chica entonces, pero recuerdo la historia. Era una cuadrilla de bandoleros, que ni eran siete ni eran niños, y que hicieron sus fechorías durante los primeros años del reinado de Fernando VII. Fueron apresados, juzgados y ejecutados en Sevilla y, según cuentan, varios de ellos descuartizados y puestas sus cabezas y cuartos en los caminos para escarmiento general.

—Aquí no hay bandoleros. ¡Pepa, por Dios, estamos en el norte!

—¡Pues tú me dirás qué son los que se acercan de esa guisa!

Mariana se asomó por la ventanilla y vio cómo unos diez hombres a caballo con boinas blancas y con trabucos y pistolas rodeaban el carruaje y apuntaban al cochero que levantó los brazos sin ofrecer resistencia.

—¡Será posible! —bufó molesta. Estaba cansada tras casi todo un día de viaje, quería llegar a la ciudad antes de que se pusiera el sol para asearse y aquellos botarates se lo estaban impidiendo—. Cochero, ¿se puede saber por qué nos detenemos? —preguntó.

El hombre giró apenas la cabeza con los brazos en alto y la miró sin atreverse a contestar. Fijándose mejor, atisbó mosquetones, varios fusiles con bayoneta y algunos sables. El conjunto de aquellos hombres corpulentos, barbudos y armados hasta los dientes le heló la sangre en las venas y le recordó las palabras de su padrastro al referirse a aquellas tierras tan alejadas de Sevilla: «El lugar más peligroso y oscuro de España».

—Pepa, ¿dónde has dejado la pistola que te di antes de salir de Sevilla?

—La guardé en un baúl, niña. Me daba repelús.

—Ahí está estupendamente —bufó.

Uno de los jinetes se adelantó hasta el carruaje. Era un hombre joven de apariencia ruda, de anchas espaldas, con barba castaña y vestido con una guerrera militar raída.

—Señoras... —dijo con voz profunda, observando el interior del coche de caballos.

—¿Y usted es...? —Ella lo contempló desafiante.

El hombre a caballo no apartó la mirada, al contrario, la mantuvo fija en los ojos de Mariana. Los demás jinetes se agolpaban tras él, con cara de pocos amigos y las mismas frondosas barbas y atuendos, mientras apuntaban al cochero.

—Capitán Martín de Izurza. —Hizo una pequeña y caballerosa inclinación de cabeza.

—Capitán, le agradecería que apartara a sus hombres del camino para que podamos proseguir nuestro viaje a la mayor brevedad.

—Tendrán que disculparnos, señoras, pero esta zona está controlada por el ejército de don Carlos y me temo que no podemos dejarlas pasar.

—¿Cómo dice? —aulló Mariana.

—Niña, no les digas nada más. ¡Cállate, por Dios! Mira que malcarados y grandes son, Marianita —susurró Pepa.

—Salgan del coche, por favor —dijo el hombre que se había presentado como capitán—. Las llevaremos con nosotros para ser identificadas y después podrán proseguir su viaje sin problemas.

—¡De ninguna manera! ¡No tienen derecho a retenernos aquí! —gritó Mariana mientras impedía que Pepa saliese del carruaje.

El destello de diversión que apreció en aquellos grandes ojos pardos, enmarcados por espesas pestañas oscuras, redobló su irritación. Martín, a su vez, se dio cuenta de la furia que refulgía en aquella mirada azul y sintió aquella sensación de nerviosismo en las tripas le dijo que estaba frente a un gran desafío.

La cuadrilla de hombres rio y comentó algo en un idioma que Mariana no comprendió, pero que no le era del todo desconocido. Le vino a la memoria su abuela materna, doña Isabel de Ibarra, y las canciones populares que le cantaba en el idioma que empleaban las gentes venidas del campo a Bilbao.

En ese momento el cochero tuvo la mala idea de aprovechar el despiste de los jinetes, distraídos con las mujeres. Decidido, sacó su arma de debajo del pescante, pero no fue lo suficientemente rápido. La pólvora se esparció por el aire y dejó un aroma a quemado que enseguida desapareció para dar paso al olor de la sangre.

Todo ocurrió muy deprisa. Los chillidos de Pepa se confundieron con los de los jinetes, el agónico estertor del cochero y un grito de dolor, y un minuto más tarde el cochero estaba muerto sobre el pescante y uno de los jinetes yacía en el suelo, herido.

El capitán maldijo entre dientes en su lengua y después exclamó mientras desmontaba:

—¡Koldo, Bittor, coged a Andoni y llevadlo a casa de Miren! *Azkar!* —ordenó.

El grupo de jinetes se dividió para hacerse cargo del herido. Martín de Izurza estaba furioso y refunfuñaba. No había contado con que ningún hombre saliera malherido en sus filas y menos con que muriese algún civil. Iba a tener que dar muchas explicaciones, y todo por culpa de aquella damisela tan bonita como insolente.

Martín tomó la decisión de sacar a las dos mujeres del carruaje. Abrió la portezuela de la diligencia, tiró del brazo de la joven con fuerza hasta que la arrastró afuera y, como si de un fardo se tratara, la colocó delante de él en su montura. Ignoró las ruidosas quejas de ella y de su

doncella e hizo un gesto a sus hombres para que cargasen a Pepa, que no paraba de llorar, en otro caballo.

A pesar de resistirse, Mariana no logró separar ni un centímetro su cuerpo del de Martín, que cabalgaba veloz sin escuchar sus ruegos, aferrándola con todas sus fuerzas.

Capítulo II

Los soldados carlistas cabalaron juntos hasta las inmediaciones de un valle, al pie de los picos montañosos escarpados y desnudos que guardaban la comarca del Duranguesado. Entre las imponentes masas rocosas calizas del Mugarra y el Untzillaitz, y a orillas del río Mañaria, al borde del camino que unía Durango con Vitoria, se asentaba una pequeña población.

Allí, tras una senda que serpenteaba por las estribaciones montañosas, y escondida tras una zona boscosa, se hallaba una casa torre de apariencia medieval, rodeada de otros caseríos dispersos que parecían de construcción más reciente.

A Mariana no le dio tiempo a descabalar por sí misma, porque el capitán Martín de Izurza la tomó por la cintura y, sin que ella pudiera apenas darse cuenta, la depositó en el suelo sin dificultad. Ya de pie, junto a él, se percató de la altura y fortaleza del joven, que fruncía el ceño sin dejar de observarla.

El grupo de jinetes desapareció con los caballos, siguiendo las instrucciones de su jefe. Ni corto ni perezoso, el capitán tomó a Mariana por el brazo y comenzó a caminar a grandes zancadas. Pretendía que lo siguiese, pero ella se revolvió, intentó soltarse y gruñó encolerizada a pesar de los esfuerzos de Martín para que avanzara.

—¡Suélteme! ¡Si no me suelta, no caminaré! —protestó, roja de ira.

Martín se colocó frente a ella para obstaculizarle el paso, aunque a una distancia prudencial. Era una muchacha audaz, estaba claro.

—Está bien, no la tocaré, pero camine. No me obligue a llevarla a rastras.

—¡No se atreverá! —Mariana se giró y se enfrentó al capitán Izurza, a pesar de que su estampa imponente y brutal la advirtió de que no lo hiciese.

Martín le sostuvo la mirada sin pestañear y, al comprobar que ella también lo hacía, su semblante cambió, arqueó sus gruesas cejas oscuras y casi sonrió. Aquella pequeña chica insolente era valerosa, no cabía duda.

—¡Vaya que sí! ¡Claro que me atreveré! —dijo con una sonrisa torcida y los ojos brillantes de pura diversión.

Ella lo miró desafiante, pero sopesó la envergadura del joven y comprendió que tenía las de perder, así que caminó a paso ligero, seguida de cerca por Martín, en dirección al imponente torreón.

—¿Y mi doncella? —preguntó.

Él hizo un gesto con la cabeza y Mariana miró a su espalda. Pepa, aquella sevillana pequeña y recia que ya pasaba la treintena, intentaba alcanzarlos acompañada de otros dos hombres.

Se fueron acercando a la silueta señorial de una antigua edificación de piedra, con un torreón sobre vigas y tejado de madera. En su fachada, un escudo de armas representaba una torre entre dos árboles y encima una montaña, en la cual se hallaba un cazador que hería con su lanza a un jabalí perseguido por dos perros.

Por fuera parecía una recia construcción de tipo militar algo tosca, aunque, en su interior, Mariana descubrió que disponía de amplias estancias y de un suntuoso mobiliario con piezas de estilo imperio mezcladas con otras rústicas, pero de maderas nobles, acompañado de detalles de forja, alfombras, cuadros y tapices.

Martín condujo a ambas mujeres hasta un amplio salón con artesonado y muebles oscuros, presidido por una gran mesa e iluminado por una inmensa chimenea encendida. Junto a ella, atizaba el fuego un hombre encorbatado y vestido con la misma casaca militar que Martín y el grupo de jinetes.

Aquel hombre alto, de presencia autoritaria y con la elegante apostura propia de un mando militar, se giró y miró a ambas mujeres. Fijó sus ojos grises y aguileños en Mariana. La escrutó de arriba abajo, de una forma que ella ya reconocía: como un hombre al que le agradaban mucho las formas femeninas; tras lo cual, se dirigió a Martín en aquel idioma que la abuela de Mariana solía utilizar solo para cantar y que ella aún recordaba.

Creyó entender el nombre del muchacho herido por el difunto cochero. El hombre más maduro, al que Mariana calculó alrededor de los cuarenta y tantos años, asintió varias veces ceñudo y masculló algunas palabras con ira, pero enseguida pasó al castellano para dirigirse a ambas mujeres con una amplia sonrisa de dientes sorprendentemente grandes y blancos.

—Lamento las molestias causadas, señoras. Bienvenidas. Tomen asiento, por favor —dijo el caballero con voz profunda y amable, mientras señalaba con el atizador un par de butacones tapizados frente a la chimenea y sin apartar la mirada de Mariana.

Ambas se sentaron; la doncella, medrosa, y Mariana, suspicaz. Martín de Izurza se quedó de pie a su espalda. El complicado peinado de Mariana le pareció ridículo. No supo cómo, pero ella sintió que el joven la observaba, se volvió y él le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Puedo saber por qué nos retiene aquí? —preguntó Mariana retirando el contacto visual del joven para dirigirse al hombre maduro.

—Permítame, pero las preguntas las hago yo —dijo el hombre que escudriñaba a Mariana sin dejar de sonreír.

—¿Quién se ha creído que es? —dijo ella, y se levantó.

Pepa contempló a su señorita sin que la expresión de susto desapareciese de su rostro.

—El señor de todo esto —sonrió él con orgullo sin soltar el atizador—. Soy el general don Pedro María de Izurza y Echaburu. ¿Y usted?

Mariana dio un nombre al azar, el primero que se le ocurrió.

—Doña Carlota de Altuna.

—Disculpe, señora, ¿tiene algo que ver con los Altuna de Zeanuri?

—Así es. Viajaba con mi criada hacia Bilbao hasta que los hombres capitaneados por su sobrino nos atacaron y mataron a nuestro cochero —mintió sin pestañear.

—Un terrible error que lamento, doña Carlota. ¿Y el motivo de su viaje era...? —preguntó el señor de la torre.

—Visitar a unos parientes. Asuntos de herencias familiares —dijo Mariana suponiendo que sonaría convincente.

Don Pedro asintió pensativo sin dejar de mirarla con sus fríos ojos de ave de presa.

—Estarán agotadas, señoras, así que las brindo mi hospitalidad y las invito a que pasen la noche en mi casa antes de reanudar el viaje. Sean bienvenidas. Yo mismo les proporcionaré mañana un nuevo carruaje que las lleve hasta Bilbao, no se preocupen.

Aprovechando que don Pedro acababa de agacharse para atizar el fuego de la chimenea, Mariana le hizo una seña urgente a la confusa Pepa para que guardara silencio mientras vigilaba de reojo al joven capitán carlista. Se dio cuenta de que Martín se había percatado del aviso.

Las dos mujeres fueron conducidas por un par de criados hasta un piso superior a una habitación amueblada, pero muy sobria en adornos.

Mariana se sentó en la cama con baldaquino y resopló.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Ten paciencia, chiquilla, que mañana podremos reanudar el viaje, como nos ha dicho ese caballero tan apuesto.

—¡Ay, Pepa, de verdad! Con el lío en el que estamos metidas y tú pendiente de un hombre.

—En ese y en el otro joven, que es su sobrino, según he entendido, ¿no?

—Eso parece —rezongó Mariana.

—Por eso es tan apuesto, porque son familia. Y va a ser verdad lo de que los vascos son buenos mozos, como me dijo mi prima Candela, que una vez conoció a uno que era marinero —concluyó Pepa haciendo resoplar a Mariana—. ¿No me irás a decir que no es airoso el muchacho? Tan alto, bien criado y con esos ojazos llenos de pestañas, esa cara de canalla y...

—¡Pepa, por el amor de Dios! Tenemos que cavilar cómo escaparnos de aquí. No me distraigas y piensa conmigo, por favor.

—¿Sin cenar?

—Si descubren quiénes somos de verdad, estamos perdidas.

—¿Por eso has dado un nombre falso?

—Sí, por eso. Porque si se enteran de quién soy en realidad no sé qué nos van a hacer.

Somos el enemigo para esta gente. ¡Son carlistas!

—¡Ay, por Dios, niña! No me asustes.

—Tú estate callada, Pepa. Que no te noten el acento sevillano porque eso nos delataría. Solo debemos ganar tiempo —le imploró—. No digas nada a nadie y déjame hablar a mí.

La doncella asintió y en ese instante llamaron a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Mariana.

—La cena ya está servida en el comedor. Pueden bajar cuando gusten —dijo una voz femenina.

—Gracias —respondió ella sin emoción alguna.

Unos pasos se alejaron y, cuando cesaron, Mariana susurró:

—Vamos. No deben notarnos nerviosas.

Ambas bajaron al comedor, donde las aguardaban don Pedro y su sobrino. Les sirvieron viandas en abundancia. Pepa evidenció su buen apetito, pero Mariana no tenía ninguno. Guardaba toda la tensión nerviosa de las últimas horas acumulada en el estómago y la sensación de hambre había desaparecido por completo, aunque hizo un esfuerzo por no parecer preocupada.

Todo en aquella cena era de calidad, tanto los alimentos como la vajilla, y no faltaba el buen vino. Don Pedro comenzó a charlar de cosas banales mientras Martín de Izurza observaba a Mariana de hito en hito.

—¿Es de su agrado la cena, doña Carlota? —preguntó don Pedro dando cuenta de una suculenta pierna de ternasco.

—Sí, sí, don Pedro —confirmó Mariana y tragó a la fuerza un trozo de la sabrosa y tierna carne de cordero lechal que, pese a estar en su punto, casi se le atragantó. Tenía la boca seca y probó el caldo granate—. El vino está exquisito.

—Me alegra que lo aprecie. No solemos recibir a muchas damas en esta casa. Mi gente es sencilla en cuanto a viandas se refiere y aprecian más la sidra, pero este vino me lo traen expresamente de Laguardia. Todo lo demás es de los caseríos cercanos de esta merindad, de vecinos y arrendatarios nuestros.

Mariana asintió algo más tranquila y miró al sobrino de don Pedro, que se mantenía en silencio y ceñudo mientras comía, y concluyó que no parecía muy amigable.

—Por cierto, me he fijado en el escudo de la torre y siento curiosidad por su significado, don Pedro.

—Nuestro linaje se remonta a los fundadores de la villa de Durango, a comienzos del siglo XIII. Somos cristianos viejos, hidalgos, aunque mi ahijado insista en sentarse a la mesa sin guardar las formas —dijo don Pedro señalándolo con el cuchillo, pero él ni siquiera levantó la vista del plato—. El escudo es el propio de los Echaburu y representa la leyenda de Lope Odino

de Eyxeburu, o Etxeburu, mi antepasado. Sus armas son de oro, la torre de piedra está entre dos árboles de sinople, denominación del color verde en la heráldica. La torre se alza sobre una montaña, en la cual se halla el cazador que hiere con lanza de oro a un jabalí de sable, perfilado en oro y perseguido por dos perros de plata que lo acometen cada uno de un lado. Este torreón es de origen incierto, ¿sabe? Algunos le atribuyen cimientos romanos; otros, que fue levantado por gigantes.

—Parece fascinante —añadió Mariana intentando mostrar interés.

—Así es. Su ubicación sobre el peñón alberga un secreto —explicó don Pedro e hizo un amplio gesto con los brazos con el que intentó abarcar todo el espacio a su alrededor.

—¿Y cuál es?

—Si se lo dijese, no sería un secreto, doña Carlota —sonrió ladino—. Es un lugar estratégico desde que los romanos pasaron por estas tierras. Su localización hace que desde aquí se pueda controlar todo el entorno. La mandó destruir Enrique IV y lo reedificaron en el siglo XVI Sancho López de Ibargüen y su mujer, Estíbaliz de Echaburu.

—La historias del valle —dijo Martín de pronto— cuentan que en el lugar donde estamos vivía un peligroso jabalí que amenazaba a todos los vecinos y fue el señor de Echaburu quien lo mató con ayuda de sus perros y construyó allí su morada en recuerdo de ello. No hay tanto misterio. Nuestra familia tampoco es tan legendaria. En la antigüedad se dedicaba al comercio de la lana y más tarde a las ferrerías.

—Mi sobrino está en lo cierto. Soy propietario de todas las ferrerías del Duranguesado. Los Izurza llevamos siglos dedicados al hierro, pero ahora no nos dejan exportarlo por culpa del bloqueo marítimo. Y tras la pérdida de los territorios de ultramar y con los contactos con el resto del país bloqueados por los cristinos, ya se puede imaginar... —añadió Pedro de Izurza.

Mariana asintió y observó de soslayo a Martín.

Don Pedro prosiguió hablando de sus ancestros con orgullo. A Mariana, el joven le pareció cortés. Tenía claro que no carecía de modales y que era un caballero instruido, aunque había algo en él que le decía que podía llegar a ser peligroso.

Se fijó un poco más en su anfitrión y en su sobrino y tuvo que reconocer que Pepa tenía razón: don Pedro era un hombre de mediana edad distinguido, de buen porte, mejor labia y coqueto, ya que llevaba barba y patillas bien recortadas a la moda, intentaba disimular sus entradas y se había cambiado de ropa para la cena. En cuanto a su sobrino, estaba en camisa y chaleco, casi tal cual había desmontado del caballo. Aun así, Mariana tuvo que reconocer que destilaba galanura y una apostura salvaje con aquella mata de pelo castaño demasiado largo y sin domar.

—Mi doncella y yo le agradecemos su hospitalidad, don Pedro. Así mañana tendremos buen

ánimo para proseguir nuestro camino hacia Bilbao.

—Me temo que no va a ser posible, querida señora.

Martín por fin levantó la mirada del plato.

—¿Cómo dice? —Mariana elevó el tono de voz.

—Pues eso, lo que le digo —dijo don Pedro cortando un trozo de queso. Se lo metió en la boca acompañado de pan y masticó mientras asentía en silencio—. Resulta que entre sus pertenencias no hemos encontrado nada que evidencie su identidad, pero sí una pistola cargada.

—¿Ha osado registrar mis cosas?

—Es más, tengo entendido que en Zeanuri falleció el último Altuna hace varios años. Y a los Altuna de Bilbao los conozco muy bien y no recuerdo a ninguna Carlota en la familia.

Mariana lo miraba atónita, intentando reaccionar, pero no encontraba las palabras para salir de aquel enredo. Don Pedro clavó el cuchillo en el queso antes de proseguir:

—No me voy a andar por las ramas. Estamos en guerra, señora.

—Señorita —puntualizó.

—Como guste —sonrió él—. Yo comando una milicia. Soy general porque luché contra el ejército de Bonaparte, aunque ahora mi enemigo es el ejército liberal y todos los que apoyan el desatino de nombrar reina a una niña y tener que soportar la regencia infame de su madre y de unos descreídos. Tal vez debimos dejar que el corso se hiciera con el país.

—Ya hubo reinas en España antes. Y la hay ahora en la Gran Bretaña; acaba de ser coronada hace bien poco —apuntó Mariana, lo que hizo casi sonreír a Martín de Izurza.

El joven capitán contemplaba atónito y divertido cómo aquella muchacha se enfrentaba nada menos que a su tío.

Don Pedro soltó una risa condescendiente que terminó con una mirada directa a los ojos de Mariana.

—Dejémonos de formalidades y pamplinas. Necesito pruebas de que usted es quien dice ser, porque, si no, puedo barruntarme que es una espía, informadora o como lo quiera llamar, del enemigo.

—¡Es absurdo! —exclamó ella con una risa nerviosa.

—Está claro que es una dama, no dudo eso, y como tal la trataremos, pero su buena cuna no la exime de ser considerada sospechosa. No se preocupe; si colabora con nosotros, Dios mediante, en breve estará en la capital.

—¡Me niego a colaborar en nada con usted! —le espetó Mariana levantándose ante la mirada atónita de Pepa, que titubeó antes de hacer el mismo gesto que su señorita y acompañarla fuera del comedor sin haber terminado el postre.

Capítulo III

En la oscuridad de los aposentos de la casa torre, Mariana daba vueltas y más vueltas a todo lo sucedido metida en aquella cama inmensa, sin poder dormir. Se había soltado las trenzas y moñitos que le había hecho Pepa, pero aún le dolía la cabeza.

Había desafiado al señor de la casa abandonando su mesa y regresando a la alcoba, pero, antes de poder evitarlo, los hombres de don Pedro la habían separado de Pepa y se la llevaron a otra habitación.

Enseguida comprendió que intentaban debilitar su ánimo para que, como dijo el dueño de la casa, colaborase.

Mariana estaba al tanto de las intrigas políticas de las que formaba parte su padrastro, un importante político liberal, y sabía que Carlos María Isidro de Borbón, también llamado don Carlos, le disputaba el trono a su sobrina Isabel, hija de Fernando VII, y a su madre y regente, María Cristina de Borbón. Asimismo, era consciente de que al ser Durango el cuartel general del pretendiente al trono y jefe de las tropas carlistas, se encontraba en la mismísima boca del lobo.

Si alguno de aquellos insurrectos descubría quién era su familia, iba a estar en serios problemas.

Se pasó gran parte de la noche en vela intentando ordenar sus ideas. Buscaba la manera de inventarse una buena historia, al menos una creíble, para lograr salir de allí. Gracias a Dios, su madre siempre procuró que no se le pegase el acento sevillano de las gentes del servicio. De ninguna forma debían descubrir su parentesco con los Osuna.

Tras mucho cavilar, decidió qué era lo que iba a decir. Explicaría que viajaba en dirección a Bilbao para tomar un barco, que iba a contraer matrimonio, pero en Inglaterra, en vez de en Francia, para no despertar más sospechas. El apellido era lo de menos. El de su madre, Ezpeleta, serviría al ser la rama labortana de la familia. Don Pedro, sin duda, no conocería a ningún Ezpeleta en Vizcaya. Y la excusa del porqué de su mentira inicial sería la del miedo. Durante el camino habían escuchado terroríficas historias de bandidos que capturaban pasajeras para pedir un rescate por ellas. Se haría la damisela en apuros que necesita de la protección de un hombre. Tal vez incluso le pediría a don Pedro que las escoltara hasta Bilbao. Eso le agradaría. Parecía de esa clase de hombres que se sienten más varoniles al prestar su ayuda a las damas.

Mariana era consciente de que ella atraía a don Pedro; no así de lo que provocaba en su sobrino. ¿Animadversión? ¿Curiosidad? Se había fijado varias veces en Martín de Izurza, en su aire en ocasiones burlón y otras esquivo. Con él era difícil adivinar qué cavilaba.

Sus ojos grandes se habían posado en los suyos, pero ella no había logrado encontrar lo que

escondían. Mariana se durmió por fin, pensando que el hermetismo del guapo sobrino de don Pedro la exasperaba, aunque no sabía muy bien por qué.

Mientras, Martín no lograba conciliar el sueño. Daba vueltas a las instrucciones que su tío le había dado: «No saldrá de aquí hasta que averigüe quién es ella en realidad y qué hace en Durango».

Él sabía que Pedro de Izurza veía enemigos por todas partes y que tenía una responsabilidad para con sus hombres, porque, en cierto modo, su tío se veía a sí mismo como un antiguo señor de la guerra, como aquellos del pasado que tanto admiraba, esos héroes vascos mitológicos que habían luchado por la casa de sus ancestros y acataban las antiguas leyes de sus padres.

Don Pedro había luchado en contiendas desde muy joven y había hecho de la guerra su forma de vida. Conocía a ese tipo de hombres. Él se estaba convirtiendo en uno de ellos, muy a su pesar. Su padre se había dedicado a su carrera militar y había muerto de modo prematuro durante la última guerra contra los franceses y su madre lo había instado a tomar el relevo. En cuanto a su tío, su desconfianza y el mirar siempre a su espalda era el precio a pagar por toda una vida de muerte y poder. Sabía lo que se decía de él en toda la merindad: que no tenía enemigos porque ninguno lograba sobrevivirlo. Podía ser muy cruel con quienes lo traicionaban, pero también muy generoso con los que le eran fieles.

Al contrario que don Pedro, Martín no estaba tan seguro de que aquella muchacha fuese una amenaza para la causa carlista. Aunque, por otro lado, ¿por qué trataba de mantener su verdadero nombre en secreto?

Sonrió al pensar en ella, en Mariana. Había escuchado a su doncella llamarla así y se le había grabado el nombre. No se lo dijo a su tío porque, a pesar de la altivez de aquella orgullosa y bonita dama de ojos azules, no quería causarle ningún perjuicio innecesario. Ella no tenía la culpa de haberse topado con su milicia.

Era valiente, combativa, audaz e inteligente, no una damisela boba, a pesar del peinado que llevaba. Se le escapó una risita al recordarlo. No entendía esas modas extrañas que decían que venían de París. Después pensó que todavía no la había visto sonreír de verdad y que le gustaría lograr que lo hiciera, porque lo más probable fuese que estuviera muy asustada, aunque se notaba que trataba de no demostrarlo. Solo por eso, ya se había ganado su respeto.

A la mañana siguiente, Mariana contempló con estupor que la puerta de la alcoba permanecía cerrada con llave. Tras forcejear un buen rato y comprobar que el estrecho ventanuco de la habitación estaba a considerable altura, gritó llena de furia e impotencia.

Una cólera ciega le recorrió el cuerpo, pero se dijo que no podrían con ella, que iba a resistir, y, cuando una moza muy joven trajo el desayuno, lo dejó sobre la cómoda intacto y le

dijo que no pensaba comérselo. La misma muchacha, que no le dirigió la palabra por orden de don Pedro, retiró el plato, los cubiertos y un vaso de leche mientras Mariana continuaba sin inmutarse.

Era mediodía cuando le trajeron algo de comer, pero decidió rehusar también el humeante y apetitoso guisado con zanahoria, patatas y cordero.

Pasó parte de la tarde mirando por la ventana y, a punto de quedarse dormida, echada en la cama en enaguas, se espabiló al escuchar el sonido metálico de la llave en la cerradura de la recia puerta. Martín de Izurza entró sin miramientos a la alcoba e hizo que Mariana se incorporase asustada y corriese a taparse con la manta.

—Don Pedro quiere verla. Acompáñeme —dijo él.

—¿Podría darse la vuelta mientras aguarda a que me vista? —preguntó furiosa.

Martín así lo hizo. Ella se vistió de prisa y salió malhumorada con aquel joven que la escoltó hasta la mismísima alcoba de don Pedro sin decir ni una sola palabra.

La estancia era amplia, como un gabinete. Contaba con una librería, un escritorio y un secreter. A Mariana le pareció que don Pedro poseía un gusto sobrio, no exento de cierta elegancia.

Pedro María de Izurza tenía formación militar y en Bilbao era considerado uno de los cuatro vecinos más pudientes y arraigados con fuertes intereses comerciales e inmobiliarios, pero en Durango, donde tenía su palacio familiar, actuaba como un rentista rural conservador, que administraba una herencia de más de veinte caseríos, otras tantas herrerías, varios molinos y otras cuantas explotaciones ganaderas y agrícolas, entre las que se contaban todos los de la pequeña aldea de Izurza, donde los labradores le denominaban, tan solo, «el señor».

Don Pedro la aguardaba mirando por la ventana. Al girarse, desplegó una seductora sonrisa, le dio los buenos días y la invitó a sentarse en una butaca con un gesto galante. Martín cerró la puerta tras Mariana y se quedó de pie en un discreto aparte.

—¿Qué han hecho con mi doncella? —preguntó Mariana sin sutileza alguna.

—No debe preocuparse por su doncella —dijo el señor de Izurza con la mirada fija en ella.

—¿Y por qué nos mantiene cautivas?

Don Pedro apretó los labios sin poder ocultar su molestia y la muchacha se dio cuenta de ello.

—¿Cautivas? Creo que está en un error. —Sonrió—. Están hospedadas en mi hogar, con los míos.

—Es un hecho que me encuentro prisionera y, cuando usted reconsidere su comportamiento, totalmente irracional, y nos deje libres, lo denunciaré a las autoridades —amenazó ella.

Don Pedro se puso serio y se acercó a la joven para hablar con voz suave y calmada.

—No la favorece en nada tener esa actitud, señora. Podría ser cortés, caballeroso y aguardar

a que recapacite, pero me temo que no tengo tiempo para juegos frívolos. Aquí la autoridad soy yo y estamos en guerra, así que, ¿me va a decir de una vez quién es o deberé encerrarla hasta Navidad?

—Solo exijo que nos deje libres. Mi doncella personal y yo no hemos hecho nada para soportar este atropello.

Don Pedro clavó la mirada en Mariana y suspiró. Aquella bella muchacha le hacía perder la paciencia.

—Exige... —Y don Pedro sonrió de tal forma que un escalofrío recorrió su espalda—. ¿Sabe qué? Estoy convencido de que usted me oculta su identidad porque es una espía.

—Es una auténtica locura lo que sugiere.

—No sugiero nada. He interrogado ya a un montón de petimetres que se hacían pasar por simples viajeros, pero nunca pensé que esos afrancesados fuesen tan cobardes y se atreviesen a enviar a una mujer. Y no se confunda: tomaré las medidas que considere necesarias para que confiese. —Don Pedro se levantó de su asiento, hizo un gesto a su sobrino, que todavía aguardaba junto a la puerta, y este la abrió—. Si me disculpa, tengo asuntos que atender. La acompañarán de vuelta a su alcoba.

A última hora de la tarde Mariana comenzó a acusar un hambre atroz. Le dolía el estómago y la cabeza; se dio cuenta de que llevaba casi un día sin alimentarse y se arrepintió de haber rechazado el desayuno y el almuerzo.

Cuando no le sirvieron la cena y comprendió que el cautiverio había entrado en otra fase, la de doblegarla para que confesara, tuvo claro que debía huir. Estaba decidida a idear un medio para salir de los dominios del señor de Izurza.

Recorrió nerviosa e impaciente la habitación. Intentó centrarse en todo lo que la rodeaba para tratar de discurrir un plan. Buscaba algo que le mostrase la salida de aquella pesadilla. Descubrió la solución de repente. La tenía delante de sus ojos.

No se le ocurrió otra cosa que atar toda la ropa de cama a uno de los recios postes del lecho, el más cercano al ventanuco del torreón, para intentar hacer una soga y descolgarse hasta el exterior. Calculó que, desde el final de la última sábana, quedaban como unos dos metros hasta los matorrales y helechos que se divisaban desde arriba. Miró de nuevo hacia abajo y comprobó que no había ninguna roca, por lo que concluyó que podría saltar sin problemas incluso por la noche. Llegaría al camino principal, pararía a algún lugareño o algún carruaje que la acercase hasta Durango, o mejor a Bilbao, que era una villa regida por los liberales. Una vez libre, ya se ocuparía de advertir a las autoridades de la capital vizcaína del secuestro de Pepa.

Comenzó con toda la operación de enlazar a conciencia cada sábana y colcha. Miró hacia el

exterior y vio la noche estrellada, con las montañas de la sierra de Amboto iluminadas por una gran luna. Se ató el chal a la cintura y anudó los cordones de sus botines para colgárselos del cuello. Después, se colocó sobre el alféizar del ventanuco, de espaldas al exterior, tomó aire con una profunda inspiración y comenzó el descenso descalza, mientras se sujetaba a la sábana con todas sus fuerzas.

«Siempre he sido buena subiendo y bajando de los árboles», se dijo para animarse, y recordó todas las veces que la regañaron de niña por trepar a todo tipo de lugares elevados. Así logró apartar de su mente el temor a acabar de cabeza contra el suelo.

El descenso, aunque precario, no fue tan difícil. Las sábanas crujían tirantes. Tuvo miedo a que las telas se desgarrasen, pero avanzaba con rapidez. Las piedras con las que estaba hecho el torreón eran desiguales y de vez en cuando alguna que sobresalía, lo que le permitía posar los pies desnudos. Aun así, pronto comenzaron a temblarle los brazos del esfuerzo.

Cuando ya estaba llegando al final, escuchó de repente una expresión extraña que la sobresaltó. La voz masculina la hizo perder pie. Ahogó un grito y cayó sobre alguien que la sujetó con fuerza mientras maldecía.

—¿Quién es usted? ¡Suélteme! —exclamó asustada mientras forcejeaba para soltarse del recio agarre de aquel extraño.

—¡Tranquilícese y deje de darme patadas! Soy Martín, el sobrino de don Pedro. ¿Quiere matarse? —preguntó, y la posó en el suelo sin dificultad.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Soy yo el que debería preguntar eso, aunque creo adivinarlo —dijo con sequedad mientras miraba el extremo del embozo que colgaba del torreón—. ¿De dónde ha sacado todas esas... sábanas?

—De un arcón que había en la alcoba —respondió Mariana orgullosa de sí misma.

—Eso que hay en las alcobas no es un arcón.

—¿Ah, no?

—No —dijo Martín hosco.

—¿Y qué es si puede saberse?

—Una *kutxa*.

—¿Una...?

—*Kutxa* —repitió él.

—Lo que sea, no pienso discutir con usted el nombre de un baúl —dijo Mariana desafiante.

—Tiene suerte de que haya sido yo quien la ha encontrado —resopló Martín entre dientes. Estaba claro que aquella muchacha era de todo menos una pobre mujer indefensa.

—¿Ah, sí? ¡No me diga! —exclamó enfadada. No estaba enojada con Martín de Izurza, en realidad, sino con ella misma por haber sido descubierta.

—Pues sí. Resulta que mi tío tiene apostados en los alrededores a varios de sus hombres y no tardarán en apresarla. Y usted es una muchacha sin montura y bastante más menuda que los que montamos guardia esta noche. Con lo cual, la capturarán con facilidad y le dará razones a mi tío para que se reafirme en la idea de que es una espía.

Mariana resopló frustrada.

—Venga, la llevaré de vuelta a su alcoba sin que nadie se dé cuenta.

Lo miró con recelo, pero dejó que Martín la guiara. No tenía otra opción, se dijo. Además, le rugían las tripas y comenzaba a acusar la debilidad. Él la condujo tras unos arbustos hasta una entrada oculta excavada en la roca que sostenía la vieja torre. Sus ojos, que ya se habían acostumbrado a la oscuridad, comprobaron que se trataba de una cueva que los conducía bajo los cimientos de la construcción primigenia. El camino era sinuoso y lleno de protuberancias de la roca madre, pero el sobrino de don Pedro marchaba seguro de cada paso que daba. Mariana, en cambio, sentía las piernas y los brazos temblorosos por culpa del esfuerzo de la bajada por el torreón.

—¿Puedo saber cómo está mi doncella? —preguntó.

—Su doncella se encuentra bien —dijo el capitán Izurza.

Unos pasos después, él se detuvo ante la silueta de una escalera de piedra e invitó a Mariana a adelantarse. Ella, cegada por la cada vez mayor oscuridad, tropezó en uno de los escalones nada más iniciar la subida y Martín la sostuvo evitando que cayese, pero recibió un codazo.

Los brazos de él rodearon su estrecha cintura mientras ella intentaba recuperar el aplomo.

—Está empeñada en golpearme.

Mariana se aferró a él antes de volver a poner el pie en el escalón y mantener el equilibrio. Avergonzada por su traspie, y algo turbada por el poderoso abrazo del joven, notó cómo enrojecía sin remedio.

Odiaba ruborizarse y se alegró de aquella penumbra. Lo hacía siempre que se sentía enojada, azorada o presa de una fuerte emoción, y le parecía una debilidad impropia de una dama.

—¿Usted también cree que soy una espía? —preguntó pegada aún al fornido cuerpo masculino que la sujetaba.

—No, no lo creo —respondió sin soltarla.

Dejó a Mariana segura sobre el último escalón, sacó algo parecido a una llave del bolsillo y abrió una reja que daba acceso a lo que a todas luces eran los sótanos del torreón. Tras traspasar los barrotes, tomó una lámpara de aceite colgada de una de las paredes y la encendió con la chispa de un pedernal que rascó en la pared de piedra.

—¿Nos encontramos bajo la torre? —preguntó Mariana.

Martín la miró y asintió.

—Esta parte son las mazmorras, pero esté tranquila, no las usaremos con usted. —Sonrió.

Mariana tuvo que reconocer que la sonrisa le dulcificaba el rostro y había borrado el gesto hosco que siempre lucía. Se acababa de dar cuenta de que era muy hermoso. Aunque intentó apartar ese pensamiento para no congraciarse con el sobrino de su carcelero, aceptó que le costaba mostrarse distante con él. También había estado a punto de sonreírle. En apariencia, la estaba ayudando de buen grado, pero ¿con qué propósito?

Martín la condujo en silencio hasta la alcoba evitando cruzarse con nadie de la torre. Justo al llegar a la puerta de la habitación, donde Mariana quedaría confinada de nuevo, se dirigió a ella.

—Un consejo: cuando decida mentir, intente decir lo más cercano a la verdad; será más fácil que la crean.

—No soy una necia. No necesito sus consejos, señor mío —le espetó Mariana, a la que el comentario le pareció paternalista.

Dado que le había transmitido la indicación de buen grado, a Martín de Izurza le molestó el tono autoritario que ella empleó.

—Debería darme las gracias, en vez de intentar sacarme de quicio —le dijo abriendo la puerta de la alcoba.

—¿Por ayudar a su tío a retenerme contra mi voluntad o por encerrarme? —preguntó Mariana sin pasar al dormitorio.

Muy serio, Martín le hizo un gesto para que entrara. Ella le dirigió un mohín de desprecio y le dio la espalda para acceder a la habitación. Aquella altiva muchacha era capaz de irritarlo en un instante.

Mariana contempló su ceño fruncido y su expresión molesta y se arrepintió de haber sido tan hosca con él, porque intuyó que solo trataba de ayudarla.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta tras ella, Martín miró a Mariana y se dio cuenta de la desesperación que reflejaban sus ojos y de que eran preciosos. Como sus mejillas ruborizadas, su generoso busto y su fino talle. Toda ella lo era.

Capítulo IV

Mariana intentaba no desmoronarse encerrada en aquella estancia. Sabía que sería capaz de superar la inesperada situación. Solo debía mantener la calma, resistir. Se imaginó que era como cuando de niña la castigaban a quedarse en su habitación sin salir.

El encierro continuó. El sobrino de don Pedro parecía no haber comentado nada acerca de su intento de evasión. Mariana estuvo sola en su alcoba todo el día siguiente y no sufrió ningún otro interrogatorio. Pasó la jornada de encierro serena, solo interrumpida por la entrada del servicio de la torre para dejarle agua y un poco de pan con queso que se negó a comer.

Se entretuvo mirando a través de la ventana por la que había intentado escapar. Contempló el espectacular paisaje montañoso y dio de comer migas de pan a un par de pajarillos que se posaron en el alféizar de la ventana mientras canturreaba, pero también se dio cuenta del par de hombres apostados día y noche bajo ella.

Mariana no consiguió conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada y, al día siguiente, la despertó la llave de la puerta. Era Martín. Mariana se incorporó sorprendida y corrió a taparse con las sábanas hasta casi el cuello.

—Vístase. Mi tío la espera en su gabinete.

—Un buenos días o un por favor no estarían mal —se quejó ella, colorada hasta las orejas.

Él se fijó en su cara somnolienta, en el rubor de sus mejillas y en su melena suelta y alborotada. Ya no parecía la señorita remilgada del primer día y tuvo que reconocer que la encontraba mucho más hermosa así, al natural.

—La espero fuera —dijo obligándose a no sonreír.

Mariana bufó de rabia. Sin doncella le era muy difícil vestirse y más aún peinarse. Se recogió el abundante cabello como pudo, en un moño sujeto por varias de sus peinetas, y salió de la habitación al encuentro de Martín de Izurza.

Don Pedro aguardaba pensativo en sus aposentos. Estaba sentado frente a la chimenea encendida mientras degustaba algo que a ella le pareció que tenía un olor glorioso a vainilla. Al ver entrar a su sobrino con Mariana, su semblante severo se iluminó.

—Buenos días, querida señora. Espero que haya descansado bien. ¿Está cómoda en su alcoba? —dijo antes de cortar un trozo de un pastel de apariencia rústica, aunque de aroma delicioso.

—¿Cuándo vamos a ser liberadas mi doncella y yo? —preguntó Mariana con brusquedad mientras notaba cómo la boca se le hacía agua. No quiso responder que sí, que ya se había acostumbrado al lecho y al mullido colchón.

—De eso quería hablarle —dijo Pedro de Izurza acercándose mientras le hacía un gesto para que tomase asiento cerca del fuego.

El día era húmedo y frío y ella agradeció el calor de las brasas en cuanto se aproximó.

—Verá, su doncella partirá mañana hacia Bilbao junto con varios hombres de mi confianza.

—¿Cómo dice?! —exclamó Mariana—. ¿Con qué derecho se atreve a hacer semejante cosa?! ¡Necesito a mi doncella!

—Con el que me da estar al mando de este territorio, señora. Usted ha decidido no colaborar conmigo y me he visto en la necesidad de precipitar los acontecimientos, nada más. Voy a enviar a su doncella con un mensaje para las autoridades de la capital. Se les avisará de que usted se encuentra en nuestro poder. Ella será la prueba de que no las hemos maltratado y de que está con vida —dijo don Pedro con una sonrisa justo antes de volver a meterse otro trozo de pastel en la boca y masticarlo con deleite.

—Mi doncella tenía razón. Es usted un simple bandolero —susurró Mariana con desprecio mientras sentía que su estómago se encogía de hambre.

Don Pedro dejó de sonreír y ella creyó ver cómo sus facciones se convertían en las de un águila. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No está usted en posición de hacerse la ofendida, doña Mariana. Es así como se llama en realidad, ¿verdad?

Ella se tensó en el butacón y se sintió mareada de pronto.

Don Pedro se percató de su envaramiento y su rostro reflejó triunfo.

—Sé quién es usted. Nada menos que una Ibarra, y de la rama familiar emparentada con los Ezpeleta de Lapurdi. Y también conozco a su influyente familia sevillana. Se codean con todos esos ministros afrancesados, así que es usted de gran valor y me temo que de momento no voy a liberarla. Todavía estoy barajando la posibilidad de un rescate o un intercambio de prisioneros, ya que varios de los nuestros se encuentran encarcelados en Bilbao.

En aquel momento, Mariana se dio cuenta de que estaba sola y a merced de enemigos. Aun así, y a pesar de que las fuerzas comenzaban a abandonarla, se levantó con toda la dignidad que pudo acaparar en su cuerpo y se dirigió a Martín, que se mantenía de pie junto a la puerta.

—Creo que ya podemos dar por terminada esta conversación. Ábrame, quiero irme a mis aposentos —dijo Mariana.

Martín advirtió que estaba extremadamente pálida. Miró a su tío y este asintió.

—Ha sido usted, ¿no es cierto? —exclamó furiosa caminando tras el joven capitán por el pasillo que conducía a la alcoba donde estaba confinada—. Usted sabía que no me llamo Carlota. Había escuchado a mi doncella nombrarme, ¿verdad?

—Cuando deje de tratarme como a su criado responderé a sus preguntas.

—Su tío también lo hace y a él no le pone peros —dijo Mariana encarándose a él.

Martín resopló de impaciencia.

—¡Camíne de una vez! —exclamó enfadado por fin.

Ella así lo hizo. No quiso exasperar más al sobrino de don Pedro, aunque se dio cuenta de que había dado en el clavo: Martín de Izurza se sentía ninguneado por su tío. No era hombre de acatar normas. El que la hubiese ayudado la noche que intentó escapar lo corroboraba.

Caminó delante de él aún sofocada por la ira. No se encontraba bien, se sentía mareada después de un par de días sin comer y, sobre todo, debido a su periodo. Había conseguido que una muchacha del servicio le trajese unos paños limpios, pero pronto necesitaría más. Las escaleras que daban a sus aposentos eran empinadas y, mientras estaba a medio camino, las piernas le fallaron. Respiró hondo y se apoyó un instante en la pared de piedra para recuperar el resuello. Continuó, pero al llegar al último escalón le faltó el aire. De pronto, todo se tornó oscuro. Caía cuando notó cómo unos fuertes brazos la detenían justo antes de perder la consciencia.

Martín tuvo los reflejos suficientes para impedir que rodara por las escaleras sujetándola con fuerza. Después la cargó en brazos y la llevó hasta la habitación para posarla sobre la cama. Tomó el paño que estaba junto a la jofaina de aseo, lo empapó con el agua que quedaba en la jarra y, tras escurrirlo, mojó la frente y el cuello de la muchacha para espabilarla. El gesto dio resultado, porque ella salió de su letargo. Nada más abrir los ojos intentó incorporarse, pero él se lo impidió empujándola con suavidad.

—Quédese tumbada. No trate de levantarse o se mareará de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó confusa.

—Se ha desmayado.

Realizó un segundo intento para incorporarse, pero él negó con la cabeza mientras la aferraba por los hombros.

—Shhh... No se mueva —susurró. Le aplicó el trapo húmedo en las mejillas. Notó con alivio que el color regresaba ellas.

La joven desistió y se dejó caer sobre la almohada, cerró los ojos y permitió que Martín rozase su piel con el trapo empapado de agua fresca mientras le hablaba con aquella voz suave y profunda.

—¿Mejor? —preguntó él.

Ella asintió, suspirando quedamente.

—Solo ha sido un mareo. Estoy bien.

—Le voy a traer algo de comer.

Mariana hizo un amago de protesta, pero Martín negó con la cabeza. Al rato regresó con un plato humeante sobre una bandeja. Estaba lleno de un caldo con verduras del que emanaba un aroma maravilloso y que provocó que se le hiciese la boca agua nada más olerlo.

—No voy a comer hasta que su tío me deje en libertad —dijo ella luchando contra su propio cuerpo.

—Puede que pase un tiempo hasta que lo haga —le advirtió Martín.

—Me da igual —rezongó.

—Insisto —dijo él con el ceño fruncido y sentado en la cama junto a ella.

—Puede hacerlo cuanto quiera, que no comeré —aseguró obstinada a pesar de que su voz era débil y de que su estómago se oponía mediante intensos espasmos provocados por el ayuno.

—No debería ser tan terca. Aquí no nos falta comida, pero en la ciudad lo están pasando mal por la escasez de alimentos.

—Solo lo dice para convencerme. Si no se hubiesen sublevado ustedes, no estarían así.

—Lo digo porque mi madre y mis hermanas están en Bilbao, que es capital cristiana. Ya soportaron nuestro asedio a la ciudad en el 36 sin culpa alguna y llevan meses sin harina ni azúcar ni huevos. La carne de todo tipo escasea y la leche también —dijo Martín irritado.

—Lo lamento. No le deseo ningún padecimiento a gente inocente —musitó mirándolo arrepentida.

Iba a decirle cuatro cosas más a aquella señorita tan impertinente, pero se fijó en las marcas violáceas bajo sus ojos y se dio cuenta de que Mariana se estaba debilitando y que si le ocurría algo grave no se lo podría perdonar a sí mismo. Había visto lo que el hambre había hecho con su madre, sus sobrinos y sus cuatro hermanas, una de ellas ya viuda debido a la guerra.

—Tiene que comer o se pondrá enferma —dijo con rostro preocupado mientras sostenía el plato humeante.

Mariana miró a Martín de Izurza, a sus ojos castaños grandes y dulces, y su barbilla tembló, pero negó con la cabeza.

Él resopló impaciente y frunció el ceño.

—Es usted la persona más cabezota que he conocido jamás.

Ella no tuvo fuerzas para rebatir aquella afirmación que, por otro lado, aceptaba como cierta, pero se encontraba débil, sin fuerzas, y la tensión nerviosa amenazaba con volverse insoportable y convertirse en una llantina que no podría detener.

—Si no le importa, preferiría que me dejase sola.

—Sí que me importa. No me iré hasta que coma un poco. Puedo ser mucho más testarudo que usted.

Clavó sus ojos en Mariana y ella le sostuvo la mirada hasta que tuvo que retirarla resoplando para coger el plato con caldo y verduras que él le tendió. Martín se aguantó una sonrisa mientras la veía comer, primero con prevención y enseguida con ansia.

—¿Qué es esta sopa tan deliciosa? —preguntó ella lamiendo la cuchara.

—Porrusalda.

—Porru... —titubeó ella.

—Una sopa de puerros. En Bilbao la suelen hacer con bacalao seco salado, pero esta lleva calabaza.

—Pues está exquisita.

—Entona el cuerpo. No tardará en sentirse mejor.

Mariana asintió con una débil sonrisa. Martín se levantó de la cama con el plato vacío para dirigirse hacia la puerta.

—Quiero que sepa que no fui yo quien la delató —dijo él justo antes de salir de sus aposentos y dejarla con la palabra en la boca.

Por alguna extraña razón, le creyó. Y si así era, si no había sido él quien la había delatado, estaba claro que solo alguien podía haberlo hecho y esa era Pepa. Mariana la excusó enseguida. Tenía que verla y lograr que se explicara. La conocía y se imaginó que estaría asustadísima. Con toda probabilidad, para que su doncella hablase, la habrían maltratado de alguna forma, se dijo.

Tal vez si hablaba con Martín lograrse acercarse a Pepa. La tarde la pasó con la firme determinación de dar con la alcoba de su doncella personal antes de que la trasladasen a Durango y así poder conversar con ella.

Al día siguiente, Mariana despertó mucho más optimista. Había decidido que mostrarse más cordial podría beneficiarla. Para ello, comenzó por tomarse el tazón de leche del desayuno y el pan con miel y agradecerse a la muchacha que trajo las viandas y retiró después el cuenco y el plato.

Fue al acercarse el mediodía cuando notó movimiento en el exterior. Se asomó a la ventana de la torre, a los pies de los gigantescos bloques calizos que conformaban la sierra de Anboto y cuyos valles verdes permitían el asentamiento humano y la explotación agrícola y ganadera. Desde lo alto de la torre observó a un grupo de hombres que preparaban sus monturas. No tardó en contemplar con estupor que varios de ellos, entre los que estaba el sobrino de don Pedro, llevaban a su doncella hasta uno de los caballos para, a pesar de los intentos de protesta de Pepa, subirla sin miramientos encima del penco. No lo consiguieron a la primera, pero al final la asustada mujer acabó a horcajadas sobre el animal. Uno de los hombres, el más voluminoso, montó tras ella y agarró las riendas.

Mariana gritó el nombre de la desdichada mujer y ella se giró para llamar a su señorita a voz en cuello.

—¡Ay, niña! ¡Qué alegría más grande tengo de verte! ¿Estás bien, chiquilla? —gritó la doncella.

—¡Sí, tranquila, Pepa!

Mariana contempló mortificada cómo Pepa se echaba a llorar.

—¡No tuve más remedio, mi niña! ¡Tuve que decirles la verdad! ¡Lo siento! —gritó la

buena mujer.

—¡No te preocupes! —Mariana miró con ira al capitán desde la torre y se dirigió a él indignada—: ¡Martín de Izurza!

Él se giró sorprendido antes de contestar.

—¡Dígame!

—¡Si la hacen daño, le juro que se acordarán de quién es Mariana de Ibarra! —vociferó furiosa.

«No lo dudo», pensó él.

—Prométame que no le ocurrirá nada —imploró ella.

—Le doy mi palabra —respondió montando en su caballo.

Mariana contempló cómo el grupo de jinetes tomaba el camino al galope hasta que desaparecieron de su vista.

Capítulo V

Tres días después, Martín de Izurza llamó a la puerta de la habitación de Mariana resoplando. Sabía lo que le esperaba: nada menos que la furia de aquella muchacha tan bravía. Y no se equivocó.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Martín.

—¡Márchese! No quiero saber nada de usted —vociferó ella.

—Antes de que se ponga como una hidra, quiero que sepa que su doncella está sana y salva y de vuelta —dijo él tras la puerta.

Mariana luchó contra su orgullo y, con un sentimiento mezcla de agradecimiento y de alivio, se acercó.

—Gracias. Ahora váyase —dijo en tono más moderado.

Martín supo que ella estaba tras la puerta y se acercó también para que su voz no se escuchase por todo el pasillo. No quería que nadie de la casa le dijese a su tío que habían visto a su sobrino en conversación cordial con Mariana de Ibarra.

—Vengo a darle un recado de su parte. Su doncella quiere pedirle su bendición.

—¿Mi bendición? ¿Para qué?

—Para su matrimonio.

—¿Matrimonio? —preguntó ella.

—Sí, se ha casado anteayer en Durango.

Los días de encierro hacían mella en su ánimo. Mariana se sentía rodeada de enemigos y engañada. No iba a creer una palabra hasta que no hablara con Pepa. Ahora tenía claro que todos aquellos enredos no eran sino una estrategia con el fin de que acabase por claudicar a algo que don Pedro le tenía preparado. No se lo pensó dos veces y pidió reunirse con su doncella para aclarar lo que Martín le había referido. Para su sorpresa, el señor de Izurza no puso ningún impedimento.

Tocaron a la puerta, Mariana abrió sin preguntar y ahí estaba su doncella.

—¡Pepa, por Dios! Menos mal que estás bien —exclamó abrazándola mientras intentaba no romperse en sollozos.

—¡Ay, niña! Qué felicidad me da verte —dijo Pepa besando las mejillas de su señorita.

—Me han contado un montón de calumnias acerca de ti y de una boda —rio Mariana.

—No lo son, niña. Ahora soy la señora de don Bittor Urrutia —dijo Pepa orgullosa.

—¿Cómo? Yo muerta de preocupación por ti y tú te has... ¿te has casado con un aldeano?

—Así es, chiquilla, y no sabes qué feliz estoy de haberlo hecho antes de quedarme para vestir santos —sonrió Pepa—. Fue quien me llevó a caballo hasta Durango. Tendrías que verlo, tan grande y barbudo. Congeniamos enseguida y al descabalar me torcí un tobillo y él me llevó en brazos y después...

—Aguarda un momento —interrumpió Mariana—. Antes de que me cuentes tu noche de bodas, me gustaría saber qué pasó en Durango.

—¿Qué pasó?

—Sí, con las autoridades.

—Poca cosa, niña. Dejé constancia de quién era yo, de que nos tenían retenidas contra nuestra voluntad. Y les hablé de ti también, claro. Como son del bando carlista, no me hicieron mucho caso.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo?

—Bittor me explicó que los Izurza pedirán un rescate por ti. Se supone que ahora se lo comunicarán a tu familia.

—Ya no tengo familia en Bilbao. ¡Tardarán muchos días en ponerse en contacto con Sevilla!

—Tranquila. Alguien se hará cargo de que la noticia llegue a los tuyos.

Mariana estaba boquiabierta y no podía creer lo que escuchaba.

—¿También te lo dijo Bittor?

—Aunque habla un castellano un tanto raro, porque él siempre conversa en vascuence, y no le entiendo nada cuando lo hace, me encanta cómo dice las cosas con ese vozarrón tan varonil...

—suspiró la doncella.

La joven resopló y Pepa sonrió al verla tan desconcertada.

—Marianita, Bittor es un hombre rústico y está algo corpulento, como yo, pero es que me dice unas cosas tan dulces... Y es tan cariñoso...

—¡Ay, por favor!

—Y abraza tan bien... —dijo Pepa con un nuevo suspiro.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo?

—Él me hace reír y me abriga cuando tengo frío y yo le canto por bulerías —rio azorada—. Ya lo descubrirás tú también, chiquilla, y entonces te darás cuenta de que todo es sencillo, fácil, y que eso es justo lo que necesitabas.

—Yo solo quiero no tener que casarme por obligación y menos con un primo viejo y desconocido para servir a las ambiciones de mi familia. Creo que no merezco esa humillación por un escándalo que no fue tal. Quiero que al menos sea mi elección, como has hecho tú. ¡Incluso elegir no hacerlo nunca!

—¿Y ser una solterona? —preguntó Pepa asombrada.

—Sí, ¿por qué no? Seguro que hay cosas peores.

—No sabes lo que te pierdes porque no has estado con un buen hombre, niña.

—Por lo que dice mi madre y me han contado mis amigas, no es para tanto. Además, sería libre y podría tomar mis propias decisiones sin tener que pedir permiso para todo.

Pepa cogió a Mariana de las manos.

—Siempre has sido muy guerrera. Me acuerdo de cuando te escapabas bajando por la enredadera y te ibas a las cuadras para estar con los caballos en vez de estudiar con aquella institutriz inglesa tan siesa que te trajeron. ¿Cómo se llamaba? Felipa nosequé.

—Miss Philippa —rio.

—¿Qué quieres en realidad, Marianita?

—Yo... —Mariana vio en su mente el lugar que su hermano le había descrito en sus cartas: cerca de unas playas blancas de aguas turquesas donde nadaban tortugas y durante la noche el mar se llenaba de luces, rodeado de un bosque tropical, lleno de flores, fuentes, cuevas con cisternas naturales, animales increíbles y loros con plumaje de vivos colores.

—Quiero irme con mi hermano a México.

—¿Con Ignacio?

—Sí, ya sabes que él se quiere ordenar sacerdote y quedarse allí, en Yucatán. Me dedicaré a cuidar de su casa. Tendré un lugar propio sin tener que casarme. Ignacio me escribió acerca de aquello, de lo feliz que es allí con poco. Aunque... —se dio cuenta de que no sería posible.

—¿Qué, niña?

La barbilla de Mariana tembló, pero suspiró hondo y logró continuar.

—Que no sé cómo. No sé cómo lograré llegar a México yo sola. Estoy tan lejos de Sevilla ahora... Y sin dinero para el pasaje. No puedo regresar a casa ni quiero casarme en Francia, y no tengo ni idea de cómo conseguiré evitarlo. Cuando me liberen me enviarán a Bilbao y de allí a Burdeos. En realidad, no le importo a nadie. Soy una moneda de cambio para mi familia o para los carlistas. Nunca he podido hacer nada por mí misma. Ignacio ha hecho siempre lo que ha querido solo por ser un hombre. Incluso he necesitado de ti para viajar o para vestirme. Soy menos libre que tú. Mucho menos.

Pepa la miró con tristeza.

—No sé qué se puede hacer, niña. Si lo tuviera, te daría el capital para el barco. Ojalá pudiera ayudarte.

—No te preocupes, Pepa —sonrió Mariana con amargura—. Solo quiero hacerte una pregunta: ¿estás segura de que serás feliz aquí, con él?

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida. Quiero ser la esposa de Bittor y la madre de sus hijos, si es que aún puedo tenerlos, y vivir aquí, rodeada de montañas, en su *baserri*, eso ya me lo he aprendido. Él era herrero hasta que comenzó la guerra y se alistó a las órdenes de los

Izurza. Mi tiempo como doncella ya pasó. Ahora tendré mi propio hogar. Solo siento dejarte, tesoro —sollozó.

—Mi buena y dulce Pepa, no te aflijas por mí. Ve con tu esposo. Espero que seas muy feliz. De verdad te lo deseo —dijo Mariana mirándola con ternura.

Ambas mujeres se abrazaron justo en el momento en el que alguien llamaba a la puerta. Mariana abrió mientras Pepa se sonaba la nariz con fuerza. Era Bittor, que venía a buscar a su esposa. Observó cómo el rudo y corpulento aldeano de rostro hosco y tan alto como un gigante se convertía en un hombre de mirada bondadosa que sonrió de oreja a oreja nada más contemplar a su esposa. Después, los vio marchar desde la torre, juntos y felices, y sintió una punzada de envidia. Se fueron a caballo, hacia la villa de Durango, donde su antigua doncella viviría a partir de entonces.

Mariana se había quedado sola en aquel lugar tan extraño para ella, con gentes que no la querían allí, que hablaban una lengua desconocida y que tenían costumbres muy diferentes a las suyas. Recordaba a su padre, pero sobre todo a su abuela, sobria y elegante, que le cantaba extrañas melodías. Había soñado con ella de nuevo, con doña Isabel, una mujer cuyos antepasados habían hospedado en su casona medieval a príncipes de España, y también con aquella mañana en el mercado y con aquel niño.

Pensaba en lo feliz que había sido entonces y en cómo habían cambiado las cosas al pasar a ser considerada una muchacha casadera, cuando fue requerida por don Pedro.

Como siempre, el señor de Izurza la recibió en su gabinete, bien vestido y con la intención de dejar claro que aquellos eran sus dominios y que él imponía su voluntad.

—Buenos días, mi querida señora. ¿Ya le ha puesto al día su antigua doncella de todas las novedades? —dijo muy ufano mientras observaba su colección de espadas, expuestas en diferentes lugares de la habitación.

—Lo ha hecho.

—Me alegro, me alegro.

—Así que pretende tenerme aquí hasta que reciba su recompensa por mi liberación —dijo Mariana.

—Esa es la idea, sí.

—Bien, entonces, teniendo en cuenta que estaré un tiempo en su casa, me gustaría poder disfrutar de un poco más de libertad. Salir de mi alcoba de vez en cuando.

—¿Y por qué cree que accederé a ello? —preguntó don Pedro.

Ella no se amedrentó.

—¿De verdad piensa que mi familia no tomará represalias contra usted? Abusa de su

posición, señor mío. Sus hombres me han raptado. No sé cómo proceden en estas tierras tan bárbaras, pero de lo que estoy segura es de que mi familia exigirá una compensación. —Sonrió para que supiese que podía jugar al mismo juego.

Don Pedro se dio cuenta de que Mariana de Ibarra iba en serio y tuvo que reconocer que aquella mujer era inquebrantable y muy lista.

—Lo supongo, pero mientras la guerra continúe le recuerdo que este es mi territorio. A Dios gracias, de momento, la contienda está a nuestro favor a pesar de la resistencia de la villa de Bilbao, aunque usted siga siendo mi salvoconducto por si cambian las tornas.

Mariana asintió en silencio antes de proseguir. No tenía constancia de que fuese cierto lo dicho por el tío de Martín acerca de cómo transcurría la guerra, que ya duraba cinco largos años. Miró a don Pedro a los ojos y supo que era alguien que haría cualquier cosa por mantener su condición de amo y señor de lo que él consideraba sus dominios. Representaba otra época y se resistía con uñas y dientes a perder su estatus. Ella solo significaba un medio para lograr sus fines.

—Comprenderá que mi reputación podría quedar comprometida después de un tiempo sola, sin doncella.

—Está bien. Lo comprendo. Le proporcionaré una sin demora. Conozco a una muchacha que es muy dispuesta.

—Le estaría muy agradecida. Necesitaría una doncella que se ocupase de peinarme, vestirme, de mi ropa, que tenga experiencia en ese tipo de labores. No me sirve cualquier chica de la aldea.

—No se preocupe. Podrá elegirla usted misma.

—¿Y no va a pedirme nada a cambio?

Pedro de Izurza sonrió ante aquella sinceridad que él consideraba más propia de varones. Aun así, le gustaba el estilo franco de la hermosa muchacha y por un instante lamentó que su esposa siempre hubiese sido tan delicada y sin carácter.

—Lo haré en su momento. Considérese en deuda conmigo —respondió con un sutil gesto de agrado.

Mariana consiguió una doncella bastante eficiente y logró que le permitieran salir de la torre para ir a misa y a caminar por los alrededores con la promesa de no escapar.

—Sería inútil que lo intentase. Nadie le daría cobijo en ninguna casa de aquí a Bilbao y mis hombres no tardarían en apresarla —la había prevenido don Pedro, y supo que iba en serio. Así que se dedicó a pasear por las campos cercanas al torreón y dejó de sentirse encerrada.

El paraje era de una belleza prodigiosa. El otoño ya había hecho acto de presencia y daba a

los bosques unas tonalidades cobrizas y doradas características que sorprendieron a Mariana. Desde su ventana, las puestas de sol y los amaneceres eran espectaculares. Las montañas grises y peladas daban paso a frondosos hayedos y estos a prados verdes mojados por la lluvia y salpicados de ovejas.

Había salido a caminar al mediodía bajo el tímido sol de otoño cuando, al llegar al molino, junto al río, escuchó la hermosa voz de Martín de Izurza a su espalda. Estaba canturreando.

—¿Me está siguiendo? —preguntó.

—¿No pretenderá escaparse de nuevo? —dijo él.

—No. No llegaría muy lejos sin unas buenas botas y un caballo.

Martín la alcanzó y caminó a su lado mientras rodeaban el molino.

—Tendría que cruzar la montaña y Mari la atraparía.

—¿Quién es Mari?

—¿Ve aquel agujero en la montaña?

Mariana asintió.

—Esa es la cueva de la Dama.

—¿La Dama?

—La Dama del Anboto. Tiene muchos nombres, pero todos la conocen como Mari. Ella habita en las cumbres de las montañas y recibe un nombre diferente por cada una. El más importante de sus refugios es ese, la cueva de la cara este del Anboto, justo bajo la cumbre, el que se conoce como Mariren Koba. Tiene otro en el Oiz, en el Txindoki... —Martín se percató de la cara de extrañeza de Mariana—. La Cueva de Mari.

—¿Ella es una hechicera? —preguntó con sincera curiosidad.

—No, es la madre de todo cuanto nos rodea. Los que la han visto dicen que es una elegante mujer vestida de verde con abundante cabellera rubia que acostumbra a peinarse bajo el sol con un peine de oro a la entrada de su cueva. Aunque también aparece en forma de mujer con patas de cabra y garras de ave rapaz, o como una silueta de fuego, un arco iris o un caballo que arrastra las nubes. Es la reina de las *lamiak* y sus aliadas son las *sorginak*, las brujas.

—Me pregunto si es una madre bondadosa.

Martín miró a Mariana y sonrió, y ella se dio cuenta de que aquella sonrisa sincera y dulce lo hacía parecer muy bello.

—No es buena ni mala. Ella solo es... Mari, la señora de la tierra y los astros. Domina las fuerzas de la naturaleza y ese es su compromiso con los humanos. De ella vienen los bienes de la creación y el agua de los manantiales. También es la encargada de llevar el buen y el mal tiempo de un lado a otro. A cambio, Mari solo pide a los humanos un pacto recíproco, el de los *jentileak*.

—¿Qué son los *jentileak*? —preguntó Mariana.

—Los primeros que poblaron esto, seres paganos con apariencia humana con una gran

fuerza y fieles a Mari, la Dama, que viven en el interior de la tierra. A mí siempre me han dicho que los gigantes construyeron con grandes piedras esos lugares, que dicen que son mágicos, y son los mismos que lanzan rocas desde los montes. En la ermita de Mañaria, en San Martín, hay unos peñascos junto a una cueva y a ese lugar se le llama Jentilarriak. Mari nos muestra que faltar a la palabra es estar maldito porque rompe la ley de los *jentileak*: el cumplimiento de la promesa con Mari. Ellos se escondieron de nosotros al llegar la palabra de Dios a estas tierras para seguir fieles a Mari, pero aún están ahí, en los bosques, en las cuevas, en los ríos y montañas. Nos observan. Si la ley no se cumple, Mari castiga. Condena la falsedad, el robo, el orgullo y la jactancia de los humanos. Los hombres son mortificados con la privación o pérdida de lo que ha sido objeto de la mentira. Pierden sus bienes, que luego pasan a las arcas de Mari y así ella abastece su despensa a cuenta de los que niegan lo que es y de los que afirman lo que no es: *ezagaz eta baiagaz*. Entrampa con sus palabras, juega con ellas, con la negación y con la afirmación. Esa es su justicia.

Mariana miró a Martín fascinada por aquella extraña historia que le hacía sentir y casi vibrar.

—Cuénteme más, por favor —pidió.

—Pues verá... Se dice que cuando Mari está en el Anboto llueve, cuando está en la sierra de Aloña hay sequía y cuando está en el Gorbea, las cosechas son abundantes. Dependiendo de la cumbre que habite, así será el tiempo que haga, lluvioso o seco. ¿Ve la cumbre? Hoy está tapada por las nubes. Eso quiere decir que Mari está dentro de la cueva y nos observa. Fíjese en el perfil de las montañas, que se asemeja a una mujer tumbada: la nariz de la dama es el Alluitz, la boca es el Infernuko Zubia, el Paso del Diablo, y los pies, el Anboto —explicó Martín señalando el perfil de las montañas que los rodeaban, como si las acariciara con los dedos—. Además, tiene dos hijos: Mikelatz, el hijo perverso, y Atarrabi, el hijo bondadoso que protege las cosechas y a los habitantes de las aldeas. Mikelatz, en cambio, destruye rebaños y cosechas mediante rayos y lluvias.

—¿Y no tiene marido? —rio Mariana.

—Sí, sí. Su consorte es Sugaar. Él es capaz de cambiar de forma. Toma la de una gigantesca serpiente o un dragón y también posee moradas terrenales como, por ejemplo, las grutas de Amunda y de Atarreta, en Ataun. Otro lugar que se considera su morada, o la de su hijo Mikelatz, es la cueva de Baltzola, en Dima. Según las leyendas, Mari y su esposo mantienen encuentros los viernes y adoptan forma humana. Ese era el día en que se reunían las brujas. Su relación carnal provoca grandes tormentas y descargas eléctricas —dijo Martín con una sonrisa pícaro—. De la unión mágica entre los dos surgieron Eguzki, el sol, e Ilargi, la luna.

La conversación provocó que las mejillas de Mariana se pusiesen rojas como la grana, así que cambió de tema para no perturbar a la muchacha.

—En las cuevas, Mari también recibe a sus fieles, los cuales están obligados a guardar un estricto protocolo. Primero se le debe hablar en *hika*.

—¿Cómo? —preguntó Mariana.

—Tutearla.

—¿Y qué más?

—También hay que salir de la cueva de la misma forma que se entró y no hay que sentarse nunca mientras se habla con ella, incluso al recibir la invitación de hacerlo. En tiempos antiguos, los pastores y labradores le pedían y realizaban ofrendas para que hubiera buenas cosechas y para que los animales procrearan. A las mujeres que quieren quedarse encintas se les aparece como la Dama Blanca o en forma de árbol con torso femenino. Por eso existe la costumbre de dejar obsequios a Mari bajo algunos árboles. Mari atiende a quienes acuden a ella y le piden consejo o ayuda. Y con los hombres se comporta de forma tiránica o todo lo contrario. Los llega a enamorar haciéndose pasar por una mujer dócil.

—Eso no lo dudo —sonrió ella.

—¿Por qué? —preguntó Martín.

—Los hombres podéis ser muy estúpidos. Mi hermano Ignacio, por ejemplo, marchó a las colonias siguiendo a una mujer y, cuando llegó, ya estaba casada con otro hombre. Ahora se encuentra al otro lado del mundo arruinado, pero, aun así, quiere quedarse allí y ser sacerdote. Aunque, al menos, él puede elegir, no como yo —resopló Mariana ante la mirada divertida de Martín.

Él observó a la muchacha con la duda de si indagar en lo que su tío le había referido acerca de ella y su compromiso con un acaudalado caballero. No sabía si Mariana se encontraba de buen humor y, si no era así, lo más probable era que terminase de forma abrupta la conversación y él no quería volver a discutir o enfadarse con ella. No estaba de acuerdo con la decisión que había tomado su tío y, al decírselo, había provocado la ira del señor de Izurza. Las ansias de poder de don Pedro amenazaban con llegar a ser la perdición de todos, pero no quería que eso perjudicase a la muchacha. Ella solo había aparecido en el lugar equivocado en un momento desafortunado.

Mariana, por su parte, intuyó que Martín quería decirle algo, aunque no se atrevía. Estaba sorprendida de lo fácil que había sido hablar de su hermano con aquel extraño. ¿O ya no lo era tanto?

Capítulo VI

—Si vuelvo a Bilbao nunca regresaré a Sevilla, partiré a Burdeos. Mi familia ha planeado mi boda con un primo lejano, un Ezpeleta —dijo Mariana, y al momento sintió un inmenso alivio.

Martín, que caminaba a su lado, se paró en medio del pequeño puente de piedra bajo el que discurría el río, junto al molino. Ella también lo hizo.

—Intuyo que no es de su agrado ese compromiso —dijo él.

—No. No lo es, pero no tengo alternativa. Si no me caso, ingresaré en un convento. Mi padrastro no quiere mantenerme.

Y entonces todo salió a borbotones de su boca. Relató lo ocurrido en aquel lejano baile en Sevilla. Mientras Martín escuchaba con atención en silencio, ella pudo comprobar cómo su rostro se iba ensombreciendo.

Mariana notó un molesto nudo en la garganta.

—Diga algo. Lo que sea, o me moriré de vergüenza —imploró al terminar.

Él la miró y sintió una ternura inmensa por aquella muchacha tan sincera y valiente. Todavía sobre el puente, se agachó para coger unos cuantos guijarros del suelo.

—Hay hombres que se dicen caballeros, pero no son tales. No comprendo cómo ningún varón de su familia salió a defender su honor —dijo lanzando un par de guijarros al agua.

—¿Mi honor? —preguntó Mariana confusa y asombrada.

—Alguien debería haberle rebanado sus vergüenzas a ese lechuguino —murmuró él haciendo rebotar con habilidad una de las piedras sobre el agua.

A Mariana se le escapó una carcajada.

—Eso sería un poco... anticuado —rio.

—Debo ser anticuado entonces, porque no opino lo mismo.

Ella se dio cuenta de que él hablaba en serio y eso alteró la idea que tenía de Martín.

—Creí que usted también me juzgaría —susurró.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Me ha confiado algo que la atormentaba. Aunque no sé muy bien por qué me lo ha contado.

Mariana se encogió de hombros.

—No tenía nada que perder. Ya he perdido mi nombre, mi hogar, no me queda más que la verdad —dijo con sarcasmo—. Y ahora, para ser justo, debería contarme eso que lo reconcome y que hace que siempre parezca tan... huraño.

—¿Que yo parezco huraño? ¡Dijo la sartén al cazo!

—¡No soy huraña, señor mío!

—¡Sí que lo es! Y altanera, quisquillosa e impertinente.

—¡Y usted es... es... grosero, insolente y... arrogante! —farfulló ella.

Ambos se contemplaron retadores durante unos instantes, tratando de aguantar la mirada del otro hasta que los gestos hoscos casi dieron paso a la risa. Desviaron la vista algo azorados a la vez que intentaban no sonreír más. Martín se quedó en silencio mientras Mariana observaba el paso de las aguas limpias y veloces que hacían funcionar el molino cercano.

—Está bien —resopló él—. Es usted muy curiosa también. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué su tío se conduce con usted de esa forma tan desdeñosa? ¿Por qué lo manipula y usted no se rebela cuando parece un hombre combativo que no le teme a nada?

—¿Eso piensa? Le contaré algo —dijo Martín mirando el transcurrir del río—. Mi madre enviudó durante la guerra contra los franceses y los bienes de mi padre pasaron a estar en sus manos hasta mi casamiento. Por esa parte de la familia todo está en orden. El problema es mi tío que, aun estando casado, no tiene descendencia directa.

—¿A qué se refiere con directa? —preguntó Mariana.

—A que mi tío tiene un hijo natural fuera del matrimonio y todo el mundo lo sabe. Aún es un muchacho de diecisiete años. Nada más verlo, todos se percatan de que son idénticos. Su madre es una simple tendera y, además, gitana. Iba de pueblo en pueblo, dedicada a la venta ambulante, pero fue repudiada por su familia al quedarse encinta y mi tío le procuró los cuartos para poner una taberna. Como habrá adivinado, mi madre y mi tía se niegan a que el legado de los Izurza pase a sus manos. Las leyes hereditarias del fuero de Durango procuran evitar que las familias del valle pierdan sus bienes y sus haciendas o que su estirpe se divida mediante el mayorazgo: todo pasa a ser de un único heredero.

—Tenía entendido que los gitanos habían sido expulsados de Bizkaia.

—Es obvio que las leyes no se cumplen de manera estricta. Mi primo Andoni es el mozo al que vuestro cochero hirió. Por eso mi tío estaba tan molesto conmigo. Él lo acepta como hijo, ha sido criado como tal y todo el mundo en Izurza lo reconoce también. Pero mi madre descende del mismísimo don Diego López de Haro y para ella la sangre de un Izurza debe ser pura, libre de antepasados indeseados como moriscos, gitanos o judíos. Ya sabes lo que dijo mi tío: somos cristianos viejos, siempre hemos defendido la cristiandad y hemos puesto nuestro nombre al servicio de la corona. Usted debe de saberlo bien.

»En el señorío de Vizcaya y en Guipúzcoa existe el llamado derecho de hidalguía, en virtud del cual todos los guipuzcoanos y todos nosotros, los vizcaínos, nacemos hidalgos. Es nuestra obligación tener caballo y portar armas, así como recibir con regularidad preparación militar, a fin de acudir a la guerra en el momento en el que el rey lo reclame. Sus antepasados y los míos lo hicieron. Los vascos siempre cumplimos con el monarca, fuimos leales. Como contrapartida a

esa fidelidad, entre otros privilegios, estábamos exentos del pago de ciertos tributos. Dicen que eso está a punto de cambiar por culpa de los *guiristinos* o cristinos. Los nuevos aires que llegan de Francia parece que harán que perdamos nuestros derechos ancestrales.

»Los políticos liberales, entre ellos el padraastro de usted, no mantendrán los derechos territoriales; quieren centralizar el país a la francesa. Como Mendizábal con las desamortizaciones o el decreto de libertad de industria y comercio, que ha acabado con los gremios. Así que mi tío, que también es mi padrino, ante todos estos acontecimientos, me ha nombrado heredero por si a él le ocurre algo, alentado por mi madre y su esposa, que por nada del mundo quiere que un bastardo herede el apellido Izurza. Todo es para salvaguardar la tradición, el nombre de nuestros ancestros y de la familia. Por eso debo luchar para él.

—Suenan todo muy medieval.

—Lo sé —asintió Martín—. Esta guerra lo es. Mi tío y muchos otros *jauntxoak*, los señores, se sienten traicionados por la regencia de María Cristina. Por eso se han levantado en armas; no quieren ser simples súbditos.

—María Cristina me quiere gobernar, y yo le sigo, le sigo la corriente, porque no quiero que diga la gente que María Cristina me quiere gobernar... —canturreó Mariana, lo que provocó la risa de Martín.

—Él y todos los demás señores lucharon contra los franceses y ahora no le permiten negociar los precios de nada de lo que intentan vender lejos de tierras vizcaínas. Para mi tío y muchos otros, la Corona los ha olvidado, ya no cuenta con ellos, ni ellos con sus favores.

»La futura reina Isabel, si es que llega a reinar, será diferente. No se trata de que sea mujer o no. Su madre, la regente, ya prefiere a los ministros liberales en vez de a la nobleza o al clero. De cara a la galería quieren modernizar el país y nosotros, las viejas familias, les molestamos. —Martín sonrió con ironía—. Don Carlos promete mantener esas prebendas. Por eso le apoyan los señores y el clero, que teme perder su poder, como ha ocurrido en Francia. Mi tío opina que ya no se nos respeta y que con Carlos de Borbón como rey eso cambiaría.

—En Inglaterra reina una mujer, pero depende del parlamento. No creo que volver a tiempos pasados sea una buena idea —dijo Mariana—. ¿Qué cree usted que ocurrirá?

—Creo que la era de los señores de la guerra toca a su fin, pero mi tío no lo quiere entender. Ya no son importantes, ya no los llama el rey para pedirles ayuda o consejo. Ya no se les paga por utilizar el molino. Han dejado de ser ricos y poderosos. Las espadas ya no sirven, ahora es el momento de la diplomacia y la política. Creo que los restos de nuestra forma de vida perecerán con los tiempos que se avecinan.

»Un amigo mío dice que las máquinas están cambiándolo todo en la Gran Bretaña. Las historias acerca de Mari, de los *jentileak* desaparecerán, como nuestro idioma, el que la gente que abandona el campo y se va a la ciudad deja de hablar por vergüenza, para que no los llamen

pueblerinos. O puede que cambien las tornas y el futuro nos salve del olvido y nos devuelva la gloria de antaño, cuando ser vasco era símbolo de nobleza. —Martín suspiró—. El reparto de los impuestos también es otro escollo para que los señores acaten la regencia. Ellos quieren seguir controlando las tributaciones y las herencias. Por eso mi tío ha puesto una condición a mi madre para que yo sea el sucesor de su casa y no mi primo.

—¿Cuál? —preguntó Mariana fascinada por lo que Martín le relataba, por esa historia que le parecía ajena a todo lo que había conocido.

—Como solo tengo hermanas, debo casarme y garantizar que el apellido Izurza se mantenga vivo y no se pierda. Ellas pueden heredar, pero no perpetuar el apellido. Mientras eso no ocurra, mi tío me mantiene bajo su tutela y puede disponer de mí. Estoy a sus órdenes.

—¿Ya hay candidatas? —bromeó Mariana.

—Unas cuantas, aunque usted no lo crea. Aunque me cuesta elegir —dijo Martín haciéndola sonreír.

—¿No será usted de esos que no se compromete? Mi hermano siempre ha sido así, un enamorado.

—Ese no es el problema. Mi tío ha intentado emparejarme con quien le conviene a él. Y lo ambiciona todavía.

—Entiendo. ¿Y si usted decidiese renunciar a la tutela?

—Las leyes del honor me obligan. He dado mi palabra.

—El honor, el orgullo, la tradición... Son las mismas normas absurdas que me exigen acatar a mí. Debo honrar a mi familia, salvarla del escarnio público y de la falta de posibles, y para eso tengo que venderme al mejor postor. Siempre se trató de eso, supongo. Nací y me educaron para ese fin, para lograr el mejor precio por mí. Me debo a mi apellido.

—Veo que ambos tenemos casi el mismo problema —dijo Martín.

Ella asintió, pero esquivó sus bellos y suaves ojos pardos porque, al mirarlos, experimentó algo que nunca había sentido y que le ponía nerviosa.

—No tarde en regresar. Pronto servirán la comida y hoy está invitada a almorzar en la mesa con nosotros —explicó Martín.

—No lo sabía —dijo Mariana.

—A eso había venido, a avisarla. Tenemos *sukalki* de zancarrón y le puedo asegurar que está delicioso, porque la cocinera de mi tío es la mejor de Durango. Además, hay *mamia*, cuajada con miel. Ni el pretendiente al trono come como él.

Martín regresó a la torre pensativo y dejó a Mariana con un extraño desasosiego en las tripas. Algo le decía que había encontrado una peligrosa solución a sus problemas.

«Mari atiende a quien acude a ella y le pide ayuda o consejo», había dicho el capitán Izurza y, allí, bajo las peñas desnudas de la sierra de Anboto, Mariana de Ibarra tuvo una revelación y

comprendió que, por primera vez en su vida, tenía ante ella la oportunidad de decidir por sí misma, de elegir lo que en realidad quería hacer con su existencia.

Nunca había podido disponer nada, todo le había sido dado. Su padrastro y su madre habían elegido por ella desde sus ropas hasta su futuro, pero ahora tenía ante sí la mejor de las revanchas.

Sus ojos azules se dirigieron a la montaña, allí donde Martín le había dicho que estaba Mari, la Dama.

—Dime si esto es lo que debo hacer. Hazme una señal, Dama Mari.

Mariana esperó unos minutos, pero no ocurrió nada. Justo cuando se disponía a abandonar la absurda idea que acababa de tener y comenzaba a caminar por el sendero de vuelta a la torre, se levantó un viento fuerte repentino y un trueno retumbó en la lejanía.

—Gracias, mi señora —susurró mientras las primeras gotas de lluvia tocaban su cabeza.

Capítulo VII

Mariana echó a correr tras el joven capitán bajo la violenta borrasca y llegó a la torre con sus ropas y cabellos calados justo cuando él entraba.

—¡Martín, espere! —gritó.

Él se giró extrañado y, al verla jadeante y empapada, pensó en lo preciosa que estaba.

—Necesito hablar con usted. Tengo algo que proponerle.

—Usted dirá, pero hágalo deprisa que tengo hambre.

Mariana resopló irritada e hizo sonreír a Martín.

—¡No sea insolente! Hay algo que podría acabar con nuestros problemas. Los de ambos.

—Dígame, la escucho.

Allí, frente a Martín, Mariana tomo aire y dejó escapar las palabras deprisa.

—Le propongo que nos casemos.

—¿Cómo dice?! —exclamó Martín riendo.

—¡No se burle de mí! —bufó Mariana sin dejar de gotear sobre la entrada del torreón de los Izurza.

—No lo hago. Continúe, por favor —respondió Martín suavemente.

—Nuestra boda sería el medio para que usted no dependiera más de su tío y de que yo pudiese romper mi compromiso. Usted sería libre y yo también.

La idea dejó a Martín estupefacto, sin poder articular palabra. Sus ojos no paraban de observar a Mariana que, ansiosa, aguardaba una reacción que no llegaba. Ni en sus sueños más disparatados pensó jamás en que aquella muchacha, que lo exasperaba y fascinaba a partes iguales, pudiese proponerle algo semejante.

—Olvide todo lo que le he dicho. Le parecerá una locura —dijo avergonzada tapándose la cara con las manos. Pero acto seguido resopló impaciente—. ¡Dígame algo!

—No, no es una idea tan descabellada —respondió Martín por fin.

—Por supuesto sería un enlace inexistente. Un engaño.

—¿Inexistente?

—Sí, me refiero a... un matrimonio no consumado —carraspeó Mariana.

—Ah, comprendo. —Asintió algo decepcionado en el fondo—. No es muy cristiano hacer eso, pero...

«Eres un iluso, Martín de Izurza. Ella jamás se fijaría en ti de ese modo», se dijo, aunque no pudo evitar imaginar, por un instante, cómo sería rozar la piel de su generoso busto, y enseguida se avergonzó de sus pensamientos.

—Lo sé. Tampoco meterme monja a la fuerza o casarme por conveniencia y contra mi voluntad me lo parece. ¿Le supondría un problema?

—No, ninguno —mintió.

Mariana sintió una especie de desencanto al comprobar que Martín no era tan incorruptible como parecía.

—Después de un tiempo prudencial, cada cual tomaría su camino —dijo Mariana—. Pediríamos la nulidad y volveríamos a ser libres los dos. Usted podría casarse de nuevo. Es un hombre y no tendría problemas. Yo perdería mi honra para siempre, pero no me importa. Sería un casamiento de urgencia, sin noviazgo. Eso hará que la gente murmure, que la noticia llegue hasta Bilbao con rapidez y, finalmente, a mi familia. Mi prometido me repudiará nada más enterarse.

—Lo hará, sin duda. No se le escapa una —rio Martín.

—Una cosa más. Necesito que me prometa que, cuando yo lo disponga, me dejará marchar, que solo será un pacto temporal.

—No querían un escándalo, pero lo tendrán, ¡vaya que sí! —sonrió.

—No podré regresar a mi casa después de esto. Nadie querrá pagar una dote por mí, una mujer repudiada que ya no es pura, pero tengo planeado irme a México con mi hermano. Me ocuparé de su casa cuando se ordene sacerdote. No necesitaré mi virtud para nada. ¿Podrá hacerme ese favor, Martín? ¿Me da su palabra?

Él la miró sorprendido y admirado a partes iguales, y también un poco apenado al pensar que aquella muchacha tan avispada, audaz y hermosa pudiese acabar sus días en un convento o tan lejos de su casa y al cuidado de un cura.

—Se la doy. Le doy mi palabra —dijo él tomando su mano para estrecharla con formalidad—. Solo debemos poner nuestras intenciones en conocimiento de mi tío y él se encargará.

—Un hombre necesita tener una esposa, y un caballero debe desposarse con una mujer de buen apellido. El suyo es excelente, doña Mariana, por eso no comprendo por qué quiere rechazar a su primo, un Ezpeleta nada menos, y con negocios mucho más provechosos que los de mi casa, según tengo entendido —dijo el señor de Izurza ante Mariana y su sobrino, sentados a la mesa, a los postres.

—No tengo inconveniente en decírselo, don Pedro —dijo, observada con atención por Martín—. Mi futuro marido no tiene ningún interés en mí. Ni en mí ni en ninguna otra mujer.

—Comprendo —dijo el hombre mientras pelaba una manzana.

—Es algo de dominio público y me niego a representar semejante teatro.

Don Pedro miró a ambos con una sonrisa ladina.

—Me habían relatado de algunas charlas y paseos, pero me sorprende no haberme dado cuenta de vuestro acercamiento, sobrino. Tengo la sensación de que ambos sabéis algo que yo ignoro, aunque no me voy a oponer. Es un buen enlace para nuestra familia. Nada menos que un Izurza y una Ibarra. Y me atrevo a decir que muy conveniente para nuestra causa. Aunque me barrunto que su familia pondrá objeciones, doña Mariana.

—Para cuando se enteren será demasiado tarde —sonrió ella.

—Necesitaremos un sacerdote —dijo Martín.

—Y que me faciliten una bañera lo más pronto posible —añadió Mariana levantándose de su asiento, dispuesta a marcharse.

El joven capitán imitó su gesto.

—Descuide —dijo el señor de Izurza. Los observó complacido y se puso de pie para estrecharles la mano.

Ambos salieron del comedor satisfechos.

—Mi tío se encargará de que la noticia de nuestros esponsales llegue a la prensa —dijo Martín mientras caminaban.

—Bien. A mi madre le dará un síncope cuando se entere —rio Mariana.

—Creo que deberíamos empezar a tutearnos; sería extraño que no lo hiciéramos —dijo él antes de dejarla junto a la puerta de su alcoba.

Don Pedro se ocupó de buscar un sacerdote y de los preparativos más oficiosos. Abogados de confianza de los Izurza redactaron el *eskontza kontratua*, en cuyas capitulaciones se especificaban las respectivas aportaciones de los contrayentes, y se firmó frente al notario de la familia. De la parte de Mariana de Ibarra no figuraron detalles concretos, aunque sí se citaron todos sus apellidos ilustres y los costosos regalos de la familia que Mariana llevaba en sus equipaje para su pasado compromiso en Francia; entre ellos, delicadas piezas de vajilla de porcelana y plata, paños de seda, encajes y joyas familiares. Después se proclamaron las amonestaciones e hicieron visitas de cortesía al sacerdote, en la que se tomó chocolate, y a familiares y vecinos ilustres, que se llevaban a cabo mediante meriendas y refrigerios.

Mientras tanto, se fue lavando y planchando el ajuar de Mariana, que se había confeccionado desde temprana edad y estaba constituido por la ropa de cama, mantelerías y toallas bordadas a mano con gran riqueza ornamental, la lencería, la ropa de dormir y varias varas de lienzo de la mejor calidad sin cortar.

En el caso del novio, su tío le regaló como dote un recio palacete del austero estilo barroco vasco, con su correspondiente jardín, cuerdas, tierras de labranza y ganado arrendado. Disponía de tres plantas, un balcón de hierro forjado y tejados a cuatro aguas. En la fachada, el escudo

heráldico de los Izurza y un gran reloj de sol pintado. Se encontraba en la villa de Durango, cercano al río Mañaria, y estaba orientado al mediodía.

El arreo del novio se compuso de ropa de cama, regalos para su prometida y muebles y enseres para el hogar.

El traslado de los bártulos de la pareja a su nueva casa se realizó con anterioridad a la boda, en varios carros tirados por bueyes. El ajuar de la novia, presidido por una bañera, fue llevado en una *kutxa* de madera noble decorada con *lauburus* tallados y colocado en el dormitorio del inminente matrimonio ante la atenta mirada de Mariana, su nueva doncella y Pepa.

La cabecera de aquella ostentosa peregrinación estaba presidida por el carro del novio, que trasladaba la cama con cuatro colchones y almohadas de lana con sus correspondientes sábanas, fundas de colchón y almohadas de lino. En el de la novia iba el ajuar textil, que incluía las camisas de dormir del futuro esposo.

Encabezando la comitiva, un par de bueyes tiraban del carro cargado de enseres que Martín aportaba como ajuar. En otro, se acarreaban utensilios para la casa y la cocina, un tocador con espejo, la vajilla y un recio arcón lleno de paños finos de lana y seda.

Las parejas de rumiantes, elegidos por su porte para el traslado de los arreos, se engalanaron con lienzos de rayas, mantas de colores y la costumbre vizcaína de cubrir el yugo tallado con una piel de tejón y coronarlo con una *azkonarra* de hierro forjado y hermosos collares de campanillas de bronce con el fin de ahuyentar los malos espíritus.

En los otros carros se dispusieron el resto de los muebles. Atados al último iban una novilla, una yegua y varias ovejas, que se aportaban como representación de la dote. Cerraban el cortejo un grupo de mujeres, que llevaban viandas para el banquete nupcial.

Su antigua doncella personal, asombrada de la rapidez con la que se habían sucedido los acontecimientos, no comprendió las extrañas razones que su niña le dio para justificar aquel repentino matrimonio, y Mariana tuvo que morderse la lengua para no explicar lo que nadie, ni su fiel Pepa, debía saber: que aquel matrimonio solo era un pacto para poder ser libre.

Las jornadas anteriores a la boda y la de la ceremonia fueron días festivos de ostentación y notoriedad de los Izurza ante la comunidad.

Mientras la novia se arreglaba para la boda, el cortejo encabezado por el novio se apostó bajo la ventana del dormitorio de la futura esposa en su nuevo domicilio, en Durango, acompañado por los sones tradicionales del *txistu* y el tamboril. El bullicio y la música que amenizaba a la comitiva de familiares y vecinos congregó a muchos curiosos que querían ver a la novia, de la que se decían infinidad de cosas.

Puntual a la cita en la iglesia, la esperaba Martín. Mariana llegó acompañada por Pepa, que insistió en engalanarla con el vestido de boda que ella transportaba en su equipaje para su enlace en Francia.

El séquito se detuvo a las puertas de la basílica de Santa María de Uribarri, en Durango, donde se celebraría el matrimonio, para vitorear a los recién casados.

Todo el mundo en la villa y alrededores comentó durante días lo vistosa y bonita que iba la novia. El precioso vestido de satén en color crema, muy ceñido a la cintura, con grandes mangas *gigot* y hombros caídos a la moda, lucía a la perfección en el cuerpo de Mariana y causó sensación. Ella cerró y adornó su toquilla de fino encaje con un broche de su abuela paterna que disimulaba sus hombros desnudos y su abundante busto y lució unos lujosos pendientes de su abuela materna.

El novio se enfundó una levita azul de doble botonadura con chaleco bordado y pantalones a juego y camisa blanca de elegante pechera.

Pepa soltó una exclamación al ver a Martín ataviado para la boda. Mariana, en cambio, se quedó muda intentando disimular la impresión que acababa de causarle la buena presencia del novio, que nada más aparecer en la iglesia desató un murmullo de admiración por parte de las damas y algún que otro mohín de decepción y disgusto por parte de las mozas casaderas de Durango.

—Pero, chiquilla, mira que eres siesa. ¿No le vas a decir nada al muchacho? Con lo apuesto que está, tan repeinado y con esa ropa elegante. ¡Qué presencia tiene, tan alto y distinguido! Y fíjate en esa camisa que lleva, qué fina y bien planchada —le susurró al oído Pepa.

—Parece que se ha bañado para la ocasión —murmuró Mariana, sin querer reconocer que Martín de Izurza estaba soberbio y que contemplarlo caminar hacia ella tan serio, con aquellos ojos pardos muy abiertos fijos en su cuerpo, le afectaba de una forma que no podía comprender. En realidad, pensó que le ponía tan nerviosa el verlo acicalado como discutir con él.

Por su parte, Martín no pudo apartar los ojos de Mariana desde que la tuvo ante él con su vestido de novia, sus alhajas y su pelo adornado con flores, pero no se atrevió a declarárselo. Fue su tío quien halagó el buen gusto de la novia y su belleza y elegancia.

Todos los invitados asistieron al enlace con sus mejores galas. Las mujeres exhibieron preciosas telas bordadas con faldas de vivos colores y blusas con encajes finos y los hombres acudieron encorbatados, con camisas almidonadas y bordadas con sus trajes de gala o de domingo.

La misa se celebró en el latín al uso, pero como nadie comprendía apenas nada, además de los sacerdotes y ciertos hidalgos bien instruidos como los Izurza, también se empleó el vascuence para el sermón, en el que se detalló lo que representaba el matrimonio, los deberes de un esposo y una esposa. Martín dejó de interesarse por la perorata del abate enseguida y se distrajo con los pequeños detalles del vestido de Mariana, en los bucles que caían sobre sus hombros desnudos bajo el encaje y en los zarcillos de oro y coral que colgaban de sus pequeñas y sonrosadas orejas.

Tras la aceptación del matrimonio por parte de los novios, los recién casados se dieron cuenta de que todos los presentes aguardaban el momento del beso. Martín adelantó el cuerpo un poco mientras Mariana se quedaba quieta, esperando el inevitable momento. Él titubeó justo antes de coger su barbilla con suavidad para acercar el rostro de ella al suyo, sin rozar su cuerpo, y al final besar sus labios, que le parecieron los más suaves y tiernos que había probado jamás. Por un momento, supo que si seguía besándola, si se dejaba llevar, no podría parar y se contuvo hasta retroceder y alejarse de su cuerpo.

Por su parte, Mariana se sorprendió al advertir que aquel beso, el primero que le habían dado, le había gustado y la había dejado con ganas de volver a sentir aquellos labios tan blandos y cálidos.

Los novios recibieron de regalo cómodas de roble, un reloj de pared, sillas tapizadas, varios aguamaniles y espejos de excelente calidad con los que amueblar el dormitorio, todo realizado en el estilo romántico imperante.

Al encontrarse en tiempos de guerra, la familia del esposo no pudo estar presente y fue el tío de Martín, y no su madre, quien le concedió al novio el bastón llamado *makila*, las llaves en señal de bienvenida a su hogar, y reconoció que pasaba a disponer de su herencia después de su casamiento.

Tras la bendición sacramental, toda la comitiva tomó el camino de vuelta al hogar de los recién casados, cuya puerta principal fue adornada con ramas de pino y flores antes de que la comitiva volviese de la ceremonia del casamiento. Después, los ya esposos subieron al balcón para saludar y brindar con vino dulce y galletas ante la concurrencia. A continuación, el cortejo y las gentes de Durango disfrutaron de un copioso *hamaiketako* con bebida en abundancia, tras el cual se hizo pasar a los más allegados al ágape, que se celebró en el salón comedor del hogar de los nuevos esposos. A pesar de la contienda, don Pedro quiso demostrar el poder de la casa Izurza con un gran convite para el que se mataron una vaca, varios corderos y capones y al que asistieron ciento veinticinco comensales entre autoridades, parientes y vecinos del novio, que disfrutaron del banquete nupcial en torno a una gran mesa repleta de viandas, tales como codornices en escabeche, manitas de cordero, capones, pernils asados aderezados con setas, compotas y salsas deliciosas, todo regado con vinos de Rioja y mucha sidra, con la que se agasajó a los invitados. Al caer la tarde, los recién casados se reunieron en el salón principal con amigos y familiares.

Mariana y Martín presidieron la mesa frente a don Pedro, que iba vestido con galas militares. Portaba el sable que empleó en la guerra contra los franceses y lo acompañaba su esposa, una mujer muy bella y ataviada con elegancia, pero que parecía frágil y enfermiza y que

se retiró al comenzar el baile sin apenas comer ni sonreír. El tío del novio estaba orgulloso de poder mostrar su capital y competir con los demás señores y gentes relevantes en elegancia y patrimonio. Atentos a las felicitaciones y diversos brindis de los asistentes, los recién casados apenas conversaron. Tras los postres, compuestos por flanes y tartas caseras con crema y mermeladas de frutas, don Pedro obsequió a los comensales con café, licores extranjeros y cigarros puros y, cuando consideró oportuno, se levantó de la mesa y condujo a los invitados al salón principal junto con los recién casados.

—¡Chiquilla, que van a dar comienzo los bailes! A ver si así os animáis un poco el novio y tú, que os veo demasiado apocados —dijo Pepa guiñando un ojo a Mariana tras pasar a su lado del brazo de Bittor.

La joven lamentó no haberle contado los pormenores de aquella boda a Pepa, al no fiarse del todo de la discreción de su antigua doncella, porque imaginó que en los días sucesivos tendría que rehuirla para no dar explicaciones sobre su noche de bodas, la que Pepa había intentado explicarle y que ella había rehusado escuchar con gesto vehemente.

El baile fue anunciado por la melodía del *txistu* y el tamboril.

—Ahora se hará la *soka dantza* —le dijo Martín al oído.

Fue entonces cuando Mariana descubrió el aroma a jabón de sus ropas y de su pelo y a vino de su cálido aliento. Martín, a su vez, percibió el perfume de Mariana, como de agua de rosas, y un sutil aroma a sándalo en sus ropajes.

El preludio a la danza fue muy formal. Los hombres, tras saludar a los recién casados y a don Pedro con una reverencia, formaron un círculo abierto mientras ejecutaban pequeños saltos al son del *txistu* y el tamboril en sentido contrario a las agujas del reloj. Los brazos alzados de dos *dantzaris* formaban un puente bajo el cual pasaron los demás participantes. Tras el puente, la cadeneta se detuvo y los dos primeros jóvenes se dirigieron hacia el centro y bailaron uno frente al otro una intrincada danza compuesta de saltos y giros. Mariana contempló la danza junto a Martín, sorprendida de la habilidad y elegancia que demostraban los bailarines a pesar de la copiosa comida y la más que abundante bebida. También reconoció en uno de los *dantzaris* como el hijo ilegítimo de don Pedro, y comprendió que, sin duda, Andoni acataba así la imposición de su primo como sucesor del señor de Izurza. A continuación, se repitió el puente y el baile individual, pero ejecutado por los dos últimos danzantes.

Tras aquella especie de desafío entre los bailarines, que Martín denominó *aurreku*, la música se hizo más ligera y menos ceremoniosa. Después se incorporaron las mujeres y muchachas, momento que los asistentes al baile celebraron con vítores, silbidos y unos gritos agudos, estridentes, largos y mantenidos por un único aliento, que se incrementaron a medida que la concurrencia se animaba.

—Ay, Jesús, que me parece que aquí no dais palmas, solo silbáis y gritáis muy fuerte —dijo

Pepa haciendo reír a Bittor.

—Son *irristzis*. Es nuestra forma de demostrar alegría. Nosotros también tenemos que participar en la *dantza* —dijo Martín ante la mirada asombrada de Mariana, que no tuvo tiempo de negarse.

Ambos se acoplaron al círculo formado ya por hombres y mujeres sin detener el movimiento. Cada hombre y mujer se unían mediante un pañuelo, pudoroso símbolo que impedía que se rozasen siquiera las manos. Tras lo cual, todos los danzantes pasaron por debajo del puente formado por las manos del primer y segundo *dantzari* hasta que el círculo se cerró y la cadeneta giró y giró, mareando a Mariana, que bailaba entre risas. En un momento dado, ella perdió el pañuelo y miró a Martín azorada.

—No te preocupes. Toma mi mano —dijo él.

Eso hizo y sintió su fuerza y su calor. Se miraron y por un momento la tirantez de la jornada desapareció.

A medida que el ritmo del baile se incrementaba, ella fue desinhibiéndose más y más hasta olvidar sus temores y a todos en aquella rueda incesante, aferrada a la mano de Martín, riendo sin parar.

El baile terminó bruscamente y Mariana, un poco aturdida, se soltó de la mano de Martín. Él la miró con tanta intensidad que la hizo coger aire con fuerza. Después, con la respiración agitada, vio a don Pedro acercarse con una copa de vino.

—¿Es para mí? —preguntó jadeante.

—Eso es. Debes beber y ofrecérsela a tu esposo, querida —dijo.

Mariana así lo hizo y, mientras Martín bebía, observó que don Pedro la contemplaba con sus ávidos ojos de ave rapaz.

Capítulo VIII

El baile no cesó tras la *soka dantza*, todo lo contrario, dio paso al alegre *saltokako sortziko*, varios fandangos, un *arin arin* y la *kalejira*.

Mariana, agitada por el vino y el movimiento, estaba sedienta y salió del salón en busca de las cocinas para poder beber un poco de agua. Sudorosa, se dijo que era el ajetreo del día el que la mantenía en aquel estado de excitación nerviosa cercana al mareo.

Aún no estaba acostumbrada a la casa, un austero palacete barroco de tres plantas con escaleras y pasillos, y se despistó. Había ido a la planta baja y trataba de tomar el camino de vuelta al salón principal cuando escuchó una especie de quejidos. Parecía que alguien estaba sufriendo algún tipo de dolor. Aguzó el oído y comenzó a seguirlo mientras intentaba encontrar el lugar de donde provenían aquellos sonidos que, por algún motivo, le resultaron perturbadores.

Giró casi a tientas por un pasillo y, tras una puerta mal entornada, los atisbó. Eran don Pedro y una mujer. En un primer momento, Mariana creyó que él la agredía, pero después, en la penumbra, vio la sonrisa de la dama a la que don Pedro aferraba desde detrás, por los pechos desnudos, mientras ella se arqueaba buscando cada empujón que él la propinaba contra una mesa, y se dio cuenta de que aquellos gemidos no eran de dolor sino de placer. Don Pedro, con los pantalones bajados, resoplaba como un animal, mientras se empujaba contra su amante, que se reía con las faldas remangadas y el trasero al aire. Mariana, aunque turbada por aquella lasciva imagen, no se movió de donde estaba por miedo a que la sorprendiesen contemplando aquel acto brutal y a la vez apasionado.

Entonces, ella gruñó y se revolvió para girarse con brusquedad y sentarse sobre la mesa con las piernas abiertas y la mirada lasciva. El señor de Izurza jadeó sonriente situándose entre sus extremidades y, tras ese cambio de postura, pudo atisbar el miembro masculino, rígido y enhiesto, justo antes de introducirse entre los muslos de ella y de echarse sobre su cuerpo. Don Pedro comenzó a chupar y besar los pechos de la mujer de inmediato y con ansia, a la vez que ella le apretaba las nalgas con las manos, instándolo a apresurarse.

Mariana se percató de que ninguno de los dos se daría cuenta de su presencia en semejante circunstancia y, con mucho cuidado, regresó sobre sus pasos para encontrar por fin la cocina.

Mientras bebía el segundo vaso de agua no pudo dejar de pensar en aquellas imágenes tan incómodas como sugestivas. Jamás había contemplado antes a ningún ser humano copulando y se encontraba impactada por esa mezcla de lo que le pareció placer y dolor al mismo tiempo. El acto en sí no distaba mucho del que realizaban los animales, se dijo, aunque encontró sorprendente el disfrute que parecían obtener, sobre todo la mujer. Justo en aquel momento, la

voz de Martín a su espalda la sacó de aquellos pensamientos tan indecorosos haciéndola dar un salto.

—Mariana, ¿estás bien?

—Me has asustado —dijo al darse la vuelta.

La imagen de Martín sudado por la danza, en chaleco y con la camisa lo bastante desabrochada como para apreciar el vello de su pecho, mezclada con la escena que acababa de contemplar, la hicieron ruborizarse y aguantarse un suspiro.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó él.

—Solo tenía sed. Estaba sofocada por el baile —asintió nerviosa.

Martín se percató de sus mejillas sonrosadas, su pecho lleno al subir y bajar con cada respiración, recordó el beso que se habían dado y supo que aquella iba a ser una noche larga y difícil.

—Te buscaba porque creo que... va siendo hora de que nos retiremos al dormitorio, como está previsto.

—Eh... Sí, claro —musitó Mariana completamente sonrojada—. Yo subiré primero, si no te importa.

—Sí, como gustes —asintió Martín, y carraspeó nervioso—. No te lo pediría si gran parte de los invitados no hubiesen comenzado a ponerse pesados con el asunto. El vino hace soltar la lengua a los mozos.

—Comprendo. —Ella asintió también.

Mariana subió a su alcoba y, nada más entrar, contempló la recia cómoda de madera de roble con sus candelabros, el secreter con todo lo necesario para escribir cartas y el pequeño tocador junto al aguamanil. Pero lo que presidía el cuarto era la inmensa cama con sus dos mesillas a juego frente a un espejo de estilo imperio. La miró, recién preparada con las mejores sábanas, mantas y una bonita colcha, y respiró profundamente.

¿Y si Martín no aceptaba el trato en su totalidad y pretendía la consumación del matrimonio?, se preguntó asustada de pronto. Al fin y al cabo, no lo conocía en absoluto y él era un hombre y ella una mujer sobre la que podía, a ojos de todos, reclamar sus derechos como esposo.

Tras deshacerse del vestido de boda con la ayuda de una doncella, intentó quitarse aquellos pensamientos de la cabeza mientras se ponía el camisón y se refrescaba un poco.

Llenó el aguamanil y metió el rostro en el agua fresca. Eso siempre solía relajarla cuando notaba que sus nervios la traicionaban.

Fue así, con el rostro aún dentro de la jofaina, como la descubrió Martín al entrar. Ella se sobresaltó al escuchar el ruido de la puerta al abrirse. Él se quedó estupefacto al verla con cara de susto, el pelo suelto y en camisón, que a la luz de la velas transparentaba sus formas. Se disculpó

y ella se secó mientras la observaba desde la puerta sin saber por dónde empezar. La joven fingió un sonoro bostezo.

—¿Cansada? —preguntó Martín.

—Bastante —musitó Mariana intentando evitar su mirada.

Él asintió y caminó en círculos por la habitación mientras Mariana se dedicaba a ahuecar las almohadas sin prisa. No sabía muy bien por qué, pero el corazón le latía con fuerza y a toda velocidad.

—La cama parece cómoda —dijo Martín acercándose.

—Sí, eso parece. —Ella la contempló con aprensión.

Martín se colocó junto a Mariana, apoyó las palmas de las manos sobre la cama y presionó con fuerza varias veces para comprobar su consistencia. El armazón de madera del lecho crujió.

—Y el colchón ha sido bien rellenado.

—Las almohadas también. —Mariana fue muy consciente de la calidez del cuerpo de Martín junto al suyo.

Volvió a asentir y ambos se quedaron callados, sin poder obviar el incómodo silencio entre ambos, que solo era interrumpido por los ruidos que procedían del otro lado de la puerta.

—Mariana... —comenzó él.

—Dime. —Ella lo miró a los ojos.

—Me temo que hay un montón de gente ahí fuera que esperan que tú y yo... que aguardan a que...

—A que consumemos nuestro matrimonio —concluyó Mariana.

—Eso es —murmuró Martín con la voz suave y ronca.

—Aceptaste mis condiciones —le recordó ella intentando no mostrarse temerosa.

—Así es, y cumpliré con mi palabra, pongo a Dios por testigo.

—Me complace oírtelo decir.

La sincera vehemencia del joven disipó todos sus temores.

—Por eso creo que deberíamos darles lo que esperan —dijo él.

—¿Qué se supone que esperan? —preguntó, inquieta de nuevo.

—Una confirmación o prueba de la consumación del matrimonio. Es lo normal.

—Si tú lo dices... ¿Por aquí acostumbráis a contemplar a los esposos en su noche de bodas? Martín sonrió al verla enarcar una ceja.

—No, creo que somos muy pudorosos como para tales cosas. No somos franceses —rio.

—Pero escucháis tras las cerraduras.

Martín miró hacia la puerta y asintió.

—Creo que deberíamos asegurarnos de que piensen que es así y regresen a la fiesta —dijo en voz baja y volvió a presionar sobre el colchón con ambas manos mientras observaba a

Mariana, que enseguida comprendió lo que pretendía.

Ambos comenzaron a generar sonidos rítmicos como si dos cuerpos estuviesen moviéndose sobre aquella cama. Martín dejó de empujar, se sentó y saltó, lo que causó más ruido. Mariana lo imitó y la fuerza de ambos provocó que el cabecero de madera golpease contra la pared haciéndolos reír.

—Ahora, deberías hacer algún sonido —susurró él sin parar de moverse.

—¿Sonido? —preguntó Mariana sin cesar de saltar.

—Los ruidos que provoca el... cumplir en el lecho.

Ella comprendió a qué se refería al recordar lo que había visto aquella noche en su paseo hasta las cocinas. El rubor regresó a su mejillas, pero no quiso que Martín la considerase una mojigata.

—¿Algo así? —preguntó justo antes de emitir un suave gemido que hizo que él se ruborizase hasta la orejas.

—Sí, creo que es justo eso. —Carraspeó asombrado por la improvisación de la muchacha y contento de no tener que poner un ejemplo él mismo.

Mariana continuó fingiendo quejidos y lamentos mientras el golpeteo de la cama se incrementaba. Los *irrintzis*, gritos y silbidos para jalea a los novios no se hicieron esperar.

—Ya será suficiente, ¿no? —preguntó.

—Un poco más. Quiero quedar en buen lugar —dijo Martín sonriendo con picardía.

Mariana lo miró intentando entender la broma y al poco soltó una carcajada.

Ambos rieron juntos hasta que poco a poco cesaron sus saltos sobre el colchón. La fiesta, sin embargo, continuó abajo, en el salón principal.

—Aunque se acabe el vino, la música no cesará mientras dure la sidra, pero ya no nos molestarán —aseguró él.

Después, se levantó de la cama y se dirigió al secreter de la habitación para coger un abrecartas ante la mirada extrañada de Mariana.

—Solo queda un pequeño detalle. Túmbate —dijo Martín acercándose a Mariana, que continuaba sentada.

Ella lo miró extrañada y aguardó.

—Por favor... —resopló él.

Entonces, se tendió en la cama.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó algo nerviosa.

—No te tapes aún. Voy a presentar la prueba irrefutable por si alguien la busca mañana —dijo mientras se hacía un pequeño corte en el pulgar.

Un par de gotas de sangre resbalaron por el dedo de Martín y cayeron sobre la inmaculada tela del camisón de Mariana, entre sus muslos. Otras dos acabaron en las sábanas.

—Creo que con esto será suficiente. Por la mañana, tu doncella verá la prueba de tu virtud y en unos minutos todo el mundo sabrá que el matrimonio es válido.

Mariana lo observó estupefacta mientras él se chupaba el dedo sin saber muy bien por qué todo aquello que acababa de hacer Martín la turbaba tanto.

Antes de marcharse, se dirigió a Mariana mientras le mostraba la llave de la puerta que descansaba en la mesilla.

—Esta llave es tuya y podrás hacer uso de ella cuando lo creas necesario.

Después regresó al baile, donde fue recibido con gritos de júbilo.

Mariana se quedó un buen rato contemplando las pequeñas manchas de sangre en la tela de fino algodón.

Capítulo IX

La fiesta se prolongó hasta la mañana siguiente y, en torno al amanecer, los invitados que aún se mantenían en pie, hombres en su mayoría, fueron convidados a tomar sopas de ajo en las cocinas.

Al despertar, en un primer momento, Mariana no supo muy bien dónde se encontraba, pero pronto recordó. La primera imagen que le vino a la mente fue el beso de Martín en la boda. Miró al otro lado de la cama y se dio cuenta de que se encontraba sin deshacer por lo que se ocupó de desbaratarla para representar el engaño a la perfección.

Tampoco su nueva doncella personal había aparecido aún con el desayuno. Era algo tarde y comprendió que la muchacha la había permitido dormir más por haber sido su noche de bodas. La chica, que poseía algún parentesco lejano con los Izurza, era eficaz y parecía no tener sueño por las mañanas, pero pensaba que Mariana tampoco y solía despertarla temprano. Recordó que la doncella también había participado junto con el resto del servicio de la casa de los festejos de los esponsales y, como le avisó Martín el día anterior, descansaría hasta el mediodía.

Había dormido muy bien a pesar del bullicio de la fiesta. Se desperezó y se levantó para asearse un poco. Se fijó en el camisón, manchado con la sangre de Martín. Iba a quitárselo cuando llamaron a la puerta. Ella respondió con un «adelante» y se encontró con la figura alta y briosa de Martín de Izurza.

—Buenos días —dijo él.

Mariana se fijó en que tenía la voz ronca, estaba despeinado y aún llevaba la ropa de la boda, y todo eso le recordó a su hermano en sus años de estudiante por Sevilla. Ya no quedaba nada del elegante novio del día anterior.

—Hola, ¿dónde has dormido? —preguntó intentando entablar conversación. Aún recordaba lo divertido que resultó ser la noche pasada.

—Digamos que no lo he hecho. —Martín se acercó a la jofaina para echar algo de agua a la palangana, lavarse la cara y mojarse el pelo con la intención de domarlo un poco.

—Podías haberlo hecho aquí. La cama es muy grande. —Mariana advirtió la cara de extrañeza que puso Martín mientras se secaba con una toalla y añadió—: O en la butaca.

—Estaba demasiado borracho para algo así.

—Cuando te marchaste no lo parecías.

—No lo parecía aún. —Sonrió mientras se quitaba el chaleco.

—¿Y qué has hecho toda la noche? —preguntó ella.

Ambos se observaron

—Vaya, parece que has decidido empezar a ejercer como esposa entrometida.

—¿Eso crees? Porque estás muy equivocado —dijo Mariana molesta.

Martín la miró y se arrepintió de haber sido tan poco cortés. Le dolía la cabeza y solo deseaba dormir un rato, pero no sabía cómo pedirselo a aquella muchacha que lo contemplaba de un modo que lo hacía sentir desarmado y desnudo. Mariana lo intimidaba y conmovía con solo mirarlo. Ella estaba desamparada en el mundo y se dio cuenta de que intentaba mostrarse cordial con un desconocido que, con toda probabilidad, le causaba recelo, y que luchaba contra el miedo que le provocaba cuanto la rodeaba. Pero en ese momento fue consciente de que ese mismo temor sacaba de ella una fuerza que la hacía cada vez más inquebrantable. Era una luchadora y nada sumisa, y eso le gustaba. Le gustaba mucho.

Intentó reparar su contestación desabrida.

—Solo estuve contando batallitas con algunos amigos de la infancia. Nos emborrachamos y poco más. Y ahora... —resopló e hizo un gesto de dolor mientras se agarraba la cabeza

—Noches alegres, mañanas tristes, decía mi hermano. Cuando era más joven, Ignacio frecuentaba mucho las noches de Sevilla, a pesar de la desaprobación de mi madre —dijo Mariana con el gesto más relajado.

—Exacto —rio Martín—. ¿Tienes más hermanos?

—Los tuve, pero murieron de niños. A uno apenas lo recuerdo y a otra no la conocí. Ignacio me lleva algunos años. Yo soy la pequeña ahora —murmuró con cierta nostalgia—. Si no te importa disculparme un momento... Así podré vestirme y bajaré a desayunar algo a la cocina.

—Claro, claro, por supuesto —asintió azorado cuando comprendió que ella necesitaba privacidad.

—Tenemos que compartir alcoba y puede resultar complicado. Tal vez un biombo podría darnos un poco más de intimidad. Por mi parte, trataré de molestarte lo menos posible.

—No me molestas, Mariana —aseguró él—. Es solo que hoy me duele la cabeza. Intentaré encontrar un biombo.

Martín salió del dormitorio y dejó que Mariana se asease y se vistiese. Después, ella se dirigió a las cocinas a ver si, a pesar de la hora tardía, podía almorzar algo sin tener que pedirselo a la doncella.

Allí se encontró con don Pedro, que aún continuaba en la casa, dando cuenta de las sobras del convite.

—Vaya, vaya. Así que por fin se ha despertado la preciosa novia —dijo con claros síntomas de embriaguez.

—Buenos días —saludó Mariana.

—¿No se sienta a desayunar conmigo?

—Prefiero hacerlo en mi dormitorio —dijo ella mientras revisaba los excedentes del

banquete y buscaba lo más apetecible como desayuno y con la intención de llevarle algo también a Martín.

—Espero que haya tenido una buena noche de bodas. No sé si mi sobrino habrá cumplido como un Izurza debe hacerlo, teniendo en cuenta que se ha pasado la madrugada festejando.

—Ese comentario es muy poco respetuoso, señor mío, pero quiero creer que proviene de que aún está ebrio, más que de su falta de juicio y modales —dijo ella tomando los restos de un perrito asado y pan junto con varios dulces sobre un plato.

Don Pedro se levantó de la mesa para ponerse al lado de Mariana.

—Es que no puedo comprender cómo teniéndola a usted como esposa pueda preferir estar bebiendo con los mozos del pueblo.

Se acercó más a Mariana hasta casi rozar su cuerpo con la cadera. Ella se apartó de inmediato muy molesta.

—Eso me ha hecho pensar en esta boda tan precipitada. No estará usted encinta, queridísima Mariana.

—¿Cómo se atreve? —aulló ella.

—No sería ni la primera ni la última, pero, si no es así, tampoco sé si fiarme de las verdaderas intenciones de mi sobrino. ¿Sabe lo que creo? —preguntó—. Creo que a mi sobrino nunca le ha gustado estar bajo mi mando, es un rebelde, desde crío. Tuve que darle vara más de una vez para que me guardase el respeto debido. Según nuestras costumbres, una vez casado se convierte en el señor de su propia casa y debe crear su propia familia y yo ya no puedo interferir. Por eso intuyo, a pesar de su indiscutible belleza, querida Mariana, que se ha casado con usted para librarse de mi tutela. Como ya dije en su momento, este matrimonio me conviene mientras estemos en guerra y, si me equivoco, recibirá mis disculpas, no lo dude.

Mariana lo miró al borde de la cólera.

—Debe ser muy difícil vivir así, don Pedro, desconfiando de todo y de todos —sentenció, lo que hizo sonreír a su tío político, y se llevó junto con el plato del desayuno una jarra con café—. Y dice usted bien. Esta es ahora la casa de su sobrino, nuestra casa, y usted solo un invitado. Con Dios.

Al volver a su alcoba, se encontró a Martín inerte sobre la cama, con la camisa abierta. Sonrió al verlo. Así, dormido, parecía ajeno a las intrigas de su tío y a todo lo que lo solía mantener con el ceño fruncido.

«Pepa tiene razón, es muy apuesto», pensó admirando su imponente cuerpo, con el torso musculoso, el vello que comenzaba en el pecho y recorría su vientre en una línea oscura descendente y el semblante de recia mandíbula bajo la barba castaña junto con el perfil agraciado, de cejas pobladas y rasgos más delicados debido a la relajación del sueño.

Dejó el plato con un poco del perrito y pan, el café, los dulces y salió con el bocadillo que se

había hecho para pasear un rato por los jardines de su nuevo hogar, airearse del olor a puro, velas y vino que había quedado en la casa y de los desagradables comentarios de don Pedro.

Cuando regresó a su alcoba, debido a una llovizna inesperada y tras pasar un rato en la biblioteca del palacete revisando los volúmenes más interesantes, Mariana se encontró con que Martín ya había dado cuenta del desayuno.

—Aquí huele a bodega —dijo y abrió el balcón para ventilar el cuarto—. ¿Estás mejor?

—Sí, la verdad es que me encuentro muy bien ahora, gracias.

—Con mi hermano Ignacio funcionaba.

Martín sonrió. Aquel gesto de traerle el desayuno le había causado ternura.

—Lo lamento, pero me temo que no he dejado nada para ti. ¿Has desayunado ya?

—Sí, en las cocinas, y me he encontrado a tu tío.

Martín comenzaba a identificar los estados de ánimo de Mariana y se dio cuenta de que la referencia a su tío nubló su semblante.

—¿Ha ocurrido algo con él?

—Ha sido muy grosero conmigo y no por culpa de su borrachera. Se me ha insinuado y ha sugerido que podría haberme casado... ¡Uf!, no quiero ni repetirlo delante de ti.

Martín comprendió y se levantó de la cama iracundo.

—¿Cómo se atreve a ofenderte de esa forma? ¡Ahora mismo voy a decirle unas cuantas cosas!

—¡No, no, déjalo! Me traen sin cuidado sus vulgares palabras —dijo Mariana obstruyendo el camino de Martín hacia la puerta para impedir que saliese en busca de su tío.

—¡Pero debo hacerlo! Debo limpiar tu nombre porque también es el mío ahora. A ojos de todos eres mi esposa y nos ha ofendido a ambos con sus palabras.

—Y dos veces, porque después insinuó que también te podías haber casado para prescindir de su tutela.

—¡Maldito sea! ¡Si no fuese de mi familia estaría a punto de pagar por sus palabras! —exclamó Martín. Golpeó la cómoda con el puño y saltaron todos los enseres que descansaban sobre ella.

—No conseguiré nada. Ya le dije yo lo suficiente.

—Ten cuidado. Es un estratega, está acostumbrado a intrigas y a quitarse enemigos de encima sin remordimientos. Te contaré una historia: él no era el heredero favorito de la casa Izurza, sino su hermano, mi tío Matías. Él es el hermano mayor y mi padre fue el pequeño, aunque siempre hubo rumores de que mi abuelo pretendía dejar el nombre de los Izurza en manos de mi tío Matías, el mediano, o en mi padre, pero ambos murieron en la guerra contra los franceses.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —preguntó Mariana.

—Antón —susurró—. Yo tenía apenas dos años cuando murió en Vitoria a manos de los franceses, en el 18. Soy el pequeño y único varón y mi madre se ha hecho cargo de todo, siempre con el beneplácito de mi abuelo, el antiguo señor de Izurza. Mi abuelo consideraba a mi tío Pedro demasiado ambicioso. Es pendenciero, mujeriego, siempre le gustó el poder y no dudará nunca en hacer desaparecer a quien se interponga en su camino. Lo hizo con muchos en el pasado. Mató a su mejor amigo en un lance de honor que, según me contaron, fue por una mujer. Aunque en su favor debo decir que siempre ha sido justo con las rentas de los caseros. Él quiere a mi primo como heredero para mantener el control, pero, como ya te dije, su mujer y mi madre nunca lo aceptarán porque sería reconocer al bastardo de otra mujer. Ellas podrían poner en su contra a los demás *jauntxos*. Mi tía no soporta a mi tío, quiere vengarse de él por sus constantes adulterios. Por eso apoya a mi madre y quiere que yo ocupe el lugar que debió ocupar mi padre.

—Tendré cuidado, pero le he dejado claro que esta no es su casa. Y hay algo que él no sabe. Martín aguardó con atención las palabras de Mariana muy cerca de ella.

—Lo vi antes de encontrarte en las cocinas. ¿Recuerdas que fui a por un vaso de agua? Pues primero me perdí por los pasillos y contemplé algo que no debía.

—¿A mi tío?

Ella asintió.

—Estaba con una mujer que no era su esposa. No sé de quién se trataba, pero la reconocería si la vuelvo a ver por sus grandes... pechos —dijo haciendo un ostentoso gesto con las manos que le hizo sonreír.

—Alguna de sus queridas. Nunca tiene solo una. Siempre son de formas generosas. Es así como le gustan las mujeres.

Mariana comprendió entonces las miradas de don Pedro hacia ella.

—Esa podría ser una carta a nuestro favor si intenta algo contra ti o contra mí —dijo intentando olvidar que tenía las mejillas encendidas.

—Pues no creo que te agrade saber que este palacete lo habitó una de sus amantes durante años. Por eso nos lo ha regalado —rio Martín.

—¡Cómo se atreve a hacernos semejante agravio! —exclamó furiosa.

Sonrió orgulloso del arrojito de Mariana y se acercó a ella, que no mantuvo la distancia como otras veces. Entonces, la tomó por los hombros con suavidad.

—Debes saber que cuentas con mi protección. No estás sola. Ahora eres una Izurza. Te di mi palabra y eso incluye comportarme como un esposo, si no ante Dios, sí ante los hombres.

Mariana se quedó inmóvil mientras sentía cómo la traspasaba el calor de las enormes manos de Martín sobre sus hombros y supo que era cierto, que aquel hombre la protegería y hasta sería capaz de matar por ella. Él, a su vez, notó la suavidad y la tibieza de su piel y, por un instante, deseo poder recorrerla despacio, posando las manos en cada hueco y cada curva. El rubor que

apreció en las mejillas de Mariana le hizo soltarla, pero notó que el muro que hasta entonces ella no le había permitido cruzar había cedido con ese tacto. Mariana sintió que había dado un paso al consentir que él la tocara. Era como si su cuerpo se lo hubiera expresado y él hubiese comprendido sin palabras que podía hacerlo. Ese mismo día, la llave que abría y cerraba la puerta del dormitorio quedó guardada y más tarde olvidada en un cajón.

Capítulo X

Al fin, todos los invitados, familiares y el propio don Pedro dejaron el palacete y Mariana y Martín se quedaron solos en su nuevo hogar.

A ojos del servicio, que eran personas de Durango y alrededores y podían propagar chismes que llegarían a oídos de don Pedro, el matrimonio formado tenía un trato al uso, pero la realidad era que Martín solía descansar en una otomana que había mandado subir a la alcoba.

Él ya había colocado el biombo para procurar intimidad en el dormitorio y también lo usaba cuando no le quedaba más remedio y precisaba desnudarse o vestirse delante de Mariana. Había decidido no dar pie a ningún acercamiento que pudiese derivar en algo carnal con ella y estaba dispuesto a cumplirlo.

Para sorpresa de ambos, la convivencia era más cordial de lo que dos caracteres tan fuertes hubiesen imaginado. Se podía decir que estaban en armonía. En el comedor solían charlar de cosas banales y, por lo demás, llevaban las vidas tradicionales de un matrimonio de cierta posición: la mujer, ocupada en gestionar las cosas de la casa y del servicio, para lo que había sido educada; y él, al estar en tiempos de guerra, pendiente de vigilar los caminos con sus compañeros de milicia y de cobrar los arriendos, algo cada vez más complicado.

A veces, ella observaba a Martín mientras dormía y comenzaba a encontrar amable su presencia. En ocasiones, él se acostaba más tarde. Entraba con sigilo al cuarto tras haber estado por las tabernas de Durango y se quedaba contemplando cómo descansaba ella. Tenerla cerca hacía que se sintiera dichoso sin querer. Para Martín era un deleite contemplar la perfección de Mariana sin que ella se diese cuenta. Lo hacía hasta que sus ojos comenzaban a recrearse en la forma de sus nalgas bajo el camisón o en la belleza de un pecho que asomaba. Entonces le entraban remordimientos.

Pese al biombo y el cuidado que ambos ponían en concederse su propio espacio, un día Martín sorprendió a Mariana en su aseo diario.

Ella comenzaba a sentirse cómoda en su vida cotidiana y, al pensar que él estaría ausente toda la mañana hasta el almuerzo, no cerró la puerta del dormitorio contigua al gabinete, como otras veces.

Martín subió a los aposentos que compartían en el viejo palacete barroco y entró al gabinete para escribir una nota sobre el secreter de algo que no quería olvidar. Al escuchar el sonido del agua se dio cuenta de que Mariana estaba realizando sus abluciones y que no había cerrado el acceso a la alcoba.

Se acercó y comprobó que, en efecto, la puerta estaba entornada. Por un instante su

conciencia le previno que debía dar media vuelta, pero no pudo resistir la tentación y sin hacer ruido se colocó tras el hueco que quedaba entreabierto para espiar cómo Mariana se aseaba.

Martín pudo contemplarla junto a la jofaina, apenas tapada por una sayuela de tirantes, con el pelo alborotado y recogido en un moño improvisado. Se frotaba el cuello con un paño empapado en agua y jabón. Para no tener que pedir al servicio que le llenasen la bañera y no perder tiempo aguardando solía lavarse así.

La estancia estaba bañada por la luz de la mañana y toda la piel de Mariana resplandecía brillante y sonrosada. Él tragó saliva y observó como el agua le caía por el cuello, le mojaba la camisa y le resbalaba entre los senos. Ella soltó la lazada que cerraba el escote y, tras deslizar los tirantes, dejó caer la camisola hasta la cintura. Al ver sus magníficos pechos, Martín notó que su respiración se aceleraba. El corazón le latía con fuerza y notaba el pulso en los oídos. Mariana, ajena a todo lo que la rodeaba, disfrutaba del agua sobre su piel y por momentos cerraba los ojos complacida, mientras canturreaba algo ininteligible.

Cautivado ante la visión de su cuerpo, y habiendo disfrutado ya de la de su busto, se regodeó en las formas de sus rotundas caderas y de sus espléndidas nalgas. Después, contuvo la respiración y observó cómo Mariana levantaba una pierna sobre un banquito, la destapaba y metía el paño entre sus muslos. Fue al frotarse cuando dejó de cantar y emitió un suspiro que provocó que el cuerpo de Martín temblase de anhelo.

Tras demorarse un poco entre sus piernas y enjuagar el paño, terminó de lavar sus pies con la ayuda de una palangana sentada en el banquito. Martín, encandilado por la visión clandestina de la belleza de Mariana tuvo que recuperar el dominio de sus sentidos para poder abandonar la estancia sin ser descubierto.

«Sabes que no puedes tenerla. No deberías disfrutar así sin su permiso. No es un placer legítimo», se dijo.

Tan solo ser capaz de imaginar cómo sería realizar aquella quimera con ella, lo hizo abandonar el dormitorio muchas noches para dar un paseo durante la gélida noche o darse unas abluciones de agua bien fría, que decían que ayudaba a no practicar el pecado contra natura más egoísta de todos, ese que en la catequesis llamaban onanismo.

Martín de Izurza no era ningún santurrón. Había sido su tío quien lo había iniciado en los placeres carnales de la mano de una de sus amantes, la viuda Ariza, una mujer que logró hacer fortuna al casarse en Cuba con un emigrante vasco mucho mayor que ella. Después, al regresar, ya sin esposo, pero aún joven, se había dedicado a incrementar sus ganancias invirtiéndolas en crear el burdel más exitoso de Bilbao, que tenía muchachas exóticas traídas de Cuba y de lugares tan lejanos como Filipinas y que don Pedro y sus amigos frecuentaban, aunque no Martín.

Tras eso, había estado con varias mozas de esas que no eran consideradas idóneas para casarse, como viudas jóvenes o que poseían algún negocio o taberna.

No le habían faltado muchachas que lo pretendían, pero él nunca había ido más allá de un galanteo a la puerta de la iglesia o en romerías. No quería perjudicar a ninguna joven casadera. La frivolidad con la que su tío había tratado siempre a las mujeres no era del gusto de Martín. Se consideraba a sí mismo un hombre serio y cabal, como lo había sido su padre en cuanto a mujeres, no como su tío, y tal vez hubiese sentado cabeza, se hubiese interesado por alguna muchacha de Durango en serio y hubiese creado una familia, de no ser por la guerra, que lo había hecho combatir con solo diecinueve años y que ya duraba casi seis.

Aquella era una cuestión que no le preocupó demasiado al aceptar el pacto con Mariana, aunque tuvo que reconocer que él podía casarse y tener descendencia cuando quisiera, no como ella.

Por otro lado, le resultaba un verdadero misterio por qué una muchacha tan agraciada y de posibles prefería renunciar a todo para irse a las Américas. En la nueva República de México todavía no eran bien recibidos los ciudadanos españoles tras su expulsión debida a las revoluciones impulsadas por aquel venezolano con apellido vizcaíno que habían llamado el Libertador y que a su muerte se había convertido en leyenda: Simón Bolívar.

Tal vez el orgullo de Mariana era el motor de todo lo que hacía, y el que la haría sobreponerse y conseguir resarcirse de las humillaciones recibidas por parte de su familia.

Cada día, Martín se repetía a sí mismo que solo la ayudaría a conseguir lo que le había pedido, nada más. Estaba de acuerdo con el pacto que habían convenido. Ella tenía unas razones legítimas y ningún padre o hermano que pudiese defenderla como se merecía. El deseo que él sentía por ella no formaba parte del trato.

Pero al regresar de tomar unos vinos en la taberna con sus hombres, el aroma levemente dulzón del cuerpo dormido de Mariana que impregnaba la habitación le saturaba los sentidos sin remedio y le hacía desearla como jamás había ansiado nada en el mundo.

Capítulo XI

Martín patrullaba a diario los senderos con sus hombres mientras Mariana se hacía cargo del hogar.

Su madre la había instruido para ser capaz de ocuparse de los menús semanales, de comprobar que la casa estuviese limpia y ordenada, que no faltase nada y que los criados no holgazaneasen o echasen mano del vino de cocinar de la despensa. Según doña Ana, lo más difícil era mantener la disciplina y el respeto. Solo debía ser inflexible y guardar las distancias con el servicio.

Eso último era lo que siempre le había costado más a Mariana. Se encariñaba con las doncellas; así había sido con todas, en especial con Pepa.

La chica que tenía en Durango era de la montaña y su madre la había mandado a la villa a servir con doce años. Aunque en un principio Mariana no se fio de que pudiera llevar a cabo su trabajo, la muchacha, de quince años y con varios hermanos pequeños, era despierta, limpia y hacendosa, y lo que más le gustaba era peinar la larga melena de su ama.

Fue ella, Abeliñe, la que dio la alarma cuando Mariana no regresó a comer tras uno de sus paseos.

La doncella salió a la calle llamando a Martín en cuanto escuchó los cascos de los caballos.

—¿Qué ocurre, muchacha? Sé que vengo a comer con retraso, pero no es para armar tanto alboroto —dijo él extrañado de ver a la pequeña hecha un manojo de nervios.

—Señor Martín, es la señora...

—¿Qué le ocurre? —preguntó descabalgando al ver la cara de angustia de la doncella de Mariana.

—Se fue... Esta mañana marchó... La señora marchó y... *Ai, ene!* —balbuceó Abeliñe.

—Tranquila. Dime qué ha pasado. —Martín se agachó para hablar con ella y suavizó el tono para sosegar a la chica y lograr que acabase el relato.

Lo hizo. Abeliñe le relató su preocupación por Mariana, que no había regresado aún de su paseo.

—Se habrá retrasado por algo. Seguro que hay una explicación.

—No, ella hoy quería llegar a tiempo para comer. Había mandado preparar un menú especial porque cumplía años. Fue a ver si había naranjas, porque le gustan mucho. Por aquí no tenemos y las añora. Se encontró con Pepa. Yo estaba delante y las escuché. Además, la señora siempre es muy puntual y apenas conoce a nadie en Durango. Siempre llega sobre la una y son casi las tres. No ha podido retrasarse tanto. Algo le ha pasado.

—No conoce bien los caminos todavía, quizá se ha perdido —dijo Martín intentando mantener la calma. Tuvo que reconocer que Abeliñe conocía a Mariana mejor que él—. Quédate tranquila. Estate atenta por si alguien trae noticias y avisa al resto del servicio para que también lo estén. Voy a salir con unos cuantos hombres a ver si me entero de algo.

Martín acudió al mercado, que ya estaba cerrado, con varios de sus hombres y preguntó en las tabernas cercanas y a los que tenían comercios en las inmediaciones para recabar información por si alguien había visto a su esposa aquella mañana, pero nadie le dio razón. Después se desplazó hasta la iglesia a la que Mariana solía acudir y tampoco allí obtuvo noticias de ella.

Regresó al palacete y puso en marcha una batida con todos sus hombres para rastrear los caminos cercanos a la casa. Anochece cuando regresó para aumentar el número de hombres de la búsqueda.

A esas alturas, Martín tenía claro que a Mariana le había ocurrido algo. Se obligó a pensar en algún accidente leve que la hubiera dejado al borde del sendero, sin poder andar, por ejemplo.

Al caer la noche no cejó en su empeño de encontrarla. Cuando a la mañana siguiente regresó con sus hombres para comer algo y volver a la búsqueda, se topó con que la noticia de la falta de Mariana había llegado a oídos de su tío. Por eso don Pedro se hallaba a las puertas de la casa con sus hombres.

—Uno de los arrendatarios vio algo raro ayer, en el camino que sale de Durango hacia Urkiola.

—Gracias por venir —dijo Martín montando en su caballo para ponerse al lado de su tío.

—Somos familia y eso es lo primero siempre, sobrino. No lo olvides.

Entre Martín y su tío se repartieron los senderos y carreteras más alejados de Durango, los que llegaban a la montaña y atravesaban los frondosos bosques de hayas y robles hasta Álava, con la convicción de que aquella era una desaparición forzosa. Según don Pedro, alguien había raptado a Mariana y la tenía escondida para pedir un rescate.

—El casamiento ha sido célebre en estas tierras, todo un acontecimiento. Hemos salido en los diarios de Bilbao. Saben que es una Ibarra y que su familia, tanto la materna de Lapurdi como la familia política en Sevilla, es acaudalada.

—Creo que tienes razón —dijo Martín resoplando de frustración—. Por aquí hay numerosas cuevas donde podrían haberse guarecido.

—No te preocupes, la encontraremos. Llevaré mis perros de caza para rastrearla.

«Y te deberé un favor más», pensó Martín taciturno.

Al atardecer del segundo día, ya estaba angustiado por la suerte de Mariana. Parecía habérsela tragado la tierra. Estaban llegando a Abadiño, a los pies del puerto de Urkiola, cuando decidió dispersar la búsqueda. Encontraron huellas de cascos de caballos que se dirigían a cierta zona boscosa y resolvió rastrear el terreno antes de que volviese la noche.

Se adentró con unos cuantos de sus hombres en la espesura mientras recordaba aquellas historias acerca del Basajaun, un gigante que moraba en los bosques. Lo hizo sin escándalo, con respeto a aquel entorno que casi parecía sagrado. El sol caía ya cuando alcanzaban las estribaciones del Gorbea. La temperatura comenzó a bajar y Martín pensó en Mariana y en que, según Abeliñe, no había salido a pasear con nada de abrigo.

Penetraron en lo más profundo de la espesura, donde el arbolado era más abundante y el sol apenas traspasaba las copas de los árboles. Las hojas comenzaban a caer y formaban un manto en tonos ocres. Caminaban sin hacer excesivo ruido para no avisar de su llegada a los supuestos captores cuando a Martín le asaltó la duda. ¿Y si Mariana se había vuelto a escapar? ¿Y si había huido de Durango y de él y esta vez lo había logrado? La creía muy capaz de intentarlo; de, tras engañar a todos, incluido él, esfumarse. En realidad, no la conocía en absoluto como para descartarlo. Abeliñe se lo había demostrado. Tal vez había desaparecido para siempre de su vida. Quizás no la volviese a ver jamás. Aquel pensamiento le provocó un inmenso desasosiego, pero lo desechó de inmediato. Mariana no podía ser tan fría y calculadora. Si pensaba en sus explosiones de furia y en sus decisiones inesperadas, como fugarse o el propio casamiento, era todo lo contrario. Mariana era apasionada y vehemente en sus acciones y juicios, y se dio cuenta de que tan solo llevaba poco más de un día sin verla y ya la echaba muchísimo de menos.

En esas estaba cuando oyó algo. Parecía un silbido. Mandó detenerse al resto de los hombres y aguzó el oído. No se había equivocado: alguien estaba silbando. El sonido volvió a surgir de entre los árboles. El silbido le recordó al de los pastores. Era lógico, pues aún se encontraban en las montañas; era principios de octubre y no bajarían hasta el mes de noviembre con los rebaños. Aun así, decidió buscar de dónde venía. Entonces el ruido se incrementó en intensidad y se volvió más continuo. Se estaban acercando a su procedencia. Al llegar a una zona más escarpada, cercana a un riachuelo que bajaba del pico de la montaña, el silbido cesó y fue sustituido por el rumor de alguien que caminaba ligero sobre la hojarasca. Todo le parecía muy extraño.

En aquel momento, a lo lejos, corriendo entre los helechos y la maleza, divisó a una persona. La silueta bajaba deprisa y, al acercarse, reconoció a Mariana, que aceleró la carrera y resbaló con las hojas húmedas y medio podridas del manto del bosque. Él se dio cuenta de que llevaba las manos atadas a la espalda. Gritó su nombre y Mariana se levantó jadeante en su dirección. Martín ya había dejado el caballo y corría monte arriba, hacia ella.

La joven volvió a resbalar antes de llegar y caer en sus brazos emitiendo un sollozo. La agarró con fuerza, soltó sus ligaduras y ella lo abrazó con todas sus energías.

—¡Santo Dios! Menos mal que estás bien —suspiró aliviado.

Ella temblaba aferrada a su cuerpo.

—Martín... —murmuró.

Él se fijó en su pelo suelto y enmarañado, en sus ropas desgarradas y sucias y en el olor a orina de sus ropas y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Mariana... ¿Qué te ha ocurrido?

—Llévame a casa —susurró ella.

—¿Puedes montar?

Ella asintió y Martín se quitó la capa que llevaba para ponérsela, la tomó en brazos, la subió a su caballo y montó sujetándola con fuerza.

El cuerpo desmadejado de Mariana, que tiritaba al inicio del camino de regreso a Durango, dejó de hacerlo a medida que el calor del de Martín la envolvía.

—¡Abeliñe, enciende la chimenea, trae más mantas para la señora y pide en las cocinas algo de comida caliente para que entre en calor! —gritó Martín nada más entrar en su casa con Mariana en brazos.

Subió de dos en dos los escalones hacia el dormitorio, cargando con ella y precedido de la doncella, que, con cara de preocupación, corrió a disponer todo cuanto le había ordenado su señor.

Martín sentó a Mariana en la cama, le quitó el calzado y la tapó bien mientras Abeliñe prendía la chimenea.

—Estás helada —dijo tomando sus manos en las suyas para calentárselas.

Mariana sonrió a su marido mientras él la observaba preocupado y Abeliñe salía rauda a hacer todo lo que se le había ordenado.

—Ahora te traerán algo para comer —susurró Martín.

—No quiero nada, solo necesito darme un baño caliente y dormir —musitó ella

La doncella apareció con una bandeja sobre la que llevaba un plato hasta arriba de sopa de verduras, otro de perdices estofadas y un gran trozo de bizcocho. Estaba dispuesta a que su señora comiese, que era como ella entendía que se pasaban todos los males del mundo.

—Llévate todo, por favor. Trae una tisana de tila con miel y prepara un baño para la señora. No tiene hambre —le pidió Martín ante la cara de desconcierto de la joven.

La muchacha lo hizo todo de prisa y Mariana enseguida estuvo metida en la bañera que había hecho colocar en su dormitorio.

Martín se ausentó del cuarto para darle un poco de intimidad con aquella duda que le reconcomía el ánimo.

—¿Quiere comer algo ahora, señora? Le he cambiado las sábanas —preguntó Abeliñe con una sonrisa mientras Mariana se deshacía de la toalla y se ponía su bata de seda.

—No, no te molestes. Solo necesito descansar ¿Me acercas el camión, por favor? —pidió

señalando el biombo.

La chica la ayudó y le puso el camisón con delicadeza. Sentía afecto por su señora, que en todo momento se comportaba con ella de forma cariñosa. Después de su madre, era la persona que mejor la había tratado. Siempre se preocupaba por saber de sus hermanos mayores, que estaban ausentes del caserío familiar a causa de la guerra y que de cuando en cuando enviaban alguna carta.

Después de acostarla, la muchacha salió y regresó enseguida con la infusión. Martín lo hizo al rato y se mantuvo absorto en Mariana, que ya se había quedado profundamente dormida.

Capítulo XII

Martín hizo guardia junto a la cama sentado en el butacón. Se levantó de vez en cuando para mantener encendida la chimenea y rezó porque sus temores solo fuesen imaginaciones suyas. Esperaba encontrar a los que habían hecho daño a Mariana y ajustar cuentas. No deseaba otra cosa y así se lo había comunicado a su tío y a sus hombres, que regresaron a peinar la zona boscosa donde había aparecido ella.

En uno de esos momentos durante la noche, en los que intentaba lidiar con sus más negras sospechas, Mariana despertó con brusquedad, asustada y temblorosa.

—Tranquila... Estoy aquí. Estás a salvo—dijo Martín acercándose para atenderla—. ¿Quieres que te traiga algo de beber, de comer...?

—¡No, no, no quiero nada! —exclamó—. Solo que te quedes aquí... conmigo.

Lo vio tomar asiento de nuevo y se serenó un poco. Hubiese querido decirle que deseaba que permaneciese con ella porque con él cerca no podía temer a nada, pero no lo hizo. Después suspiró con mucha fuerza, mientras intentaba apartar de su mente la zozobra de los dos días pasados.

—Gracias por ir en mi busca —susurró. Se sentía tan agradecida que tenía ganas de llorar.

—No tienes por qué darlas —negó sin dejar de observarla con inquietud.

«Pronto se recuperará y volverá a ser la muchacha intrépida de siempre», se dijo, aún extrañado de sentir tanto alivio al tenerla cerca y a salvo.

—Conseguiste asustarme.

—Yo aún continúo asustada —dijo Mariana intentando sonreír sin lograrlo. La angustia que atenazaba su pecho no se disipaba, aunque se obligó a no llorar. Como decía su madre, hacerlo casi nunca solucionaba nada.

Martín notó aquella congoja y la miró con ternura.

—Sé que tal vez sea pronto para esto, que no sea el momento, pero necesito saber qué ocurrió —dijo tomando sus manos.

—Puedes preguntar.

—¿Quiénes te retuvieron?

—Solo sé que eran tres y que me atraparon a la salida de Durango. Fui a dar mi paseo habitual. Iban a caballo, me ataron las manos a la espalda, me pusieron un pañuelo en la boca para que no gritara y me vendaron los ojos antes de subirme a una de las monturas. Como aun así me resistí mucho, me golpearon en la cabeza con algo. Aquí, mira. —Hizo un gesto para que se acercase.

Tomó su mano y la posó sobre la cabeza. Él dio un respingo al notar el chichón producido por el golpe.

—Cuando desperté, estaba sentada en una cueva y continuaba atada. Me di cuenta por el eco y la piedra fría donde apoyaba mi espalda. Enseguida me dijeron que querían un rescate. Tenían el acento de la zona, creo. Entre ellos hablaban vascuence y no podía entenderlos. Aunque alguna palabra suelta sí comprendí. Estoy aprendiendo.

Martín sonrió al escucharla y se reafirmó en su convicción de que Mariana era tan ágil de mente como combativa y dio gracias a Dios porque estuviese sana y salva.

—¿Y cómo lograste escapar?

—El primer día lo pasé atada y con los ojos vendados. Ni siquiera me desataron para orinar. Superé la noche dormitando de cuando en cuando mientras escuchaba cómo roncaban. Creo que se turnaron para vigilarme. Dos de ellos se fueron hacia el mediodía. Notaba la luz a través del trapo que tenía en los ojos. No habían preparado bien mi rapto porque no contaban con nada para comer y salieron a ver si podían cazar algo. El tercero se quedó en la cueva a mi cuidado, pero era un majadero. Me quejé del frío y logré que avivase el fuego y que me acercara a las brasas. Malmetí contra sus compañeros y le dije que si me soltaba recibiría mucho dinero. Al principio no me hizo caso y me mandó callar, aunque después acabó por preguntarme cuánto le daría. Le dije que podíamos hablarlo y que tenía que ser antes de que volviesen los otros dos. Le pedí que huyésemos, que me llevase hasta mi casa en Durango y que allí tú le darías el dinero del rescate. Para ello, para escapar, le pedí que me quitase el pañuelo de los ojos. Lo hizo y me dijo que aceptaba mi propuesta.

En ese punto de la narración, dejó de hablar.

—¿Y qué más, Mariana?

Ella suspiró y Martín se percató de que iba a coger fuerzas para proseguir.

—Tuve que luchar para escapar. —Tembló al recordarlo—. Él estaba... despistado, había puesto un cazo con agua al fuego durante nuestra conversación. Iba a preparar algo, achicoria para engañar el hambre, tal vez, y aproveché y le lancé el cacharro con agua hirviendo a la cara de una patada. Comenzó a frotársela y maldecir y a chillar que le había quemado y fue cuando aproveché para salir de la cueva. Comencé a correr monte abajo sin parar y eso es todo.

Martín escuchó aquella parte del relato muy serio.

—Te arriesgaste mucho. Eres muy valiente —señaló.

—Osada más bien —dijo ella.

—Mariana, tengo que preguntarte esto, y créeme que lo siento, pero... —resopló mientras intentaba mantener la templanza—. Esos hombres... ¿Te violentaron de alguna forma?

—No, no. El que me vigilaba solo... solo se bajó los pantalones y me mostró sus... partes, pero no me tocó.

Martín casi rugió de rabia.

—Fue después de que se me ocurriera lo de dar patadas a las brasas y al cacharro con agua cuando se calentase. Por eso le hice hablar y me dediqué a prometerle una recompensa por mí, para esperar a que el agua estuviese bastante caliente. Él estaba sentado frente a mí muy ufano después de haberme enseñado... Se había bajado los pantalones para orinar, acababa de quitarme la venda y se le ocurrió esa porquería, supongo que para amedrentarme.

—Tengo que preguntarte algo más. Perdóname por hacerlo. ¿Te tocó? Porque si lo hizo lo mataré —dijo entre dientes.

—No, no, te lo juro. Lo hubiese matado yo antes que tú.

Martín rio y tomó sus manos de nuevo para apretárselas con fuerza

—Los encontraremos, te lo prometo —dijo él muy serio.

—Hay algo más.

—Cuéntame.

—Eché a correr en la dirección correcta porque escuché tus silbidos.

—Yo no silbé, aunque sí los escuché —dijo extrañado.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No encontramos pastores por la zona. Y en el bosque no suelen pastar las ovejas.

—Pero alguien me guio

—Pudo ser el Basajaun —apuntó Martín sonriendo.

—¿El qué?

—El Basajaun. Es el señor del bosque. Un gigante cubierto de pelo que cuida de los pastores, su ganado y de los que se adentran en sus dominios si lo merecen. Cuando se acerca una tempestad, los lobos o algún peligro, da gritos y silbidos en la montaña para prevenir a los pastores. A cambio, como tributo, recibe de los pastores trozos de pan que él recoge mientras duermen.

—Así que me ha ayudado —sonrió Mariana.

—Eso parece —dijo Martín feliz de verla más alegre—. ¿Quieres algo? ¿Necesitas alguna cosa?

—No. Solo quédate.

—Está bien. No me iré a ninguna parte. Tranquila.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Dime.

—¿Podrías acostarte a mi lado, en la cama?

—Claro —susurró.

Martín se adormiló enseguida sin desvestirse y amaneció con Mariana dormida en sus brazos. No se atrevía a moverse por miedo a despertarla y se quedó quieto, observando sus bellos

rasgos relajados. «Es preciosa», se dijo. Su melena castaña clara recién lavada despedía un aroma dulce. Contempló su frente amplia y redondeada y la arruguita que tenía en ella, que se incrementaba cuando estaba enfadada. Su perfil de nariz recta daba paso a una boca amplia y bien dibujada de labios llenos, que Martín rememoraba suavísimos.

Se le había quedado grabado a fuego el beso que se habían dado en la boda. Recordaba estar muy nervioso durante los votos y su sorpresa al comprobar que a ella no le temblaba la voz. Evocó haber escuchado al sacerdote, mirarla a los ojos y tragar saliva. Ambos habían evitado cruzar sus miradas. Después se inclinó para besarla. Lo hizo con la intención de rozar su boca tan solo por cumplir con la ceremonia, pero sintió la presión de los labios de ella en los suyos y casi se olvidó de todo a su alrededor.

Inspiró intentando apartar aquellos agradables recuerdos. El camisón era lo bastante casto como para taparla de modo apropiado, aun así, él era consciente de sus formas, sobre todo de la curva de sus senos llenos, que descansaban sobre el pecho de Martín.

«No puedo dejarme llevar; no debo porque sé que se marchará», se dijo con tristeza.

Mariana se movió y emitió un ronquido no muy fuerte, al que le siguió un soplido leve que hizo sonreír a Martín.

—Ojalá pudiera, *bihotza* —susurró.

La semana posterior al secuestro, Martín mantuvo a la joven bajo vigilancia todo el tiempo o acompañada de su doncella, lo que ella agradeció al principio. Con el paso de los días, Mariana fue dejando el miedo atrás y decidió que ya podía volver a salir.

—Pero ¿por qué no puedo dar un pequeño paseo acompañada de Abeliñe? —se quejó frustrada.

—Porque no. No hemos atrapado aún a esos villanos y no me quito de la cabeza que puedan volver a intentarlo.

Mariana resopló.

—¿Y hasta cuándo estaré retenida de nuevo?

—Es por tu bien —dijo Martín en tono conciliador.

—¡Es que pareces mi sombra! Solo quiero visitar a Pepa, que Abeliñe me ha dicho que está encinta.

—Podrás hacerlo cuando cojamos a esos indeseables —insistió él.

—¡Claro, claro! Estoy prisionera por mi seguridad —rezongó cruzándose de brazos.

—Sé razonable. No te portes como una chiquilla

—¿Como una chiquilla, dices?

En medio de la discusión apareció un lacayo y anunció la visita de don Pedro, que no esperó

a que le diesen permiso, entró en la casa y apareció en el salón.

—¡Eso es! ¡Así me gusta! Ya os veo como un matrimonio de verdad. Discutiendo —rio quitándose el gabán mojado por la lluvia.

Martín lo saludó con aire enfadado y Mariana se retiró tras dedicarle una inclinación de cabeza al tío de su marido. No tenía ninguna gana de charlar con aquel hombre.

«Lo que me faltaba», pensó Martín invitando a su tío a sentarse junto a él, frente a la chimenea.

—Átala en corto, si no, se subirá a la parra y de ahí no podrás bajarla. Sé lo que me digo.

—Tío..., intento llevarme bien con mi esposa —suspiró.

—Llevo muchos años casado como para saber cuándo hay que dar un golpe encima de la mesa e imponerse. Y conozco de sobra a las mujeres.

El joven puso los ojos en blanco.

—Tú verás lo que haces. Es tu esposa, no la mía. He venido a decirte que creemos haber dado con los captores de Mariana. Son tres menesterosos de Iurreta. Uno de ellos trabajó en el banquete de boda como criado.

—¿Y los otros dos?

—Son un par de desertores que se dedican a robar por los caminos de aquí a Bilbao.

Martín se quedó pensativo.

—¿Qué rumias, sobrino?

—Me parece raro que tres desarraigados tuviesen esa idea solos.

—Bueno, la noticia de vuestra boda salió en todos los diarios de Bilbao. Yo mismo me encargué de que así fuera. Cualquiera pudo tener la idea de sacar provecho. Estamos en tiempos convulsos y, cuando no hay ley e impera la guerra, hay un montón de malhechores campando a sus anchas por ahí.

—Estás en lo cierto —asintió Martín.

—Déjame a mí. Yo me ocuparé de todo.

Martín supo a qué se refería su tío con esas palabras y que si aceptaba su ayuda estaría de nuevo en sus manos, pero no vio otra salida.

Fue en ese punto de la conversación cuando Mariana, tras decidir que quería volver al salón para finalizar una lectura que había dejado inacabada, pudo escuchar la conversación desde la puerta.

—Tú solo tienes que darme la orden y me ocuparé de ellos.

Hubo unos segundos en los que ninguno de los Izurza pronunció una sola palabra.

—No dejes a esos tres con vida —dijo finalmente Martín sin un ápice de emoción en la voz.

En ese momento, Mariana se dio cuenta de que su esposo había matado a otros hombres y que tal vez no era tan diferente a su tío, pero también pensó en su promesa, cuando le juró que la

defendería a toda costa, y supo que estaba cumpliendo con ella.

Capítulo XIII

Martín le propuso a Mariana salir de Durango un tiempo. Comenzaba a conocerla como para darse cuenta de que pretendía estar bien, pero se asustaba cuando escuchaba un golpe repentino y tenía pesadillas que él intentaba calmar durmiendo a su lado de la manera más casta posible. En cierto modo, añoraba a la belicosa joven de antes, incluso las rencillas del principio.

—¿Y a dónde iremos?

—Cerca, a la montaña. A recolectar manzanas para la sidra —dijo sonriendo—. ¿Qué te parece?

—De acuerdo —suspiró ella—. Creo que me vendrá bien, pero quiero ver a Pepa antes para asegurarme de que ella está bien.

La anterior doncella de Mariana fue invitada a tomar chocolate de modo formal. Se presentó emocionada en casa de su antigua señorita, con más apetito que una cuadrilla de hombres hambrientos y una salud de hierro.

—Ahora las dos somos señoras casadas.

Mariana la abrazó conmovida.

—¡Ay, chiquilla! No me digas que te vas a poner a llorar.

—Creo que sí.

—No se te ha pasado el susto todavía, es por eso. Estás sensible. ¿No estarás preñada?

—No, no es eso.

—A mí no me la das. Ahora yo lloro por todo.

—Te prometo que no lo estoy, Pepa.

—Te conozco muy bien y sé que siempre te haces la fuerte.

Mariana sonrió y le cogió el abrigo para dárselo a Abeliñe.

—Anda, siéntate, siéntate. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. De maravilla. Eso sí, tengo un sueño y un hambre... —dijo Pepa tomando asiento frente a una mesita llena de exquisiteces para merendar.

—Pues venga, chocolate, pastas y picatostes. Merienda de curas, como dice Martín.

—Y a ti, ¿cómo te va con tu esposo? Con ese hombre tan garboso no puede haber noche aburrida, niña —dijo Pepa traviesa.

Mariana sonrió intentando aparentar naturalidad.

—Bien, todo muy bien.

—Ya veo que no me vas a contar nada —suspiró la antigua doncella—. A mí, Bittor me sigue sin dejar en paz. En cuanto me descuido, ¡zas! Y tú, ya verás, cualquier día estarás como

yo.

—De momento no queremos tener descendencia. Es pronto. —Mariana intentó sonar veraz.

—Ah, comprendo, así que el muchacho está tratando de no atinar —dijo Pepa guiñando un ojo.

—¿A qué te refieres?

—Chiquilla, pues eso, a que cuando el hombre está a punto de terminar sale a toda prisa para que no te quedes preñada.

—Ah, sí... Claro. —Mariana enrojeció hasta las orejas.

Pepa la miró con ternura.

—Quién nos lo iba a decir el día que salimos de Sevilla, ¿eh?

—Tengo la sensación de que han pasado cien años desde entonces —suspiró la joven con melancolía.

—¿Echas mucho de menos tu casa, niña?

Mariana tardó en contestar porque, al pensar en su antigua vida en el palacio sevillano, se dio cuenta de que no echaba de menos aquel constante tira y afloja con su madre, obsesionada con el cumplimiento de normas y protocolos, y comprendió que se sentía mucho más libre. Martín no la fiscalizaba cada paso que daba, todo lo contrario.

«Bueno, hasta ahora. Desde el secuestro no me deja un minuto sola», pensó abrumada de pronto; se encontraba acompañada en todo momento y eso la enojaba. Añoraba sentirse relajada estando sola. Era consciente de que estaba en tensión casi todo el tiempo y quería volver a ser la misma Mariana luchadora y decidida de antes.

—A veces echo de menos algunas cosas. La luz es tan distinta aquí... —dijo por fin.

—Sí, el sol no calienta mucho —asintió Pepa.

—Pero las montañas son magníficas. Y, mires donde mires, hay verdor y agua.

—Eso es verdad. Lo malo es el reuma que vamos a pillar con tanta lluvia.

Y ambas rieron mientras mojaban sus picatostes en el chocolate caliente.

La comitiva a caballo, que incluía hombres de los Izurza y la doncella Abeliñe, cabalgaba a través de una antigua calzada medieval que escalaba el valle. Durante el ascenso cruzaron el desfiladero de Atxarte, un barranco entre las agujas calizas de Untzillatx y Aitzixiki. Martín comprobó que Mariana era una jinete consumada y le complació darse cuenta de que disfrutaba de la ruta. Admiraba el paisaje y preguntaba de cuando en cuando acerca de datos topográficos. Además, montaba como un hombre, a horcajadas.

Cabalgaban por un paraje espectacular poblado de hayedos milenarios, castaños y nogales, inmersos en aquel bosque otoñal lleno de pájaros y mariposas que volaban alrededor de ellos.

Desde su montura, Mariana contempló las ruinas de un antiguo molino.

—¿Cómo se llama eso tan pintoresco?

—Ese es el molino de Azpazar —le dijo Martín.

Más arriba, divisó un puente de piedra sobre un arroyo. Las losas de la calzada desgastadas por los peregrinos indicaban la ruta al santuario de Urkiola.

Después remontaron la carretera que bajaba pegada al riachuelo y el paisaje boscoso se abrió. Ante ellos aparecieron los pastos de montaña donde pacía el ganado durante el verano y el valle.

—¿Falta mucho? —preguntó Mariana sujetándose la capota para evitar que le diese el sol.

—Ya estamos llegando a Atxondo. Ese es el desvío —señaló Martín.

Un tramo corto y más empinado que alternaba piedras y terreno embarrado llevaba al caserío, a los pies del imponente monte Alluitz. Mariana vio ovejas que pastaban en los prados cercanos y escuchó ladrar a varios perros. La edificación se veía a lo lejos y estaba rodeado de nogales, avellanos y manzanos.

—Ese es el *baserri* Mendiola *goikoa*, el Mendiola de arriba. Es que hay otro Mendiola abajo, en el valle. Son parientes —dijo Martín cruzando la cerca de madera que marcaba las lindes del caserío junto a una fuente y un abrevadero. Dejaron allí los caballos para que bebiesen agua e hicieron el último tramo a pie mientras las nieblas se iban disipando en el valle.

Mariana se fijó en la casa de labranza de tres plantas que tenía frente a ella, una construcción aislada de unos quince metros de altura. La grandiosa estructura de piedra y madera de roble, con tejado a dos aguas y un gran arco en la entrada, estaba orientada al sur para recibir la máxima luz solar, un bien escaso en las tierras del norte.

—Es inmenso para una sola familia —apuntó.

—En la planta inferior tienen las cuadras con los animales, en la intermedia la vivienda y toda la parte superior, bajo el tejado, son los graneros para el almacenaje de la cosecha de maíz y manzana —señaló Martín.

—Pero casi es más grande el granero que la casa.

—Exacto —asintió Martín con una sonrisa ante lo perspicaz que era Mariana. Le encantaba esa cualidad tan poco valorada en las mujeres—. La idea era ganar espacio para el maíz. Para molerlo y convertirlo en harina, primero tienen que extender las mazorcas y secarlas durante semanas en espacios cubiertos y ventilados. Antes de que llegara el maíz de América, los campesinos vascos se dedicaban a la venta de sidra para la marina y las empresas balleneras, pero con la pesca masiva escasearon las ballenas y disminuyó la demanda de sidra. El maíz pronto ocupó buena parte de los antiguos pastos, por lo que guardaron el ganado cada vez más tiempo en los establos y acumularon forraje para alimentarlo. Por ese motivo, se necesitaba más espacio para el granero.

Del interior del caserío salió un hombre a buscarlos alertado por los perros. Abeliñe se adelantó y corrió mientras gritaba: «*Aita!*» y lo abrazó. Al acercarse a ellos se dio cuenta de que al desconocido le faltaba un brazo.

—Es el padre de Abeliñe. Le tuvieron que cortar el brazo en el frente. Gangrena. Era eso o la muerte. Por eso se ha puesto a servir la muchacha. Sus dos hermanos mayores están en la guerra y los demás todavía son pequeños para trabajar.

Mariana miró a Martín consternada.

—No me había dicho nada —dijo decepcionada—. Pensé que tenía más confianza conmigo.

—No la culpes. Eres su señora, no su amiga, pero ten por seguro que te tiene un gran afecto. Tuvo que aceptar que el joven estaba en lo cierto.

Continuaron acercándose al caserío y el hombre les salió al encuentro mientras Abeliñe estrechaba en sus brazos a una mujer mucho más pequeña que la muchacha.

—¡Martín de Izurza! ¡Dichosos los ojos! —gritó mientras Martín se adelantaba.

—¡Anselmo! ¿Cómo estás? —preguntó abrazándolo.

Mariana intuyó que ambos hombres eran amigos.

—Bueno, vamos tirando. No queda otra —dijo Anselmo tocando su brazo derecho, amputado a la altura del codo y vendado para ocultar el muñón. A pesar de estar tullido era un hombre alto y espigado, de facciones recias, con un perfil parecido al de su marido, por lo que Mariana concluyó que serían familia.

—Habrás visto que estamos tratando muy bien a tu muchacha —dijo Martín señalando a Abeliñe, que entraba en el caserío acompañada por la mujer a la que se había abrazado casi entre lágrimas.

—Sí, ya lo veo. Si parece que hasta ha crecido y todo. La *amama* Tomasa la echaba mucho de menos. Por cierto, enhorabuena. Me hubiese gustado acudir a tu boda, pero no son buenos tiempos —dijo tocándose el muñón vendado.

—Te presento a mi esposa: Mariana de Ibarra.

Martín rodeó su cintura para atraerla a su lado. El espontáneo gesto la tomó por sorpresa.

—Anselmo... —Lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Así que usted es la preciosa esposa de Martín de la que todos hablan en Durango.

—Eso parece —sonrió Mariana tendiéndole la mano.

—Venimos a ayudar con la recogida de la manzana. Ya sabes que vengo todos los años y este no iba a ser diferente.

Anselmo le palmeó la espalda con fuerza a Martín y los hizo pasar al caserío por una entrada en arco que daba paso a un pórtico abierto, donde les esperaban Abeliñe con su abuela, sus hermanos pequeños y su madre. Desde allí se accedía a las dependencias privadas de la familia en la planta superior. Anselmo Urrutia hizo las presentaciones. Mariana estrechó la mano

de Miren, su esposa, y de la *amama* Tomasa. Los nombres de las hermanas y hermanos de Abeliñe le resultaron ininteligibles. Después les condujo hasta las estancias que ocuparían Martín y Mariana para que pudieran asearse antes de comer.

La habitación, a pesar de ser bastante rústica, contaba con el mobiliario completo propio de un dormitorio, con su cómoda, armario, tocador y hasta una butaca y una alfombra oriental.

Tras lavarse un poco, Mariana bajó a la cocina, donde se habían reunido las mujeres con los críos, junto con Anselmo, el único hombre que no estaba en la guerra.

—Bienvenida a nuestra *sukalde* —dijo Abeliñe.

Su madre, Miren, saludó con expresión afectuosa sin dejar de amasar una especie de bolas amarillas.

—Ven a sentarte junto a la lumbre, Mariana —la invitó Anselmo.

Mariana se sintió un poco cohibida y tomó asiento al lado de Martín.

—Cocina se dice *sukalde*, el lugar junto al fuego. *Sua* significa fuego —le explicó Martín.

—Nunca había visto una chimenea tan inmensa —dijo ella.

El hogar del caserío Mendiola ocupaba gran parte del espacio rectangular de la cocina, en la planta baja de suelo de piedra, rodeada de arcones, estantes con jarras, platos y cuencos de cerámica. De una viga colgaba la cadena de hierro con argollas para sostener un gran caldero encima del fuego.

Mariana se fijó en cada detalle. Por dentro, el caserío era un rompecabezas con una carpintería excepcional y muy compleja hecha por verdaderos artesanos de la madera; un bosque de ángulos rectos, postes verticales y vigas horizontales.

—A finales del siglo pasado, mi abuela, una Mendiola, heredó el caserío y se casó con Domingo de Urrutia, un segundón sin dote. Ella puso su apellido al caserío, por eso llevamos su nombre, y también aportó el dinero para ampliarlo —explicó el padre de Abeliñe.

—Perdone, Anselmo, ¿es muy habitual que aquí se asigne el apellido de las mujeres a una herencia? Me resulta curioso.

—El caserío con sus tierras es un bien indivisible, que se transmite a un solo hijo, casi siempre al mayor, para impedir que la propiedad se fragmente. A los demás hijos se les da algún dinero, alguna dote para su boda, pero se tienen que buscar la vida en otra parte. Se van de criadas o de campesinos arrendatarios a otras tierras; se meten a frailes, curas o monjas, o emigran a América. El mayorazgo suele ser masculino, aunque en Bizkaia ninguna ley impide que el caserío se transmita a una hija.

—Es una construcción magnífica —dijo Mariana.

—Para ensamblar un caserío necesitaban unos ochenta robles, lo que suponía un trabajo formidable de tala, transporte y carpintería. Sabemos que en este, los Mendiola emplearon robles de doscientos años, ejemplares portentosos, para obtener pilares de este grosor. La pieza más

impresionante es esa viga móvil de once metros de longitud, medio metro de espesor y tres toneladas que recorre la planta de arriba. En realidad, este caserío es un enorme lagar de sidra. La primera pieza que se instalaba era la viga móvil, alrededor de ella montaban toda la estructura de la máquina y luego ensamblaban el tejado y las paredes. Este es uno de los pocos caseríos que aún mantiene el lagar —expresó Anselmo con orgullo.

—El lagar solo lo ponen en marcha dos semanas al año, para prensar las manzanas recolectadas ahora, en octubre. El esfuerzo compensa para todo el año, porque la sidra se vende muy bien. Hay que tener en cuenta que es la bebida más consumida por aquí, porque no tenemos vino y es más alimenticia que el agua —rio Martín.

—Cuando él era un crío, su padre y su tío giraban el tornillo y apretaban la viga —dijo Anselmo.

—A mí me daba miedo. Cuando funcionaba el lagar, el caserío se quejaba y toda la casa temblaba con un crujido espantoso. Me iba corriendo a la huerta y me decían: «No tengas miedo, que no pasa nada, solo estamos haciendo sidra» —se sinceró Martín con una amplia sonrisa en su rostro barbudo.

En ese momento, viendo aquella hermosa expresión entre vergonzosa y tierna, como la de un niño, Mariana sintió que comenzaba a vislumbrar al verdadero Martín.

—Cuando se recogen las manzanas, se esparcen en una plataforma de madera en la planta superior del lagar. Los hombres las machacan con mazas hasta formar una masa con la pulpa y después colocan encima un entramado de tablas para prensarla. Entonces giran un gran tornillo vertical para bajarla enorme viga móvil, que aprieta la pasta de manzanas. El líquido corre por los desagües y llueve hacia los depósitos de la planta inferior. Para soportar una presión tan descomunal, la plataforma de prensado se apoya en un armazón de vigas y postes. Para que la viga móvil no oscile en horizontal, está encajada entre dos parejas de postes gruesos y altos que además sostienen el tejado de la casa y se enlazan con el armazón de soporte. Aquí se ha vivido de la sidra durante mucho tiempo —explicó Anselmo.

Martín contempló a Mariana mientras escuchaba sin perder detalle las aclaraciones mecánicas acerca del caserío.

—¡Qué maravilloso invento! —exclamó la joven.

—¿Te interesan las máquinas? —preguntó asombrado.

—Siempre me ha gustado saber cómo están hechos los artilugios y artefactos. De niña me encantaba desmontar aparatos y me reñían por ello. A mi hermano le regalaron un autómatas y se lo desarmé y monté de nuevo en un solo día —dijo orgullosa.

Martín asintió y la observó con verdadera admiración. Su mirada era inteligente y contenía una sincera curiosidad.

—Si vuestras familias pagaron a maestros artesanos para que les construyeran un enorme

caserío-lagar, que resultaba más caro que una simple vivienda, seguro que fue porque la sidra proporcionaba mucho dinero —dedujo Mariana.

Era esa visión, la que iba más allá de las cosas simples, la que le daba esa lucidez, y era lo que más le gustaba a Martín de ella.

—Tienes razón. Las naos que zarpaban hacia las Américas cargaban todos los años miles de barricas de sidra, porque era una bebida que no se pudría durante las navegaciones y que además alimentaba. La demanda creció tanto que incluso decretaron la pena de muerte para quien talara manzanos. Se producían unos quince millones de litros anuales de sidra. Los caseríos eran fábricas que trabajaban a pleno rendimiento al servicio de la expansión pesquera, ballenera, comercial y colonial. Pero eran otros tiempos. Ahora todo es mucho más difícil. Esta maldita guerra... —dijo Anselmo acariciando el muñón de su brazo.

En ese momento, Abeliñe se acercó.

—Venga, que le voy a enseñar las terneras recién nacidas.

Mariana dejó el fuego del hogar para seguir a la muchacha con alegría. Martín estaba de buen humor y, tras levantarse, hizo una reverencia antes de cederle el paso, lo que la dejó confusa. Aquel gesto le trajo el recuerdo difuso de algo o alguien perdido en su memoria que no pudo evocar con claridad.

Martín la vio alejarse con ilusión en la mirada y sintió que se le llenaba el corazón de un calor profundo que le templaba el ánimo más que el de la chimenea.

Capítulo XIV

La vida en el caserío era muy diferente a la que Mariana había llevado en Durango. Allí era una más y se levantaba al alba para ayudar a las demás mujeres, que se dedicaban a organizarlo casito do. En parte lo hacía porque le daba vergüenza estar mano sobre mano, pero también porque se divertía. Le gustaban los animales y, sobre todo, se entretenía al hacer aquellas tortas de maíz que sustituían al pan tradicional, porque la harina fina de trigo era ya un bien escaso.

La cocina del caserío era el epicentro de la vida familiar. Una especie de confesionario en el que, al calor de lumbre, pasaban las horas entre charlas, canciones y silencios acompañados. Era allí donde las mujeres, incluida la abuela Tomasa, a la que había que gritar un poco porque estaba casi sorda, preparaban el talo, un trozo de masa plana y circular que se ponía sobre el hierro para ser dorada por ambos lados momentos antes de comenzar a comer. Los niños se arremolinaban alrededor de ellas mientras daban forma a aquellas tortas amarillas para ver si recibían un anticipo. Para Mariana, sentarse con las mujeres de la casa a amasar las bolas de harina mezcladas con agua y un poco de sal se había convertido en una experiencia muy alegre.

El talo acompañaba a todos los alimentos y se comía caliente. Si sobraba se reblandecía en leche hervida con azúcar para desayunar. Mariana se había aficionado a aquel humilde bocado entre dulce y salado y prefería siempre el que elaboraba la abuela Tomasa, más consistente. Ella, a pesar de su avanzada edad y sus manos deformadas por el reuma, esparcía el maíz encima de la mesa de la cocina y poco a poco construía un volcán sobre el que vertía agua templada. Una vez terminada la maniobra, comenzaba a realizar la bola que luego se convertiría en el talo. A la abuela le gustaba hacerlo con un grosor importante y cocinarlo muy despacio. Las tareas propias de la explotación ganadera y agrícola eran arduas y, al carecer de las manos masculinas de los varones adultos, se hacían aún más complicadas. Cada día, además de las labores domésticas de un hogar, debían ordeñarse las vacas al amanecer y, como el resto de animales, ser alimentadas; debía hacerse el pan, tejer la lana, cortar leña y, en aquella época, prepararse para el invierno que se aproximaba. Abeliñe le había dicho que pronto sería la matanza del cerdo con la que se proveerían de carne para el invierno.

El caserío era autosuficiente; estaba aislado y rodeado de cultivos y pastos que suplían casi todas las necesidades de la familia.

Mariana miró a su alrededor. Los maizales se habían cosechado ya y los pimientos rojos del verano se terminaban de secaban colgados de la fachada para ser molidos y dar color a los futuros chorizos; en las laderas crecían los manzanos y perales; las vacas y ovejas salpicaban las campos; nogales, castaños y cerezos se extendían tras la casa, hasta el bosque primigenio; por las

laderas más empinadas se apreciaban las siluetas de caballos y yeguas que pastaban libres y en la cuadra descansaba una pareja de bueyes, una mula y los caballos. Cerca de la entrada picoteaban capones y gallinas. En el corral, estaban los conejos en sus jaulas y el estimadísimo cerdo cebado para alegrar la dieta. Una vez a la semana se bajaba a Durango para, si lo había, llevar el excedente de hortalizas de la huerta propias de cada temporada, junto con queso, miel o lana y cestería de mimbre para vender. Del mercado se traía el vino y el trigo alavés o castellano y el aceite navarro.

Estaba cansada. Ya atardecía y el trabajo en mil tareas diferentes que desconocía por completo la mantenía ocupada y la hacía dormir en cuanto se posaba sobre el colchón. Ni siquiera se daba cuenta de cuándo se acostaba Martín, que siempre lo hacía más tarde que ella y se levantaba antes que cualquiera de la casa para ayudar en todo lo que podía. Él tenía sumo cuidado en no trastornar su sueño, pero, al amanecer, cuando acababa de dejar el lecho, ella, sin abrir los ojos, estiraba el brazo para palpar el otro lado de la cama y acariciaba las sábanas que aún mantenían su calor.

Se sentó en su lugar preferido, la ladera que daba al valle y que a veces quedaba por encima de un mar de nubes. El día estaba limpio de niebla y pudo observar las aldeas y los caseríos desperdigados a sus pies: el humo que salía de las chimeneas, el movimiento de la gente a la puerta de sus casas, que se veía diminuta desde su atalaya, niños que jugaban en el frontón a la *esku pilota*... Y se dio cuenta de que aquel lugar primitivo y oscuro del que le habían hablado no existía. Aquellas gentes eran alegres, bailaban y cantaban a la menor oportunidad y compartían todo lo que tenían con el forastero que alojaban de buen grado en sus casas. Tal vez no eran tan refinados o mundanos como los Osuna y todos los que, como ellos, intentaban medrar para lograr un mejor puesto en el Gobierno de la capital de reino, pero cumplían su palabra, aún creían en el honor y eran leales a sus amigos y a una causa.

Martín era el vivo ejemplo de esos ideales que su padrastro hubiera denominado caducos, los de gentes de espada y misa, que juraban ante Dios y ante sus padres y que daban la vida por no renunciar a sus tradiciones y el nombre de su casa.

Justo acababa de suspirar cuando escuchó suaves pasos sobre la hierba y supo que era él.

Allí, en la montaña, lejos de su tío, Martín de Izurza se sentía más libre y sin las ataduras a las que se veía sometido bajo su tutela y Mariana se había dado cuenta de ello. Su habitual ceño fruncido había desaparecido. Bromeaba, reía a carcajadas y a menudo canturreaba cosas ininteligibles con su suave voz de barítono

Se sentó junto a ella y contempló la misma puesta de sol en silencio.

—Casi es hora de cenar.

—Solo un poco más. Me encanta ver cómo se pone el sol desde aquí. Soy como una diosa que vive en la montaña y que observa a los humanos. —Suspiró—. Nunca he visto nada más

hermoso.

Martín percibió de nuevo aquel suave calor que lo envolvía y comprendió que era Mariana quien lo provocaba y que no quería dejar de sentirlo. La cena podía esperar.

—Sí, lo es —sonrió él—. Es un lugar bello, tranquilo, y por eso te he traído, para que te sientas a salvo.

—Gracias —susurró Mariana que sintió cómo su mirada dulce la turbaba—. La guerra parece que no llega hasta aquí.

—No, aquí estamos seguros —mintió Martín.

Él sabía que, separados del resto del país por el bloqueo marítimo y terrestre de Francia, perdidos sus mercados naturales, sin apenas industrias y con una población, en su mayoría agrícola, debilitada por la movilización de los hombres aptos y jóvenes, sin reservas de capital, ya que las fortunas más importantes se hallaban en las ciudades en manos liberales, la tarea de mantener un ejército solo era posible a costa de grandes sacrificios que, tras casi seis años de guerra, estaban dejando arrasadas las provincias vascongadas. Para colmo de males, en los últimos tres años las cosechas habían sido muy escasas y ya apenas existían ni bueyes ni hombres para acometer esas tareas que se habían quedado en manos de mujeres y ancianos. No podía engañarse a sí mismo.

—Solo espero que no lo haga, que no llegue, porque se desvanecería toda esta belleza. Ahora comprendo muchas cosas. Vuestra verdadera causa no es don Carlos. Lucháis por conservar esto —dijo señalando todo lo abarcable por sus manos.

Aquella zona montañosa era una sucesión de picos elevados cubiertos de bosques entre profundos valles a los que solo se podía penetrar a través de angostos desfiladeros y que constituían un espacio ideal para la defensa y una pesadilla para el ataque. Por eso aquella forma de vida había perdurado durante siglos.

Mariana adivinaba el sentido de la lucha carlista de aquellas familias; no luchaban por un rey, sino por sus hogares y por sus propias leyes, para seguir siendo ellos mismos.

Martín asintió.

—Eso es. La casa y la tierra no es nuestra, nosotros somos de ellas. En el pasado, a los bebés que morían sin bautizar los enterraban bajo el alero de la casa para que recibieran la protección espiritual. Y las mujeres recién paridas, al salir por primera vez a la calle tras el alumbramiento todavía guardan la tradición de llevar una teja de la casa sobre la cabeza, para que las proteja. Cada persona está asociada a su caserío, a su familia, a sus antepasados. Y lleva su nombre como apellido. El *baserri* es el núcleo de la identidad, con su cabeza de familia como representante en las asambleas vecinales. El *baserri* alberga el fuego y siempre es el refugio frente a lo salvaje. La tierra es lo más importante, sin ella no somos nada ni hay nada. Un hombre sin tierras no tiene futuro, dice mi madre. Hay que conservarlas a toda costa. No luchamos por

prebendas y privilegios de nobles que quieren influir en la política, sino por nuestras tierras y hogares.

—Desde que vivo aquí, quiero que Miren y Anselmo y Abeliñe y sus hermanos no vivan con miedo. Lo quiero por Pepa y Bittor y por ti. Y creo que la vuestra es una lucha justa y que merecéis ganarla —dijo mirando a los ojos a Martín, que sonrió con tristeza.

—Lucho por la casa de mi padre, por mis antepasados y por los que vendrán algún día. Pero creo que no ganaremos. La mayoría de nuestros hombres solo son campesinos que jamás habían cogido un fusil y los demás no somos más que pequeños terratenientes, señores feudales de un pasado que se extingue. Nuestra historia está llegando a su fin, como la de los viejos lagares. No soy ningún iluso. Los más jóvenes dejan los caseríos y se van a la guerra y no regresan. Los que sobreviven acaban en la ciudad. Dicen que en Inglaterra hay grandes manufacturas de todo tipo donde la gente trabaja por un jornal, no por comida, no para su familia. Aunque quiero pensar que sobreviviremos de algún modo, que no se perderá nuestro pueblo, que perdurarán las antiguas tradiciones y la lengua de nuestros ancestros.

—Mi madre vendió todo antes de marcharse: la casa de Bilbao, el caserío de mi abuela, los campos...

—¿No echas de menos tu tierra? —preguntó él.

—Echo de menos el clima, aquí cambia cuatro veces al día y nunca a mejor.

Martín rio.

—Estás en lo cierto.

—Fui a vivir a Sevilla con poco más de doce años. Añoro a mi caballo, a mis amigas, el olor del azahar, los colores bajo aquella luz, a mi hermano... —Se quedó callada de pronto y Martín pudo darse cuenta de que se le habían humedecido los ojos.

—Te di mi palabra y la cumpliré. Conseguiré que viajes de regreso a Sevilla y tomes ese barco a México.

Mariana asintió y Martín notó un nudo en la garganta que le hizo tragar saliva al pensar en ella al otro lado del mundo, donde no la vería nunca más.

—Aunque sabes que es un viaje incierto.

—Lo sé. Sé que se tardan casi dos meses en llegar y que el Caribe es un mar peligroso, donde se suceden grandes temporales. Mi hermano me ha contado muchas cosas en sus cartas. Sé que tras salir de Cádiz se hacen escalas en Canarias y en Cuba antes de desembarcar en Veracruz, y que después el camino hasta la península del Yucatán para llegar a Mérida es largo y arduo, a través de una selva impenetrable, y está lleno de dificultades, pero no tengo temor.

—Lo sé.

Y así, en silencio, terminaron de ver cómo el sol se metía entre las montañas.

Capítulo XV

El final de la recolección de la manzana se celebró con una gran fiesta. Los habitantes de los caseríos más cercanos, todos parientes y amigos, llevaron a cabo la preparación del festejo. Se cocinaron platos succulentos y se almidonaron las camisas y blusones más finos y las enaguas mejor bordadas como en tiempos de paz. Las mujeres se hicieron trenzas para adornar sus moños y se pusieron lazos, sus mejores toquillas y pañuelos de encaje. Los hombres fueron al barbero a recortar sus barbas y Mariana, que apenas había traído ropa de Durango que considerase apropiada para el campo, se rindió a la insistencia de Abeliñe, se vistió con las faldas de las caseras y se puso un pañuelo en el pelo para sujetar su frondosa cabellera, que, tras días sin cepillar y debido a la humedad, lucía ondulada.

Al verla así, sin sus habituales afeites, sin joyas ni volantes o sedas y con el pelo suelto, Martín la encontró deslumbrante. La vida al aire libre le había dado a su rostro unas mejillas siempre sonrosadas y la sencillez de sus ropajes y su belleza natural lo hicieron enmudecer.

Fue Anselmo quien lo alejó de su ensimismamiento al pasar junto a él y darle un codazo con intención.

—No te va a quedar más remedio que sacarla a bailar, si no, la vas a desgastar de tanto mirarla —le dijo con guasa.

Bajaron a la ermita más cercana, donde se celebró una misa para bendecir la cosecha, tras lo cual los Mendiola, los Urrutia y más parientes comieron y bebieron en abundancia, casi todos de pie en varias mesas preparadas para la ocasión.

En aquel ambiente festivo algunos mozos se arrancaron a apostar quien cortaba más troncos en menos tiempo. Por los alrededores existía una explotación maderera para hacer carbón vegetal para ferrerías y enseguida dispusieron de secciones de troncos de haya verde sin nudos visibles, a los que se les había quitado primero la corteza. Pronto aparecieron voluntarios que, envalentonados por el vino, no dudaron en retarse para pavonearse delante de las muchachas. El sonido de las hachas cortaba y golpeaba el aire. Los jadeos de esfuerzo de los *aizkolaris* y el silencio que se hizo alrededor de los participantes impresionó a Mariana. Ganó un joven oriundo de Iurreta, que cortó más de treinta troncos de medio metro de anchura en menos de una hora.

Para celebrar el logro, algunos se arrancaron a cantar y, al hacer buena tarde, muchos se pusieron a bailar en la campa, frente a la capilla, al son del *txistu*, el tamboril y la *alboka*.

A Mariana aquellas danzas le parecieron las expresiones de alegría más genuinas que había visto junto con las de los gitanos de Sevilla.

Le llamó la atención la separación total entre mujeres y hombres, como en la iglesia. Veía a

las esposas buscar a sus amigas y a los maridos a los suyos. Las muchachas bailaban en corro y reían y cantaban. Los hombres lo hacían como en una especie de desafío.

—Qué bien bailan —dijo Mariana sentada a la sombra de un roble junto a Miren.

Había hecho buenas migas con la esposa de Anselmo. Al principio se había sorprendido de ello, porque ambas tenían poco en común, pero se sentía muy cómoda junto a aquella mujer tan trabajadora y estoica.

—Es un honor pertenecer al grupo de *dantzaris*. Los mozos tienen que pasar la selección de las diferentes cofradías de cada anteiglesia: la de Bériz, Garay, Iurreta, Abadiño, Izurtza y Mañaria. Ese es el *makil jokoa* y ahora se baila con palos, aunque en realidad era con espadas. *Ezpata jokoa*, se llama. Y la otra que han bailado antes, en la que ondeaban el estandarte del batallón sobre las cabezas de los *dantzaris*, se llama *agintariena* o baile de la bandera —le explicó Miren.

—Son muy distintos a los bailes sevillanos, pero me gustan por su fuerza y los juegos que hacen con los pies, provocándose unos a otros. Sois competitivos hasta en el baile.

—Pues a mí me encantaría vivir en Sevilla y probar el vino dulce y oler los naranjos —dijo Abeliñe, que llegó para servirse más sidra de una jarra.

—¡Y a mí! —rio Miren—. Cuéntame cosas de Sevilla, *pitxin*.

Mientras conversaba, Mariana veía bailar a Martín. Era más alto que los demás, de espalda ancha, torso largo y musculosas piernas, y con la camisa de domingo y el chaleco bordado estaba muy atractivo.

—Es guapo, ¿eh? Anselmo también era muy apuesto de mozo antes de ir a la guerra y que lo destrozara. Era muy buen *dantzari*, pero ya no quiere bailar —suspiró Miren con pena.

Mariana sintió el dolor que encerraban esas palabras y notó un escalofrío al pensar que le pudiese pasar algo parecido a Martín.

—No dejes que te apabulle, que aquí los hombres son muy poco galantes —dijo Miren—. Me he dado cuenta de que aún estáis medrosos el uno con el otro.

—No lo hace. Me temo que tengo demasiado carácter para que lo logre. No soy de naturaleza obediente.

—Por eso lo traes loco —rio.

—¿Tú crees? —preguntó sorprendida.

—Ese hombre lleva fuego en los ojos cuando te mira. Hazme caso. El principio de un matrimonio es difícil. Tú te debes acostumbrar a él y él se tiene que adaptar a ti. Después de un tiempo, todo se vuelve más sencillo y también más aburrido. Luego surge otra cosa y sientes que él ya es parte de ti, que sois una familia.

—Martín me resulta huraño, es verdad. Y yo a él fastidiosa.

—¡Qué va! Tampoco Anselmo ha sido nunca el colmo del donaire. Martín a veces es arisco,

pero solo por apocamiento. Lo conozco desde que era un crío, incluso antes de ennoviarme con Anselmo. Es bueno como un cordero y leal como un perro pastor, no como su tío. Todo lo que tiene de grande lo tiene de noble —rio Miren—. Y ahora, ven aquí, *pitxin*, que te voy a aflojar un poco las cintas del corpiño para que puedas bailar a gusto, que tienes busto generoso y te viene pequeño.

Gracias a la intervención de la señora de la casa y de la sidra que guardaban de la cosecha del año anterior y que todos bajaron en carros junto con las viandas y las mesas, Mariana se sintió más desenvuelta y se acercó a contemplar cómo las muchachas solteras bailaban fandangos con los mozos. Mientras observaba las danzas, no pudo dejar de pensar en lo que acababa de decirle Miren. Buscó a Martín con la mirada y lo vio charlando con Anselmo. Hablaban de algo divertido, porque Martín desplegó su amplia y espectacular sonrisa y fue entonces cuando Mariana tuvo que aceptar que era el hombre más apuesto que había visto jamás. Así estaba, admirando su buen porte, cuando él se giró y la descubrió observándolo. Sus miradas se cruzaron y ambos sintieron algo extraño en el estómago, una especie de nerviosismo mezclado con una absurda felicidad.

Animado por Anselmo, la música y la sidra, Martín se acercó a Mariana para sacarla a bailar. Se sentía desinhibido y feliz de verla tan radiante y, aunque no se tenía por un fulano gracioso, se presentó ante ella e hizo una reverencia quitándose la boina.

—¿Me harías el honor de bailar conmigo, *laztana*? —dijo con picardía.

Aquella sonrisa torcida, el gesto con la *txapela*, la reverencia y el sonido de la palabra que parecía un piropo hicieron que Mariana liberase por fin aquel lejano recuerdo. Era él, Martín era el pilluelo de sus sueños. Se quedó aturdida durante unos instantes y finalmente exclamó con cara de asombro:

—¡Cómo no me di cuenta antes! ¡Eras tú!

—¿Cómo dices? —preguntó Martín extrañado.

—El muchacho del mercado, en Bilbao. ¿No te acuerdas?

Mariana aguardó la respuesta esperanzada. Martín miró a Mariana fijamente a los ojos y recordó.

—¡Fue hace mucho tiempo, pero claro que me acuerdo! —rio él—. ¡La señorita!

—¿Señorita?

—Estabas con tu aya, supongo, y te llamó así e intentó evitar que charlases conmigo. Recuerdo que dijo: «Deja a mi señorita, pollo». Y yo le respondí: «Yo no soy un pollo, soy un caballero».

Mariana comenzó a reírse a carcajadas.

—Recuerdo que ibas llena de lazos y chorreras y me resultaste divertida —añadió él.

—Divertida... —dijo Mariana haciendo un mohín.

—*Eta oso polita.*^[1]

Martín volvió a ofrecerle su mano para que bailara con él y Mariana la tomó.

Danzaron sin cesar hasta caer la tarde. Tan solo paraban de vez en cuando para beber sidra. Mariana pronto comenzó a acusar los efectos del zumo de manzana fermentado. Su risa hacía sonreír de felicidad a Martín, que incluso entonó algunos cantos con su profunda y suave voz de barítono. Ella, a su vez, se sentía en un estado de ligereza que nunca había experimentado.

De vez en cuando, Mariana tropezaba o giraba demasiado deprisa y caía en brazos de Martín, que la sujetaba con fuerza. Dieron tantas vueltas que, a la mitad de un baile con cadeneta, ella tuvo que parar para poder respirar.

—¡Tienes que continuar! ¡No puedes pararte ahora! —dijo Martín jadeante.

—Estoy agotada

—Es porque llevas zapatos en vez de abarcas.

Los dos rieron con fuerza. Martín intentó que regresase tirando de su mano, pero ella se soltó y escapó de su lado. Él la persiguió hasta alcanzarla bajo un árbol, tras la ermita.

Ambos trastabillaron a la vez. Mariana se apoyó en el tronco para no caerse y Martín en ella. Sintió el peso del recio cuerpo masculino sobre el suyo, con sus músculos duros como piedras. Él, en cambio, se percató de la blandura de su vientre y de la de sus muslos. Mariana se fijó en la parte superior del pecho de Martín, donde se había soltado la camisa. Lo tenía sudoroso debido al baile. También contempló su barba, más clara que su pelo, y las pestañas abundantes que sombreaban sus ojos castaños. Martín, a su vez, reparó en el pecho agitado de ella, que asomaba de entre el corpiño, en sus mejillas arboladas y en su boca húmeda y roja.

Los dos fueron culpables. Ambos abrieron sus bocas a la vez sin dejar de mirarse. Martín se rindió, no fue capaz de censurar sus pensamientos, no pudo resistirse a ella ni enfrentarse al deseo, descansó su frente en la de Mariana y pronunció su nombre. Entonces, ella, presa de una urgente curiosidad, posó su boca en la de él y se dejaron arrastrar por aquella necesidad que les nacía en el estómago y los golpeaba el pecho.

El beso comenzó suave, acariciador, pero enseguida se tornó anhelante. Fue ella quien lo acentuó presionando sus labios sobre los de Martín y, cuando él notó la dureza de los pezones de Mariana bajo la tela del corpiño, la razón dio paso al arrebato.

Él solo la siguió hasta sentir el sabor salado y el calor de su saliva. Los labios húmedos se abrieron más y dieron paso a las lenguas. Martín la tomó con fuerza por el cuello y la cintura y la besó hasta que Mariana exhaló un suave gemido que lo hizo retroceder.

La contempló. Ella tenía los ojos cerrados y respiraba con afán. Él también jadeaba y sentía cómo su cuerpo dejaba de obedecerlo. Tomó el rostro de Mariana entre las manos con suavidad y ella abrió los ojos. Se miraron unos instantes. Los ojos de Mariana brillaban al igual que sus

labios mojados e hinchados. Parecía poseída por la fiebre y estaba tan hermosa que Martín notó dentro del pecho una punzada similar al dolor.

Ella permaneció en silencio, esperando a que él dijese algo mientras intentaba que su respiración no se agitara más de lo que ya estaba, pero Martín no lo hizo. En vez de ello, se alejó vacilante, dejándola confusa y sofocada.

Capítulo XVI

En la oscuridad del dormitorio, Mariana no dejaba de pensar en Martín, que aún no había regresado tras estar desaparecido el resto de la tarde y no presentarse a cenar.

Tenían que hablar de lo ocurrido, pensó acariciándose los labios que él había besado con tanto afán. Rememorar aquel beso la mantenía en un estado de total zozobra. Jamás había sentido un fuego semejante, un ardor tan íntimo y profundo.

Intentó mantenerse alerta y aguardar a Martín, aunque no lo logró y, a pesar del arrebato que sentía, el sopor que le produjeron el alcohol y el cansancio de todo el día en la romería pudieron con ella. Su último pensamiento antes de dormirse fue: «¿Y si lo hace? ¿Y si regresa y se acuesta a mi lado esta noche?».

Fueron los mismos efluvios etílicos de la sidra los que le hicieron tener extraños sueños. Tan solo pudo recordar algunas partes, aunque con tal viveza que al despertarse estaba sonrojada. Soñó con Martín y que él la acariciaba y besaba en lugares inimaginables.

Martín, a su vez, se pasó la noche en vela, lejos de Mariana, pero sin poder dejar de pensar en lo ocurrido. Tras intentar mantenerse alejado de ella, bien lo sabía Dios, había sucumbido a su aroma, su tibieza y su sabor. La primera vez que la besó, en la boda, logró mantener apartada su mente de lo que su cuerpo sentía. Cuando aceptó el pacto, fue consciente de que no podía abandonarse a sus impulsos carnales y, haciendo gala de una inmensa fuerza de voluntad, había dejado de lado sus apetitos más íntimos. Aunque no había sido suficiente, nada lo era al conocer a Mariana. Su mayor desasosiego residía en la certeza de que, si yacían juntos, no podría dejarla marchar, estaba convencido de ello, y aquella certidumbre le provocaba desesperación porque iba a faltar a su palabra, y había prometido a su padre que nunca lo haría, so pena de arder en el infierno. Aunque los casi seis años de guerra le habían demostrado que el infierno estaba en la tierra y era algo tangible y real. Ya solo una cosa era segura para Martín de Izurza: que sentía un amor inmenso y arrasador por aquella muchacha.

Mariana se despertó con dolor de cabeza, confusa y turbada por un sueño que no lograba recordar hasta que, por un instante, pasaron por su mente una sucesión de imágenes que la hicieron sentarse de golpe en la cama. Se habían besado y no porque debían, como en la boda. Esta vez había sido algo buscado, aunque no meditado. Todavía creyó notar el dulce hormigueo que la vehemencia de Martín le había dejado en la boca y en el cuerpo.

Nada más levantarse se dio cuenta de que él no había dormido en la cama.

«Al menos, no en la misma que yo», se dijo algo molesta.

Bajó a desayunar con la intención de encontrarse con él, pero no estaba en el caserío y, tras indagar un poco, se dio cuenta de que nadie sabía acerca de su paradero ni dónde había pasado la noche.

Necesitaba hablar con él. Acababa de comenzar a rondarle una idea por la cabeza. Entre los numerosos sueños nocturnos, Mariana había intercalado imágenes de lo que su mente imaginaba que sería su vida en México. Una vida solitaria, aunque tranquila, basada en atender una casa, a un hermano sacerdote, sin marido, sin hijos, leyendo y cuidando de un jardín en sus horas libres y supo que estaría bien así, que no le importaría ser la solterona del lugar. Aceptaría de buen grado la etiqueta. Entonces, ¿por qué notaba aquella sensación de hambre en las tripas al recordar sus labios, el peso de su cuerpo grande y duro sobre el suyo, su aroma y su sabor?

Su madre y sus amigas, todas, la habían prevenido acerca del desagrado que causaba el primer encuentro carnal con un hombre. Por otro lado estaban Pepa y su regocijo al hablar de cómo Bittor se comportaba con ella en la intimidad y el brillo en los ojos de Miren al relatarle los primeros tiempos del noviazgo con Anselmo. ¿A quién debía creer?

No fue hasta el mediodía cuando Martín reapareció con la misma ropa del día anterior y con unas ojeras violáceas bajo los ojos marrones claros. Llegó a caballo por el camino que subía del pueblo más cercano y se cruzó con Mariana, que regresaba de dar el paseo con el que había intentado aclarar sus pensamientos.

—Por fin apareces —dijo ella arrebuja en un chal de lana.

—Se acerca nieve —dijo él descabalgando. No tenía ganas de discutir con ella, solo quería conocer cómo se sentía acerca de lo ocurrido para saber a qué atenerse.

—Apenas es la primera semana de noviembre y está haciendo muy bueno.

—A veces se adelanta el frío y cae una nevada floja y temprana en estas fechas. Eso es bueno para el campo, aunque no para los nuestros —explicó muy serio.

—Supongo que no has venido a hablarme del tiempo ni del frente, ¿verdad?

—Supones bien —dijo sin parar de fruncir el ceño—. Vengo a hablar contigo de lo que pasó ayer. Los dos nos dejamos llevar por la fiesta. Habíamos bebido y yo... Me comporté como un patán y lo lamento muchísimo.

—Así que lo lamentas. No te gustó —dijo Mariana.

—Mariana... No pongas palabras en mi boca que no he dicho, por favor. Estoy tratando de aclararlo. ¡Oh, Dios! ¡Eres tan franca...! Hicimos un trato y he pasado gran parte del día intentando entenderme a mí mismo y entenderte a ti. Tenía que pensar. ¡Y sí, por supuesto que me gustó! —dijo Martín, y sus palabras hicieron que el rubor se acumulara en las mejillas de Mariana.

Se sobrepuso al arrobamiento, a su voz, a su mirada y a su presencia poderosa y respiró

hondo antes de proseguir.

—A mí también —dijo ella provocando que Martín sintiese un enorme alivio.

—Pensé que estarías molesta conmigo —suspiró.

—No, no lo estoy. Además, quiero pedirte un favor.

—Dime. Te escucho.

—Cuando me marche a México a vivir con mi hermano, llevaré una vida dedicada a atenderlo, a la casa. Seré lo que llaman una solterona y antes de que eso suceda... —Tomó aire con fuerza para proseguir—. Quiero saber qué se siente.

—No comprendo... —dijo Martín extrañado.

—Quiero experimentar qué es estar con un hombre.

Martín se quedó asombrado por la propuesta de Mariana.

—¿Cómo dices? —exclamó perplejo.

—Lo que has oído.

—No, esto no puede ser. Estás de chanza —rio.

—¿Te lo parece? ¡No quiero morir siendo doncella, eso es todo!

Desconcertado por la sorprendente propuesta de Mariana, Martín puso los brazos en jarras, aunque enseguida se dio cuenta de que aquello era lo que en realidad ansiaba.

Resopló con fuerza y miró al cielo. Ella encarnaba la tentación misma.

—Pero prometí respetarte, Mariana.

—Te libero de tu promesa.

Él asintió varias veces con el ceño fruncido.

—Consagraremos este matrimonio.

—Así es.

Martín miró a lo lejos, más allá de las montañas y suspiró. Deseaba a Mariana más que ninguna otra cosa en el mundo, así que decidió no luchar más, no negarse su máximo anhelo y sucumbir a ella, a su sabor, a su perfume, a la tibieza de su piel y la blandura de sus pechos.

—Está bien —asintió calmado de nuevo—. ¿Esta noche?

Por un momento, Mariana no supo qué contestar. No había contado con que fuera tan fácil convencer a Martín. Al fin y al cabo era un hombre de recios principios y ella le pedía, por segunda vez, que los olvidase.

—Bien —confirmó ella envalentonada.

—Entonces hasta esta noche. Me vuelvo a Durango —dijo él al retroceder sobre sus pasos.

—¿Para qué?

Martín montó en su caballo y se olisqueó poniendo cara de disgusto.

—Para darme un baño.

Capítulo XVII

Mariana decidió imitarlo y esa misma tarde pidió ayuda a Abeliñe para llenar con agua caliente un rústico barreño de madera bruñida, hundirse en él y asearse a conciencia.

Una vez en la bañera, tras haberse frotado y lavado el pelo con un jabón que hacía Miren y que olía a las mil maravillas, comenzó a encontrarse nerviosa. Daba por sentado que iba a doler, eso era lo que le había relatado su amiga Luisa, que la primera vez que una mujer sentía a un hombre dolía, y ya sabía que se sangraba un poco, pero solo en esa ocasión.

La tarde transcurrió sin que Mariana supiese nada de Martín. Tras la cena, que apenas tocó por los nervios, él apareció en el caserío, afeitado y limpio, con ropa impoluta y una camisa recién planchada.

Miren, preocupada desde la noche anterior al ver que Martín no se presentaba a dormir, y que había notado a la muchacha alterada, le dio un codazo a Anselmo.

Mariana, al verlo, sintió una sensación de alegría inmensa y de nervios y le sonrió. Martín, a su vez, la miró de una manera que terminó de trastornarla por completo.

Él llenó una jarra con sidra, le tendió la mano y ella se la tomó para acompañarlo al dormitorio.

No aguardó para desvestirse. No quería arrepentirse por culpa de algún ataque de súbito recato y nada más entrar en el dormitorio comenzó a desnudarse frente a Martín, que la miraba desde el otro lado de la habitación.

—Mariana, aguarda, por favor. No hay ninguna prisa —dijo mientras se acercaba a ella despacio con la jarra de sidra en la mano—. ¿Estás segura de que quieres... hacerlo?

—Sí, por completo. —Mariana intentó aparentar que tenía el control total de la situación a pesar de experimentar una sensación de miedo repentino.

—Esto ayudará —dijo tendiéndole la jarra.

Ella la tomó y dio un largo trago de fresca sidra y otro y otro ante la mirada atónita de Martín. Después se la tendió y él apuró lo poco que quedaba. Mariana quiso soltarse el corpiño, pero le temblaban las manos.

—Aguarda, déjame que te ayude.

El susurro de Martín hizo que, de pronto, ella sintiese las piernas como si fuesen de jalea.

Martín fue tan hábil con la tarea que ella supuso que habría hecho aquello alguna otra vez. No le gustó aquel pensamiento, así que para terminar más deprisa, y ante la sorpresa de Martín, Mariana se soltó las cintas de la enagua. Esta cayó a sus pies, dejándola solo con la camisola interior. Él pudo apreciar sus formas al trasluz de la vela que descansaba sobre la cómoda, tras

ella, y respiró hondo. La silueta de su cuerpo era sinuosa y se apreciaban las curvas de sus caderas y los pechos a la perfección. Azorado, tragó saliva y comenzó a desnudarse también mientras ella lo contemplaba como él había hecho hacía un momento.

Se quedó en camisa frente a ella. Ambos se observaron en silencio. Mariana aparentaba calma, pero, en realidad, se hallaba muy nerviosa.

—¿Me tumbo en la cama? —preguntó y Martín advirtió cierto temblor en su voz.

—Por favor —asintió él con suavidad.

Mariana se acostó e intentó no pensar mientras sentía como el cuerpo de él se posaba sobre el suyo con delicadeza.

Martín notó su aliento cálido y entrecortado. Ella estaba cohibida y él, nervioso y también encendido, pero quería ser dulce. Le aterraba la idea de hacerla daño, de que ella sintiese dolor.

Los labios de Mariana estaban muy cerca. Solo tuvo que posar los suyos y hacerlos resbalar por su boca tierna que sabía a sidra. Ella le devolvió el beso con entusiasmo y eso lo animó a proseguir. Posó sus manos sobre la tela de su camisola y comenzó a acariciar sus caderas y su cintura. Ella respiró hondo y él creyó que se sentía incómoda. Notaba su cuerpo cálido y blando bajo el suyo y lo encontró tenso. Desde luego, Martín lo estaba con aquella ridícula camisa que le dificultaba moverse con agilidad. No iba a funcionar así, por lo que se incorporó, se puso de rodillas entre los muslos de Mariana y, tirando de la camisa se la quitó, quedándose desnudo.

Ella lo contempló asombrada. Era la primera vez que veía la desnudez de un hombre y le impresionó. Martín era hermoso, de torso largo, espalda ancha y recios hombros, con vello castaño en el pecho robusto y musculoso. Siguió la dirección del pelo con los ojos hasta que se posaron en sus caderas y su vientre plano y de apariencia pétrea, pero no fue capaz de mirar más abajo. Aún no estaba preparada, aunque sentía una enorme curiosidad.

—¿Puedo tocarte? —preguntó sobreponiéndose a su propio asombro por ser capaz de proponer tal cosa.

—Claro —susurró él sorprendido de la emoción que sentía gracias al tacto de Mariana sobre su piel.

Ella apreció un leve estremecimiento en Martín cuando rozó sus musculosos brazos. Las siguientes caricias en los costados le pusieron la piel de gallina e hicieron que a Mariana le temblasen las entrañas.

Martín aguardó a que ella se familiarizara con su cuerpo y respiró hondo intentando ser paciente y aplacar el ardor que sentía. Hubiera deseado contemplarla sin el casto camisón, pero se resignó y se posó de nuevo encima de ella para besarla profundamente. Para su sorpresa, Mariana lo siguió hasta que ambos perdieron el resuello.

—¿Te has tocado alguna vez? —preguntó mientras deslizaba las manos por sus muslos.

Mariana negó con la cabeza y se ruborizó hasta las orejas. Entonces él posó la boca en su

cuello, provocándola suaves jadeos. Los labios de Martín resbalaron por su cuerpo sobre la tela que tapaba sus senos, por su vientre y más abajo aún, y ella se tensó de nuevo. Por fin, sus manos le retiraron la camisola hacia arriba, desnudando sus piernas. Después comenzó a acariciarla y separó sus muslos. Entonces Mariana comprendió lo que pretendía.

—¡Espera! ¡No! —exclamó intentando incorporarse.

Martín se retiró de su cuerpo muy deprisa y se puso de rodillas, sobre la cama, de nuevo entre las piernas de Mariana.

—¿Qué ocurre? —exclamó él.

—¿Qué vas a hacer? Tengo que saberlo —preguntó alterada mientras juntaba con fuerza las piernas y volvía a tapárselas con la camisola.

—Mariana... Solo quiero complacerte. Tranquila. ¿Quieres que te traiga más sidra?

—No. Es que...

—¿Qué pasa, *bihotza*? —susurró Martín.

—No puedo. —Negó con la cabeza.

—Dime qué te ocurre, Mariana, por favor.

—Es que tú... vas a besarme... ¿ahí abajo? —preguntó con el rostro como la grana.

—Esa era mi intención, sí —dijo Martín admirando lo hermosa que estaba con las mejillas encendidas.

—Pues no puedes. —Negó de nuevo.

—¿Por qué no? —Él sonrió.

—Porque... ¡Qué vergüenza! —dijo ella tapándose la cara con las manos.

—Dime qué pasa. Confía en mí —imploró él.

Mariana lo observó. Su rostro desprendía esperanza y anhelo.

—Es que no puedes porque estoy muy mojada.

Suspiró maravillado.

—Es así como debes estar, *bihotza*. ¿Quieres que continúe?

Ella lo miró confusa, pero asintió.

Martín destapó sus piernas de nuevo y volvió a acariciarlas mientras posaba los labios sobre los muslos y, con su tacto suave, Mariana comenzó a relajarse por fin.

Su aroma embriagó los sentidos de Martín, que se dedicó a agasajarla para provocar en ella pequeños quejidos que cada vez se hicieron más audibles. Al escuchar su respiración agitada, él se aplicó a fondo y lamió sin descanso, disfrutando de su tierna carne y de su sabor salado hasta arrancarla intensos lamentos de placer.

Mariana no podía soportarlo y a la vez no quería que él terminara de hacer lo que fuera que estuviera haciendo con ella. Tenía la sensación de que en sus entrañas crecía algo que amenazaba con estallar en cualquier momento. La tensión en sus muslos y en su vientre aumentó a pesar de

que se había abandonado a su boca. Notaba la carne estimulada por el calor húmedo de labios y lengua y el roce de la barba rasposa. No tenía sentido nada de lo que ocurría. Cuanto más se relajaba, más percibía cada fibra nerviosa de su cuerpo. Su respiración se convirtió en un jadeo agónico de gozo y después todo se volvió confuso. Mariana perdió la conciencia de sí misma y su corazón pareció migrar hasta un lugar inconcreto entre sus piernas. Cerro los párpados con fuerza y gimió sin poder remediarlo mientras notaba el palpitar intenso que le golpeaba el vientre. Aquellas descargas de placer la dejaron temblorosa, sin fuerzas ni aliento, y extasiada por completo.

Cuando abrió los ojos se encontró con los de Martín observándola maravillado y no pudo evitar sonreír como si acabase de despertar de un dulce sueño, lo que provocó en él otra sonrisa.

Se incorporó sobre Mariana y fue cuando ella contempló por fin el miembro masculino en todo su esplendor. Dio un respingo al apreciar su tamaño y sintió temor.

—Ahora puede que te duela un poco. ¿Seguro que quieres que continúe? —preguntó.

—Sí... —asintió ella sin apenas voz.

Mariana tenía verdaderas ganas de proseguir y él trataba de mantenerse templado para no apresurarse, a pesar de lo que la deseaba con todo su ser. La destapó hasta el vientre, se apoyó sobre las palmas de las manos para no aplastarla con su cuerpo y se colocó entre sus muslos aún temblorosos. Ella tragó saliva y sintió cómo Martín pegaba las caderas a las suyas para impulsar su cuerpo contra el de ella y penetrarla. Mariana gimió impresionada por el ímpetu del joven y se sintió repleta de pronto.

—Mírame, Mariana —jadeó él.

Ella lo hizo, no dejó de mirarlo. Si bien la impresión inicial fue muy intensa y extraña, las sensaciones novedosas del inicio cercanas al dolor pronto se convirtieron en un delicioso vaivén que Mariana imitó y que provocó que Martín gruñese de gusto.

Los vigorosos esfuerzos de Martín hacían vibrar a Mariana. La potencia de su cuerpo, el calor de su piel y los estimulantes sonidos que salían de su boca la sofocaron de nuevo. Resbalaba dentro de ella sin dificultad y ella advertía cada centímetro de él con placer.

No llegó a sentir aquel abandono que había experimentado cuando Martín la estimuló, todo ocurrió enseguida. Martín se impulsaba con energía, deprisa. De pronto, jadeó con fuerza y justo cuando Mariana comenzaba a notar como palpitaba salió de ella gimiendo para, tras derramarse en su vientre, desplomarse encima de ella.

Martín posó la cabeza sobre sus pechos y cerró los ojos intentando recuperar el resuello. Se sentía tan satisfecho y dichoso que sonrió mientras temblaba de placer. Al verlo, Mariana sintió una gran dulzura.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, ¿y tú? —susurró él incorporándose y tendiéndose a su lado.

Ella contempló su desnudez y asintió algo azorada al notar un líquido caliente que le corría por el vientre. Le llamó la atención que ya no se apreciaba tan rígido el miembro masculino. Mariana concluyó que Martín se veía sofocado y estaba muy hermoso así. Quiso cubrirse con el camisón y fue cuando él se levantó.

—Aguarda, voy a limpiarte.

Regresó enseguida al lecho con un paño que había humedecido en la jofaina y lo pasó por el vientre y los muslos de Mariana. Sus dedos acariciaron aquella hermosa y suavísima palidez y fue cuando se dio cuenta de que a ella, el roce le ponía la piel de gallina.

Mariana se incorporó un poco y preguntó.

—¿Estoy sangrando?

Martín contempló las gotitas de sangre que manchaban la sábana y las frotó con el paño.

—Un poco.

—No me duele —dijo Mariana acostándose de nuevo.

Se sentía extraña, entre avergonzada e intrépida, porque quería continuar. Deseaba tocar y ser tocada y percibía el anhelo de todo su cuerpo por volver a notar las sensaciones que le había provocado Martín.

Él parecía somnoliento. Se tumbó junto a Mariana y permaneció en silencio mientras la miraba.

—¿Podríamos volver a hacerlo? —preguntó ella.

—No, hoy no, *bihotza*. Te haría daño.

—No me duele. Creí que sentiría más dolor y no ha sido así.

Martín la miró con ternura, feliz de saber que no le había hecho daño.

—Pero mañana te sentirás molesta.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó ella.

—Las gentes de campo sabemos ciertas cosas que no saben los de ciudad —sonrió.

Capítulo XVIII

Al día siguiente, tras el azoramiento inicial de la mañana, ambos se dedicaron a las tareas habituales por separado. Martín tuvo razón y Mariana enseguida sintió cierta dificultad al agacharse y sentarse. Fue Miren la que la notó incómoda y preguntó extrañada:

—¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo, *pitxin*?

—Solo es una molestia —respondió ella.

—¿Estás en esos días? Porque yo tengo unos remedios muy buenos. Soy medio bruja. — Miren se rio.

Mariana dudó un momento, pero decidió que la mujer era alguien de confianza.

—¿Tienes algo para... irritaciones? —pidió algo azorada.

Miren la miró fijamente y sonrió.

—Parece que Martín y tú os habéis arreglado bien, ¿eh?

—¿Por qué lo dices?

—Parecíais algo tensos ayer. Las reconciliaciones suelen ser así... intensas, y tú llevas poco tiempo casada, pero dile a tu hombre que no tenga tanto brío —rio.

—No es lo que parece —dijo Mariana sonrojada.

—Yo solo sé una cosa, *pitxin*, que hoy vas a necesitar un ungüento que es mano de santo para esas cuestiones y que Martín está chalado por ti.

—¡No es cierto! —rio sorprendida.

—No sé qué pasa entre vosotros ni necesito saberlo, pero lo conozco bien y solo hay que ver cómo te miraba esta mañana cuando tú no te dabas cuenta.

Mariana se quedó pensativa mientras Miren asentía sin dejar de sonreír.

—Por cierto, ¿qué significa *bihotza*? —preguntó.

—Corazón —respondió Miren.

El ungüento hizo maravillas; enseguida comenzó a sentir alivio. Fue providencial que Martín tuviese que ausentarse del caserío para acudir en ayuda de su tío a Durango, donde estaban las provisiones para el ejército carlista. Uno de los hombres de don Pedro trajo el recado y Martín se despidió de la joven con un beso en la frente que a ambos les supo a poco. Mariana no pasó por alto su cara de preocupación.

El tiempo que él estuvo ausente se le hizo eterno. Añoraba su presencia sólida y tranquilizadora. Miren era la persona que más cordialidad le mostraba en el *baserri* y, aunque se

encontraba cada vez más a gusto en aquellas tierras o con los Mendiola, se daba cuenta de que era en Martín en quien confiaba por completo. Aun así, ¿cómo podía saber si estaba enamorada? Lo deseaba con todo su ser, pero ¿lo amaba de verdad o era solo lujuria? ¿Era amor lo que sentía al escuchar su voz cálida y profunda o lo que la hacía enrojecer al percibir su mirada? ¿O lo era aquella sensación de necesidad en el cuerpo al rozarlo al pasar o un nerviosismo extraño al advertir su imponente figura cerca?

Durante la ausencia de Martín, Mariana escuchaba las historias que Anselmo contaba a sus hijos antes de dormir. Eran leyendas acerca de duendes juguetones con pantalones rojos, los *galtzagorriak*, que se esconden en los alfileteros y ayudan a los humanos, y ogros de un solo ojo o dragones. La cadencia del lenguaje y las inflexiones de la voz de Anselmo le parecían las de un gran contador de historias, aunque no lo entendiese.

Quería saber de qué trataban esas fábulas vascas, así que buscó a Miren para preguntárselo. Miren cogió una silla y se sentó al lado de Mariana junto a la lumbre para hablarle de un montón de seres fantásticos que habitaban montañas, bosques y ríos y que unas veces eran buenos con los humanos y otras, malos.

—Toparse con ellos es peligroso, *pitxin*. Mi abuela decía que no debíamos interferir con ese mundo y si divisábamos una lamia o a Akerbeltz, Dios no lo quiera, porque es el mismísimo Satanás —dijo Miren santiguándose—, teníamos que abandonar el lugar sin hacernos notar y regresar rápido a casa, donde estamos protegidos de Gaueko y todos los seres de la noche, y rezar un padrenuestro. La noche para los de la noche y el día para los del día, decía mi *amama*. Solemos llamar a don Benancio, el párroco, para que nos eche un poco de agua bendita en la puerta de casa para evitarlos. Además, tenemos el *eguzkिलore*, *maitia*.

—¿El *eguzkिलore*?

—Sí, esa flor de cardo que habrás visto en la puerta. Impide la entrada de criaturas de la noche en casa, espíritus y enfermedades. Ante su presencia, los seres de la noche deben retroceder. Te contaré una historia que me contaba mi *amama*:

»Cuando la vida comenzó, no existían el sol ni la luna. Hombres y mujeres vivían en la oscuridad, asustados por las criaturas que salían de las entrañas de la tierra. Los seres humanos decidieron pedir ayuda a Amalur, la madre Tierra, para que nos protegiese de los seres que nos acechaban, creo un ser luminoso al que llamamos *ilargi*, luna.

»Al principio, permanecieron en sus cuevas sin atreverse a salir, aunque no tardaron en acostumbrarse a la luz. Esas criaturas no dejaban de acosarnos. Y entonces Amalur creo un ser más luminoso al que llamamos *eguzki*, sol. Y el sol fue el día y la luna, la noche. El sol era tan brillante y caliente que, gracias a él, crecieron las plantas. Los seres oscuros no pudieron acostumbrarse a la claridad del día, pero lograban salir de noche y acechaban a los hombres. Angustiados aún, los seres humanos pidieron nuevamente ayuda a la Tierra.

»De nuevo, Amalur escucho sus súplicas por última vez y creó una flor tan hermosa que, al verla, las criaturas nocturnas creerían que era el propio sol aunque fuese de noche. Esa es la flor del sol, que hasta nuestros días defiende las casas de los malos espíritus, Satanás, las *sorginak*, las lamias, los genios malignos, la enfermedad, la tempestad y el rayo. Una bruja o el diablo no pueden entrar en un hogar antes de haberle quitado todas las hojas a la flor, tarea en la que se les irá la noche entera porque, al ser un cardo, tiene cientos de espinitas, y al amanecer debe volver a sus refugios subterráneos.

—Crees en todas esas historias, ¿verdad, Miren? —dijo Mariana admirada.

—Todo lo que tiene nombre existe, *maitia*, pero que no se entere de esto don Benancio, que dice que son supercherías y hasta pecado.

El día de su regreso, tres semanas después, Mariana se encontraba colgando la ropa blanca recién lavada en el prado situado al sur del caserío, donde mejor se secaba la colada.

Reconoció su caballo enseguida y agitó la mano a modo de saludo. Martín descabalgó. Le había crecido el pelo mucho, se le rizaba en las puntas y Mariana lo encontró muy atractivo. Él se fijó en lo bonita que estaba ella con el pelo suelto y un colorido corpiño bajo la toquilla de lana. Los días anteriores habían empezado a caer los primeros copos de nieve y hacía frío. Se acercó y Mariana se abrazó a él sin pensarlo. El calor de ella lo embargó y lo hizo sentir en casa.

—Menos mal que estás de vuelta. Miren dijo que iba a nevar y que los pasos en la montaña podía quedar cerrados.

Él la miró con ternura, le recolocó tras la oreja un mechón del cabello que el viento había enmarañado y la hizo sonreír.

—Justo a tiempo, entonces —respondió Martín al agacharse para tocar sus mejillas coloradas por el frío con un par de castos besos.

Mariana lo besó de verdad. Lo hizo despacio, tenía los labios fríos, pero se le calentaron en cuanto los posó sobre los de Martín que, tras la sorpresa inicial, la atrajo hacia él con fuerza. Esos días sin él la habían hecho caer en la cuenta de que lo añoraba muchísimo y al volver a verlo comprendió que la atracción que sentía por Martín era algo más que simple placer carnal.

—Ya no me duele —susurró sobre su boca.

Él sonrió besándola profundamente mientras la abrazaba y la alzó del suelo. Lo hizo hasta que sintió cómo ella se volvía tierna y suave.

—¡Oh, Mariana! —susurró sin soltarla.

Mariana le prometió que estarían juntos de nuevo, esa misma noche, y Martín no pudo dejar

de pensar en ella en todo el día. Después, mientras la joven ponía la mesa con Abeliñe, rozó su cuerpo con la cadera y la hizo sonreír. Aunque ambos intentaron disimular, durante la comida no pudieron dejar de mirarse. Por la tarde, Mariana desapareció para bañarse, pero continuó pensando en él y apreció en su cuerpo las señales del deseo: rubor en las mejillas, un nerviosismo que hacía que su corazón latiese más rápido y que notase como un aleteo en el estómago. Además, se le ponía la piel de gallina al recordar el cuerpo desnudo de su marido y percibía una sensibilidad especial en sus partes más íntimas.

Se decidió por un vestido de lana poco decorado y lo adornó con un precioso mantón de Manila que le había regalado la abuela Tomasa. A la buena mujer le había dado por pensar que le quedaba poco tiempo y repartió sus pertenencias entre todos los de la casa.

El cabello le olía a la miel que Miren añadía a sus jabonetas, el mantón estaba adornado con flores bordadas en hilos de seda de vivos colores y, en el último momento, decidió que con él tendría suficiente, no le hacían falta más afeites. Tan solo se puso los pendientes que lució el día de su boda.

Martín se aseó a conciencia y acudió al dormitorio con ropa limpia en busca de Mariana. Estaba nervioso y la deseaba con una intensidad que lo consumía. Los días que había pasado en Durango sin ella, cumpliendo las disposiciones de su tío, rodeado de hombres a los que dar órdenes y disparando en incursiones y refriegas a otros hombres que no conocía de nada, no había podido dejar de pensar en su piel, en su calor y su sabor. Los tenía metidos en la cabeza y en el corazón.

Cuando entró al dormitorio de paredes encaladas y robustas vigas de roble, la vio junto a la ventana, admirando el cielo nocturno cuajado de estrellas. La habitación estaba caldeada. Ella se giró hacia él y, al contemplarla con aquel mantón de vivos colores sobre un discreto vestido oscuro y el pelo suelto, le pareció que jamás la había visto tan hermosa.

—Has tardado —dijo Mariana acercándose mientras él hacía lo mismo y caminaba a su encuentro.

Se sentía nerviosa, pero también encendida. Necesitaba su tacto, su aroma, su voz. Él no dijo nada, solo comenzó a desvestirla muy despacio, mirándola sin cesar hasta que ella quedó desnuda ante sus ojos. Después enredó los dedos en su pelo y al fijarse en los aretes, que reconoció como los del día de la boda, sonrió.

—Desnúdame tú, *bihotza* —le pidió entonces.

Ella le quitó cada prenda mientras lo acariciaba y contemplaba, hasta que solo hubo piel, vello y calor.

Esa segunda vez no hubo ningún temor, se entregaron sin recato. Él se contuvo al principio, la tomó despacio, pero con una intensidad a la que ella respondió con entusiasmo.

Se disfrutaron a fondo, gozaron el uno del otro. Él la acarició hasta arrancarle aquellos

quejidos de placer que se le habían grabado en el alma. Ella no se quedó atrás y besó y lamió a Martín de una forma que él jamás imaginó.

Él fue tierno con ella y a la vez vigoroso, y se dio cuenta de que Mariana era impulsiva y apasionada, y que ambos eran perfectos juntos.

En algún momento de la noche, se abrazaron desnudos, sentados sobre el lecho rodeándose con los muslos. Mariana, al advertir que Martín tenía la carne de gallina, lo arropó con el mantón de Manila.

—No es frío, *laztana* —susurró.

—¿Qué es?

—Eres tú, que me haces temblar.

La noche se les pasó en un suspiro y al llegar el amanecer todavía se estaban besando y abrazando.

—Me mintieron —dijo ella.

Él le acariciaba un pecho sin dejar de mirarla.

—¿Quiénes, *bihotza*? —preguntó Martín mientras la besaba con ternura en el cuello.

—Todo el mundo. Me dijeron que era algo desagradable, sucio y que lo mejor era que acabase cuanto antes, pero no es cierto. ¡Es todo lo contrario! —exclamó sofocada e hizo reír a Martín—. ¡No te rías!

—No me río, *maitia*.

Martín la miró maravillado y la besó con tanto afecto que la hizo suspirar.

—Esta vez ha sido más lento todo —susurró Mariana.

—La primera vez me apresuré para no hacerte un daño innecesario —dijo él al tiempo que la acariciaba.

—Lo suponía y por eso he pensado... —Mariana enredó los dedos en el vello de su pecho.

—¿Qué? —murmuró él al aspirar el aroma de su pelo—. Hum..., hueles a miel.

—He pensado que podríamos volver a hacerlo, porque intuyo que cada vez será mejor, ¿a que sí?

Martín rio.

—Tendrás que esperar un rato. Los hombres debemos aguardar un poco para poder continuar, aunque lo deseemos mucho.

Mariana lo miró sorprendida.

—¿Y nosotras no?

—No, vosotras podéis siempre que os apetezca. —Sonrió. La adoraba por ser tan curiosa y preguntona.

—Y si... ¿hago algo para ayudarte...? ¿Como tú hiciste conmigo?

—Eso sería estupendo, *laztana* —dijo Martín mientras acariciaba su cintura hasta alcanzar

sus nalgas.

—¿Así, por ejemplo? —preguntó ella al deslizar una mano por el vientre de Martín hasta los muslos y adentrarse entre ellos.

—Esto puede ayudar mucho —jadeó él—. De hecho, ya está ayudando.

Mariana notó cómo crecía y pegó su cuerpo al de él.

—Ahora me siento poderosa.

—Es que eres poderosa, mucho más que yo. Eres mucho más fuerte que yo. Me dominas —gimió mirándola embelesado.

—¿Te domino? —preguntó apoyada sobre su pecho sin dejar de acariciarlo.

—Sí, lo haces, *bihotza*.

—Me gusta sentirme poderosa. —Sonrió mientras se colocaba a horcajadas sobre Martín.

Capítulo XIX

La nieve cubrió las montañas y cerró los pasos que hacían posible llegar hasta el valle. Miren le dijo a Mariana que cabía la posibilidad de que se quedasen aislados una buena temporada, pero que tras la matanza dispondrían de víveres suficientes para pasar el invierno.

Mariana se alegró de aquel contratiempo, porque significaba que Martín no tendría que ausentarse y su regreso a los dominios de don Pedro y al campo de batalla estaba más lejano. Los hombres que él comandaba se encontraban en Durango, relevados hasta nueva orden.

Era finales de noviembre y se acababa de celebrar la festividad de San Martín y el cumpleaños del futuro señor de Izurza. El santo coincidía con la matanza del cerdo, una fiesta vecinal en la que el animal cebado durante el año era sacrificado para servir de alimento en el invierno. Toda la familia y los vecinos de los caseríos más cercanos colaboraba en la ardua labor.

Se habían despertado más temprano de lo habitual, antes de amanecer, a prepararse para aquel día, que iba a ser largo y de duro trabajo. Mariana se levantó con Martín para desayunar fuerte en aquella madrugada heladora.

Él le frotó los brazos y la espalda para que entrase en calor mientras la abrazaba, somnolienta aún, junto a la chimenea de la cocina. Tostaron pan para acompañarlo con un gran tazón de leche recién ordeñada y cocida y las natas de esta.

—¡Ay, Dios mío! Creo que jamás me había levantado tan temprano. ¡Y qué frío hace! —bufó ella con los ojos cerrados y con la cabeza sobre el cálido pecho de Martín—. No me sueltes aún.

—No voy a hacerlo, *bihotza* —dijo él, y Mariana pudo sentir como la risa reverberaba en el pecho ancho y duro de Martín y en su propio corazón.

—Lo mejor es hacer la *txerriboda* en un día soleado con una buena helada matutina como hoy. El frío hace que ya no haya moscas y conserva la carne —dijo Anselmo mientras afilaba los cuchillos junto a sus hijos.

Las vecinas del caserío más cercano, el de los Aguirre, comenzaron a aparecer con todos los enseres e instrumentos para organizar la ardua tarea que requería hasta tres días de trabajo.

Varios hombres mayores, los más fuertes que quedaban aún en los pueblos de la comarca, entrenados como matarifes y que habían servido con fidelidad en el ejército contra Napoleón, acudieron a la cuadra en busca del cochino.

Hacía un frío helador y seis hombres resueltos se juntaron para sacrificar el cerdo de los Mendiola y ocuparse de otro macho traído desde el caserío Aguirre. Además de la familia de Anselmo, de Martín y Mariana, se sumaron Ángel, José Mari, Bixente y los Aguirre.

—Antes lo hacíamos entre dos o tres, pero ahora necesitamos toda una cuadrilla. Cada vez son más ancianos. No nos quedan jóvenes —dijo Anselmo cabeceando en dirección a la cuadra.

Los montes cercanos se veían blancos, cubiertos de nieve fresca. Las mujeres y niños comenzaron una frenética labor. Todo el mundo se movía de un lado a otro con utensilios y baldes.

—Siempre se ha matado por estas fechas. Antes se sacrificaban más de tres cerdos hasta Navidad —apuntó Miren—. Al animal se lo mantiene quieto y se lo ceba. Solo sale para pasear un poco y así aprovechamos para limpiar la porquera. Les damos grano, las sobras de coles, berzas y de la cosecha de manzana. Se empieza ahora y se termina con los lechones más jóvenes en marzo, cuando ya han crecido. También capamos a los machos, así engordan más y son más tranquilos y el sabor de la carne del animal es mejor.

»Hay que tener cuidado en elegir la fecha más adecuada, consultar incluso la luna. La lluvia no es buena. En la matanza intervenían varias familias y vecinos y se descuartizaba al animal diferenciando las partes: unas se guardan en manteca, otras son para curar, para ahumar o para salazón. Las morcillas son para comer estos días. Se hacen con la sangre fresca del cerdo. Prepárate para ver mucha.

Martín vio respirar hondo a Mariana y se acercó a ella.

—¿Estás segura de que quieres verlo? Es bastante sangriento y brutal y los de ciudad suelen sentirse indispuestos —la previno.

—No soy ninguna damisela medrosa, deberías saberlo ya, Izurza —respondió decidida ante la aprobación en forma de risa de Miren.

—Está bien, pero si te mareas luego no te quejes —rio él.

Martín la dejó junto a las mujeres, que portaban baldes y que le dieron uno a Mariana, y él se dispuso a ayudar a los hombres. Tres tiraban del segundo magnífico ejemplar de casi trescientos kilos. El marrano del fondo de la pocilga chillaba mientras otros tres hombres trataban de atar sus patas con cabos para inmovilizarlo. Los animales se resistían retorciéndose e intentando morder para no ser ensartados del cuello por un gancho que portaba el más hombretón de todos, Bixente.

Al final lo lograron, los alzaron de las patas con las cuerdas y los colgaron boca abajo. A pesar de que los chillidos de los verracos, Mariana se mantuvo firme y presencié cómo los hombres rodeaban al par de inmensos animales.

Fue otro vecino, un Aguirre muy bueno con el cuchillo, quien lo hundió sin vacilar en medio del cuello del primero y, con dos movimientos de muñeca, hizo que la sangre manara como una fuente de la garganta de cada animal para hacer un desangrado completo y que la carne quedase bien blanca.

Los hombres aplaudieron la maña del matarife. Mientras, varias mujeres bañadas por la

sangre del impetuoso primer chorro que salió de los animales, recogían el preciado líquido humeante con el que hacer las morcillas ayudadas por los niños.

Pronto todo se llenó de un olor metálico y de los gruñidos desesperados de los cerdos, que se desangraban sin remedio. Los gritos se escuchaban por el valle gracias al eco de los montes.

Alguien dijo que era así como olían los campos de batalla. Mariana se quedó paralizada por un momento, contemplando la escena, con la ropa vieja que le habían prestado teñida de rojo. Enseguida visualizó los brazos de las mujeres hundidos en artesas y barreños repletos de sangre caliente.

—Ahora tienes que agitar la sangre todo el rato con los cucharones de madera para que no se cuaje. Así —le mostró Miren.

Mariana se puso a la labor y pronto se sintió algo mareada por el intenso olor a hierro que inundaba el ambiente.

—Antes se mataban hasta ochenta cerdos entre todo el valle —dijo una de las mujeres más ancianas con tristeza.

Fue el tal Bixente quien hizo unos cortes precisos en la panza de ambos gorrinos, que todavía se movían y los evisceró. Sobre una cubeta fueron cayendo las tripas que iban a ser utilizadas para rellenar los chorizos y las morcillas. Después les siguieron los pulmones, el hígado y el corazón. Luego extrajo la manteca, muy apreciada en la cocina, y la papada con buen cuidado de no dañar la lengua. «Es el mejor bocado», dijo alguien.

El olor era espeso y asfixiante. Otras tantas mujeres cogieron los intestinos calientes, resbaladizos y brillantes con cuidado de no dañarlos y se dirigieron con ellos al riachuelo más cercano, para lavarlos y limpiarlos de los contenidos que tenían.

Enseguida se dio cuenta de que aquella tarea era la más desagradable de todas. Hasta Mariana llegaba el nauseabundo aroma del vaciado de tripas y estómago que le revolvió el suyo. Mariana siguió a las mujeres hasta el arroyo. Primero el calor de manipular las vísceras y después el intenso frío de meter las manos en el agua helada hicieron que estas enrojeciesen y que comenzase a tiritar.

—Estás helada, *pitxin*. Tienes los labios morados. Vete a donde los hombres y ponte cerca de las brasas y que te den un poco de vino caliente que tenemos preparado —le dijo Miren.

—No, estoy bien —dijo ella mientras le castañeteaban los dientes.

—Tonterías. Ve a entrar en calor, que no quiero que enfermes.

Mariana hizo caso y, aterida, se arrimó a la explanada frente a la cuadra donde ya estaban hechas unas brasas. Los inmensos cuerpos vacíos de los gorrinos habían sido arrastrados hasta allí y cubiertos con ramas de helecho bien secas.

Los hombres estaban tomando vino caliente para calmar el frío mientras cortaban las pezuñas y raspaban la piel quemada de los animales para eliminar el pelo chamuscado y dejar la

superficie alisada mediante cepillos o incluso trapos.

Martín vio a Mariana acercarse. Se quitó la ropa de abrigo que llevaba sobre la camisa para echárselo encima y la aproximó a él para infundirle calor.

—¿Estás bien? Estás blanca y morada a la vez, *biohotza*.

—Sí, solo algo destemplada. —Sonrió aliviada por el calor de Martín.

Él le sirvió un poco de vino caliente con especias. Estaba fuerte, pero le atemperó el cuerpo.

Cuando regresó al lado de las mujeres, estas ya habían entrado en la cocina y comenzado a embutir las morcillas, tras cocer las cebollas y los puerros, picar parte de la manteca y aliñar todo con sal y pimienta. Los primeros ejemplares se comenzaron a cocer en calderos y tomaron un color oscuro.

—Mañana temprano continuaremos con el ahumado en la cocina y nos ayudarán los más jóvenes. Es necesario para conservar la carne, las orejas, la panceta, la papada, algunas morcillas curadas... Las frescas que estamos hirviendo durante media hora las llamamos *odolosteak*; *odola* significa sangre. Se atan en ristras y se consumen frescas con alubias o con huevos y pimientos. Después, por la tarde, empezaremos con el picado de la carne y añadiremos el ajo y el pimentón para los chorizos. También pondremos en salazón parte del tocino ahumado.

Miren le explicó a Mariana que la tarde del segundo día se metían los mantos de grasa en calderos al fuego, se fundían y se guardaba en tinajas de barro para utilizarla en la conservación de trozos de carne, embutidos o lomos. Otra parte de la grasa se empleaba en la producción de jabón.

La operación de embutir los chorizos solía comenzar a partir del tercer día de matanza, y podía durar entre uno y dos días, dependiendo de la cantidad de carne disponible. Se empleaba para ello una prensa especial que embutía la carne picada en la tripa de cerdo. Con frecuencia, la máquina era prestada o alquilada y se llevaba de caserío en caserío.

—Y esta noche celebraremos una fiesta en la que probaremos las primeras morcillas. Ya verás qué ricas están con los pimientos asados que emboté hace poco.

Los cerdos abiertos en canal se ventilaban a resguardo de lobos y alimañas, en la parte más fría del caserío, a la espera de ser despiezados y distribuidos para servir de sustento a las gentes de varias familias durante el resto del año, hasta la siguiente matanza. Esos magníficos animales que colgaban de una viga, y de los que se aprovechaban hasta las mollejas, representaban la supervivencia de los Mendiola durante el siguiente año.

El fuerte aroma de las morcillas humeantes, y la algarabía de los niños comiéndose el rabo tostado a la brasa del cerdo al calor de la lumbre, había puesto a todos de buen humor y el ambiente festivo entre familia y amigos fue estupendo. Bebieron, comieron y entonaron canciones que hablaban de mozas hermosas.

Mariana comenzaba a percibir más cercano el sonido del idioma de aquellas gentes que

arrastraban las erres y pronunciaban las tes de un modo que ella no había escuchado jamás. Ya comprendía varias frases de saludo y despedida y pequeñas conversaciones sencillas referentes a las comidas y tareas cotidianas. Aquella lengua llena de sonoras kas le recordaba a su infancia, a su abuela y a algo que no podía definir y que la hacía sentir calor en el alma.

Miren llamó a todos para que se sentaran a cenar y Martín, que estaba jugando con los pequeños de la casa, los cogió aúpa. Se puso a dos de ellos a su espalda y tomó a otros dos en brazos y los llevó en volandas hasta la mesa.

Al verlo reírse a carcajadas con los críos, Mariana sintió una extraña sensación de debilidad en el vientre y un deseo inmenso de Martín.

Miren se percató del arrobamiento de Mariana y le susurró al oído: «Será un buen padre», y Mariana se dio cuenta de que deseaba tener hijos con aquel hombre, solo con él.

—Todo el jolgorio de la matanza me recuerda a cuando era pequeño. Lo primero que comíamos era la punta del rabo y siempre nos quemábamos la lengua. Y al día siguiente desayunábamos hígado frito con cebolla —rememoró Martín sentándose junto a Mariana en la mesa.

—Cuando te llamábamos Martintxo —dijo Miren.

—Lo odiaba —rio él.

—¿Cuánto tiempo vivió Martín aquí, Miren? —preguntó Mariana.

—Poco, que te lo cuente él. Voy a por más sidra, que seguro que tenéis reseco después de la morcilla con pimientos.

Martín asintió. Se sentía tan feliz que no lograba dejar de reír.

—Cuando murió mi padre, me quedé un tiempo con los padres de Anselmo. Mi madre estaba encinta y bastante delicada. Después, mi tío me envió de vuelta a Bilbao, a estudiar latín, francés y a saber de cuentas, pero estudié poco —dijo avergonzado—. Me escapaba a los muelles y al mercado, cerca de casa. La casa de mi madre está en La Ribera.

—Allí te conocí —le susurró Mariana al oído—. Durante mucho tiempo pensé que eras solo un sueño.

Martín sintió como se le erizaba la piel de todo el cuerpo cuando Mariana le rozó el lóbulo de la oreja con los labios y la besó sin importarle que estuviesen rodeados de gente.

Ambos aprovecharon que todo el mundo estaba más que contento y despistado con la fiesta para escabullirse al dormitorio.

—No nos van a echar de menos —dijo Martín al tomarla en brazos para tumbarla en la cama.

La risa de su esposa le hizo sentir que el corazón le palpitaba con más fuerza. Ella le acarició los cabellos y el rostro y lo besó en la boca para después continuar en sentido descendente por su cuerpo.

Mariana se asombraba de su propio anhelo. Martín tampoco pudo imaginar jamás que algún día sentiría un cariño como el que tenía por aquella chica pequeña de curvas deliciosas, de piel suavísima y labios dulces, más testaruda que una mula.

Ansiosa, comenzó a soltarle la camisa mientras él le desataba con urgencia todas las cintas que encontraba. Pronto no hubo más que piel y calor, un calor que calmaba el alma y encendía el cuerpo.

El bullicio de la celebración llegaba hasta el dormitorio en forma de risas y cánticos.

—Esta vez no vamos a tener cuidarnos de hacer ruido —dijo Martín destapando los pechos de Mariana para abalanzarse sobre ambos con ansia.

—Mi madre dice que los tengo de mesonera, no los de una dama. Son demasiado grandes —murmuró ella.

Martín se los acarició muy despacio, mirándolos, rodeando sus pezones y tirando de ellos con suavidad hasta endurecérselos.

—Déjame decirte que... tu madre... de esto... no tiene ni idea, *laztana*. Son gloriosos y una belleza —dijo besándole los dos.

Ella rio bajito y se dejó agasajar por su boca y sus manos hasta que notó aquel fuego que la hacía revolverse furiosa para tomar el mando o dejarse llevar por completo. Esta vez se sintió rebelde e inspirada por el calor del cuerpo desnudo de Martín, por la humedad que su lengua le había dejado en los pezones y por sus caricias bajo las enaguas, y se deslizó sobre él, desnuda de cintura para arriba. Enseguida se colocó encima de sus recias caderas y, ahuecándose las faldas, se acomodó para sentirlo en su interior. Nada más notarse llena se arqueó gimiendo con fuerza y logrando que él gruñese de placer. Él se aferró a su cintura y ambos comenzaron una danza llena de vigor.

Aquella noche, Mariana descubrió que le encantaba darle placer a Martín hasta hacerlo sucumbir con los ojos cerrados y una sonrisa en el rostro.

—¿Es así? ¿Lo hago bien? —pregunto balanceándose sobre él con brío.

—Sí... Lo haces de maravilla, *bihotza*. ¡Oh, Dios bendito! —jadeó.

Notó que llegaba al clímax y la volteó sobre el lecho para colocarse encima. Ella suspiró con fuerza justo antes de que él la penetrara y, al sentirlo de nuevo, emitió un quejido que lo incitó a aplicarse con una intensidad que la hizo temblar. Sintió las sacudidas que anunciaban el final nada más ceñirlo con sus entrañas y él salió justo a tiempo para que ella pudiera vislumbrar cómo se derramaba entre fuertes jadeos.

Mariana vibró mientras lo veía agitarse con la musculatura de todo el cuerpo tensa, la boca abierta emitiendo sonoros quejidos y con los ojos fijos en ella.

En los momentos posteriores, cuando Martín le acariciaba el vientre con un paño para hacer desaparecer la prueba del placer masculino, le vinieron a la cabeza las palabras de Pepa acerca de

por qué los hombres se derramaban fuera de la mujer. Por un instante se imaginó a sí misma con el vientre abultado de la preñez y sintió sorpresa y a la vez una dolorosa tristeza porque fue consciente de que, en aquel momento, quedarse encinta no era lo más recomendable para ella si quería viajar a México.

Había soñado con el viaje durante más de dos meses, pero ya no sentía la misma ilusión de antes.

Martín se rindió al cansancio enseguida y, al contemplar su sueño, comprendió que le iba a ser muy difícil separarse de él.

Capítulo XX

La intimidad entre Mariana y Martín había cambiado por completo. Ya no persistía aquella especie de torpeza. El compartir lecho con asiduidad los había empujado a una fase de franca lujuria en la que se buscaban durante todo el día con una única intención.

Se perseguían para estar a solas porque no podían esperar a que llegara la noche. Convivir con los Mendiola los hacía cohibirse en sus demostraciones de afecto, pero cuando no se sentían observados o escuchados los murmullos se convertían en un estruendo.

Incluso, en muy pocos días habían creado todo un código de señales para poder unirse aunque fuese un breve momento. Ella le sonreía bajando la mirada dos veces y él acudía al pajar. Él le rozaba las manos con la yema de los dedos al pasar y se encontraban en la cuadra.

Apenas había llegado el mediodía cuando se citaron en la parte trasera de la casa para escapar hacia las lindes del caserío, justo donde comenzaba el espeso bosque de hayas y robles ya sin hojas.

Martín la había perseguido a través de la ladera llena de nieve hasta llegar a un cercado, donde Mariana se había parado sin resuello.

Él la tomó de la cintura, ansioso por besarla, y ella, al percibir cómo sus brazos la rodeaban con fuerza, se sintió encendida y olvidó el pudor.

La habían educado para resistirse, para no demostrar placer, ya que, según su madre, era de mujeres de vida libertina; pero ella no era capaz de renunciar a lo que Martín le daba con tanta generosidad, en cada caricia y con cada roce de su cuerpo.

—Eres un impaciente. —Mariana rio dejándose abrazar apoyada sobre la cerca.

—Es que te he visto antes, con las mujeres mientras preparabas la mantequilla y... — Suspiró con fuerza—. Estabas sofocada por el esfuerzo, como cuando yacemos juntos, y se te abría el corpiño al batir la leche. Se te salían los pechos y lo único en lo que pensaba era en amasártelos con mis manos y besarlos y... ¡Oh, Dios! ¡Soy un sátiro!

Martín escuchó la risita de Mariana y le desató el corpiño de un tirón mientras ella sonreía de felicidad. Era diciembre y hacía un frío intenso, pero al notar las manos grandes y cálidas sobre la piel desnuda, ella gimió entusiasmada. Aquel sonido lo encendió del todo e hizo que Martín antepusiese el ardor que bullía dentro de él a la prudencia. Le subió la falda y la enagua mientras se desataba los pantalones con urgencia y, acariciándole las nalgas, la mordió con suavidad en el cuello. Quería unirse a ella sin demora, antes de que alguien pudiese verlos.

—¡Tómame! ¡Deprisa! —lo apremió Mariana jadeante confirmando así sus pretensiones y la sensación de que a ella le gustaba que la mordiera sin excesiva fuerza mientras se amaban.

Mariana se aferró a la valla de madera, se arqueó al sentir el impulso del primer envite y se deshizo de placer al escuchar el gruñido que Martín exhaló en su nuca.

Con cada roce de su cuerpo sobre el de ella él se excitaba más y más. No podía dejar de contemplar los movimientos de Mariana, la cintura cimbreada y los muslos y nalgas temblorosas. La tomó por los pechos, la aferró a él sin abandonar su interior, y dejó que ella le mostrara la cadencia que precisaba.

Se sorprendió de la fiereza de sus esfuerzos y del goce que le proporcionaban a Mariana. Ella era una amante entregada, pero no sin recato, sobre todo en el lecho, aunque esta vez la sintió poseída de un ardor inusual que la hacía vibrar y moverse impúdica y que provocaba en él un brío desconocido y una inmensa necesidad de satisfacerla.

Se abandonaron una vez más, a la par, hasta sentir el alma ligera y fuego en las entrañas. Él salió justo a tiempo y ella se sintió vacía de pronto.

Siempre que Martín la dejaba palpitando mientras se derramaba, Mariana se sentía algo defraudada. Era consciente de que él no deseaba que quedara encinta y no podía evitar cierta desazón.

Él no se percató del momentáneo vacío que ella experimentaba, pero la notó lejana mientras se vestían.

—¿Estás bien, *bihotza*?

—Sí —susurró Mariana aún temblorosa.

—¿He sido muy brusco?

—No, no, nunca lo eres —dijo ella al girarse para acariciarlo en el pecho.

Martín la miró con ternura y posó las manos sobre sus mejillas arboladas antes de besarla profundamente, hasta que Mariana emitió un quejido suave. Entonces la abrazó con fuerza.

—Me siento bendecido cada vez que nos unimos —susurró.

—¿Y por qué no te derramas dentro de mí?

Martín la miró sorprendido.

—Pepa me dijo que los hombres lo hacéis para no dejarnos preñadas.

—Sí, es verdad —respondió muy serio.

—¿No quieres hijos?

—Mariana... Tú y yo nunca hablamos acerca de tener hijos. En realidad, no hemos conversado casi. —Suspiró haciendo que Mariana se tensase, tras lo cual la tomó de las manos —. ¿Tú me quieres?

Ella lo miró a los ojos. En ese instante, cuando Martín hizo la pregunta y la contempló con aquella intensidad, Mariana sintió que lo quería muchísimo, que aquel estremecimiento cálido que la inundaba era eso exactamente: amor.

Su corazón latía con fuerza cuando se escuchó a sí misma pronunciar un «sí» cristalino,

aferrada a las manos de Martín. Él la estrechó entre sus brazos y respiró aliviado, apretándola con fuerza.

—¿He oído bien? —preguntó emocionado.

Mariana asintió al borde de las lágrimas.

—Te quiero, sí. Todavía no comprendo muy bien por qué, pero te quiero.

Martín la soltó y se quedó mirándola.

—No me sueltes, que me gustan tus abrazos —pidió.

—¿Te gustan mis... abrazos?

Mariana afirmó con una sonrisa y Martín la apretó con ternura.

—*Maite zaitut ere, bihotza.*^[2]

Y ella lo comprendió a la perfección.

Despertaron en medio de la noche y se unieron de nuevo. Lo hicieron en la penumbra, a tientas, en aquel cuarto de paredes encaladas y vigas de madera, en silencio, y sintieron que por primera vez eran uno y no dos.

—Todo ha cambiado, ¿verdad? —dijo Mariana después, mientras descansaba la cabeza sobre el cálido pecho de Martín.

—¿A qué te refieres, *laztana*?

—Entre nosotros.

La cara de Martín se iluminó. Así era Mariana y así la quería: sincera, curiosa, testaruda. Siempre intentaba entender el porqué de las cosas.

—Sí, creo que sí.

—Hemos consumado el matrimonio —sonrió ella.

—Bien consumado y muchas veces —dijo él con picardía.

—Voy a ir al infierno —gimió tapándose la cara con las manos.

—¿Por qué, *bihotza*?

—Por culpa de la lujuria. Ahora no sirvo ni para entrar en un convento.

Mariana se echó a reír, haciendo reír también a Martín. Él la tomó por la barbilla y la obligó a alzar la mirada.

—Entonces yo iré contigo y arderemos juntos —afirmó justo antes de besarla otra vez.

Mariana no olvidó la conversación que había mantenido con Martín y, ni corta ni perezosa, acudió a Miren en busca de ayuda confiando en su discreción.

La encontró comprobando la curación de los quesos que elaboraba con la leche de las ovejas y se dispuso a entablar conversación sin saber muy bien por dónde empezar.

—Tienen muy buena pinta esos quesos.

—Sí, ya están listos —dijo Miren satisfecha.

—¿Vais a bajar a Durango esta semana Anselmo y tú?

—Las cosas andan revueltas, según Martín, aunque tendría que ir para vender los quesos en el mercado. Sacaríamos un buen dinero por ellos y sabe Dios que nos hace mucha falta.

—Es que me gustaría acompañaros para visitar a Pepa, a ver cómo se encuentra.

—Según he oído está estupenda, pero no hay problema, te llevamos. Aunque deberías pedir permiso a Martín.

—No acostumbro a rogar —dijo Mariana haciendo cabecear a Miren—. Hablando de permiso... Quería preguntarte si... Si conoces algún medio para no quedarse encinta.

Tras titubear un poco, lo soltó de golpe y dejó a Miren atónita.

—*Pitxin*, ¿es que no quieres tener hijos? Como se entere Martín...

—No, no es eso. ¿Sabes de algo? Por favor —susurró.

Miren se quedó extrañada y, tras asegurarse de que estaban solas, comenzó a hablar en voz baja:

—Nadie se puede dar cuenta de esto, que me metes en un lío. Que por menos quemaron en la hoguera a una antepasada mía.

—¿De verdad? —se sorprendió Mariana.

—Por bruja —susurró Miren santiguándose—. Once personas de Durango, diez mujeres y un hombre, fueron condenados a la hoguera; otras siete fallecieron en los interrogatorios y, aún estando muertos, se desenterraron sus cuerpos para quemarlos. Y es que un hereje no puede descansar en camposanto, ya lo sabes bien. Se les desenterraba, se les quemaba y sus cenizas se tiraban al viento para que no estuvieran en ningún sitio. Otros seis vecinos sufrieron cárcel, multa, destierro o latigazos.

—No diré nada, te doy mi palabra —dijo Mariana.

—Esa frase me recuerda mucho a Martín —sonrió Miren—. Te prepararé un tónico de hierbas, que es el que tomamos las mujeres para evitar la preñez. Pero a los hombres ni pío, y nada de confesarlo al párroco.

—No diré una palabra a nadie —asintió Mariana con vehemencia.

«Solo a Martín», se dijo.

Era de noche, la tormenta arreciaba y los relámpagos iluminaban el Anboto mientras tronaba.

«Lo debes tomar todos los días por la mañana, sin faltar uno. Aun así deberás tener mucho cuidado cuando pasen quince días desde que has tenido el periodo. Esos días de en medio son los peligrosos. Justo antes y después de que sangres es cuando menos peligro hay».

Miren la había aleccionado sobre las precauciones que una mujer debía guardar para no quedarse encinta con explicaciones concisas acerca de las señales que evidenciaban las diferentes fases de la mujer. Mariana descubrió que cuando se aproximaba el momento en el que podía quedarse preñada las ganas de estar con un hombre aumentaban, que justo antes de tener el periodo dolían los pechos o la cabeza y que mantener relaciones durante el sangrado quitaba las molestias de esos días, y se preguntó por qué su madre jamás le había referido nada acerca de esas cuestiones tan importantes.

—Martín, ¿tú sabías que Miren es descendiente de una bruja? —le preguntó.

Él la miró divertido.

—Eso dicen, que una de sus antepasadas fue una de las brujas que quemó la Inquisición en Durango en el 1500. También juzgaron a otras cuarenta personas de aquí. A alguno de los Unamuno, Arriaga y Aguirre. Hubo una vecina de Urkiola y otra del valle de Arrazola. Entre ellos también había una Ibarra. Tal vez tú seas una *sorgina* —sonrió acariciándola—. O una lamia, porque tienes el pelo claro y enamoras a los hombres. ¿Te peinas con un peine de oro?

Mariana negó con la cabeza divertida y lo besó con avidez.

—¿Por eso sabe tanto de pócimas y de cosas así?

Martín se incorporó en la cama y se sentó.

—¿Qué pócimas?

—Me ha dado un brebaje para no quedarme encinta.

Él la miró atónito.

—He sido yo quien se lo ha pedido.

—Sabes que eso es pecado, ¿verdad? Que va contra el débito conyugal.

—Sí, lo sé, pero también sé que tú no deseas tener hijos.

Martín la miró con tristeza y la atrajo hacia él para abrazarla.

—Lo siento, *maitia*, no es que no quiera, pero creo que es mejor así. Si te dejase encinta ahora... Estamos perdiendo la guerra, Mariana. Desde la muerte de Zumalacárregui nada va bien. Han comenzado los rumores de que don Carlos se podría exiliar a Francia. —Sonrió con ironía—. Los intereses cambian y el honor se olvida.

—¿Lo conoces en persona?

—Sí, lo he visto. Mi tío se ha reunido con él varias veces en su casa de Durango.

—¿Y cómo es?

—Pues, verás..., como comensal es un hombre sencillo. Le gusta comer viandas simples, pero no cae bien a las tropas porque no es cercano. El verano pasado, tras la retirada del

Maestrazgo, acosado por Espartero, que nos lleva ya mucha ventaja, regresó a Durango e hizo una purga entre los oficiales y civiles que le habían servido desde la época de Zumalacárregui. Muchos fueron desposeídos del mando, encarcelados o enjuiciados, y ha colocado a aduladores incompetentes sin iniciativa en el lugar de hombres bravíos. La tropa está descontenta y nosotros, los mandos de las guerrillas, también, no te voy a engañar. No vamos a volver a seguirle fuera de nuestro territorio. Además, se acaba de casar con su sobrina —explicó Martín—. También se dice que hay un complot contra el heredero y que Maroto lo instiga. Todo son rumores.

—¿Y tú qué crees?

Él resopló.

—Llevamos muchos años de guerra y la desesperanza cunde en las tropas. Desde junio, Maroto se ha dedicado a reorganizar el desaguisado que tenemos en nuestro ejército, pero no estamos afrontando acciones bélicas. Los cristinos controlan las principales instituciones del Estado, al ejército y todas las ciudades importantes. Y reciben apoyo del Reino Unido, Portugal y Francia en forma de créditos para el tesoro y de fuerzas militares. Los británicos realizan labores de bloqueo marítimo para que no nos lleguen suministros ni podamos exportar. Los portugueses han enviado una división auxiliar bajo el mando del barón das Antas y los franceses a la División Auxiliar Francesa, además de colaborar en el control de la frontera y de las costas. La lucha entre ambos bandos es cada día más encarnizada. Tenemos órdenes de no hacer prisioneros del ejército contrario, aunque muchos no pensamos cumplirlas. —Martín suspiró—. La gente solo quiere vivir en paz, incluido yo, pero si dejamos de apoyar a don Carlos, como quieren algunos *jauntxos*, se nos considerará traidores, deberemos huir y si eso ocurriese... Tendría que dejarte atrás, no podría llevarte conmigo si te dejo encinta. Por eso no me derramo dentro de ti.

—Lo comprendo. Lo estás sopesando, ¿verdad? Huir —preguntó ella atemorizada.

Martín asintió tomando sus manos.

—No lo descarto, pero no te asustes, *bihotza*. Te prometo que te mantendré a salvo pase lo que pase —dijo besando su frente.

Ajenos a la guerra, Mariana y Martín se amaron como si el mundo y sus destinos les pertenecieran, con honestidad y una profunda intimidad.

Ella jamás imaginó que se podría sentir aquella intensa emoción. El deseo era abrumador y no la dejaba ni pensar, pero lo que de verdad la asombraba era la fascinación que ejercía sobre Martín, y viceversa. Eran como dos imanes que se atraían con toda la fuerza de la naturaleza.

Para él, Mariana llenaba su mundo y, si la tenía cerca, saturaba sus sentidos de tal forma que todo cuanto le rodeaba carecía de importancia.

—Es sábado y esa es Mari, que yace con Sugaar —dijo Mariana al escuchar un trueno.

Martín asintió acariciándole la espalda, y sonrió mientras la rodeaba con sus brazos, posaba los labios sobre su garganta y los deslizaba por el cuello para bajar hasta sus pechos y alcanzar

los pezones sonrosados.

Capítulo XXI

La guerra proseguía por pueblos y caminos. Las milicias combatían en aquella larga contienda en la que las familias y los viejos amigos luchaban en bandos irreconciliables.

Bilbao continuaba siendo un bastión de los llamados cristinos, pero en las aldeas era mayoritario el apoyo al bando carlista.

Fue Anselmo Mendiola quien le habló por primera vez del contrabando de armas y artículos de lujo que, se decía, se llevaba a cabo en el seno del ejército carlista.

—Las autoridades han debido poner cartas en el asunto y están intentando encontrar a los culpables. Me lo ha comentado uno de los hermanos Zabala, que tiene un pariente en la policía portuaria de Bilbao. Es alguien de dentro, que utiliza su cargo en el ejército para lucrarse.

—Dame nombres.

—De momento no los tengo, pero ándate con ojo si ves algo, Martín, y guárdatelo para ti. A estas alturas de la guerra, nadie es lo que parece.

—Gracias por el consejo, Anselmo.

Llegó la Navidad y Martín cobró las rentas anuales de los arrendatarios por el uso de molinos o ferrerías y la explotación de los montes, ya que ocupaba el lugar de heredero de la casa Izurza.

Debido a la contienda, la escasez de alimentos provocó que los diezmos fuesen escasos y las celebraciones no tan ostentosas como se hubiera deseado, pero Mariana disfrutó mucho de aquellas reuniones familiares en el caserío y por primera vez sintió que formaba parte del linaje de Martín.

1839 comenzó con una triste noticia para la familia: la muerte de *amama* Tomasa mientras dormía.

Los vecinos más próximos, los *mandatariak*, dieron la noticia por los alrededores del triste desenlace y se encargaron de avisar al párroco para que acudiera a impartir la extremaunción y ungirle con los santos óleos, al ayuntamiento para registrar la muerte y al carpintero para que preparara el ataúd.

En la casa de los Mendiola comenzó entonces un despliegue de ritos y quehaceres encaminados a dar cristiana sepultura a la matriarca de la familia.

Abeliñe, la nieta e hija mayor de la casa, preparó el cuerpo junto a sus primas y las vecinas más próximas. Tras lavarlo y perfumarlo con agua de laurel, vistieron a la difunta con sus mejores ropas, las de su boda, la peinaron y le colocaron la mantilla negra de acudir a misa.

En manos del resto de las mujeres de la casa y otras tantas vecinas quedó la limpieza del

hogar, la de la habitación y la cama de la difunta. Después, las campanas de la iglesia anunciaron la muerte de Tomasa. El sacristán tocó a muerto, o *hil-kanpaia*, y la ejecución del tañido indicó al valle entero que el difunto era una mujer.

Para cuando el sacerdote llegó, Miren ya tenía dispuesta encima del tocador del dormitorio de su difunta madre una tela blanca de hilo bordado con una cruz, un vaso con agua, una ramita de laurel bendecida el Domingo de Ramos y también un vaso de aceite con una candelilla prendida.

Para rezar con mayor recogimiento, se evitó encender muchas velas. En el caserío se cubrieron con telas negras los espejos, se detuvieron los relojes para que no rompieran el silencio y todos se vistieron de negro. La familia iniciaba un luto que duraría un año entero y al que quiso sumarse Mariana.

El velatorio nocturno se realizó en el *baserri* de los Mendiola. Comenzó al ponerse el sol y terminó al amanecer. Durante toda la noche se recibió a los vecinos y a las visitas que llegaban a dar el pésame a la familia y que traían presentes en forma de comida. Se invitaba a todos a algo de beber.

La gente entraba y salía mientras se rezaba el rosario completo con sus quince misterios, hablaban en voz baja acerca de la *amama* Tomasa y se tomaron un refrigerio hasta el amanecer. Una mujer, elegida por saberse las letanías de memoria y por su buena voz, dirigía las oraciones en el dormitorio de la difunta en tanto que los demás, charlaban o jugaban a las cartas en la cocina, bebían café e incluso algunas copitas. No hubo plañideras ni lloros en toda la noche y Mariana se dio cuenta de la discreción de los lamentos de la gente, musitados y bastante menos ostentosos que, por ejemplo, los signos de dolor que había contemplado en el sur.

La red de parientes que se dejaron caer por el caserío aquella noche le pareció interminable. Vinieron los demás Mendiola y los familiares políticos de Miren: los Aguirre y Zugastieta; Martín representó a los Echaburu; estuvieron presentes los Urquiaga, los Ereño, los Abendaño y los Olano, todas familias de Durango; y un montón de familias más como los Zubeldia, Etxebarria, Aresti, Iturriaga Goitia, Ormaetxe, Uriarte y Murueta de Mañaria; los Uribe, Gaztaineta-Beaskoa, los Garaiza y los Orozketa Goikoa de Iurreta; los Zubiate y Dorronsolo, de Atxondo; los Berrio, Ibarluzea, Zabala Bekoa y los Arabio Gainekoa, de Elorrio; los Aldekoa, Apoita, Zengotita-Bengoa y los Zengotita-Beitia, de Mallabia; los Eitzaga Goikoa, Zelaia y Garaita, de Zaldibar; los Isuntza Goikoa de Berriz y los Arroita-Beitia, de Garai.

La puerta del caserío permaneció abierta toda la noche para los que quisieron entrar a rezar. A Mariana le extrañó que, mientras en una habitación reposaba la difunta, en la otra se narraban anécdotas divertidas sobre su vida pasada y se reía a mandíbula batiente.

Al día siguiente, por la mañana, se reunieron los parientes próximos, el sacerdote roció a la fallecida con agua bendita y la colocaron en el féretro con los pies por delante. Frente a la casa,

comenzaba a reunirse la gente del pueblo junto con el sacristán con la cruz parroquial en primer término para recitar el salmo de los difuntos. Las *anderuak*, las parientes más cercanas y varios vecinos jóvenes y de la misma edad fueron los encargados de cargar el féretro sobre los hombros hasta la iglesia. Al paso del viático, los vecinos se arrodillaban y se descubrían.

Martín explicó a Mariana que cada caserío tenía su propio *hil-bidea*, o camino de muertos, que lo unía con la iglesia. Todo aquel trayecto por el que pasara el viático se convertía, por ley no escrita, en vía pública y, en consecuencia, no podía cultivarse ni cercarse.

—Por eso los propietarios de los terrenos lindantes al *hil-bidea* vigilarán sin perder detalle las evoluciones de la comitiva, no fuera que por una razón u otra penetre en sus tierras, volviéndolas, de modo instantáneo, en baldías. Es un asunto importante —señaló Martín con media sonrisa.

Detrás de los hombres que se turnaban de trecho en trecho para portar el ataúd, iba una mujer soltera y de la familia con las ofrendas. Tras ella, marchaba el sacerdote con sus monaguillos; tres pasos más atrás, los hombres encabezados por los allegados y, después, las mujeres. Al final de la procesión iban los vecinos.

La comitiva funeraria citaba estrofas del miserere. En cada encrucijada del camino, se iban uniendo más vecinos a la marcha y se recitaba también el padrenuestro.

El ataúd lo introdujeron en el templo los hombres de la casa junto con los parientes masculinos más próximos. Entre ellos estaba Martín, no así Anselmo, que, al ser manco, no podía ayudar en esa tarea y caminaba cabizbajo junto a las mujeres de la familia, entre las que se encontraba Mariana.

En la iglesia, los hombres cabeza de familia ocuparon las sillas delanteras y las mujeres se sentaron detrás. El féretro se colocó presidiendo el pasillo central, con los pies de la difunta en dirección al altar y el ataúd rodeado de velas.

Antes y después de la misa, el sacristán se colocó en una mesa a la entrada de la iglesia para recoger los *artu-emon*, las dádivas.

—El sacristán es el encargado de listar los caseríos que donan y la cantidad de dinero para sufragar las posteriores misas para el difunto —le explicó Martín.

Mariana quedó impresionada por la sobriedad en las demostraciones de tristeza.

Las campanas tañían a agonía en aquel día oscuro, lluvioso y frío. Todos se mantenían serios y enteros en aquella tierra acostumbrada a enterrar a sus muertos en silencio. Solo Abeliñe y los niños se rompieron un poco al final de la misa, pero Miren no derramó ni una sola lágrima por su anciana madre.

Después del funeral, volvió a formarse la procesión para llevar el cuerpo al cementerio del pueblo. El sacerdote rezó las últimas oraciones para la difunta y un padrenuestro por todos los fallecidos allí enterrados. Y, tras dar sepultura a *amama* Tomasa, los Mendiola ofrecieron un

convite a los asistentes al funeral en una taberna de Mañaria. Allí se establecieron los turnos de quienes acudirían a las siguientes misas.

Los días posteriores al sepelio, los vecinos más próximos asumieron las labores domésticas de la *etxekoandre*, la señora de la casa. Las mujeres se ocuparon de la cocina y los hombres, de establos y campos. Las ceremonias a lo largo de la primera semana después del entierro consistieron en nueve misas por el alma de la difunta. La última misa, que caía en domingo, llamada *argia* o luz, inició el camino que duraría lo que el luto y que consagraría al difunto entre los antepasados de la familia.

Al día siguiente, Mariana encontró a Martín hablando en voz baja, en su lengua materna, junto a los panales de abejas cercanos al caserío. Algo en el tono de voz le dijo que aquel momento requería de cierta intimidad y aguardó para acercarse.

Contempló a su esposo, su espalda ancha, las piernas largas y fuertes y los robustos hombros. Su voz sonaba suave y dulce.

Cuando él dejó de hablar en su lengua materna, Mariana se acercó despacio y posó su mano en la espalda de Martín para acariciársela. Al principio él se tensó, pero sucumbió de inmediato al dulce tacto de Mariana.

—¿Con quién hablas? —preguntó Mariana.

—Con las abejas de la casa. Ahora están escondidas en la colmena, muy juntas para soportar el frío, y no saldrán hasta la primavera, pero les digo que *amama* Tomasa *hil da*, está muerta, y que este año tendrán que hacer mucha cera para que podamos honrarla y que la luz de esas velas la conduzca con los ancestros para convertirse en uno de ellos y que la veneremos en nuestros rezos. Necesitaremos mucha cera para las *argizaiolak*.

—¿Las... qué?

—Son unas maderas de haya, roble o castaño talladas donde se enrolla un cabo de vela estrecho. Se empleaban sobre todo en los *iarlekus*, las sepulturas que hay dentro de las iglesias, ya las has visto.

—Sí, me extrañaron esas divisiones en rectángulos en el suelo de la iglesia.

—Cada caserío tiene el suyo. En otros tiempos el *iarleku* no podía ser vendido, iba unido al caserío. Sobre él se colocaba la *etxekoandre* y se encendía la *argizaiola* en memoria de sus difuntos. Las mujeres de cada casa se encargaban de mantenerlas encendidas el día de Todos los Santos y el de los Fieles Difuntos. La iban girando para conservar viva la llama y ahuyentar las tinieblas, para que nuestros familiares fallecidos siguieran la luz. Es así como los difuntos permanecen vinculados al fuego del hogar familiar y al *baserri*, con la luz. Les recordamos a dónde pertenecen, donde está aún su casa. De niño vi hacerlo, aunque ahora está entrando en desuso.

Mariana lo abrazó con suavidad y acomodó la cabeza en el hueco entre sus pectorales donde

encajaba a la perfección. Él suspiró y le acarició el cabello con cariño.

—Estás triste.

Martín asintió.

—Conozco a *amama* Tomasa desde siempre. Vivió una larga vida, pero muy difícil. ¿Sabías que tuvo once hijos y que solo le han sobrevivido cinco? Se quedó viuda dos veces. Miren nació cuando ya no la esperaban. Tomasa cuidó de todos los bebés del valle que quedaban huérfanos al nacer. Fue ama de cría de sus vecinos y no recuerdo a nadie con tanto valor ante la vida hasta que te conocí a ti.

Mariana levantó la vista mientras él asentía con una sonrisa.

—No me considero tan valiente como tú dices. Es muy difícil ser valiente de verdad.

Martín se quedó en silencio mientras contemplaba lo que más amaba en el mundo.

—Lo eres. Eres la persona más valerosa que conozco. No te dejas vencer.

—Eso es testarudez —rio ella.

Él la besó en la frente aferrándola con fuerza y Mariana sintió cómo el calor del cuerpo de Martín la envolvía y la llenaba de dicha.

—Cuando te conocí me sorprendió tu fiereza. Eras la muchacha más valerosa y altiva que había visto en mi vida. Y también la más bonita y consentida, *bihotza* —murmuró acariciando su rostro.

—Tú me pareciste un bruto endiabladamente apuesto.

Él sonrió vanidoso.

—Pensé que no te había causado ninguna impresión —rio.

—Eres impresionante, Martín de Izurza. Todo tú lo eres.

Los ojos de Martín se quedaron fijos en los de Mariana. Para él era hundirse en un mar de aguas bravas que lo arrastraban y lo hacían sentirse vivo. A ella, la calidez de sus ojos pardos, dulces y suaves la colmaban de calma.

La besó con pasión y ella degustó aquel beso despacio, mientras se apretaba contra su cuerpo grande y firme.

—Al principio pensé que me odiabas y eso me hacía sufrir —susurró él.

—No lo hacía, pero es que me sacabas de mis casillas porque te comportabas como un grosero —dijo ella.

—¿Ah, sí? —rio él besando su nariz.

—Sí, eras un cascarrabias.

Martín rio y suspiró con fuerza. Se sentía vulnerable al hablar de sus sentimientos, pero, a la vez, aquellas palabras que salían de lo más profundo de su alma lo liberaban y lo volvían liviano

—No quería... encariñarme contigo porque sabía que te marcharías. Después...

—¿Después?

—Después mis sentimientos tomaron el mando —dijo ronco sin dejar de mirarla.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Ahora eres mi esposa ante Dios, ante los hombres y en mi corazón, por eso no concibo que quieras irte a América. Es algo que todavía no comprendo y necesito hacerlo, *maitia*.

Mariana le sonrió con ternura.

—¡Porque no quiero conformarme! Siempre quise ver más allá de la reja de mi ventana. Quiero saber, conocer cómo es el mundo. Quiero ser soberana de mi propia vida. Quiero sentirme libre de mi madre, de mis vecinos, de quienes murmuran y no me dejan caminar sola.

—¿Y de mí?

—No necesito ser libre de ti, Martín de Izurza. Justo tú haces que aprecie esa libertad y que no me conforme.

Él sonrió porque comprendió lo que Mariana quería decir.

—Sé lo que te prometí. Me considero un hombre temeroso de Dios y supe que, si yacíamos juntos de nuevo, rompería mi promesa porque no podría dejarte marchar —dijo con aquella voz profunda llena de sentimiento que hacía temblar a Mariana.

—No lo hagas. Ven conmigo a América —imploró ella.

—Sería un desertor, Mariana.

—Tú mismo lo has dicho, la guerra está perdida. Ellos tienen más hombres, más armas, más comida, más apoyos internacionales.

—¿Ellos? Son tu gente.

—No, tú eres ahora mi gente y mi hogar. Y los Mendiola y sus vecinos. ¿Vendrás conmigo? —preguntó esperanzada.

Martín observó todo a su alrededor durante un momento y después la miró muy serio.

—El mundo que conocí de niño se desvanece a cada paso que doy, Mariana. ¿Debo seguir batallando por una comunidad que está dejando de existir? ¿Podrán pagar los arrendatarios este año? ¿La Corona respetará las leyes de nuestros ancestros?

—Todo cambia.

—Tendríamos que cruzar el país y no precisamente en diligencia. Seríamos perseguidos y si me atrapan... Es una condena a muerte segura, tanto si me cogen unos como otros

—Podemos hacerlo. Sabes que puedo montar a caballo como cualquier hombre.

Él suspiró acariciando sus mejillas.

—Tienes fuego en el corazón; por eso te quiero tanto, Mariana mía —dijo con tristeza.

—¡Oh, maldita sea! ¡Contéstame!

—¿Tú quieres que vaya?

—Sí, claro que quiero. ¡Por supuesto! No iré a ninguna parte sin ti. Soy tu esposa. Lo soy y te amo.

—Mariana... ¡Iría al fin del mundo contigo, mi vida! —dijo sin soltar su rostro de entre las manos antes de besarla con avidez.

Capítulo XXII

Mariana miró por la ventana y resopló al ver el cielo oscurecido por las nubes que no paraban de descargar lluvia. Se suponía que ya era primavera, pero el invierno parecía no terminar nunca.

Desde que habían decidido marchar juntos a América y volver primero a Durango para no levantar sospechas, Mariana apenas había conversado con nadie que no fuese Martín. Tan solo había visitado a Pepa, que continuaba su embarazo sana y muy feliz.

Mariana aguardaba ansiosa el inicio del viaje. Tenía ya el equipaje preparado con solo lo indispensable para poder partir en cualquier momento. La vida en el *baserri* la había enseñado a no necesitar muchas cosas.

Acordaron que viajarían a caballo y marcharían hacia el sur por caminos secundarios sin paradas de postas.

Mientras tanto, sus días transcurrían en el palacete de Durango, ya que Martín había vuelto a su labor de capitán y se pasaba el día patrullando pasos de montaña y senderos con sus hombres, a la espera de poder encontrar el momento adecuado para esquivar la influencia de su tío.

Como si fuese cosa de brujería, Martín apareció por la puerta al tercer resoplido.

—¿Por qué no sales un poco? —dijo al escucharla.

—No puedo. Llueve —protestó Mariana mientras señalaba la ventana.

—Si estás esperando a que escampe, tal vez no salgas hasta junio —rio caminando hacia ella.

Lo miró horrorizada y él asintió, aguantándose la risa.

—¡Es exasperante! ¡Lleva todo el mes sin parar de llover y casi es marzo! —aulló ella.

—No, solo veintiún días —dijo su esposo y le acarició el cabello. Se había pasado toda la mañana cabalgando bajo la lluvia, con ganas de volver a casa para poder abrazar a Mariana y sentir su piel y su calor. Notó un júbilo puro y sincero al mirarla.

—¿Solo? —protestó ella.

Martín volvió a reír y la tomó de la cintura.

—Sé lo que te pasa. Echas de menos la vida en el caserío.

—Un poco —dijo mohína.

—Tienes a Abeliñe. —Él la besó en la frente.

—Sí, pero no es lo mismo, es una chiquilla todavía. Echo de menos a Miren y a Anselmo y a los críos y sus risas. En esta casa está todo demasiado silencioso y tú eres muy cascarrabias.

Martín pensó en cómo sería un hogar lleno de niños, sintió una punzada de dolor en el pecho

y tendió los brazos a su esposa, que se echó en ellos.

—¿No será al revés? —Él sonrió con cariño.

Ella negó con la cabeza, se puso de puntillas y lo besó en la boca tentadora. Él quería continuar y prendió los labios de Mariana entre los suyos saboreándola con ganas, percibía cómo se volvía cálida a la vez que se apretaba más y más contra él.

—¿Cómo puedo hacer para que se te pase ese mal humor, *bihotza*?

—No es mal humor, es tedio —le susurró en la boca.

Ambos estaban llegando al límite del decoro cuando apareció un lacayo y los interrumpió con un carraspeo.

—Tengo un par de ideas, pero tendremos que dejarlas para más tarde —dijo ella haciendo un gesto para que Martín se volviese. En la puerta lo aguardaba uno de sus hombres.

—Perdone, capitán, pero don Pedro desea verlo.

—¿Lo ves? —se quejó la joven.

—¿Tiene que ser ahora? Nos disponíamos a almorzar —resopló él, que aún rodeaba la cintura de ella con sus brazos.

El emisario se encogió de hombros y Martín besó su frente antes de soltarla.

Don Pedro aguardaba a su sobrino impaciente. Respecto a la causa, todo estaba saliendo bien, según lo previsto, pero estaba irritado con él y en cierta manera se sentía traicionado. Había puesto toda su confianza en Martín y él no le había respondido como esperaba. No era lo bastante fuerte, al contrario, era débil. Su esposa le tenía sorbido el seso, no le quedaba duda. No era el heredero que él buscaba, que su gente necesitaba. Perpetuar el apellido, el nombre de su casa, era lo más importante y aquella señoritinga tan hermosa pero altanera y respondona aún no estaba encinta. Sonrió al pensar lo diferente que habría sido todo si él no hubiese estado ya casado. Le gustaba Mariana de Ibarra, le gustaba mucho. Él se hubiese encargado de que se comportase como una esposa como Dios manda y de preñarla enseguida para mantenerla ocupada en casa. Se imaginó a sí mismo copulando con la bella Mariana, disfrutando de aquellos hermosos pechos rebosantes, de sus muslos prietos y suaves y de sus nalgas, que de seguro eran excelentes también, por lo que se adivinaba bajo la ropa.

En esas estaba cuando apareció su sobrino.

—Buenos días, tío —dijo Martín entrando en el salón principal de la Torre Echaburu.

—¡Pasa, pasa, sobrino! ¿Cómo va esa vida conyugal? —preguntó don Pedro con ironía.

El joven capitán no cambió el gesto adusto al estrechar la mano de su tío, que le palmeó la espalda.

—Bien, tío, bien —carraspeó—. Parece muy contento. Usted dirá que es eso tan urgente.

—Siéntate. Ahora mando que nos traigan algo de comer y te pongo en conocimiento de las buenas nuevas.

—No le faltan las viandas, por lo que veo —dijo Martín mientras daba cuenta de un delicioso pollo asado acompañado de un estupendo vino tinto de Rioja.

—Las últimas, pero mejor disfrutarlas que guardarlas.

Martín pensó que la mayor parte de sus hombres llevaban años sin probar ningún ave de corral porque ya no quedaban y que el vino tinto de calidad era todo un dispendio en aquellos tiempos.

—Tengo excelentes noticias que tienen que ver con nuestra causa —dijo don Pedro acercándose a una consola, sobre la que descansaban varias botellas de cristal labrado rellenas de licores de importación y una caja de tabacos, para servir dos copas de coñac y cortar un puro habano con vitola cubana legítima.

Martín tomó la copa que su tío le tendió con suspicacia e intentó aparentar interés mientras se preguntaba cómo había pasado el bloqueo marítimo aquel artículo de lujo.

—Soy todo oídos. Dígame.

—El general Maroto está preparando una ofensiva que será la definitiva y nos dará la victoria. Las tropas de Carranza están listas para el avance y vamos a acompañarlas para hacer retroceder a los liberales en tierras cántabras. La posibilidad de invadir Asturias y llevar la guerra a Galicia está al alcance de nuestra mano.

—¿Dónde va a tener lugar esa ofensiva?

—En un pueblo llamado Ramales, cerca de Guriezo. Estate preparado para partir hacia Santander con tus hombres y unirte allí a nuestras tropas.

—Avisaré a Mariana —dijo Martín pensando en cómo iba a decírselo.

—No se avisa a las mujeres ni se las consulta, se las ordena con suavidad y delicadeza, sobrino. Eso sí, si se ponen furiosas y no atienden a razones, una bofetada a tiempo obra milagros —rio don Pedro justo antes de cortar el habano.

La noticia mermó las esperanzas de Mariana de poder iniciar el viaje de regreso a Sevilla con prontitud. Pero lo que la inquietó de verdad fue darse cuenta de que Martín tendría que entrar en combate frente a la artillería del ejército liberal.

—¿Es inminente? —preguntó intentando que su voz sonara tranquila.

—Sí, lo es. Tengo que partir con mis hombres a la mayor brevedad para incorporarme al ejército que ya aguarda órdenes de Maroto en el valle de Carranza. —Martín vislumbró la preocupación en los ojos de Mariana—. Tendremos que posponer nuestros planes, *maitia*. No podemos irnos. Quiero que comprendas que no puedo dejar a mis hombres ahora, no sería honorable. Estoy con ellos desde el principio de la guerra y no pienso abandonarlos.

—Lo comprendo, pero yo tampoco pienso quedarme aquí sola, a merced de don Pedro y sus

intrigas —se adelantó ella sin confesar la prevención que sentía por el tío de Martín.

Mariana notaba cómo la miraba don Pedro cada vez que aparecía por la puerta. Si al estar su esposo allí lo hacía sin avisar, no quería imaginar las confianzas que se tomaría cuando faltara.

—Puedes irte a casa de Pepa con Abeliñe. Así podrás echarla una mano mientras Bittor no está.

Ella lo miró con dureza.

—Tú y tu maldito honor... Si piensas que voy a quedarme aquí, aguardando como una necia a que regreses, estás muy equivocado.

—Mariana, he batallado antes contra muchos hombres —dijo con la intención de sonar amable.

—Pero en escaramuzas y en tu entorno. Conoces estas montañas y caminos como la palma de tu mano, sabes dónde está cada arroyo y cada piedra, pero esto que pide tu tío es diferente.

Martín sabía que ella tenía razón, que lo que se avecinaba era otra cosa bien distinta a la guerra de guerrillas a la que estaban acostumbrados sus hombres y él.

—No debes temer por mí, *bihotza*. Estuve en el sitio de Bilbao y salí con vida.

—Lo sé, me lo has contado, y solo con verte sé que eres muy capaz de vencer a cualquiera cuerpo a cuerpo, pero no puedo evitar pensar que me necesitarás —dijo justo antes de inspirar hondo—. Por eso pienso acompañarte. Hay un montón de mujeres que acompañan a los soldados al campo de batalla, me lo dijo Pepa: curanderas, cocineras e incluso prostitutas para alegrar a la tropa.

—¿Te has vuelto completamente loca? ¡Por el amor de Dios, Mariana! ¡Y eso de las rameras es propio de franceses, no de vascos! —gritó Martín enojado.

—¡Como que los vascos no sois asiduos visitantes de lupanares! ¡Mira tu tío!

—En nuestro ejército está prohibido ese comportamiento indecente y poco cristiano —espetó Martín—. ¡Y ninguna dama acompaña a su esposo al campo de batalla!

Su enfado no acobardó a Mariana, que prosiguió:

—Entonces no seré una dama nunca más. Piensa lo que quieras porque voy a acompañarte, te guste o no, y a ayudarte en todo lo que pueda a ti y a tus hombres. Además, se lo he prometido a Pepa.

—¿A Pepa? —Martín estaba ofuscado y no comprendía nada.

—Sí, ella me habló de las mujeres de los bandoleros durante la guerra contra los franceses, de cómo ellas y sus maridos ayudaban al ejército regular desde las montañas, en la serranía de Ronda. Era lo mismo que hacéis aquí, preparar emboscadas y requisar armamento al enemigo, pero sin mujeres. Ellos podían atacar desde las montañas y volver a esconderse. Sus mujeres conseguían provisiones, patrullaban caminos, cocinaban, curaban a los heridos y los animaban a luchar.

Martín resopló mirando al cielo para después cabecear con una sonrisa.

—Sabes que no puedo permitirlo.

—Inténtalo. Soy tu esposa, Martín de Izurza, y te seguiré allá donde vayas.

La contempló admirado y prendado por completo. Ella tembló al recibir aquella mirada llena de pasión y fiereza.

—Eres increíble, Mariana de Ibarra —susurró aferrándola.

—Y un fastidio —sonrió ella.

—En realidad, me he pasado las últimas horas pensando en lo difícil que iba a ser separarme de ti, pero no estarás a salvo conmigo, *laztana*.

—No me importa. No quiero estar a salvo. Solo quiero estar contigo —imploró.

—Sé que no voy a hacerte cambiar de opinión —suspiró Martín.

—No, no lo harás —dijo aguantándole la mirada.

—Me rindo, mi señora —jadeó y la apretó contra su cuerpo, lo que hizo que Mariana se sintiese débil de pronto.

—Nuestro matrimonio no es perfecto, pero ya hemos empezado a saber lidiar con ello —dijo Mariana.

—¿Cómo que no? —preguntó Martín.

—No —rio ella al ver su cara de extrañeza antes de besarlo en la boca con ternura—. Ninguno lo es, por si no te habías dado cuenta.

—Pero el nuestro es lo más cercano a la perfección —afirmó vehemente.

—Es cierto. —Asintió y lo volvió a besar—. El problema es que tenemos poca intimidad. Cuando no es el servicio, son tus hombres o, peor aún, tu tío.

Martín la aferró más fuerte.

—No es un problema —susurró.

—Ah, ¿no?

Él negó con una sonrisa canalla en el rostro moreno. El intenso abrazo y el beso que se dieron después solo fue el preludio de una tarde que pasaron en el lecho, sin importarles las risitas de los criados, que pudieron escuchar sus gemidos apasionados desde las cocinas.

Capítulo XXIII

El camino hacia Rmales fue arduo. La primavera estaba tardando mucho en mostrar su cara amable. La lluvia y el frío no daban tregua y los lodazales no dejaban avanzar a los caballos.

Mariana recordaría siempre aquellos trágicos días y cómo pasó las noches al raso en las montañas, bajo las estrellas, envuelta por los brazos de Martín, más unidos que nunca.

—¿Tienes frío? —preguntó él al notar cómo ella se apretujaba contra su cuerpo.

—No, contigo no —susurró mientras enterraba la nariz en su camisa.

Martín emitió un sonido gutural de puro placer.

—No pares de hacerlo, por favor.

—No estoy haciendo nada, es que tengo la nariz congelada —rio Mariana.

Él rio también mientras ella continuaba deslizándose la punta de su nariz entre el vello del pecho de Martín para disfrutar de su aroma. Lo hizo hasta que a un lado de uno de los pectorales se encontró con un trozo de piel más gruesa.

—Tienes muchas cicatrices. —Acarició la protuberancia con suavidad.

—No tantas —dijo Martín de buen humor.

—Solo esta y la que tienes en la pierna ya son demasiadas para mí —suspiró Mariana posando los labios sobre la cicatriz del pecho.

Él la atrajo con fuerza hasta que notó la blandura cálida de los senos sobre su tórax. Entonces presionó su cuerpo contra el de ella para hacerla sentir sus ganas.

—No, hoy no, Martín —dijo mientras le acariciaba el pecho.

—¿Estás indispuesta? —preguntó dándole un beso en la frente.

—No, pero es día doce y ya no puedo. Es por la luna, me lo dijo Miren.

—¿La luna?

—Sí, hay que seguir las fases de la luna durante el mes para saber cuándo una mujer se puede quedar encinta. Y hay unos días en los que hay mayor posibilidad. Lo saben todas las mujeres de los pueblos.

—Sé a qué te refieres —sonrió él.

—Además, no estoy muy segura de que gozar tanto del matrimonio no sea pecado, Martín de Izurza.

—Estoy seguro de que es muy cristiano complacer a mi esposa y que ella me complazca a mí.

—¿Ah, sí? —rio ella.

—Hasta el santo padre lo aconseja.

—Eres consciente de que eres un anticlerical a pesar de ser carlista, ¿verdad? —dijo Mariana mientras intentaba no contagiarse de la risita de su marido.

—Entonces... ¿esta noche no?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y me vas a dejar así, *bihotza*, todo dispuesto?

Martín sonrió al sentir como se apretaba contra él.

—Algo podremos hacer —respondió ella deslizando la mano dentro de sus pantalones.

A los hombres de Martín se fueron uniendo varios batallones que, al llegar al valle de Carranza, se convirtieron en diecisiete. Mariana estaba en lo cierto y a los soldados los acompañaban también un sacerdote, barbero, médico, cirujano, un boticario, escribanos y unas cuantas mujeres, la mayor parte de ellas cocineras, lavanderas y aguadoras; eran familiares de miembros de la tropa de las clases más bajas del mundo rural y hacían multitud de labores por las que cobraban un salario.

Las mujeres ejercían todo tipo de funciones auxiliares que no realizaban los hombres y que no estaban previstas en el reglamento de la tropa como cocinar, limpiar, lavar, tender ropa, coser, tejer, recoger leña y agua, conseguir alimentos y abastecimientos, así como trasladar y atender a enfermos y heridos incluso en pleno combate.

En el campamento, además de soldados haciendo instrucción y jugando a las cartas o a cualquier cosa, podían encontrarse un gran número de muchachas que vendían en tenderetes y atendían en el hospital de campaña a heridos y enfermos. De hecho también hacían las funciones de enfermeras a las órdenes del cirujano del regimiento.

Aquellas mujeres llevaban el vestuario femenino habitual: camisa, enaguas, falda, delantal, corpiño, calzas, zapatos o zuecos y chal o capa. Para su sorpresa, Mariana se fijó en que algunas de ellas, aunque eran consideradas no combatientes y no tenían uniforme, se dejaban el cabello sin recoger o adoptaban vestimenta masculina, como calzones y casaca corta cerrada con trenzados de estilo húsar. Una de ellas era Serafina, una muchachita que juraba y escupía como un hombre, que para cabalgar vestía pantalones y de la que decían que guardaba un puñal sujeto en la liga de las medias. Mariana supuso que para defenderse de los soldados más procaces.

—¿Lo ha utilizado alguna vez? —le preguntó mientras levantaban el campamento.

—Claro. Tal vez usted también debería llevar uno, señora. Por si los cristinos nos alcanzan. Mejor rebanar el pescuezo a alguno antes de que la violenten a una, ¿no cree? —dijo la muchacha, que llevaba una bota de vino cruzada sobre el pecho.

—Estoy de acuerdo. Me llamo Mariana —dijo tendiéndole la mano a modo de saludo.

Serafina se la apretó con fuerza.

—¿Llevas mucho tiempo como cantinera?

—No soy cantinera, solo ayudo en la cantina, pero no se saca mucho si no eres la dueña. Yo hago más revendiendo productos del saqueo. No soy la única —dijo y señaló a su espalda a varias muchachas igual de famélicas que Serafina.

—¿Y cómo lo hacéis?

—Merodeo el campo de batalla después de la lucha y busco botín ajeno entre los muertos. Tenemos muy mala fama, pero peores son los soldados, que requisan viandas por los pueblos y las venden después a los lugareños a precio de oro cuando ya no tienen qué comer.

—Pareces conocer muy bien todo esto.

—Desde que tengo memoria he trabajado en campamentos militares. Nací en uno.

Serafina era hija de un soldado al que no conoció, huérfana también de madre a temprana edad. La muchacha acompañaba a la cantinera del batallón, que la empleaba en su negocio. En el campamento, la cantina era un tenderete con licores, comida y otros productos a la venta que actuaba como un auténtico centro social. Todos acudían allí a comer, beber y fumar y, si se terciaba, a recibir los favores de Serafina.

Mariana decidió no juzgar a la muchacha. Estaba claro que aquellas mujeres sabían cuidarse solas. Solían cabalgar como los hombres, podían tener burros y mulas para transportar sus enseres y cacharos de cocina atados a su silla de montar e incluso carruajes propios, aunque la mayoría iban a pie. La misma Mariana causó cierto revuelo al cabalgar junto a Martín con unos pantalones bajo las faldas y sin montar a lo amazona, tal como debía hacerlo una dama, además de con el cabello suelto y sin pañuelo, algo muy impropio en una mujer casada.

—Ten cuidado, que si te ve el cura creará que eres una de las antiguas brujas de Durango —bromeó Martín.

—Me encanta cabalgar así desde niña —presumió Mariana.

—Me gusta que cabalgues como un hombre —dijo él mirándola con deseo.

—¿Eso es un cumplido, Izurza?

Martín asintió y la hizo reír.

Aquella madrugada del 17 de abril la pasaron al raso, bajo las estrellas. A algunos soldados se los veía con el rosario en la mano o con la estampa de algún santo o de la Virgen, otros conversaban en corrillos, pero ninguno cantó o se divirtió aquella noche. La víspera de una batalla no se hacían chanzas ni se apostaba, dijo Martín.

Acababan de hacer el amor en silencio, rodeados de hombres que dormían muy cerca de ellos, sin apenas desvestir sus cuerpos, a tientas, ajenos al resto del campamento y con una urgencia dolorosa.

—Mariana, voy a darte esto y quiero que la utilices si vienen a hacerte daño —dijo tendiéndole una pistola mientras acariciaba su cabello suelto—. ¿Sabrás hacerlo?

—Por supuesto. Ten por seguro que no dejaré que me cojan. Antes de partir de Sevilla, me enseñó Pascual, el guardés de los Osuna. Se lo pedí yo, por si nos asaltaban por el camino, pero Pepa guardó la pistola en el baúl con la ropa y no pude pegarte un tiro. Después, tu tío la encontró y me tomó como rehén.

—Me alegro mucho de ello. ¡Bendita Pepa! —dijo Martín besando a Mariana con ternura—. Y ahora quiero que me prometas una cosa.

Mariana asintió con un nudo en el estómago y rogó porque le pidiese algo a lo que ella no pudiese negarse. Se habían acomodado encima de su capa, alejados de los grupos más numerosos, sobre paja y hojas secas que crujían cada vez que se movían bajo las mantas. Un poco antes, mientras caminaba con Martín entre los soldados, había vislumbrado a Serafina con el trasero al aire, sentada sobre uno que tenía la cabeza enterrada en su escote.

—Prométeme que te quedarás en el campamento y que si todo se tuerce huirás pase lo que pase, conmigo o sin mí —le pidió con dureza.

—No puedes pedirme eso.

—Sí que puedo. Puedo porque soy tu esposo y te amo y quiero que vivas y regreses a Sevilla con tu familia si yo falto.

—¡Tú eres mi familia ahora!

—Y tú la mía, *bihotza*, pero necesito saber que estarás bien y a salvo. Solo así podré enfrentarme a lo que me espera.

Mariana emitió un suspiro quedo contra el pecho de Martín y, sin levantar el rostro, asintió.

—Prométeme tú también que regresarás a mí —dijo mirando sus ojos, que brillaban en la oscuridad.

—Te lo prometo, *maitia*.

Él la abrazó con todas sus fuerzas y acarició su cuerpo para tranquilizarla hasta que se quedó dormida.

—Hoy tenemos la oportunidad que estábamos aguardando para dar un vuelco a la guerra y acabar con ella. Quiero que ahora penséis en vuestras familias, esposas e hijos, en nuestros mayores, y en que vais a poder volver con ellos pronto. No voy a engañaros, nos superan en número, pero sabéis, al igual que yo, que no lo hacen en valentía ni en honor. Anoche rezamos nuestras oraciones y hoy nos enfrentaremos a Espartero... ¡y venceremos! —expuso Martín a sus hombres para terminar con un grito de guerra.

La tropa rugió para imitar a su capitán. Algunos soldados emitieron agudos y largos *irrintzis*. Mariana escuchó la arenga de Martín con un nudo en la garganta. Conocía a esos hombres que, a pesar de parecer peligrosos y pendencieros, solo eran simples campesinos y se

dio cuenta de que muchos morirían y no regresarían a casa con los suyos. Entre ellos estaban los hermanos Barandica, los Aguirre, padre e hijo, muchos habitantes de Durango y Bittor, el hombretón que hablaba poco, que quería a Pepa con toda su alma y que había estado al lado de Martín siempre, como su mano derecha. También reconoció a otros vecinos, algunos demasiado jóvenes y otros demasiado viejos.

El batallón vestía en su mayoría la ropa del campesino vasco: camisa de hilo, cazadora corta de grueso paño, pantalones de pana y muchos, acostumbrados a andar por el monte, alpargatas o abarcas de cuero con calcetín de lana. A esas alturas de la guerra, ya no había recursos para uniformar a todos y los ropajes eran muy dispares, tanto como el armamento, que consistía en viejas armas utilizadas para cazar e incluso aperos de labranza.

Los más afortunados disponían de un capote, prenda larga y cálida de uso militar, pero casi todos llevaban pantalones de civil. Los soldados veteranos iban ataviados con la indumentaria que usaron durante la guerra contra los franceses. El uniforme de campaña lo completaba una manta, una mochila de tela o zurrón de cuero y una bota de vino o una calabaza con la que portar el agua. El cinturón servía para llevar la pólvora y las balas y el tahalí que cruzaba el pecho era para la espada, la bayoneta o el cuchillo; muy útil este último en el cuerpo a cuerpo o cuando en la refriega se habían perdido todas las demás armas. Martín llevaba con orgullo su *txapela* blanca con la insignia y el monograma de Carlos VII y borla de hilo de oro, prohibida en 1838 por Baldomero Espartero so pena de una multa de ochenta reales o dos meses de prisión, duplicada y hasta penada con dos años por reincidir. Ella pensó que nadie más podía estar tan apuesto y mostrar un aspecto tan arrogante y bravío como Martín con su uniforme de capitán.

Justo antes de partir con sus hombres, él se despidió de Mariana sin palabras, aguardando su asentimiento, y pidió permiso con la mirada para dejarla allí. Después la atrajo hacia su cuerpo para besarla con ansia, como si quisiera llevarse con él todo su aliento.

—Vuelve, regresa conmigo, Martín de Izurza —suplicó ella.

Él asintió, apoyó la frente en la de ella y acarició sus cabellos antes de que Mariana lo besara con pasión.

—Te doy mi palabra, *bihotza* —susurró sobre sus labios.

Martín la abrazó justo antes de montar en su caballo. El batallón comenzó a marchar en busca del ejército enemigo.

«Dios, ayúdales, —pensó Mariana y sintió un escalofrío—. Mari, dama, sálvalo a él, sálvame!».

La batalla tuvo lugar entre el 17 de abril y el 12 de mayo de 1839 en las inmediaciones de

la localidad cántabra de [Ramales](#). El río Asón y sus alrededores montañosos fueron testigos de la encarnizada lucha que enfrentó a las fuerzas liberales comandadas por Baldomero Espartero con las carlistas, bajo el mando del general Rafael Maroto.

Los liberales duplicaban a los carlistas, pero estos últimos se encontraban física y moralmente dispuestos a defender hasta el final Guriezo, un punto estratégico por la fundición de cañones.

Martín le explicaba a Mariana los pormenores de la contienda mientras intentaba salpicar el relato de anécdotas divertidas, que le contaba de noche, a la luz de la hoguera, antes de caer rendido en sus brazos.

—Los mandos cántabros no mantienen buena relación con Maroto y los ha puesto en primera línea en Guardamino. Es un fulano peculiar, ese Maroto —sonrió Martín con ironía—. Los nuestros dominan la carretera desde la cueva de la Lobera, entre Lanestosa y Ramales, y allí han apostado un cañón al que apodan El Abuelo porque es muy viejo, pero tira que da miedo, lo que impide el paso de la tropa liberal.

El masaje que le estaba dando Mariana en la espalda con aceite de romero aplastó una de las magulladuras del último cuerpo a cuerpo y le hizo emitir un gruñido de dolor.

—Lo siento —dijo ella besando el lugar donde había presionado.

—Vuelve a hacerlo —susurró Martín y cerró los ojos surcados de unas pronunciadas ojeras moradas.

—¿El masaje?

—No, el beso, llevo todo el día recibiendo golpes y escuchando gritos y maldiciones y tu beso ha sido lo único dulce y suave que he sentido hoy.

Mariana no pudo evitar suspirar llena de congoja. Martín se giró para tomarla en brazos y sentarla sobre sus piernas.

—Estoy bien, *bihotza* —dijo al acariciarla el talle.

—Tienes que reposar. Estás agotado.

—Lo haré. Solo quiero abrazarte un rato, me ayuda a dormir.

Ella lo besó con cariño en el rostro, enredó los dedos en su pelo y enseguida comprobó que Martín había mentido, porque tardó un buen rato en ponerse a descansar.

Mariana pasó esas casi cuatro semanas de ofensivas colaborando en cuanto pudo. Lavó vendas en agua hirviendo y las cortó para ayudar con los heridos, a pesar de la aprensión que le daba contemplar los destrozos que en los cuerpos dejaban los combates; y, aunque no sabía cocinar apenas, preparó talos día tras día hasta que la harina de maíz se terminó. Trabajaba de sol

a sol e intentaba no pensar en nada, pidiendo para que Martín regresase sano y salvo al campamento una jornada más y así poder amarse y dormir pegados cada noche.

Junto a los fuertes de Ramales, contruidos por los carlistas para dominar la vía de comunicación entre la costa y la meseta, se desarrolló la última batalla de la guerra, ocasionada por el asalto por los liberales al fuerte de Guardamino y su rendición. Tras una cruel ofensiva, en la que los batallones carlistas cántabros quedaron diezmados, el fuerte capituló bajo la orden de Maroto sin necesidad de que fuera tomado por las fuerzas de Espartero.

Mariana, que se encontraba muy cerca del combate, fue testigo desde una loma de la brutalidad de ambos ejércitos con un nudo en el estómago mientras imploraba porque su esposo estuviera a salvo.

Mientras, Martín aguardaba con sus hombres el inicio de la última batalla de lo que años después se llamaría la primera guerra carlista. Iba armado con su fusil cebado por pistón, con culatín, calibre de 18 milímetros y un cañón con longitud de 1078 milímetros, fabricado por el industrial armero Ibarzabal en Eibar; la espada de su padre de acero vizcaíno, con una guarnición de plata cincelada que formaba cazoleta completa con ramas de roble caladas y empuñadura de madera y cachas de nácar, y con su cuchillo.

Apenas había podido dormir. Había pasado la noche en vela, bajo un cielo raso cuajado de estrellas, abrazado a Mariana, sintiendo su calor, aspirando el aroma de su pelo y estrechándola contra su cuerpo para mitigar el frío nocturno.

La falsa quietud que precedía a la batalla siempre le revolvía el estómago, por eso nunca comía nada antes de luchar. Aun así, se sentía mal y sabía que solo se le pasaría aquella náusea cuando entrase en combate. Sus hombres aguardaban agachados y clamaban por hacer fuego, pero bien sabían que el castigo por desobedecer la orden de disparar antes de tiempo era abandonar la protección de la tropa y la trinchera y avanzar unos metros para encarar al enemigo.

Al clarear el día, sus hombres, agachados tras la zanja que tenía poca profundidad y solo les resguardaba hasta el pecho, aguantaban el violento cañoneo mientras veían como las tropas liberales se aproximaban a su posición. Casi no se dio cuenta de qué forma comenzó aquella última batalla, solo se recordó vociferando: «¡Hasta que no estén a cuarenta pasos no tiréis!». Las balas de cañón llegaban hasta las primeras trincheras y ellos, que disparaban de rodillas, se echaban cuerpo a tierra. El caballo de Martín cayó herido y lo derribó en medio de la refriega; muy a su pesar, se vio obligado a rematarlo. Estaba fuera de la barricada, expuesto a los disparos y tuvo que emplear al noble animal como parapeto. Su leal montura terminó acribillada a balazos. Acurrucado junto a sus hombres, aguantó el fuego a discreción. Cuando por fin las tropas liberales alcanzaron la distancia convenida, se dio la orden de comenzar a disparar. «*Orain!* ¡Fuego y adelante!», esas fueron las órdenes que se ejecutaron con gran coraje, no podían permitirse el lujo de desperdiciar munición. Eugenio, el del caserío Iturralde, fue el

primero en caer muerto. A cien metros del enemigo, Martín y sus hombres pararon y se desplegaron a derecha y a izquierda como para rodearlos, pero los liberales prosiguieron su avance implacable.

Sentían silbar las balas de cañón sobre sus cabezas y continuaron avanzando. No se veía nada. Todo estaba lleno de humo y pólvora. Martín se dio cuenta de que eran muy pocos para contenerlos y que los iban rodeando por la derecha y por la izquierda, pero no reuló. El enemigo se había situado a su espalda y necesitaban refuerzos, aunque, a pesar de pedirlos con insistencia, nadie acudió. Después se dijo que Maroto mantuvo en reserva, sin llegar a emplearlos, a ocho de sus diecisiete batallones; esto, y el hecho de haber ordenado capitular a los defensores del fuerte de Guardamino, que defendía el comandante carlista Carreras, hizo que se sintieran traicionados por no haber sido socorridos.

A su alrededor, los caballos sin montura corrían y relinchaban aterrorizados. Hubo un momento en que todos los hombres que quedaban en pie formaron de nuevo y, con la rodilla en tierra, volvieron a hacer fuego a la vez y se llevaron a muchos liberales por delante, pero fue un espejismo. Pronto se vieron rodeados y duplicados de nuevo en número. El ruido era ensordecedor. Martín se quedó quieto un instante para contemplar a sus hombres. Los acababa de dirigir hacia la muerte y le pareció que todo se paralizaba a su alrededor. Calaban la bayoneta y tiraban para adelante, a pesar de que sabían que no saldrían de aquel infierno con vida.

El sonido de una bala de cañón que impactó muy cerca de él lo espabiló. No oía bien, y la humareda lo hacía toser. Los ojos le lloraban por la pólvora. El caos era total, sus hombres yacían desangrados sobre el suelo embarrado, reventados, mutilados, algunos aplastados por sus propias monturas que tenían las tripas fuera. Al terminar la ofensiva, que duró casi todo el día, José, del caserío Zubiri, que vio morir a sus cuatro hijos aquella mañana, se pegó un tiro, y Martín se dio cuenta de que era el fin de aquella causa sin sentido. Sacó el sable de su padre, con el que luchó contra los franceses en la batalla de Vitoria y con el que murió, y se encomendó al Altísimo antes de atacar entre la niebla gritando como un salvaje, con la imagen de Mariana en su mente.

Los carlistas dominaron la zona desde la Peña del Moro, en la sierra de Ubal, hasta que Espartero encomendó al general Leopoldo O'Donnell el ataque de las fuerzas guarecidas en el término del Mazo. Ramales fue al fin abatido por la artillería isabelina, que superó las fortificaciones carlistas, dispuestas en dos frontales de la carretera.

El 12 de mayo, los restos del ejército carlista confirmaron su repliegue hacia Guardamino, tras dar la batalla por perdida y el campamento fue desmontado a toda velocidad.

Los duros combates dejaron más de dos mil bajas entre ambos bandos. La imagen de la

joven Serafina con los ojos abiertos, semidesnuda y reventada por un cañón isabelino, acompañaría a Mariana toda su vida. En la huida apresurada hacia el valle de Carranza no pudieron ni enterrar a los difuntos y ella solo consiguió tapar a la muchacha con una manta para que no quedase a la vista de todos los que pasaban.

Ramales fue incendiado por el ejército carlista. Solo quedó en pie la iglesia de San Pedro, la taberna y tres edificios. El pueblo terminó en ruinas y hubo que reconstruir los puentes y las casas. Desde entonces pasó a llamarse Ramales de la Victoria y el general Espartero recibió el título de duque de la Victoria por la triunfal batalla.

Mariana cumplió la promesa dada a Martín y huyó con el resto de los batallones vascos sin saber qué había sido de él.

Capítulo XXIV

Los restos del ejército carlista eran un triste grupo de hombres con el uniforme sucio, desarmados, que cojeaban, llevaban a los heridos en parihuelas o a hombros, con la mirada perdida, absortos en continuar el camino a través de los montes sin echar la vista atrás aun sin tener las fuerzas necesarias.

La retirada fue un desastre porque las lluvias habían convertido los caminos en un barrizal impracticable. Atrás quedaron abandonados los fallecidos y veintiséis cañones de artillería pesada, además de un gran número de suministros y municiones.

Mariana, sola, sin montura ni otra pertenencia encima que el capote de Martín, caminaba junto a los supervivientes sin dejar de otear en su busca. Pero hacía horas que había desistido y ya solo intentaba encontrar a alguien que conociese a su esposo o que lo hubiese visto tras la batalla.

Estaba agotada, con los pies llenos de ampollas y, a medida que avanzaba, el desasosiego iba poseyendo su ánimo. Necesitaba abrazarse a él, tocar su cuerpo para sentir su consistencia, aquella especie de sólida presencia que lo llenaba todo alrededor. Tenía la voz profunda y acariciadora de Martín metida en la cabeza y su promesa. Por un momento se preguntó qué iba a hacer si Martín no aparecía, pero apartó aquel pensamiento de su mente al instante. Ya no le importaban sus planes para embarcar rumbo a América, tan solo quería tenerlo cerca de nuevo, estrecharlo muy fuerte y mecerse juntos, porque con él había sido más feliz que en toda su vida.

«¿Ha visto al capitán Martín de Izurza?», preguntaba desesperada, pero nadie le daba razón del joven vizcaíno.

No amanecía, el sol no acababa de salir y el aire frío y húmedo traía un intenso olor a quemado. Martín caminaba junto a Bittor, el esposo de Pepa, rogando porque Mariana le hubiese hecho caso por una vez y hubiera huido.

Perseguidos por el victorioso ejército liberal se habían visto obligados a evacuar el valle de Carranza. Era el fin de la causa carlista. Martín lo sabía. Había escapado con los supervivientes de su batallón, pero, mientras avanzaba exhausto y dolorido con el resto de la tropa, solo podía pensar en ella, en encontrarla entre aquella desbandada de hombres vencidos y moribundos, apretarla con fuerza y perderse en su abrazo; nada más le importaba en realidad.

Tenía hambre, mucha sed, la boca le sabía a pólvora y todo él apestaba al olor metálico de la sangre. También le dolían los golpes de caídas y empujones que había sufrido en la refriega y le

escocía la herida de sable recibida en el brazo. Era un corte limpio y superficial; no sangraba mucho. Quien se la había hecho ya no estaba vivo para contarlo. Había sido un pobre muchacho que, al verse desarmado, tomó el sable de un difunto, se abalanzó sobre él blandiéndolo y lo pilló por sorpresa.

Pero no quería pensar en el combate ni en ese crío muerto. Solo necesitaba a Mariana, encontrarla, tener muchos hijos con ella e intentar olvidar aquella maldita guerra.

Los supervivientes montaron un campamento para poder atender a los heridos. Fue un vecino de Durango, Miguel Gorostiza, quien reconoció a Mariana. Temblando más de nervios que de frío, deambulaba perdida por el campamento repleto de heridos y sorteaba los cuerpos de hombres que gritaban de dolor en el suelo.

Ella no paraba de preguntar a cada paso: «¿Conocen al capitán Martín de Izurza? ¿Lo han visto ustedes?».

—¡Doña Mariana, doña Mariana! —gritó Miguel mientras trataba de alcanzarla.

Ella se giró, vio a su vecino y caminó a su encuentro.

—¡Don Miguel! Qué alegría verlo sano y salvo. ¿Sabe algo de mi esposo? —dijo esperanzada, pues sabía que el durangués estaba a las órdenes de Martín.

—El capitán estuvo al frente de nuestro grupo, luchó con arrojo y no dejó de arengarnos contra el enemigo.

—Pero, ¿está bien? ¿Dónde lo vio por última vez?

—En el campo de batalla —respondió Gorostiza agarrando un pañuelo que llevaba atado a la cabeza y que estaba manchado de sangre.

—¿Y después? —preguntó, y se dio cuenta de que le temblaba la voz.

—No lo sé, doña Mariana, lo siento. Solo recuerdo que estaba vivo la última vez que lo vi. Estará bien, no se preocupe —dijo Miguel Gorostiza—. Tengo que dejarla, señora, tengo que buscar a mi hermano y a mi sobrino, que me han dicho que están heridos en el dispensario.

—Lo acompaño —dijo.

Caminó junto a su vecino para acercarse al botiquín de campaña que se había improvisado, a ver si allí le daban noticias.

«Me diste tu palabra, así que debes estar vivo porque jamás romperías una promesa. ¿Dónde estás Martín de Izurza?», susurró angustiada.

Llegada la tarde, Martín se encontraba sentado junto a Bittor en el suelo, cerca del dispensario. Les acababan de decir que esperasen, que no se trataba de nada serio y que primero

debían ocuparse de los heridos más graves. Bittor tenía una brecha en la frente que, junto con su envergadura y su nariz aplastada, le daba un aire más fiero todavía.

Martín se levantó dispuesto a proseguir con la búsqueda de Mariana. Estaba agotado, se estiró para intentar desentumecer los músculos, aún tensos por culpa de la batalla. Entornó los párpados al recibir la luz de un rayo de sol que había conseguido vencer a las nubes, suspiró agradecido por su calor y aguardó hasta que desapareció. Volvió a abrir los ojos y divisó a Mariana que, a pesar de caminar con el rostro angustiado, pálida, con el pelo sin recoger y con las faldas llenas de barro, le pareció la mujer más bonita del mundo.

—Mariana... —susurró con una sonrisa, y pensó que aquella visión era más luminosa que el rayo de sol.

—¿Alguien ha visto al capitán Martín de Izurza? —la oyó preguntar en voz alta.

—¡Mariana! —gritó él.

Se giró y, al verlo, emitió un sollozo ahogado. Martín aceleró el paso y ella echó a correr a su encuentro. Ambos se fundieron en un ansioso abrazo.

—¡No te encontraba! —jadeó angustiada.

—¡Yo tampoco a ti, *bihotza*! —dijo él con el rostro de Mariana entre sus manos.

Se besaron con hambre, sin cerrar los ojos, con una ternura infinita, suspirando y temblando de alivio. Ella dibujó el contorno del rostro de Martín con las yemas de sus dedos y él acarició las formas de sus mejillas, su cuello y su frente.

—Te prometí que volvería —susurró él en su boca.

Y ella asintió mientras lo besaba de nuevo, temblorosa.

—¿Estás bien? —preguntó Mariana palpando su pecho, sus brazos.

—Estoy bien, estoy bien, *maitia* —asintió.

—¡No, no lo estás! ¡Estás sangrando! —dijo ella al advertir una gran mancha de sangre que se extendía por la guerrera de Martín.

—No es mía, Mariana.

—¿Dónde está?, ¿dónde tienes la herida?

Mariana comenzó a rebuscar el origen de la sangre con frenesí.

—Estoy bien...

—¡No lo estás! Tiene que verte un médico —gritó ella.

—Para, *bihotza*, para, por favor —imploró Martín aferrando las manos de Mariana.

—¿Qué? —preguntó ella sin entender muy bien lo que él decía.

—Que no es mía, *laztana*. Es de alguien a quien maté —murmuró con delicadeza mientras veía las lágrimas surcar el rostro de Mariana.

La atrajo hacia él con dulzura y la sostuvo en sus brazos para percibir cómo se le destensaba el cuerpo y se tornaba blando y grácil de nuevo, como si la volviera a besar. Ella gimió aliviada,

al borde del desmayo.

—¿Has comido algo hoy? —preguntó preocupado.

Mariana negó con la cabeza sin dejar de mirar los ojos de Martín. Estaba pálida y temblaba.

—Pues los dos tenemos que hacerlo.

No había mucho que llevarse a la boca en el campamento. Las raciones del ejército se habían terminado y a pesar de que los vecinos de la zona habían acudido con viandas desde sus caseríos no llegó para todos. Martín le cedió un caldo a Mariana acompañado de un poco de cecina y él se comió las últimas galletas rancias que quedaban de la ración de la tropa. Fueron esos mismos aldeanos los que invitaron a dormir en sus casas a muchos heridos para que no lo hicieran al raso. Los mandos lograron guarecerse en el convento de las carmelitas de Balmaseda y en las casas más señoriales. La villa también estaba exhausta después de haber servido durante años como acuartelamientos de las tropas carlistas del norte. Los ciudadanos de la villa encartada aguardaban la llegada de algo que echarse a la boca que no fuesen bizcochos mohosos. Martín, al percatarse del agotamiento de Mariana, que apenas podía dar un paso más después del viaje a través de las montañas, accedió a separarse de sus hombres, aunque no pudo evitar sentirse culpable.

Los alojaron en la morada de don Severino Legarbea, un próspero fabricante de paños de lana que tenía una de las mejores y más modernas casas de la villa encartada, que, tras ser quemada por las tropas francesas, había resurgido de sus cenizas. Nada más acceder a la elegante casona, una sirvienta los condujo a los aposentos para invitados y les ofreció mudas limpias y un baño caliente tras lo cual se fue, dejándolos solos.

Fue Martín el primero en comenzar a desvestirse.

—Esa bañera tan señorial está llena de agua caliente y no voy a esperar a que se enfríe —dijo quedándose desnudo.

Una vez dentro de la tina observó con deleite cómo se desnudaba Mariana, tras lo cual le tendió la mano para que se metiera.

—Esto es muy indecoroso, Izurza. En casa ajena... —rio ella sentándose frente a él para rodearlo con sus piernas.

No tenían jabón, pero después de un mes sin poder asearse en condiciones les pareció un lujo disfrutar de frotarse mutuamente el cuerpo con un paño limpio.

Mariana tuvo especial cuidado en no lastimar a Martín, que estaba lleno de golpes.

—¿Te duele? —preguntó al fijarse en la herida del brazo.

—No mucho. Además, tengo buena encarnadura —dijo sin dejar de fruncir el ceño.

Ya lo conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba dándole vueltas a muchas cosas y que necesitaba tiempo para digerir todo aquello. Lo abrazó y él suspiró con fuerza.

—Ahora toca enterrar a los difuntos e intentar un intercambio de prisioneros. Cuando

lleguemos tendré que contarles a las viudas que sus hombres no volverán.

Ella, para tratar de calmar su ánimo, enredó los dedos en su pelo mojado, que le había crecido muchísimo; le llegaba por los hombros y formaba rizos oscuros.

—No debimos quemar el pueblo.

—No, no debisteis —dijo Mariana.

—No debimos hacer muchas cosas durante estos años y eso quedará para siempre en mi conciencia, aunque nunca permití la crueldad de mis hombres contra mujeres, niños o ancianos, eso te lo juro, pero por fin ha terminado todo.

—¿Es seguro? ¿La guerra ha terminado?

—Nos han vencido, Mariana. La pérdida de Ramales tendrá graves consecuencias. Hemos perdido la fundición de cañones de Guriezo. La artillería ha sido nuestra debilidad durante todo este tiempo. Nosotros teníamos las fábricas de munición de Tolosa y la fundición de Zubillaga en Oñate, pero nunca hemos dispuesto de cañones suficientes. Tenemos que aceptar que hemos perdido la guerra y que esto será el final de la vida tal y como la conocíamos. Muchos han comprometido todo su capital a la causa. La gente tendrá que arrendar sus hogares e irse a trabajar a la ciudad para poder subsistir. Ya no tengo nada que ofrecerte, *maitia*. —Suspiró y tomó las manos de Mariana para besarlas.

—Solo necesito lo que tengo delante —dijo ella—. Lo mejor es tenerte dentro de mí, nada más me importa.

La atrajo hacia él, abrumado por el amor que sentía por ella, y Mariana lo aferró hasta sentir el pulso de Martín en su propio pecho.

—Te noto las costillas, *maitia* —dijo con tristeza.

—Me recuperaré en cuanto coma bien de nuevo, no te preocupes.

La rodeó con su cuerpo, sin dejar un solo hueco entre el de ella y el suyo, y permanecieron así, abrazados, hasta que el agua se quedó fría.

De madrugada Mariana tuvo un despertar abrupto y, tras encender una vela, se encontró a Martín sentado en la cama resoplando como si acabase de correr a gran velocidad.

—Martín, Martín... Tranquilo. Solo es un sueño, tranquilo... —susurró al acariciar su espalda rígida y empapada de sudor.

—He soñado con él —dijo temblando.

—¿Con quién, mi vida?

—Con el muchacho que maté. He visto sus ojos —jadeó.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mariana pensando que tal vez si lo hacía hablar lograse sosegarlo, como cuando era niña y su aya la calmaba de esa manera.

—Fue cuando entramos en la refriega con lo que teníamos, algunos a cuchillo. Peleé con un sargento liberal. Lo derribé. De pronto me encontré de frente con un crío, no tendría más de quince o dieciséis y traía una espada en alto directa a mi cabeza, pero me eché para atrás y me hizo el tajo en el brazo. Yo le sobrepasaba por mucho en altura y corpulencia, aunque no se arredró; era un valiente. Arremetió de nuevo contra mí con un grito de rabia, le di una patada y lo lancé lejos, no quería matarlo, pero lo intentó otra vez con tino y lo atravesé con la espada para salvar mi vida. Caímos los dos, él sobre mí. Se dio cuenta de que se moría y me pidió una oración por su alma en nuestra lengua. Entonces me di cuenta de que éramos iguales, que rezábamos al mismo Dios, que hemos luchado durante años entre hermanos y ahora... Ahora todo está perdido.

Un espasmo recorrió el cuerpo de Martín.

—No todo. Estamos nosotros —dijo Mariana y le besó el hombro sin dejar de acariciarlo.

—No creo que pueda volver a dormirme. Solo quiero abrazarte, *bihotza*, solo eso me va a dar paz.

Se tumbaron abrazados y se besaron con lentitud mientras se daban consuelo, sabiendo que se tenían el uno al otro.

—Has luchado por lo que amas, por los Mendiola, por tu familia, por mí.

—Y lo voy a seguir haciendo —dijo. La besó en la frente—. He pensado que podríamos pasar por Bilbao. Para despedirme de mi madre y mis hermanas.

Mariana comprendió lo que implicaban esas palabras: la posibilidad de que jamás regresaran de América.

—¿Podríamos primero visitar a Pepa? Estará a punto de dar a luz.

Capítulo XXV

Cuando Mariana y Martín llegaron a Durango, ya era junio y Pepa estaba al comienzo de las labores de parto. Lo que vieron no les gustó en absoluto. Bittor había regresado dos semanas atrás y se encontraba en un estado lastimoso por culpa de la preocupación y las penurias pasadas en la batalla. Parecía no haber dormido en días porque tenía ojeras oscuras y muy hundidas bajo los ojos y estaba más delgado, todo lo contrario que Pepa, que estaba inmensa y tenía la cara, los tobillos y las manos deformados por la hinchazón. Cuando entraron en el caserío, a primera hora de la mañana, la encontraron acostada y adormilada.

—Está descansando. Ha pasado mala noche. Comenzó con dolores anteayer, pero parece que han cesado. Fui a buscar a la matrona ayer, la traje y dijo que el niño viene grande, como yo, y que el cansancio y la hinchazón que ha tenido las últimas semanas es normal, pero no lo creo, hay algo más. Ella no está bien.

—¿En qué lo notas, Bittor? —preguntó Mariana, angustiada.

—Le duele la cabeza mucho, está mareada y tiene sed, tanta que asusta —dijo el gigantón de Otxandio.

Mariana miró a Martín, que tenía cara de preocupación.

—He vuelto a Durango para traer a la matrona, pero está atendiendo un par de partos. Su hija, que la ayudaba en la tarea, se ha ido a servir a Bilbao porque el marido, Bonifacio, murió en el frente. Seguro que te acuerdas de Boni, Martín. La mujer me ha dado una hierba para que le haga tisanas y lograr que descanse y le duela menos. Dice que va a ser un alumbramiento largo.

—No te preocupes, Bittor. Las mujeres saben mucho más que nosotros en estos casos —le aseguró Martín y le palmeó la espalda en un intento de animarlo.

—No la quiero perturbar. Dile que volveré por la tarde. ¿Os hace falta alguna cosa? Lo que sea —dijo Mariana.

Bittor negó con la cabeza sin cambiar el gesto y los despidió en la puerta. Al salir del caserío, Mariana comprobó, con preocupación, que Martín continuaba con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? Y no me digas que nada.

Martín resopló asintiendo.

—A una prima mía le pasó eso, lo de la sed cuando estaba encinta.

—¿Y qué era?

—La enfermedad del azúcar.

—¿Y es grave?

—Hay galenos que para salvar a la criatura hacen una cirugía de urgencia.

—¿Y la madre?

Él negó con la cabeza.

—¡No, Dios mío! ¡Tiene que haber alguna forma de ayudarla! ¿El médico de tu tío no podría hacer algo?

—Ni Bittor ni yo tenemos posibles ahora mismo para pagar sus honorarios, *bihotza* —dijo mirándola a los ojos.

Mariana se dio cuenta de lo que expresaba la mirada de Martín y rompió a llorar en sus brazos.

—¡Maldita sea! —rugió él.

—¡Pues que pague tu tío! Bittor ha luchado por la casa de Izurza y don Pedro se puede dar el lujo de comer carne a diario —dijo furiosa.

Martín recordó el habano y el coñac francés al que le había convidado su tío y frunció el ceño.

—Lo voy a intentar, pero lo mejor es que roguemos por ella —dijo besándola en la frente.

Al mediodía, Martín regresó a casa cabizbajo y Mariana se dio cuenta de que había sido todo inútil.

—¿Qué te ha dicho don Pedro? —preguntó con voz temblorosa mientras sostenía un rosario entre las manos.

—Que su médico está muy ocupado tomando las aguas para el reuma en la casa de baños de Zestoa a catorce reales diarios y no tiene tiempo de atender el parto de una lugareña —rabió sarcástico.

—Voy a pedir en la cocina que me hagan un buen caldo para llevárselo y me voy a estar con ella para ayudar en lo que pueda. Con rezos no voy a arreglar nada —dijo Mariana levantándose del tresillo con rapidez.

Martín la siguió.

—Yo voy a ensillar los caballos.

El antiguo herrero de Otxandio había leído en los ojos de su amigo Martín que algo andaba mal y pidió la verdad. Al ser puesto en conocimiento del verdadero estado de Pepa, que empeoraba por momentos, su preocupación inicial dio paso a una desesperación que lo tenía fuera de sí.

—Malditos sean todos... —siseó Bittor con un rencor sordo y amargo al golpear la recia mesa de madera de la cocina de su *baserri*, que tembló hasta los cimientos.

—Bittor, voy a buscar a la matrona y te prometo que la traeré me cueste lo que me cueste —dijo Martín.

—Gracias, amigo. Debería ir yo, pero tengo mucho miedo a dejarla. Tengo que estar a su lado —dijo manoseándose los cabellos con nerviosismo—. He pasado toda la vida solo, sin padres, sin hermanos. Tú lo sabes, la maldita guerra contra los franceses me los arrebató, y no tengo a nadie más que a mi Pepa. Y tu tío me ayudó mucho en su momento, aunque esta vez no haya podido.

—Mi tío no es el de antes, amigo. No lo disculpes —dijo Martín con resentimiento—. Se ha vuelto codicioso con la edad.

Pero Bittor pareció no escuchar sus palabras. Tenía los ojos fijos en la nada y continuó sin parar de hablar como en una letanía monótona y sin sentido, nombrando de vez en cuando a su esposa.

En las angustiosas e interminables horas que siguieron, Mariana comprobó cómo el recio montañés se venía abajo con cada grito de dolor de Pepa.

Martín trajo por fin a la matrona, todavía con los restos de la sangre de otro parto en las manos. La mujer hizo cuanto pudo por la parturienta, pero al salir del dormitorio a por más paños y agua caliente, Mariana se fijó en el semblante asustado de la mujer. Se dio cuenta de que nada se podía hacer y entró al cuarto.

—Pepa, mi Pepa... Ya pasó, ya está... —susurró acariciando la frente y el cabello sudoroso de su antigua doncella, que yacía agotada sobre el lecho. Su palidez la espantó.

—Estoy muy cansada, Marianita... Siento... que me he roto por dentro —balbuceó Pepa y respiró con dificultad.

—Es porque ha sido un parto muy largo. Te recuperarás, ya verás —dijo Mariana mientras acomodaba las almohadas que mantenían a Pepa un poco incorporada para que respirase mejor.

—¿Qué ha sido?, ¿niño o niña? A mí me da igual con tal de que esté bien.

Mariana se aguantó como pudo las ganas de llorar. Había decidido no decir nada para que Pepa muriese en paz. Así se lo expresó a Martín. El bebé, perfecto y muy hermoso, como predijo la matrona, había nacido muerto y estaba en brazos de su padre, que no paraba de mirarlo en silencio.

—Has dado a luz a un varón muy bonito, muy grande y muy bueno que no llora nada. Ahora podrás descansar, Pepita.

—Como su padre, entonces. —Pepa sonrió y suspiró con fuerza. Le faltaba el aire—. Mariana, chiquilla, he visto la cara de la matrona. No me lo queréis decir, pero yo lo sé, sé que me queda muy poquito y quiero decirte que no debes llorar por mí.

—Pepa... ¡No digas eso, por Dios! —sollozó Mariana.

—He tenido todo lo que deseaba en el mundo en este último año y he sido muy feliz, tan feliz que me llevo todo ese amor conmigo. Solo siento no poder criar a mi pequeño. ¿Puedo verlo?

La voz de Pepa se iba apagando muy deprisa.

—Ahora te lo traen. Lo están poniendo más guapo todavía —mintió—. Te vas a recuperar, tienes que hacerlo por tu niño y por Bittor. Y también por mí, ¿sabes? No puedes dejarme, Pepa, porque en estos últimos años, desde que llegaste a servir a la casa de los Osuna, has sido como una madre para mí.

Era cierto para Mariana. Nadie se había preocupado tanto por ella como Martín y aquella mujer tan cariñosa, alegre y leal, a la que en realidad no la unía ningún parentesco, pero que siempre la había tratado con afecto y hecho compañía cuando se sentía sola en el palacio sevillano.

—Y yo te he querido como si lo fuera, mi niña. Ahora, haz caso a tu Pepa, sal y llama a Bittor.

Mariana sollozó y negó con la cabeza.

—Hazlo, corazón, como te dice Martín. Cuida de ese hombre, que es oro puro, como el mío, y cumple tu sueño. Id a América juntos y sed felices, chiquilla.

Pepa emitió un suspiro que fue más bien un estertor agónico y cerró los ojos. Mariana, temblando de angustia, comprobó que aún respiraba, salió a la carrera y no tuvo que decir nada porque, al verla, Bittor entró en tromba a la alcoba.

A los pocos minutos, los sollozos de gigante de Otxandio se escuchaban desde la calle.

Mariana se abrazó a Martín desconsolada.

—¿Qué puedo hacer por ti, *bihotza*? Dime qué puedo hacer para aliviarte —preguntó Martín sin dejar de ceñirla entre sus brazos.

Pasó un rato hasta que ella, presa de unos incontrolables sollozos que la hacían temblar, fue capaz de coger aliento.

—No me sueltes —gimió.

Los días posteriores al funeral y entierro de Pepa y su hijo, Martín y Mariana aunaron fuerzas para atender a su viudo que, sumido en la tristeza, no quiso acudir a darles sepultura.

Los pocos que lo vieron después solo pudieron dar testimonio de la desesperación de Bittor, que solo repetía entre dientes: «La he matado, la he matado».

A pesar de los esfuerzos de Martín por animar a su amigo, cuando se cumplía el séptimo día desde el fallecimiento de su esposa, el montañés desapareció de su casa. Su caballo regresó a Durango solo y, alertado de ello, Martín dirigió una batida por los montes y bosques cercanos al caserío Urrutia. Dos días después lo encontraron gracias a una bandada de buitres que sobrevolaban las peñas. El silencioso herrero, grande como uno de los gigantes de las antiguas leyendas vascas, pero frágil como un niño, se había pegado un tiro con su escopeta al borde de

un barranco en una zona rocosa de muy difícil acceso. A pesar de los intentos de su amigo, el cuerpo de Bittor no pudo ser rescatado y Martín siempre pensó que él lo hubiese preferido así.

Capítulo XXVIA finales de julio, Mariana y Martín llegaron a Bilbao sin apenas equipaje y a caballo para alojarse en la casa donde él había nacido, pasar unos días con doña Begoña y despedirse de ella antes de iniciar el camino a Sevilla.

Fue la hermana viuda de Martín, Juana, quien salió a abrir el portalón de madera bajo el escudo de los Ezquerria y los recibió en la casa de La Rivera, un sólido torreón convertido en palacio renacentista, desprovisto de excesivos adornos y que daba a la orilla derecha de la ría del Nervión donde se había alojado la propia reina Isabel I.

Juana se abrazó a su hermano pequeño sollozando. Este la consoló con tiernas palabras y ambos estuvieron así un buen rato hasta que ella se tranquilizó, se percató de la presencia de Mariana y fue hacia su cuñada para darle la bienvenida intentando sonreír.

Ella recibió un par de sonoros besos de aquella muchacha que no tenía muchos más años que ella y que, aunque estaba hecha un saco de huesos, tenía los mismos ojos grandes y dulces de su hermano.

—Bienvenida, cuñada, ya tenía ganas de conocerte. Martín nos había escrito contándonos de ti y tenía razón, eres muy hermosa. Pero ¡pasad, pasad!, que madre se va a llevar una gran alegría.

—¿Lo hiciste? —Mariana le sonrió a Martín, que asintió algo azorado.

—¿Y Carmele, Adela y Begotxu, hermana? ¿Están bien? —preguntó él con lágrimas en los ojos.

Juana asintió.

—Están bien, Martín. El marido de Bego está ya en casa y los de Adela y Carmele presos, pero confiamos en que los liberen pronto.

No tardaron en ser recibidos en el patio interior por doña Begoña, que, nada más ver a su hijo después de casi dos años, no pudo aguantarse un sollozo de alegría que contagió a su primogénito.

Mariana nunca había presenciado en Martín nada parecido al llanto y, si bien le había demostrado con creces que era un esposo tierno y un amante apasionado, le impresionó comprobar cómo aquel hombre, que podía considerarse de todo menos exagerado en sus emociones, se conmovía hasta las lágrimas tras recibir una tierna caricia maternal en el rostro.

La madre de Martín era una elegante mujer de mediana edad que, a pesar de los años y las penurias pasadas, no había perdido ni su serena belleza ni la discreta apostura que a Mariana le recordó a la de su hijo.

Doña Begoña enseguida hizo pasar a su nuera al interior de su casa, sostenida por recias

vigas de madera y decorada con el rojo mármol vizcaíno de Ereño. Una vez dentro, Mariana pudo contemplar cómo Martín lo miraba todo con júbilo contenido mientras veía a su madre recobrar el ánimo y ordenar a los criados que preparasen un aposento para la pareja. Después, la señora de la casa los invitó a un almuerzo que dejó en evidencia las pocas viandas que había en el domicilio y la escasez de lacayos y doncellas.

Mariana enseguida pudo comprobar los estragos que los siete años de guerra habían dejado en aquellas mujeres, no solo sino también en la apariencia de sus ropajes de alivio, que parecían ajados y remendados, además de pasados de moda. Martín se dio cuenta de igual modo, desolado, cómo en su hogar ya no disponían de buenos manteles ni de la vajilla de antaño.

—Hemos tenido que empeñar los manteles más finos y la vajilla de porcelana inglesa, pero ahora que has regresado y que la guerra parece que ha llegado a su fin, todo volverá a la normalidad —dijo doña Begoña presidiendo la mesa.

—No tienes que disculparte, madre —dijo Martín.

—Y volveremos a tomar café con leche y chocolate, que ahora solo lo catan los curas, y podremos pagar en el ultramarinos lo que nos han fiado —suspiró Juana.

—¡Hija, por Dios! Sabes que siempre te he dicho que es muy grosero hablar de dinero en la mesa —la reprendió su madre.

Ella puso los ojos en blanco y Mariana se dio cuenta con aquel gesto de que Juana se parecía mucho a su hermano Martín.

—Os quedaréis un tiempo, ¿verdad? Hace más de dos años que no veíamos a Martín y así podremos conocerte mejor, cuñada —le dijo Juana a Mariana.

Ella miró a Martín que, conmovido, la había tomado de la mano y se dio cuenta de que iba a ser muy difícil para él despedirse de su familia.

Tras la cena, doña Begoña enseguida les puso al corriente de las novedades entre la alta sociedad bilbaína, los compromisos matrimoniales, las bodas, bautizos y decesos, pero fue Juana la que relató a su hermano las penurias económicas por las que habían pasado durante aquellos años.

—Si no llega a ser por el tío... Él nos envía comida. En Bilbao no tenemos facilidad para conseguir alimentos frescos desde hace mucho tiempo —dijo Juana.

—¿Don Pedro? —preguntó Mariana y pensó que tal vez había juzgado mal al antiguo señor de Izurza.

—Sí, hija. Gracias a Dios, mi cuñado ha estado pendiente de todas tus hermanas y de mí, hijo. Hasta nos ayudó hace poco con ciertos papeleos para el banco.

Mariana se dio cuenta de que Martín había cambiado el gesto.

—Papeleos que debería haber hecho yo, madre, y no sabe cuánto lamento no haber estado con usted y con mis hermanas cuando me necesitaban, sobre todo contigo cuando perdiste a

Santi, Juana.

—No te culpes, tú estabas luchando en el frente y no era fácil para un mando carlista moverse por Bilbao tomado por los liberales. Te exponías a acabar fusilado. Yo era la primera que te pedí que no vinieses —dijo doña Begoña.

—Madre está en lo cierto, hermano —apuntó Juana.

—Tu madre tiene razón, Martín —añadió Mariana.

—Eso no va a hacer que me sienta menos culpable. Disculpadme, el viaje ha sido largo y estoy muy cansado. Me voy a acostar ya —dijo levantándose del tresillo del salón para acercarse a besar en la mejilla a su madre, su hermana y acabar por Mariana.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó ella.

—No, quédate a conversar un rato —le dijo Martín acariciando su rostro con el mismo gesto tierno que doña Begoña había dedicado a su hijo.

—Está muy cansado. El combate de la última batalla lo dejó extenuado y creo que no solo físicamente. Además, hemos sufrido dos pérdidas terribles hace muy pocos días —se disculpó Mariana.

—Lo lamento mucho, hija —dijo doña Begoña—. Tengo entendido que la ofensiva en Ramales duró casi un mes y fue durísima para nuestro ejército.

—Está en lo cierto, doña Begoña. Pude contemplar cómo nos vencían a pesar de los esfuerzos de Martín y tantos y tantos hombres.

—¿Cómo? ¿Fuiste con Martín al frente? —preguntó asombrada Juana mientras Mariana asentía.

—Es algo muy irregular —dijo doña Begoña.

—¡Qué valiente, cuñada! —susurró Juana sin salir de su asombro.

—Más bien osada, diría yo —añadió la madre de Martín.

—Yo voy donde va mi esposo, doña Begoña.

—Pero coincidirás conmigo que una mujer corre innumerables peligros entre tanto soldado. No digamos si la atrapa el enemigo.

Mariana sonrió al recordar cómo había comenzado su historia con Martín y tuvo que reconocer que había merecido la pena todo lo vivido.

—No lo vemos de la misma forma, me temo —respondió a su suegra.

—Mi Santi no pudo regresar a casa sano y salvo —dijo Juana con un hilo de voz—. Tal vez si hubiera ido con él al campo de batalla...

—No lo creo, hija mía. Dios así lo quiso.

—Murió en Irún. Ya han pasado dos años y todavía hay días en los que creo que va a entrar por la puerta y me va a tomar en brazos —dijo Juana con un tono amargo en su voz y cerró los ojos con fuerza.

Mariana pensó en lo difícil que sería vivir sin Martín y sintió un escalofrío.

—Yo le digo que debería casarse de nuevo, pero Juana no quiere.

—Jamás volveré a casarme, madre, ya se lo he dicho. Y, si insiste, ingresaré en un convento. Doña Begoña suspiró.

—Una mujer viuda o soltera está desprotegida, ¿verdad, Mariana?

—Es lo mismo que opina mi madre, doña Begoña—respondió ella.

—He estado fuera demasiado tiempo —dijo Martín mientras sus esposa se desvestía en el dormitorio.

—No te atormentes así.

—Están consumidas. Mi madre no es ni la sombra de lo que fue y mi hermana... Las he fallado —sollozó sentado sobre la cama y tapándose el rostro con las palmas de las manos.

Mariana acudió a su lado para abrazarlo y él apoyó la frente en su vientre.

Estaba desolado. El hombre que siempre había mantenido el control se estaba derrumbando ante su esposa. Fue esa muestra de debilidad, esa quiebra en su carácter férreo, lo que impulsó a Mariana a acariciarle la cabeza con ternura, como si consolara a un chiquillo. Él enterró el rostro en su regazo y suspiró. Fue un suspiro largo y profundo lleno de congoja. Se abrazó a las caderas de Mariana, ella notó cómo respiraba hondo y sintió el calor de su aliento en la piel, sobre la ropa. Después tomó el rostro de él entre sus manos y lo alzó con suavidad para que la mirara.

—Solo quiero saber que estarán bien —susurró él.

Ella asintió y suspiró con fuerza.

—¿Qué te ocurre, Mariana?

—Que no estoy segura de que debamos irnos. Al menos, no por ahora.

Martín la sentó sobre sus piernas y ella supo lo que iba a decir. Comprendió que se tendrían el uno al otro pasara lo que pasara.

—Yo iré donde tú vayas, *bihotza*, y seré feliz porque estaré contigo.

Ella lo besó. Se besaron hasta tenderse sobre el lecho para, abrazados, acariciarse hasta aliviar aquel agudo pesar que les había dejado la guerra.

Un día se presentó don Pedro en casa de doña Begoña para ponerla al tanto de las últimas decisiones del ejército carlista.

—El general catalán Cabrera está dispuesto a continuar la lucha y eso merece una gran fiesta que tenemos que organizar para recabar nuevos apoyos y fondos para la lucha —dijo don Pedro disfrutando de una buena copa de *brandy*, que él mismo había traído. Estaba sentado en el

austero pero regio salón de la casa de su cuñada tras una frugal comida, que consistió en una menestra de verduras y una lubina que lo dejaron insatisfecho.

—¿Y nosotros? —preguntó Begoña Ezkerra.

—Maroto pretende negociar con la oposición de parte de las tropas —resopló.

—Y sin el apoyo del pretendiente al trono. Se dice que don Carlos se exiliará en Francia —añadió Martín.

—Pero lo hará junto a muchos fieles a la causa y eso le honra. Prefiere el destierro al deshonor —dijo doña Begoña.

—No se engañe, madre. Muchos de los nuestros, que ya cruzan la frontera por miedo a las represalias, no van a recibir el mismo trato. Hay un montón de fieles carlistas que han quedado con una mano delante y otra detrás, pero seguro que el pretendiente al trono tendrá buen cobijo.

—Tengo entendido que el Gobierno francés ha mandado alojarlo en Ezpeleta, de donde creo que es parte de la familia de tu madre, ¿no, Mariana? —preguntó don Pedro.

—Sí, así es —asintió ella dejando el juego de naipes que disfrutaba con Juana para girarse hacia el grupo—. Mi abuelo materno era un Ezpeleta, mi abuela una Arteaga y mi madre casó en primeras nupcias con mi padre, un Ibarra.

—Magníficos orígenes —asintió doña Begoña.

—Te lo dije en su día, cuñada, que íbamos a emparentar con una ilustre familia. A la vista está nuestra queridísima Mariana.

—Soy como una vaca de la mejor raza frisona —dijo, e hizo reír a Martín.

Don Pedro forzó una sonrisa y se dirigió a su sobrino.

—Supongo que estás dispuesto a continuar colaborando con nuestra causa.

—Se ha acordado mantener los fueros e integrar a los oficiales carlistas en el ejército liberal, tío.

—Y con eso, ¿qué quieres decir, hijo? —preguntó doña Begoña.

—Que nos han derrotado, madre, y nos perdonan la vida. Cuanto antes lo aceptemos, mejor.

—Discrepo. Esto no ha terminado aquí. Maroto nos ha vendido a los cristinos y a ese maldito general Espartero. ¡El tratado que pretenden es una afrenta!

—Los *jauntxos* podéis decir lo que os plazca, pero los lugareños ya sufrieron la guerra contra los franceses seis años y ahora acaban de dejar atrás otra de más de cinco. Tal vez sea hora de vivir en paz —dijo Mariana haciendo que don Pedro se pusiese rojo de ira en su asiento, que Juana y doña Begoña se quedasen estupefactas y que Martín sonriese orgulloso de su esposa.

—Queridísima Mariana, creo que usted no tiene nada que opinar respecto a este tema, dado que no conoce nuestras leyes y costumbres y, además, no ha ido a la guerra por su condición de mujer —dijo tajante el tío de Martín.

—Le sorprenderá saber que sí lo ha hecho, tío. Y tiene todo el derecho a opinar, ya que es

una Ibarra, Ezpeleta, Arteaga y mi esposa, la esposa de un Izurza y Ezquerria, capitán del ejército carlista y actual cabeza de familia —le espetó.

—No conoces a nuestra gente, sobrino. A una sola palabra mía, volverán a empuñar las armas.

Martín miró a don Pedro a los ojos.

—Dudo que ninguno de mis hombres, los que han sobrevivido y que han luchado cuerpo a cuerpo y perdido a familiares y amigos, y que aman esta tierra tanto o más que usted y yo, tenga ánimo de continuar muriendo por un Borbón que va a huir a Francia. Ahora, las gentes de esta tierra solo necesitan enterrar a sus muertos y rezar por ellos.

—¿Eso crees? —preguntó don Pedro con ira contenida.

—¿No éramos todos hidalgos? Entonces, ¿por qué nuestros hombres, a los que llevamos a la guerra, malviven y han tenido que dejar sus hogares? ¿Les vamos a pedir de nuevo un sacrificio al que está claro que no pueden responder?

—¿Y vamos a permitir que nos avasallen los liberales? —gritó don Pedro.

—Bastante que no van a tomar demasiadas represalias —añadió Martín que intentaba mantener el ánimo templado.

—¿Quieres que te cuente tu madre lo que le han hecho los cristinos?

—Madre, ¿de qué está hablando? —preguntó Martín mientras miraba a doña Begoña muy serio.

—Yo te lo diré: le han embargado sus bienes —respondió don Pedro.

Así fue como María Begoña Nicolasa de Ezquerria, viuda de don Antón de Izurza y Echaburu, le contó a su hijo que le habían requisado la casa junto a la iglesia de San Vicente en Albia, y la casa de La Naja que daba a la ría en Abando.

—¡Dios Santo! Pero ¿por qué no me había dicho nada? —exclamó Martín acalorado, logrando que Juana y Mariana olvidasen por completo la partida de cartas.

—Porque ya se ocupa del tema tu tío. Ha contratado un abogado para reclamar a quien compete —respondió doña Begoña.

—Que no es otra que la Diputación del Señorío de Bizkaia, nuestro verdadero Gobierno —apuntó don Pedro—. Lo que le han hecho a tu madre y a otras muchas familias ilustres es una ofensa y una humillación a nuestros apellidos y pagarán por ello.

—¿Abogados? ¡Esos solo saben sacar los cuartos! —protestó Martín.

—Solo son papeleos, sobrino.

—Y contigo aquí, reclamando lo que es tuyo con tu nombre y como heredero de esta casa, todo volverá a ser como antes.

—Y así lo haré, pero lo de continuar la lucha son palabras mayores. ¿No hemos tenido bastante? ¡Mi gente está arruinada! Esos hombres, pastores, herreros, comerciantes o propietarios

se convirtieron en mis hermanos y dieron la vida por todos nosotros. ¡Mis amigos están muertos y ustedes están pensando en hacer una fiesta! —clamó Martín.

—Hijo, no te pongas así... —pidió doña Begoña.

—¡Nos han engañado y humillado, maldita sea! —gritó don Pedro y dio un golpe tan fuerte que levantó todas las copas que había sobre la mesita frente a la que estaba sentado—. Pero ten por seguro que contigo o sin ti volveremos a reclamar nuestros derechos y a recuperar nuestro orgullo.

—Me parece muy bien, pero la próxima vez hable conmigo antes de decidir nada que atañe a mi madre o a mi casa, tío —dijo Martín justo antes de dejar la estancia.

Capítulo XXVII

Tras abandonar el salón después de disculparse con su cuñada y su suegra, Mariana salió a la Ribera, la siempre bulliciosa calle del mercado, en buscade Martín. A esas horas de la tarde, la frenética actividad que se desarrollaba por las mañanas en las orillas de la ría del Nervión había cesado. Las sirgueras, mujeres fuertes como un hombre, que se rodeaban el cuerpo con un cabo con el que tiraban de las embarcaciones, siempre por el lado derecho desde tierra, dada la escasez de mozos por culpa de la guerra, habían detenido su penoso trabajo. En los alrededores del mercado no se escuchaban las voces de los comerciantes, el ruido de carromatos repletos de alimentos y el murmullo de la clientela diaria.

El sol la cegó cerca del puente hasta que la silueta de la iglesia de San Antón le procuró sombra e hizo que reconociese a Martín, que estaba asomado a la ría.

Dio una breve carrera y lo alcanzó. Él la vio, su semblante serio cambió venir y fue a su encuentro para tomarla del brazo y caminar a su lado.

—Fue aquí donde te conocí, pero, cuando volviste a verme, no te acordabas de mí —sonrió ella.

—No es cierto. Pensé en ti durante mucho tiempo y siempre comparé a las demás contigo. O eran demasiado flacas o demasiado altas o menos bonitas que tú al fruncir el ceño. Recuerdo que lo hiciste cuando te abordé en el muelle del mercado y, al marcharte, te giraste a mirarme y me sonreíste. Volví varias veces a ver si te veía.

—Eres un sentimental, ¿sabes? Y estoy orgullosa de ti —dijo Mariana.

—¿Por qué, *bihotza*? —preguntó Martín con cierta tristeza en la voz.

—Porque le has plantado cara a tu tío y le has dicho unas cuantas verdades.

—Estaba equivocado. Esta guerra no fue por defender nuestras costumbres, sino por perpetuar el poder de los señores, de nuestros diezmos y privilegios, y por dirigir a nuestro antojo las Juntas Generales y controlar la vida de todos. Mi tío no va a perdonar esta afrenta que le he hecho y sé que pagaré un precio por ello.

—Pero vamos a marcharnos y estaremos libres de él —dijo ella mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

—Aún no le he dicho nada a mi madre y mi hermana, *maitia*. Lo siento. No sé cómo.

Mariana le acarició la espalda con dulzura.

—Eso es porque todavía no estás preparado para despedirte, pero encontrarás el momento.

—Eso espero. He estado lejos de casa demasiado tiempo y pensé que al regresar... Tenía esa idea infantil de que, a pesar de la guerra, todo sería como antes. He luchado porque era mi

deber, por mi gente y mi tierra, no por reyes. —Sonrió con tristeza mirando como las aguas de la ría, que daba vida a la vieja villa, corrían veloces hacia el mar Cantábrico—. Solo quieroirme con la seguridad de que ellas estarán bien.

—Tu madre me recuerda a la mía, aunque es más afectuosa contigo y con tu hermana.

Martín la miró apenado y besó su frente. Mariana inspiró antes de proseguir.

—Ella nunca fue cariñosa conmigo. Es curioso porque las únicas veces que la recuerdo así es con mi padre, no con sus hijos.

—*Bihotza*... —suspiró Martín rodeándola con el brazo para acercarla a él.

—No pasa nada. Me he dado cuenta de que no es culpa mía, aunque lo pensé durante mucho tiempo, ¿sabes? —susurró ella.

—Mariana, es tan fácil quererte... —Martín tomó su rostro entre sus manos al escucharla resoplar con fuerza y ella supo que iba a besarla.

Mientras se besaban con apasionada lentitud, pudieron escuchar un «desvergonzada» que murmuró una señora que pasaba.

Dejaron de hacerlo porque les entró la risa al escuchar los reproches de los transeúntes, que no estaban a favor de semejantes muestras de cariño en público.

—Ven —dijo Martín tomando su mano.

—¿A dónde me llevas?

—A la iglesia. —Señaló el templo que tenían al lado.

—¿A confesarnos por indecentes?

—No —rio Martín—. Quiero hacer un ruego.

—¿Cuál?

—Quiero pedirle a Dios que no te aleje jamás de mi lado, *bihotza*.

Mariana lo volvió a besar con ternura.

—Y yo le pediré lo mismo.

Martín accedió a los requerimientos del abogado que había contratado su tío y reclamó todas las propiedades incautadas a su madre.

Llevaban un mes en Bilbao cuando Águeda, la estupenda cocinera de la casa, les presentó un plato que estaba muy de moda en la villa y que la pareja jamás habían probado.

—¿Qué es esta delicia? —preguntó Martín mientras Mariana emitía un murmullo de satisfacción al catar el plato.

—Bacalao, hijo —rio doña Begoña.

—Lo sé, lo sé, pero con esta salsa... Nunca lo había comido así —dijo probando otro bocado—. Es una exquisitez, ¿verdad, Mariana?

—Sublime —respondió ella.

—Es un nuevo plato que cada vez se come más en Bilbao y que nadie sabe de dónde ha salido —dijo doña Begoña.

—Se llama pil-pil. Águeda me ha dicho que a ella se lo pasó la cocinera de los Uribe —explicó Juana—. Según ella, en la ciudad se dice que todo viene de una confusión. Parece que Simón Gurtubay, el comerciante, realizó un pedido de unos «20 o 22 bacalaos». Alguien cometió un error y recibió nada más y nada menos que 2022 ejemplares. Fue en 1836 y por entonces Bilbao padecía una notable carestía de todo tipo de alimentos, fruto del asedio. Por este motivo fue sencillo encontrar salida a todo ese pescado. Solo había que buscar la manera de cocinarlo para hacerlo apetecible con los pocos ingredientes que había en el mercado. Así, con aceite, ajos y guindillas secas surgió esta maravilla. Aunque cuidado, es contundente.

—El nombre es muy llamativo.

—Creo que es una expresión que se refiere al sonido de la salsa en la cazuela mientras está al fuego. Y no os quiero contar las risas de ver cómo se prepara, porque hay que ir moviendo la cazuela de barro para que ligue el aceite no muy caliente con el jugo gelatinoso del bacalao así —dijo Juana mientras imitaba el bamboleo de caderas y trasero que hizo reír a todos en la mesa.

—Por cierto, hijo, los Uribe han vendido las pocas pertenencias que han salvado y se han ido.

—Los recuerdo, jugaba con sus hijos de pequeño.

—Los dos muchachos murieron en la guerra y el matrimonio ha decidido empezar una nueva vida con sus dos niñas nada menos que en América —dijo Juana mientras doña Begoña se santiguaba.

Mariana y Martín se miraron de reojo y aquel gesto no le pasó desapercibido a Juana.

Después de la comida, doña Begoña se fue a su alcoba para descansar mientras Martín bajaba a las cuerdas. Mariana permaneció junto a su cuñada, que estaba bordando unas servilletas.

—Qué bonita te está quedando esa espiga —dijo Mariana admirando el fino trabajo de Juana.

—Me enseñó madre. Bordaba de maravilla, hacía unos encajes preciosos, pero ya no puede por la vista.

—Yo no sé bordar, no tengo ni idea —dijo con una punzada de resquemor hacia su propia madre.

Juana se quedó en silencio mientras daba un par de puntadas más y después dejó la costura para hablar con Mariana.

—Estás muy enamorada de Martín, ¿verdad?

Ella asintió y sonrió azorada.

—Se os nota a ambos. Cuando os veo, recuerdo los primeros tiempos con Santi. Estuvimos muy poco juntos.

—Lo siento, Juana.

—¡Ah, no! No lo sientas, Mariana. Ya no me causa tanto dolor recordar. Ahora es más la nostalgia de un tiempo que pasó, durante el que fui muy feliz. De lo único que me arrepiento es de no haber tenido un hijo con él. —Juana estuvo a punto de quebrarse en aquel momento, pero se sobrepuso—. No pienso volver a casarme, como quiere mi madre. Y estoy de acuerdo con Martín y contigo. Ojalá nunca hubiera otra guerra y no tuviesen que morir más hombres, pero me temo que eso será exactamente lo que sucederá. Inventarán otra guerra para vengar una nueva o vieja afrenta o buscarán un nuevo enemigo. Los hombres no saben hacer otra cosa.

—Cuando hablas así me recuerdas mucho a Martín.

—Somos los más parecidos. Mis otras hermanas mayores son muy distintas. Ojalá os quedaseis más, así podrías conocer a Carmele, Adela y Begotxu y a los sobrinos, pero os vais a marchar pronto, ¿verdad? Me he dado cuenta de vuestra mirada cuando madre ha hablado de los Uribe y de su viaje a América. Habéis venido a despediros.

—Mi hermano tiene una hacienda en el Yucatán mexicano y queremos instalarnos allí, pero Martín está demorando nuestra marcha porque no sabe cómo decírselo a tu madre. —Mariana dejó de hablar para suspirar con fuerza—. No duerme, Juana. Martín no puede dormir por las noches. Puede que así se olvide de la guerra.

—¡Yo se lo diré, no te preocupes! Le diré que padre estaría orgulloso de él —dijo con la cara cubierta de lágrimas mientras agarraba las manos de Mariana para implorar—. Llévatelo contigo. No os aferréis al pasado. Estaremos bien. Idos lejos de aquí, donde no haya guerras estúpidas, donde no mueran nuestros hombres por el honor y las leyes del pasado.

—Lo haré, Juana, lo haré. Te doy mi palabra —dijo Mariana y abrazó a su cuñada.

Martín pasó la que iba a ser su última noche en la casa de su infancia en brazos de su esposa. Ella era el refugio donde todo se volvía suave, blando y dulce, como cuando era pequeño y su padre aún vivía.

También era así para Mariana. Y no solo por la posesión física; se tenían el uno al otro en cuerpo y alma. Para ella, Martín también era su hogar y la creencia de que por fin tenía un punto de apoyo, un puerto seguro.

Nadie pudo escucharlos aquella noche. Tras las gruesas paredes de la casa de los Ezquerra, se entregaron en silencio, despacio, y después el mudo arrebató, vibraron el uno en brazos del otro. Sus cuerpos se buscaron ávidos. Se besaron, lamieron y acariciaron con una desesperada urgencia primero y una suave cadencia más tarde. Al culminar, como respuesta al frenesí de los

cuerpos, se quedaron temblorosos e inertes debido al esfuerzo, boqueando como dos peces fuera del agua. Cuando recuperaron el resuello, se sonrieron y se miraron a la luz del candil, sofocados y todavía eufóricos, se acariciaron hasta arrancarse escalofríos el uno al otro y sosegarse.

Sus corazones latían fuertes y lentos, al ritmo extraño y poderoso que sigue al clímax. Ambos posaron la palma de la mano derecha en el pecho del otro para sentir las pulsaciones acompasadas de la sangre al bombear. El vientre de Mariana aún palpitaba cuando Martín se quedó dormido con la cabeza apoyada entre sus pechos.

Capítulo XXVIII

Emprendieron el camino hacia Sevilla esperanzados y alegres con la bendición de doña Begoña y Juana. Mariana pudo advertir cómo Martín se enjugaba las lágrimas al dejar atrás a su madre y su hermana y supo que él llevaría aquella pena siempre consigo y que ella se sentiría culpable.

Por precaución, cabalgaban ligeros de equipaje y armados. Mariana había adoptado la costumbre de la malograda Serafina de portar un cuchillo bajo las faldas, porque había muchos desertores por los caminos y se hablaba de asaltos diarios. Martín llevaba todas sus armas encima, excepto el sable de su padre, que había dejado en casa de su madre.

Cruzaban una zona boscosa al atardecer cuando de entre los árboles les salieron al paso un par de hombres embozados y a pie, que gritaban que se bajasen del caballo mientras les apuntaban con sus pistolones. Martín le hizo un gesto a Mariana para que obedeciera y ella descabalgó despacio. Al desmontar, uno de los hombres se ocupó de las monturas mientras el otro desarmaba a Martín.

—No llevamos nada de valor —avisó él.

—Eso lo decidiremos nosotros —dijo uno de los asaltantes acercándose a hurgar en los zurroneos de uno de los caballos.

Los dos hombres, que llevaban parte del rostro tapado con un pañuelo anudado a la nuca y sombreros de ala ancha, no dejaban de apuntarlos con sus armas. Mariana miraba a Martín de hito en hito mientras él intentaba mantener la calma.

Fue uno de los asaltadores, el más enclenque y que apuntaba a Mariana con su arma sin dejar de merodear su alrededor, quien lo inició todo al dirigirse a su compañero.

—Sujétalo, que he tenido una buena idea —farfulló bajo el pañuelo.

El otro tipo, el más corpulento, rio y agarró a Martín, que a pesar de oponer resistencia, fue golpeado en las costillas y la cabeza con la culata del pistolón. Aturdido por los porrazos no pudo impedir que su atacante le pusiera una navaja al cuello.

Sucedió todo muy deprisa. El tipo más pequeño se abalanzó sobre Mariana. Martín gritó de rabia al ver cómo la aferraba rodeándola por la cintura, la tiraba al suelo y la manoseaba. Ella chillaba y daba patadas mientras intentaba zafarse del hombre que, en ese momento, pretendía levantarle las enaguas a la vez que la insultaba y la golpeaba.

No tuvo tiempo ni de lamentarlo. Mariana aprovechó que el hombrecillo ya estaba sobre ella maniobrando para bajarse los pantalones y, con un veloz movimiento, agarró el cuchillo que tenía escondido en una de las medias, a la altura del muslo, y se lo clavó en el cuello con todas

sus fuerzas mientras gritaba de rabia tapando el aullido agónico del bandido. Él comenzó a sangrar de tal forma que a Mariana le recordó a la matanza de los cerdos en el caserío Mendiola.

El otro asaltante vio como su compañero caía inerte, desangrado, y Martín aprovechó el desconcierto para zafarse de su captor. Con un rápido movimiento, le propinó un cabezazo hacia atrás con todas sus fuerzas. Solo podía pensar en Mariana y en aquel individuo repugnante que la manoseaba y, ciego de ira, no dudó en ningún momento. Estaba habituado al combate y su respuesta fue un ataque certero. Una vez hubo aturdido al malhechor, se lo echó a la espalda y lo volteó para estamparlo contra el suelo. Lo desarmó mientras se ponía a horcajadas sobre él y lo degolló con su propia navaja sin darle tiempo a pedir clemencia. Justo después, y tras asegurarse de que el salteador estaba muerto, buscó a Mariana con la mirada. Ella estaba de pie con el vestido rasgado y la cara y el pecho ensangrentados frente al cuerpo inmóvil del otro hombre. Se observaba las manos manchadas de sangre.

—¡Mariana! ¿Estás bien? —exclamó corriendo hasta ella.

La aferró por los hombros, pero ella no reaccionó y continuó mirando sus propias manos mientras balbuceaba:

—Lo he matado. Lo he matado...

—Sí, ya está, ya no puede hacerte daño —susurró él con voz suave y pausada para intentar tranquilizarla, pero, en el fondo, horrorizado por todo lo que acababa de acontecer.

—No sé cómo lo he hecho, pero lo he matado... —repitió en un murmullo ensimismado, temblando de pies a cabeza.

Martín se agachó para asegurarse sin dejar de mirarla. Tras voltear el cadáver, destapó su cara. Mariana abrió los ojos, salió de su letargo y exhaló un grito ahogado que alarmó a Martín.

—¿Lo reconoces? —preguntó.

—Es uno de los hombres que me mantuvieron prisionera. Al que lancé el cazo con agua hirviendo.

Se levantó, tomó las manos de Mariana deseando que dejara de temblar y se manchó las suyas.

—Pero... se suponía que estaba muerto. Mi tío me aseguró que se había encargado de todos ellos.

—Pues te mintió —dijo Mariana.

Él la abrazó con fuerza y maldijo entre dientes.

Martín encontró los caballos que habían huido, trasladó los cuerpos hasta un lugar escondido en lo más profundo del bosque para que las alimañas dieran cuenta de ellos y buscó un riachuelo para que ambos se asearan. Le dolían la cabeza y las costillas, pero estaba seguro de no

tener nada serio; solo estaba preocupado por Mariana. Al verla frotarse las manos sin cesar, y el resto de las salpicaduras de sangre en el agua, con la mirada fija y el rostro desencajado, se dio cuenta de que debía dejarla descansar, que estaba llegando a su límite por todo lo acontecido y no iba a poder continuar el viaje como si nada. Necesitaba reposo. Desde que sus caminos se habían cruzado, la vida de Mariana no había conocido la tregua y Martín se sentía culpable por ello. Le había sorprendido el arrojo que había demostrado, pero, a diferencia de él, no estaba habituada a la muerte, la sangre y aquella inseguridad a la que la abocaba su vida junto a él. Ya la conocía lo suficiente como para saber que siempre intentaba sobreponerse al miedo y sintió que la amaba más que nunca.

Mariana, a su vez, lo veía callado, pensativo, y supo que estaba preocupado por ella e intentaba decidir qué camino tomar confiando en que el paso que dieran no los dejara en manos de don Pedro. Estaba segura de que las maquinaciones del tío de Martín no iban a cesar hasta que pusieran suficiente tierra de por medio.

—No ha sido una casualidad ni eran simples bandidos, ¿verdad? —preguntó ella.

—No, está claro que eran los hombres que te secuestraron —gruñó de rabia—. Fue mi tío desde el principio.

—Sí y, en cuanto se dé cuenta de que sus esbirros han fallado, vendrá a por nosotros porque comprenderá que le hemos descubierto.

—Tenemos que intentar poner la mayor distancia posible, pero temo por ti. Necesitas descansar después de lo ocurrido, *bihotza*.

—No podemos pararnos ahora. Debemos continuar.

Martín resopló con fuerza intentando mantener la calma y la miró con preocupación. Ella se acercó a él.

—Estoy bien —dijo mientras le acariciaba el pecho con suavidad.

—No lo creo, *maitia*. Has matado un hombre y sé lo que se siente cuando eso ocurre por primera vez. ¡Y además intentó forzarte, Dios santo...! —resopló—. No debió suceder y siento que hayas tenido que hacerlo, que estés pasando por todo esto.

Martín estaba sobrepasado por los acontecimientos y Mariana se acercó a él para abrazarlo.

—No es culpa tuya, ¿me oyes, Martín? No siento remordimientos. No lo creas ni por un segundo. El único culpable es tu tío.

Martín la miró a los ojos, vio el tremendo coraje que ella poseía y se serenó.

—Pienso hacerle pagar por ello, pero la noche se nos va a echar encima y tendremos que pasarla en algún sitio, Mariana. Y no me discutas eso, por favor. De momento deberíamos encontrar un lugar, intentar descansar y partir muy de mañana.

Decidieron que era mejor no pernoctar en ninguna posada donde pudieran dar razón de ellos. En lugar de eso, se adentraron en la espesura de un bosque del camino con la intención de

pernoctar allí. No encendieron ni tan siquiera un fuego y comieron sin apetito un poco de cecina y queso. Deseaban que aquella noche pasase pronto.

Se acostaron temprano, abrazados, pero Mariana no paraba de moverse.

—¿No logras dormir, *bihotza*?

—Creo que me estoy clavando una rama en el tarsero —rio acurrucándose en brazos de Martín—. Lo cierto es que me vienen las imágenes de lo ocurrido a la mente una y otra vez y no consigo encontrar postura.

—Es normal. Estás asustada —dijo él.

—No, no lo estoy. No debes preocuparte por eso, no tengo miedo. Solo le doy vueltas a todo lo ocurrido y pienso en cómo zafarnos de tu tío.

Él besó su frente. Admiraba su valentía y no le dijo que él sí lo tenía por los dos.

Mariana se durmió al fin, pero tuvo un sueño ligero con constantes sobresaltos y despertares. Martín la acunaba y le susurraba palabras dulces que la devolvían a la inconsciencia sin perder de vista las dos pistolas cargadas que descansaban junto a ellos.

Martín no se equivocó al pensar que no tardarían en dar con ellos. La guardia de su tío los encontró en la frontera con tierras burgalesas. Martín decidió que, al estar con Mariana, era mejor no luchar y se entregó sin resistencia.

Ambos fueron conducidos maniatados y a caballo de vuelta a Izurza, a los dominios de don Pedro.

Fue el mismísimo don Pedro quien los recibió nada más llegar a la torre Izurza. La sonrisa taimada se fue ensanchando en el rostro del *jauntxo* vizcaíno mientras observaba como sus hombres obligaban a bajar del caballo a Mariana y a Martín. A pesar de la decepción que había supuesto para él su sobrino, no iba a dejar de aprovechar la situación. Aun así, no pudo evitar sentir amargura al pensar que su único heredero natural nunca le daría nietos a los que ceder su apellido. Todavía le enfurecía recordar las circunstancias en las que había confirmado que su hijo era un sodomita y verlo con sus propios ojos.

—¡Bienvenidos de nuevo, sobrina y sobrino! Os aguardaba con impaciencia. —Sonrió con su gallardía habitual.

—Suéltanos ahora mismo o pagarás por esto —dijo Martín entre dientes.

—¿Qué te he dicho siempre? Que no te ofusques, que mantengas la cabeza fría.

—¡Vete al infierno! —exclamó rabioso revolviéndose ante sus captores.

Don Pedro hizo un gesto para que sus hombres dejaran de sujetarlos. Le encantaba sacar de quicio a sus enemigos y su sobrino había pasado a ser uno de ellos, de eso no le cabía ninguna duda.

—No te enojés así. Sabía que serías capaz de deshacerte de esos dos gañanes sin mucho esfuerzo. Te instruí bien —dijo y lo hizo entrar tras Mariana.

—No fui solo yo. Mariana también y te maldigo por ello —susurró entre dientes al pasar por el portón de la torre muy cerca del rostro de don Pedro.

Don Pedro miró a la joven con sincera admiración mientras caminaban juntos por el vestíbulo de la torre en dirección al salón comedor.

—Eres una caja de sorpresas —dijo señalándole la entrada al salón.

—No puedo decir lo mismo de usted —respondió altiva.

—Siempre tan hermosa y deslenguada —rio don Pedro acercándole un asiento.

—Deje de divagar. ¿Para qué nos ha traído de vuelta? ¿Qué piensa hacer con nosotros? —preguntó Mariana sin sentarse.

—Paciencia, querida, paciencia.

A otro gesto de don Pedro, sus hombres entraron en el comedor y, sin mediar palabra, se la llevaron a pesar de su resistencia y de los intentos de evitarlo de Martín, atado de manos y custodiado por otros dos hombres más.

Los gritos de furia de ella se perdieron entre los recios muros ante la desesperación de Martín que fue retenido por la fuerza frente a la gozosa mirada de su tío.

—Bien, sobrino, y ahora vamos a hablar claro —dijo don Pedro sentándose por fin—. Si os entrego a las autoridades, estáis perdidos. Habéis asesinado a dos hombres, dos miembros del ejército de su majestad.

—Sabes muy bien que eso no es verdad.

—En realidad, te tengo que dar las gracias. Esos dos eran unos necios que sabían demasiado, se vendían por cuatro reales y que ya no podrán contarlo, pero, a efectos legales, vosotros sois un par de asesinos carlistas que no aceptan la nueva situación política. Tú eres el jefe de un grupo de rebeldes a la Corona que no ha abandonado la lucha y tu esposa correrá tu misma suerte por colaboradora. Lo más probable es que, con los testimonios adecuados, os den garrote a los dos.

—¡Eres una sabandija! —gruñó Martín intentando soltarse las ataduras.

—Podemos hacer un trato, sobrino. Yo la dejo en libertad e intercedo por ti y aquí no ha pasado nada. Sabes que aún conservo influencias.

—¡Ni lo sueñes!

—¿No confías en mí?

Don Pedro entornó la mirada y Martín creyó por un momento que su vida se acababa en aquel instante, pero no fue así.

—Te lo he dado todo, has tenido más privilegios que mi propio hijo, ¿y así me lo pagas?

—No te debo nada.

—¡Me debes todo! —gritó don Pedro.

—¡Nunca te pedí ayuda!

—¿Te crees por un momento que lo hice por ti, muchacho? ¡Tú no sabes nada! —Sonrió e hizo dudar a Martín—. Fue por tu madre, siempre fue por Begoña. Ella lo eligió a él y lo acepté de buen grado, pero aquel día, en Vitoria, se lo prometí a tu padre, le dije que cuidaría de ella y de ti, y un Izurza nunca rompe su palabra.

A Martín le pareció que Pedro de Izurza temblaba al pronunciar el nombre de su madre, y aquellas frases y el tono de voz con el que las dijo le recordaron a su padre, pero solo fue un espejismo. Su tío enseguida mudó el gesto y convirtió su semblante en el de una ave de presa cruel y sanguinaria.

—Ahórrate el teatro conmigo.

—Reitero mi propuesta, sobrino. Todo esto, claro, con una condición.

—¿Cuál?

—*Quid pro quo*, sobrino —dijo don Pedro—. Quiero que sigas siendo mi capitán y te unas a la causa de nuevo. De momento, en la clandestinidad. Necesito que los hombres recuperen las ganas de luchar, que confíen en alguien para volver a recabar apoyos, y ese alguien eres tú, un caudillo joven para liderar una nueva guerrilla. Yo debo proteger mi estatus ante los nuevos mandatarios y no puedo posicionarme con claridad. He jurado defender la Corona para conservar mis bienes, cosa que tú no has hecho. Lo sé, y también sé que eso ha caído muy bien entre los lugareños. Te respetan más que a mí.

Martín miró a su tío a los ojos y reconoció en él la codicia que lo poseía.

—No, no lo haré. No volveré a enviar hombres nobles a una muerte segura nunca más y menos por ti y los demás *jauntxos* que solo piensan en sus rentas y no en su gente. Tú lo que quieres es continuar enriqueciéndote gracias a la guerra. Lo sé todo. Sé que haces contrabando de armas y bienes de lujo mientras burlas el bloqueo y desvías fondos del Ejército para sobornar a funcionarios.

—Puedo compartirlo contigo —ofreció don Pedro.

—Hay una diferencia entre tú y yo: yo no luché por conservar tus privilegios, tío. Por eso los hombres de tus tierras lucharon conmigo, no por mí.

—Entonces Mariana irá a juicio por asesinato, en vez de volver sana y sana con su gente. Sabes perfectamente que ella no pertenece a este lugar. A tu lado solo sufrirá —dijo don Pedro sin un ápice de compasión.

—¡Maldito seas! ¡A esos dos los enviaste a por nosotros y puedo demostrarlo, como también puedo demostrar lo del contrabando!

—Quieto, sobrino. ¿O no recuerdas quien ha ayudado a tus hermanas y a tu madre todos estos años? Y no te olvides de tu querida Mariana.

—A ella déjala en paz. No tiene nada que ver en esto.

—Ella sabe que tiene que ver, y mucho. Es más lista que tú. Por eso voy a darle la oportunidad de volver con su familia. He enviado una propuesta a su padrastro en Madrid para que se haga cargo de ella y regrese a Sevilla. Al parecer, don Joaquín de Osuna está a punto de lograr un gran puesto en el Gobierno y no quiere que ningún rumor lo perjudique. Si llegase a la prensa, el asunto pondría en peligro su carrera política en Madrid.

—Entiendo —dijo Martín.

Don Pedro sonrió.

—Tú tienes la última palabra. O te unes a mí de nuevo u os entregaré a las autoridades.

Martín se enfrentó a aquella mirada feroz una vez más y vio que aquel malnacido no tendría escrúpulos en hacer daño a Mariana y se dejó caer en un butacón al comprender que no había salida.

—Está bien. Acepto. Pero quiero ver a Mariana para decírselo yo mismo.

Capítulo XXIX

Don Pedro prometió a su sobrino Martín que le dejaría hablar con Mariana, pero no lo permitió de inmediato. En vez de eso fue él quien acudió primero a encontrarse con la endemoniada mujer que lo atraía tanto.

Antes de ello se aseó, se cambió la camisa y el chaleco y se repeinó con fijador. Echó un vistazo a su imagen en el espejo y asintió complacido con lo que veía. Alisó sus pobladas cejas negras y se atusó las patillas, la barba y el bigote a la moda.

Conservaba la gallardía de antaño y no era de esos hombres de mediana edad que había perdido su figura, tan solo el pelo había ido mermando. Estaba seguro de gustar aún a las damas, incluso a las más jóvenes. Era consciente del atractivo que le daba su estatus de señor, su educación y, por supuesto, su capital. Solo había dos mujeres que no habían sucumbido ante sus encantos: una era su cuñada, Begoña, a la que respetaba por ello; la otra, Mariana, aquella muchacha tan hermosa como insolente. Por su culpa sentía una profunda envidia de su sobrino.

Mariana había sido encerrada en la misma alcoba donde fue confinada por primera vez.

Don Pedro sonrió al verla de nuevo. Ella frunció el ceño nada más tenerlo delante y el *jauntxo* reconoció que enojada le gustaba mucho más.

—Mariana, espero que te encuentres cómoda en tus antiguos aposentos.

—Si espera que eso que ha dicho sea una broma no lo ha conseguido.

—Siempre tan rápida —dijo acercándose un poco más.

—¿Qué pretende? —preguntó ella.

—Solo quiero ayudarte. A ti y a mi sobrino.

—Usted fue quien hizo que aquellos desarrapados nos hostigaran.

—Está bien. He de reconocer que en un primer momento solo quise conseguir un rescate por ti, pero esta vez no tengo nada que ver.

—No le creo. ¡Lárguese y déjeme tranquila! Y deje a Martín en paz de una vez —dijo dándole la espalda.

Una furia ciega nubló el pensamiento de don Pedro y se abalanzó sobre ella para acorralarla contra la pared. Mariana se dio cuenta de que no podría escapar al notar el corpachón del antiguo señor de Izurza.

—Cuidado. Tengo la llave para dejaros a merced de las autoridades —susurró, y pegó el rostro al de ella mientras le sujetaba el cuello con una mano.

—¡Suélteme! —rabió, e intentó empujarlo sin éxito

Los ojos claros del tío de Martín se posaron en los de Mariana. Había diversión en ellos. Le

encantaba que se resistiesen al principio; eso siempre lo excitaba sobremanera.

Ella, en vez de acobardarse, lo miró a los ojos y aguantó la visión de ave rapaz que había hecho temblar a más de un hombre.

Don Pedro respiraba con afán. De pronto, se vio a sí mismo postrado ante ella a cambio de sus favores. Deseaba besarla, tocarla y acariciar aquellos pechos llenos, pero su orgullo le impidió suplicar. Sus ojos escrutaron los de Mariana. Intentaba buscar un quiebre, algo que le diese esperanzas, pero no lo halló y la certeza de que la muchacha lo encontraba repulsivo le puso rabioso y su mano se cerró más fuerte alrededor de su fino cuello inmaculado. Le entraron ganas de sujetarla más y más y apretar hasta que aquella burlona mirada, como la que imaginó que tendrían las antiguas brujas cuando hechizaban a los hombres, dejase de existir, pero no lo hizo. La soltó y se alejó de ella para intentar sobreponerse a sus encantos. Debía mantener la cabeza fría. Aún tenía negocios que lograr gracias a ella, se dijo. Desvió la mirada un instante y entonces se sintió libre de su hechizo.

Mariana se quedó quieta, vio cómo don Pedro se alejaba y, hasta que no salió de la alcoba, no se permitió el lujo de echarse a temblar.

Allí estaba de nuevo, encerrada en el mismo lugar que un año atrás, pero siendo una persona distinta, más fuerte y, sobre todo, mucho más sabia. A pesar de la pérdida de Pepa, de la angustia de la guerra, de la muerte y el dolor, Mariana sabía que Martín era su elección y que en aquel caserío en las montañas con los Mendiola y junto a él había sido más feliz que en toda su vida. Había aprendido que las personas que amamos y que nos aman nos cambian para bien. Él era la chispa que había encendido la llama para que ella fuese capaz de dejar de ser la niña infeliz y caprichosa de antaño. Martín era la luz en medio de la locura, del horror y la tristeza, y solo anhelaba crear un hogar más allá del mar junto a él, lejos de la guerra.

Mientras pensaba en él, la puerta se abrió. Lo vio tan alto y apuesto después de todo un día sola y presa que el corazón comenzó a latirle con fuerza. Pero al fijarse en el velo de tristeza que cubría sus ojos, la sonrisa con la que lo había recibido se borró de su semblante. Aun así, corrió hacia él en cuanto cerró la puerta. Se abrazaron con un alivio y una necesidad desmedida entre besos urgentes y caricias.

—¡Por fin, por fin! —gimió ella mientras se dejaba apretar con fuerza.

—¡Ah, Mariana! —jadeó Martín.

—Vino a verme ayer —dijo ansiosa sin dejar de abrazar a Martín.

—¿Mi tío?

—Sí, pero solo intentó amedrentarme, sin nada en concreto. No acabo de entender qué pretende —dijo ella con los ojos de Martín fijos en los suyos.

Mariana evitó darle más detalles para no ponerlo al borde de la cólera y no empeorar las cosas con don Pedro. A esas alturas ya tenía muy claro que era muy peligroso y temía por Martín más que por su propia vida. Él apoyó la frente en la suya, cerró los ojos y la besó de nuevo con una intensa lentitud que a ella le supo a despedida.

—Mariana, ahora tienes que escucharme, *bihotza* —susurró acariciando sus mejillas.

—Y yo quiero que no me tomes por una necia, Martín. ¿Qué está pasando?

Él resopló y se sintió como un perfecto idiota por haber pensado que Mariana no haría las preguntas precisas.

—Mi tío ha hecho un pacto con tu padrastro. En unos días serás acompañada a Madrid para que te encuentres con él y te lleve de vuelta a Sevilla.

—¿Y tú? —preguntó alarmada.

Martín tardó unos segundos en responder. Las palabras de su tío habían hecho mella en él. Mariana se merecía una vida mejor y, para eso, tal vez debía estar alejado de ella.

—Yo me quedo a cambio de que no nos denuncie a las autoridades.

—¿Te has vuelto loco por completo? ¡Ni hablar, no me iré a ninguna parte sin ti!

—*Bihotza*, si no lo hacemos así, no tendrá compasión de nosotros. Nos mandará al cadalso. Solo tengo que formar a su nueva guerrilla y me dejará en paz.

—Eso no te lo crees ni tú, ¿verdad?

—Mariana... —resopló Martín—. Lo desenmascararé. Tengo pruebas de sus actividades durante la guerra para enriquecerse con el contrabando. ¡Y testigos! Mi tío pagará por todo lo que ha hecho y estaremos a salvo.

—Y para eso debes sacrificarme. —Sollozó con rabia—. Si yo fuese un hombre me dejarías luchar contigo, no me apartarías de tu lado. ¡Ojalá lo fuese!

—¡Solo quiero protegerte, maldita sea!

—No lo haces, solo decides por mí.

—¡No digas eso, por Dios! Mariana, tú eres mi vida entera, pero no puedo dejar que nos haga esto. Por eso tienes que confiar en mí.

—No, no... —balbuceó y comenzó a sollozar.

—Por favor, mi vida... No te enfades conmigo.

Negó con la cabeza. Él apuró las lágrimas que le corrían por las mejillas con sus labios y ella besó, chupó y mordió su boca hasta que solo lograron respirar mediante jadeos.

Su encuentro fue breve y salvaje. Él la empujó contra la pared más cercana y le subió las faldas con una premura casi dolorosa mientras ella respondía hambrienta y desesperada y le bajaba los pantalones. Se poseyeron sin miramientos, sabiendo que en cualquier momento escucharían pasos y la puerta se abriría. Cada caricia dolió, cada embestida arrancó agónicos quejidos de pérdida hasta llevarlos al éxtasis. Aquella unión tan precipitada y urgente terminó

con sus cuerpos todavía unidos. Se retiraron con una lentitud premeditada, sufriendo por la separación de la carne aún estremecida, con el deseo que todavía les retemblaba en los muslos, el vientre y hasta en las manos y la boca.

Mariana y Martín se miraron embelesados y sin resuello.

—¿Confías en mí, *bihotza*? —jadeó él.

—Siempre —suspiró.

Él la estrechó con fuerza.

—Iré a buscarte, te doy mi palabra. Más pronto que tarde lo haré.

—Lo sé —susurró ella besando sus labios con suavidad—. He pensado que voy a decirle a Abeliñe que me acompañe. Necesito una doncella personal para viajar y a alguien en quien confiar.

—Es una buena idea, creo que estará encantada de ir contigo. Te quiere mucho y yo estaré más templado sabiéndolo.

Martín inspiró para aguantarse un gemido agónico. Mariana lo miró con el corazón encogido, contempló el dolor que él experimentaba y que se reflejaba en sus ojos tan hermosos y tan tristes.

—Tienes que jurarme que te cuidarás de tu tío, que tendrás mucha cautela, porque sé que él intentará hacerte daño y tienes que volver conmigo. ¿Me oyes, Martín?

—De momento valgo más vivo que muerto, *bihotza* —sonrió.

Mariana asintió con vehemencia haciendo un esfuerzo por creerlo.

—Yo también te prometo una cosa, mi amor —le dijo mientras acariciaba el rostro de Martín con una ternura infinita, hasta arrancarle un sollozo—. Te prometo que estaré bien, lo estaré.

Martín se rompió. No podía imaginarse la vida sin ella, ni un solo día. Lloró en silencio en brazos de Mariana hasta que unos pasos apresurados en el corredor les dijeron que era la hora de separarse.

—No olvides que te llevas mi vida contigo —dijo apretándola con fuerza entre sus brazos mientras sentía como le quemaban los besos que Mariana le daba en el cuello, en la cara y hasta en las manos.

—Y que la mía se queda contigo —musitó ella.

Capítulo XXX

Después de seis años de agonía, la que sería llamada primera guerra carlista terminó con la firma del convenio de Oñate el 29 de agosto de 1839, el mismo día que Mariana regresó a Sevilla.

El que sería conocido como Abrazo de Vergara, entre los generales Maroto y Espartero el 31 de agosto, puso fin a la guerra civil en el norte de España. Las últimas fuerzas carlistas vizcaínas de Andechaga, Goiri y Berastegui acataron el tratado y disolvieron sus unidades para quedar bajo el dominio del ejército de Espartero.

A ella le pareció que había transcurrido un siglo y no casi un año desde que dejó Sevilla.

Había partido de Durango con Abeliñe. La jovencita, deseosa de conocer mundo, no había dudado en aceptar la propuesta de su señora para ser su doncella personal en Sevilla. Sus padres, Miren y Anselmo, pensaron que debían dejarla marchar porque era una gran oportunidad para ella, teniendo en cuenta la difícil situación económica que atravesaban tras la guerra.

Mariana se reunió con su padrastro, que ya había logrado su cargo político en Madrid y que, para su alivio, se desentendió de ella en cuanto la tuvo delante.

Cuando Mariana cruzó por fin la antigua muralla almohade por una de sus puertas, el calor del final del verano era tan sofocante que se sintió desfallecer. El viaje de regreso fue agotador y, salvo la alegría de Abeliñe, que lo miraba todo con ojos nuevos, estuvo teñido de tedio y desesperanza.

Añoraba las montañas y por primera vez se sentía muy lejos de Martín, no solo físicamente, y al darse cuenta sintió ganas de llorar.

Bajó de la diligencia en una plaza amplia donde paraban los carruajes y caminó sobre el suelo de ladrillo a sardinel blanco y rojo, tan característico de la antigua judería, en dirección al palacio de los Osuana, situado en el barrio de San Bartolomé, entre la Puerta Carmona y la Puerta de la Carne, y que se extendía hasta el final de la calle José, repleto de conventos hasta los límites con el de Santa Cruz.

A la sombra de los naranjos, la ciudad de [Sevilla](#) lucía abarrotada y pletórica. Nutrida de una población cosmopolita, que había recalado allí durante siglos procedente de todos los rincones del continente europeo con el fin de hacer negocios con América, poseía una personalidad propia. El puerto sevillano, punto de partida y llegada de mercancías y personas en su camino a ultramar, atraía todo el movimiento incesante de la ciudad, antaño epicentro del

mundo hasta que Londres le había usurpado ese puesto.

La antigua Híspalis ya no disfrutaba del esplendor pasado, pero aún exhibía en sus palacios y jardines las riquezas que el tráfico comercial con las remotas tierras americanas le había proporcionado. Al adentrarse en la ciudad, lejos de los edificios comerciales y gubernamentales con sus consulados y capitanías, como el Archivo de Indias, antigua Casa Lonja de Mercaderes, desde los patios floreados privados se apreciaba el rumor de las fuentes y una ligera brisa se filtraba como agua bendita por las callejuelas laberínticas que trazaban el corazón histórico. Nada, ni siquiera el calor del verano andaluz, podía eclipsar su belleza, pensó Mariana ante la asombrada Abeliño, que jamás había visto un lugar semejante.

—*Ai, ene!* Es como estar en un cuento de la mil y una noches, pero parece que me voy a quedar ciega de tanta luz —exclamó la muchacha, lo que hizo sonreír a Mariana por primera vez desde que había dejado Durango y a Martín.

—Pues yo ya echo de menos el frescor del aire, el verdor y la lluvia.

—¡Quite, quite! Al reuma que produce esa lluvia nuestra no lo puede echar de menos nadie.

—Date un tiempo bajo este sol de justicia y ya verás como sí —respondió Mariana con añoranza.

Aquella urbe milenaria envuelta en leyendas, masacres e historia había sido su hogar durante muchos años, pero ella sabía que ya nunca volvería a serlo, que su alma se había quedado muy lejos de allí, al norte, en aquellas montañas verdes envueltas por la bruma.

Recorrió las callejuelas estrechas de paredes blancas con las ruedas de molino empotradas que se oponían al roce constante de las de los carruajes, con sus rejas en las ventanas y las salvadoras persianas de esparto. Al llegar a las inmediaciones de su antiguo hogar, recordó el sopapo que su madre le había dado el día que tuvo conocimiento de su supuesto desliz en el baile y respiró hondo.

El hogar de los Osuna mantenía la esencia de las casas palacio sevillanas de tres pisos, con el gran patio central rodeado por una galería a modo de claustro. En la entrada destacaba una escalera principal revestida de mármol blanco italiano y solería de losa de Tarifa. En el piso superior se abría una balconada sustentada por columnas de mármol que formaban arcos de medio punto. Los balcones enrejados, para ver sin ser visto, rodeaban toda la fachada exterior. Entre las plantas del patio destacaban dos palmeras datileras, una jacaranda, varios limoneros, naranjos, jazmines y adelfas. En una torrecilla que daba a la esquina de la casona, se encontraba la alcoba de Mariana, que hacía las veces de mirador de la manzana entera, salpicada de pequeñas plazas sombreadas por abundante arbolado.

La construcción inicial, que databa del siglo xvi, había sufrido numerosas reformas posteriores para adaptarlo a las diferentes épocas, aunque aún conservaba una mezcla de

ornamentación renacentista y mudéjar y los muros recubiertos por bellísimos zócalos de cerámica fabricados en el barrio de Triana. Con suelos de ladrillo y mármol, paredes estucadas y artesonados en madera, se había levantado gracias al dinero procedente de los negocios del comercio con América que hicieron millonaria a la familia Osuna, en sus inicios curtidores de cuero convertidos en comerciantes al por mayor que aprovisionaban y se encargaban del pertrecho de la flota de Indias.

Mariana traspasó la gruesa puerta de madera del palacete enmarcada por pilastras toscanas y cruzó las cuerdas hasta alcanzar la zona noble.

—Hola, madre —saludó sin emoción.

Doña Ana, avisada de la llegada de su hija por el servicio, la miró de arriba abajo y no la reconoció. Mariana llevaba el cabello sin recoger, un vestido arrugado más acorde para un día de campo que para la ciudad e iba sin guantes ni sombrero. Pero lo peor no era su indumentaria ni que el rostro y el escote se le hubieran llenado de pecas por exponerse al sol, sino la mirada, que ahora era la de una mujer adulta que la escrutaba de igual a igual.

—Deberías ir a cambiarte y ponerte ropa apropiada para la tarde. Y recuerda que aquí cenamos vestidos de etiqueta —dijo acercándose a escenificar dos besos que ni siquiera llegaron a posarse en las mejillas de Mariana. Después torció el gesto—. Y necesitas un baño.

—Sí, supongo que sí, madre, y eso que al prescindir del corsé mientras se viaja se logra sudar mucho menos, pero huelo fatal, me temo —dijo olisqueándose la axila.

Doña Ana dedicó a su hija una mirada de desaprobación.

—¿Pretendes escandalizarme, Mariana?

Ella le respondió con una sonrisa burlona, muy parecida a la de Martín cuando se ponía sarcástico.

—Claro que no, madre.

—Por cierto, ¿y tu esposo?

—Vendrá a buscarme en cuanto resuelva algunos asuntos familiares que lo retienen en Durango.

Abeliñe ya se había adelantado con el equipaje acompañada de varios criados.

—¿Y tu antigua doncella? ¿Cómo se llamaba? —preguntó doña Ana mirando con desdén cómo se alejaba Abeliñe.

—Se llamaba Pepa, madre, y murió. Esa es Abeliñe.

—Demasiado joven para ser doncella personal, pero, bueno, tú verás.

Mariana suspiró exasperada. Deseaba alcanzar su antigua habitación para sumergirse en un buen baño de agua templada para calmarse después del reencuentro con su madre y encerrarse allí hasta la hora de cenar.

Gran parte de la cena transcurrió en silencio en el comedor de verano, con su suelo de olambrillas y su techo de madera policromada, tan solo amenizada con el sonido del golpeteo de los cubiertos de plata contra los platos de porcelana inglesa y comentarios banales acerca de lo que apretaba el calor aquel año.

Mariana estaba absorta en sus recuerdos de otras cenas tan diferentes a aquella; al olor de la lumbre, con verduras, poca carne, queso de postre y nueces en el caserío de los Mendiola.

Fue doña Ana quien comenzó la discusión instando a Mariana a que retomara con discreción su vida social en Sevilla.

—Podríamos celebrar una merienda como bienvenida.

—¿Con este calor?

—Siempre hemos hecho meriendas a pesar del calor. Solo se estropean si llueve, ya lo sabes bien.

—Ojalá lloviese —suspiró Mariana.

—Es importante que salgas, que se te vea y que intentes dar una imagen de normalidad.

—¿Normalidad?

—Se especuló mucho tras tu puesta en evidencia del verano pasado y luego llegó la noticia de tu casamiento apresurado en el norte. Ahora regresas sola y tu padrastro no me ha querido explicar por qué te presentaste en Madrid. Como comprenderás, la gente habla.

—Ese no es mi problema, madre.

—La cuestión es que has vuelto sola, sin esposo, y eso da que pensar. Los rumores ya circularán por todo Sevilla y lo mejor es que te muestres en sociedad y digas lo mismo que me has dicho a mí: que estás de visita, aguardando a que tu marido venga, y así no darás a nadie ocasión o motivo para sospechar que hay algo más de lo que tú misma manifiestas. En poco tiempo todo se calmará, pero para eso tendrás que acudir al teatro, a meriendas... y eso requerirá, me temo, un cambio en cuanto a tu apariencia. Últimamente ni te peinan.

En aquel punto de la conversación, Mariana reflexionó sobre cuánto había cambiado su vida en tan solo un año gracias a un incidente sin importancia.

—No es culpa de Abeliñe, es mía, que me gusta el pelo suelto.

—Una mujer casada debe llevar el pelo recogido por recato.

—Madre, si mi vida da qué pensar es porque hay personas que no tienen otra cosa mejor que hacer que meterse en la de los demás porque no tienen una propia.

—¡Claro, a ti la reputación de esta familia no te importa en absoluto! Pues debes saber que, a partir de ahora, tu padrastro va a ostentar un alto cargo en el Gobierno y lo último que necesita es que se rumoree que has dejado a tu esposo o que él te ha repudiado. ¡Dios nos libre!

—Dios no tiene nada que ver en esto.

—Estás muy equivocada. Siempre podremos recurrir a la nulidad de la Santa Rota y buscarte un viudo con hijos que esté tan desesperado como para excusar tu reputación.

—Está de chanza, ¿verdad? —rio Mariana—. ¿La Santa Rota? ¿Alegando qué, madre? ¿Que he consumado el matrimonio demasiadas veces?

Doña Ana la miró horrorizada.

—¡Serás desvergonzada...! ¡Quítate de mi vista!

—Es justo lo que pensaba hacer —dijo y se levantó de la mesa con el postre en la mano: un cortadillo relleno de cabello de ángel recubierto de azúcar glas y canela.

A la mañana siguiente, y por no seguir escuchando a su madre y alejarse un poco del palacio, asistió con mantilla a oír misa a la catedral, acompañada de Abeliñe, tras lo cual pasearon a los pies de la Giralda, el alminar de la que fue mezquita de la ciudad en la época almohade, y por los Reales Alcázares, el antiguo hogar de los gobernantes árabes y, tras la Reconquista, de los monarcas españoles.

Esa fue su rutina durante los siguientes meses: acudir en coche de caballos al imponente templo gótico con Abeliñe y pasear por las Gradas y sus alrededores hasta la hora de comer. Siempre contaba con la complicidad de la muchacha, encantada con las graciosas zalamerías de los mozos sevillanos, y con la de su amiga Luisa, a la que puso al día de todas sus alegrías y congojas nada más establecerse en Sevilla.

El resto del día lo pasaba en su dormitorio leyendo hasta la hora de la cena. Solo algunas noches, cuando no lograba conciliar el sueño por culpa del deseo y la añoranza, bajaba al patio descalza para sentir el frescor nocturno en el cuerpo y mirar las estrellas, que se veían mejor desde aquellos montes lejanos aunque eran las mismas, y se preguntaba si la montaña de Mari estaría nublada y si la Dama la recordaría.

Cuando estaba al límite de sus fuerzas y echaba tanto de menos a Martín que le dolía el cuerpo entero de la nostalgia, pensaba un poco más en él, en aquel día que regresó de Durango con las primeras nieves y en cómo se unieron para siempre. Era entonces cuando se daba cuenta de que todavía podía soportarlo. Después respiraba hondo, cerraba los ojos, pensaba en las montañas y pedía a Mari, la Dama, que le devolviese a Martín.

Capítulo XXXI

Habían pasado casi diez meses sin apenas noticias de Martín, pero lejos de perder la esperanza, Mariana seguía confiando en que él cumpliría su palabra y aparecería.

Las cartas que Abeliñe recibía de sus padres solían contener alguna parte dirigida a ella. Gracias a Miren sabía que Martín estaba a salvo, pero de él ni una letra.

Fue doña Ana, harta de ver a su hija deambular sin rumbo por palacio, la que tuvo la idea del *bal masqué*.

—No estamos en Carnaval, madre —objetó Mariana.

—Da igual. Está de moda en toda Europa celebrar mascaradas. No hablo de esas ordinarias celebraciones indecorosas a diez reales en las que los menesterosos se burlan de las fuerzas de orden y del clero, me refiero a un baile de etiqueta con lo mejor de la sociedad sevillana. Algo elegante y con invitación. Alegaremos que es para celebrar el nombramiento de Joaquín en Madrid. Lo siguiente será el título nobiliario, pero para eso hay que relacionarse bien y un baile es la excusa perfecta para eso y para que te dejes ver en sociedad y se olviden los viejos rumores, que por cierto apenas circulan ya desde que a la hija mayor de los Fritz-James se le ocurrió salir casi desnuda y borracha como una buscona de taberna a los jardines del palacio, durante la merienda de cumpleaños de sus hermanas menores, las gemelas.

—No estaba desnuda, iba en camisón, aunque sí se bebió hasta el agua de los floreros de la finca, pero nada que no haga su padre cada día y eso no se considera escandaloso para su reputación.

—Como te gusta discutir, hija —suspiró doña Ana—. No es lo mismo en un hombre. Vivimos en el mundo en que vivimos, Mariana. Las cosas son como son y hay que adaptarse y no luchar contra lo establecido. Las convenciones sociales están para algo y son por nuestro bien.

Mariana resopló exasperada.

—No tengo interés en acudir a ningún baile ni en codearme con según qué gente. Ya he ido al teatro, a la ópera y a varias meriendas de campo obligada por usted. No bailaré con nadie ni me pondré ninguna estúpida máscara para que mi padrastro pueda medrar —dijo para intentar sonar tajante, pero doña Ana continuó como si no la hubiera escuchado.

—Tendremos que encargar varios vestidos y tienen que estar a la última. Será divertido.

—¿Para quién, madre?

—Hija, creo que te estás convirtiendo en una amargada y todo por ese hombre, que está claro que no vendrá a buscarte.

—Hable por usted, que tiene a su esposo disfrutando de compañías femeninas en los cafés y

teatros de Madrid como si fuese un joven en edad de merecer —dijo con rabia.

El tortazo resonó en el salón, pero el servicio no levantó la vista de las tareas que realizaban en ese momento.

—¿Por qué es así conmigo? —preguntó Mariana al borde de las lágrimas.

Doña Ana hizo un gesto y, al instante, las doncellas y los lacayos se retiraron con discreción.

—¿Así, cómo? —dijo doña Ana con voz temblorosa.

—Tan cruel.

—Porque quiero que seas más feliz que yo.

—Pues no lo parece en absoluto.

—Estoy segura de que lo serías si te conformaras, si fueses menos temeraria y soñadora. Mira lo que le ha pasado a la hija de los Medina. Al final la han internado en una casa de reposo a ver si normaliza su conducta terca y desnortada.

—¿Soñadora, madre?

—Siempre lo has sido, desde niña —susurró doña Ana.

Mariana sollozó.

—¿Cómo puede estar tan segura de que sería feliz así?

—Porque una vez fui como tú y me empecé en casarme con quien no debía. Apuesto a que tu señor de Izurza es bien parecido y hace que te sientas hermosa y amada, pero la belleza se va y después solo quedan deudas de juego que pagar, borracheras y otras mujeres a las que obviar.

—Martín no es así.

—Todos lo son tarde o temprano, hija —dijo doña Ana.

—Padre no era así.

El rostro amargo de la madre de Mariana mudó en una expresión de ira.

—¿Qué sabes tú de tu padre? Eras una niña cuando murió y lo idolatras, pero no sabes nada de la vida que me dio, ¡absolutamente nada! —exclamó doña Ana ante el asombro de su hija—. No era el santo que tú te crees. El marido amantísimo y padre abnegado solo existe en tu imaginación. Lo cierto es que tu padre era muy apuesto y gallardo, como lo será tu Martín, pero también se convertía en un mujeriego en cuanto bebía de más. Y lo hacía muy a menudo.

Mariana se quedó callada, estupefacta, mientras intentaba comparar la imagen del padre que tenía en su mente con la que su madre acababa de revelar.

—Pero me quería.

—¡Claro que te quería! La media hora que pasaba contigo a la semana te adoraba, pero me mataba a disgustos. Tu hermano es igual que él —dijo tendiéndole la carta que tenía en la mano—. Mientras a ti te llenaba la cabeza de sueños, él ha dilapidado su fortuna con juegos de azar y acostándose con mujerzuelas.

Mariana leyó las escasas líneas con rapidez.

—¿Que se ha casado? Pero ¿no iba a ser sacerdote y llevar su finca del Yucatán?

—Ha perdido toda su herencia jugando a las cartas, ha dejado encinta a una jovencita y se ha tenido que hacer cargo para que no le peguen dos tiros. Al menos la muchacha es de una familia acaudalada de Mérida y no una vulgar ramera. Ese es tu querido hermano Ignacio. Ha superado a su padre con creces.

—Martín es diferente, madre.

—¡Ay, hija! ¿Cómo estás tan segura?

—Porque me dio su palabra y siempre la cumple.

Después de aquella conversación Mariana se encerró en su cuarto sin querer hablar con nadie. Las revelaciones sobre su hermano y la falta de noticias de Martín la tenían trastornada. Lo único que sabía por Miren era que él ya no estaba en Durango y que don Pedro había sido hallado muerto. Al conocer aquella circunstancia, un escalofrío le recorrió el cuerpo porque algo le dijo que la madre de Abeliñe no le había contado toda la verdad.

No salió de su dormitorio hasta que apareció Luisa, llamada por doña Ana. Fue su amiga, la única que le quedaba en Sevilla, la que logró hacerla salir de sus aposentos e insistió para que acudiese al baile de máscaras.

—Según lo que tu madre le ha contado a la mía, será un baile elegante y privado, sin disfraces. La única obligación en cuanto a vestimenta es que todos los invitados lleven una máscara para acudir a la fiesta. A mí me apetece mucho ir.

—A mí no.

—¡Venga, Mariana! Lo pasaremos bien, ya verás. Hazlo por mí, anda, que estoy más aburrida que una mona desde que me casé con Emilio y tuve a Dieguito. Ya sabes que mi esposo es muy bueno y cortés, pero no es la alegría de la huerta, el pobre.

—Te casaste con un sieso, me temo —rio, e hizo reír también a Luisa.

Esa carcajada alegró a Mariana y tuvo que reconocer que su madre tenía parte de razón, no estaba en su mejor momento de ánimo. A pesar de lo que le prometió a Martín, lo cierto era que hacía verdaderos esfuerzos por sonreír. Cada vez más.

—Necesitas distraerte, amiga. Me gusta verte alegre, siempre lo has sido, y estoy segura, por lo que me has contado de Martín, de que a él también le gustaría verte feliz.

Mariana sintió una punzada de dolor al escuchar su nombre y se preguntó si su amiga tendría razón y decidió acudir a ese baile.

Martín de Izurza entró en una de las tabernas cercanas a las antiguas Atarazanas del barrio del Arenal, donde había recalado poco después de llegar a Sevilla, con la intención de resguardarse del apabullante sol hasta el atardecer y de pasar desapercibido a la luz del día a pesar de su envergadura y el acento.

Contestó con varios gruñidos al mesonero que le sirvió una jarra de vino y se sentó alejado de la barra con la cabeza baja, mientras aguardaba su cita.

La taberna cercana al puerto estaba repleta de borrachos irredentos y mujeres de mala vida y olía a una mezcla de alcohol y sudor.

No tardaron en acercarse a su mesa un par de busconas flacas y desastradas que ni cortas ni perezosa se sirvieron de la jarra de vino sin preguntar. Una de ellas se sentó sobre sus piernas muy ufana.

—Levántate —le dijo Martín con seriedad apartándola con cuidado para intentar que la mujer no armara ningún escándalo.

—¿No me vas a invitar a una miaja de vino, prenda? —Sonrió bajándose la blusa para enseñarle los pechos.

—No, y ya os estáis largando, que no quiero compañía —musitó él.

—¡Qué pena, chiquillo, to lo que tienes de guapo lo tienes de sieso! —vociferó la otra fulana sin alejarse del lado de Martín, que se caló el sombrero de ala ancha. Intentaba permanecer a salvo de las miradas.

—Oye, tú no eres de por aquí ¿verdá, hermoso? —le dijo la fulana más flaca.

—No, este es de fuera. ¿Vienes de mu lejos, moreno? —preguntó la otra volviendo a intentar un acercamiento.

—¡Largo! —les bufó Martín con su peor cara.

—Dejen de molestar al caballero, señoritas —les dijo de pronto un alto y apuesto joven con acento extranjero y con el aspecto de un dandi.

Las busconas lo rodearon como las moscas a la miel.

—Hola, rubio —dijo una acariciando la nuca del extranjero.

—Si hasta está perfumao... ¿Quiés compañía, hermoso? —preguntó la otra mientras lo olisqueaba y repasaba con la mirada e intentaba meterle la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Las manos quietas, queridas. Esto solo será vuestro si dejáis en paz a mi amigo y os largáis —dijo el joven enseñándoles dos brillantes monedas.

Las fulanas asintieron con una sonrisa y el extranjero les metió el par de monedas en los escotes mientras ellas se relamían con codicia

Martín observó pasmado el peinado con raya lateral y la barba y el bigote cuidados con extrema minuciosidad, los guantes de cuero, el chaleco extravagante, el pantalón sujeto al botón mediante ligas, el imprescindible sombrero de copa y el bastón de paseo.

—No me mires así. El *dandysm* es una tendencia en auge en Gran Bretaña —dijo el joven quitándose unos anteojos ahumados

—Nunca he seguido las modas, William —rio Martín levantándose y abrazando a su amigo.

—Enga, Gregoria, que tos estos son unos mariposones —dijo una de las mujeres justo antes de alejarse.

—*Good evening, ladies* —las despidió el joven ante la mirada divertida de Martín—. Anda, larguémonos de este lugar infecto a comer algo y me cuentas todo *properly*.

—No tengo ni para pagar la cena, amigo.

—Ya sabes que eso no es problema. Mi nuevo negocio va, como decís vosotros, viento en popa.

—Menos mal que has aparecido, William —dijo Martín que de primero se despachó un succulento plato de huevos a la flamenca con sus verduritas, patatas fritas y dados de jamón salteados con abundante pan con pringá, la deliciosa y melosa mezcla de los restos de las carnes y embutidos del cocido frita en manteca. De segundo, también dio buena cuenta de un plato de estofado de rabo de toro y de otro de croquetas de jamón acompañadas con guarnición de pimientos.

Su amigo William Archibald Thackeray, que llevaba años dedicado a la exportación de porcelanas británicas desde su país hacia España, observó asombrado como Martín, sentado a la mesa de un céntrico restaurante, se comía todo aquel festín y se bebía una botella entera de vino amontillado sin pestañear.

—¿Cuántos días llevabas sin comer? —preguntó el inglés, hijo de un próspero fabricante de loza y cristal de Liverpool, que prefirió un fresco gazpacho y un platillo para picar de los llamados soldaditos de Pavía, unas tiras de bacalao marinadas con zumo de limón, aceite de oliva y aguardiente rebozadas con harina y fritas, que le recordaban al típico pescado frito de su país.

—Desde ayer, que se me acabaron los pocos reales que tenía cuando pagué la posada.

—Cualquiera diría que llevas una semana —rio William.

—Sabes que soy de buen comer.

—Y de mejor beber. Eso dicho por un inglés es un cumplido.

Martín sonrió rebañando el plato.

—Y ahora dime, ¿qué favor quieres pedirme? ¿Qué haces en Sevilla, tan lejos de tu casa y por qué tanto misterio? En tu carta no especificabas nada, pero intuía que estás en serios apuros —dijo William.

—Necesito quedarme en tu casa unos días.

—Por supuesto, eso está hecho, amigo mío. Mi casa es la tuya, aunque acabo de instalarme

en Sevilla y aún tengo todo un poco manga por hombro. Se dice así, ¿verdad? Creo que he hecho un gran negocio con la compra del antiguo convento. Ya he comenzado a distribuir porcelana de gran calidad. Los hornos producen sin parar y los primeros lotes de vajillas ya han sido vendidos. El maestro inglés que traje ya ha formado al personal sevillano para crear vajillas al estilo de las de Bristol, Mintons, Chelsea y otras fábricas de Staffordshire. Como ya te comenté, las vajillas son las típicas de mi país, producidas en loza de pedernal y china opaca con estampados de paisajes, motivos florales y otros temas en colores verde francés, sepia, azul cobalto y negro. Tengo un montón de encargos —dijo frotándose las manos.

—Conoces bien el negocio por tu padre, así que estoy seguro de que te irá bien, William. Las medidas proteccionistas de Cea Bermúdez para fomentar la industria alfarera nacional y las desamortizaciones te han venido de perlas.

—Sí, conseguí un buen precio en la subasta estatal por ese convento abandonado y también compré algunas fincas con tierra apropiada para ser utilizada como materia prima. En realidad, tú me diste la idea en el 36, amigo.

—Solo fue un consejo.

—Un gran consejo, no seas tan humilde. Me voy a hacer de oro y te lo deberé a ti —dijo William mientras palmeaba la espalda a su amigo—. ¿Te apetece un buen *brandy* mientras me cuentas tus cuitas? Tienen unos cuantos estupendos en este local.

Martín asintió y, ya con la copa en la mano, reveló sus propósitos.

—Pensé en ti en cuanto recibí tu carta, en la que me decías que te ibas a instalar en este país. He venido a Sevilla en busca de mi esposa, William, pero no puedo presentarme ante su familia porque nunca pedí su mano. Los esponsales se realizaron sin el permiso de los Osuna y en circunstancias complicadas debido a la guerra y a nuestra posición en la misma. Ellos eran liberales y nosotros carlistas.

—Sabía que te habías casado y que fue algo precipitado, pero no que hubiese sido con una Osuna. Aquí, en Sevilla, son bien conocidos.

—Mariana no es una Osuna, es una Ibarra, pero su padrastro sí lo es. Y ahora ostenta un gran cargo en Madrid. Tiene el favor de la Corte. Y hay algo más: han puesto precio a mi cabeza.

—En mi casa estarás seguro, no te preocupes —dijo William.

—Preciso contactar con Mariana sin que se entere su familia. Llevamos muchos meses separados y necesito verla, William. Es mi vida.

—Así que por fin caíste en el amor, como decimos en mi país.

—Ella lo fue todo desde el primer momento, aunque no lo sepa. Al principio me odiaba. Le parecía brusco y grosero. —Martín sonrió con nostalgia.

William no pudo evitar una carcajada.

—Ella tiene razón. Siempre fuiste arisco con las damas.

—No como tú, que eres un zalamero —dijo brindando por su amigo.

—¿Qué culpa tengo yo de ser bien parecido y encantador? —bromeó William—. Tú siempre fuiste un sentimental.

Martín asintió saboreando el excelente *brandy*.

—Eso dice Mariana. Lo curioso es que ya la conocía de cuando éramos solo unos críos, pero no me acordaba. Ella es orgullosa, impertinente, testaruda, imprudente y también curiosa, valiente, divertida, encantadora, sagaz... Tiene un temperamento endiablado que me cautiva y un corazón muy tierno y bondadoso. Además, ha hecho cosas por mí que no merezco. —Suspiró emocionado.

—¡Vaya! Debe ser muy especial, porque no te tenía por un romántico.

El semblante de Martín se iluminó.

—También he de decirte, antes de que decidas ayudarme, que no soy culpable de los cargos de los que se me acusa. Ahora mismo no tengo nada, solo mi palabra, pero se lo prometí, le prometí una vida mejor, un futuro juntos. Habíamos resuelto irnos a América.

—Ya lo he decidido. Sabes que te debo la mía y no una, sino dos veces. Puedes contar conmigo para lo que sea. Esos pasajes en barco no serán un problema, amigo.

—Sabes que te devolveré hasta el último real.

—Eso no tienes ni que jurarlo. Te conozco y sé que eres un hombre de honor, Martín de Izurza.

—Solo una cosa más. Si algo me ocurriese, te pediría que estuvieses al tanto de Mariana y de mi madre y mis hermanas.

—Por supuesto que sí. Cuenta con ello.

Martín aferró el brazo de su amigo conmovido.

—De momento, tengo que entrar en el palacio de los Osuna sin que me reconozcan y no sé cómo —dijo Martín.

—Pues tienes la ocasión perfecta para hacerlo. Los Osuna van a celebrar un baile de máscaras en su casa en un par de semanas. Toda Sevilla va a acudir, incluido yo. Te presentaré a mi sastre, que veo que te hace mucha falta. Y tendrás que recortarte esa barba. La tuya ya no está de moda. ¿Sabes bailar el vals? —preguntó William.

Capítulo XXXII

Las tiendas de las calles principales de la ciudad mostraban sus escaparates atestados de máscaras venecianas y parisienses, caretas grotescas y complementos carnavalescos.

El baile de los Osuna fue el evento social sevillano de aquel verano de 1841, una velada única en la que nadie reparó en gastos. Como todos los bailes, se empleó como excusa para crear lazos con las personalidades más influyentes de la capital y la nobleza. Don Joaquín de Osuna regresó de Madrid y se dejó ver con su esposa por Sevilla los días previos al baile de máscaras, pero sin demasiado entusiasmo.

Los bailes eran un ciclo de formalidades que comenzaban con la espera de la invitación y terminaba el día de la fiesta. Una vez confirmada la asistencia, se iniciaba la búsqueda y confección del atuendo perfecto.

La ocasión exigía estrenar y las mejoras costureras de Sevilla se pusieron manos a la obra para tener a punto los más de cuatrocientos trajes que lucirían las damas asistentes al baile de máscaras de los Osuna y que debían ser exclusivos. Las muchachas casaderas esperaban ansiosas una invitación a la fiesta con la intención de aprovechar la ocasión para encontrar esposo y lucir las mejores galas. Para ello, la elección de la indumentaria era crucial. Recibir una invitación a una de esas celebraciones era un hecho tan importante que podía significar entrar, mantenerse o salir de la vida social del momento. Por eso, era necesario llevar el mejor vestido, las mejores joyas y el mejor peinado del salón de baile.

Al esfuerzo de buscar el traje perfecto se sumaba la búsqueda por tener la mejor cabellera. La moda en cuanto a peinados había variado tras la guerra y consistía en llevar un *bandós*, un peinado con raya en medio y que dejaba caer dos mechones que se recogían a ambos lados de la cabeza. El pelo se adornaba con joyas, plumas, flores y tocados o postizos.

En Sevilla, las agendas de los peluqueros y barberos más elegantes se llenaron.

Los caballeros, que habían abandonado por fin el uso del calzón a favor del pantalón, también debían ocuparse de sus atuendos. Los sastres seguían cada vez más las tendencias de Londres y compraban paños británicos de gran calidad, manufacturados en sus fábricas, para realizar trajes a medida. La lana y el algodón eran los predilectos para los trajes, dejando el tafetán o raso para los chalecos, prenda en la que se permitía un toque de fantasía con estampados diversos. El traje masculino mostraba el rol y estatus social del caballero. La aristocracia y la burguesía comenzaban a igualarse en cuanto a la calidad de la vestimenta, aunque aún se observaban diferencias en complementos masculinos, como las bandas militares o de órdenes civiles y las condecoraciones en la nobleza y el ejército; y también en la joyería, entre

la que se incluían desde alfileres de corbata hasta lujosas leontinas para el reloj de bolsillo.

En lo referente a la indumentaria femenina, los cambios eran muy notables y ya no se seguían a rajatabla las normas establecidas por revistas parisinas como *Petit courrier des dames*. Había comenzado lo que años después se llamaría la época victoriana e Inglaterra y su reina eran el referente. Las faldas se habían alargado y ya no se enseñaban los zapatos. La vestimenta empleaba ahora la muselina y el tul, tenía un cuerpo con escote y hombros al descubierto, talle corto y remate triangular en el delantero. Para que los vestidos sentasen bien, eran imprescindible las ballenas cosidas al cuerpo del vestido y el uso del corsé, que había regresado como un indispensable de los atuendos femeninos después de varias décadas de cuerpos libres de apreturas. La falda, de gran volumen, era aparatosa, llevaba un montón de enaguas almidonadas debajo, tenía forma acampanada y, como comprobó enseguida Mariana, el armazón interior, llamado criolina, complicaba el permanecer sentada. Todo el atuendo estaba ornamentado con gran cantidad de lazos, pasamanerías, encajes, cintas, terciopelos y gasas. A esta retahíla se sumaban numerosos complementos como los guantes, el abanico o el pañuelo, la limosnera, el carné de baile y joyas variadas.

—Me siento como en una jaula —resopló Mariana mientras se probaba el espectacular vestido de color salmón, lleno de cintas y volantes a juego con la máscara que iba a lucir en el baile.

—Pues a mí me gusta, me hace más cintura, que desde que tuve a Dieguito no la he recuperado. Aunque he de reconocer que se hace difícil respirar hondo, pero realza el pecho —dijo Luisa mirándose en un espejo de cuerpo entero en el salón de la modista.

—Lo que me falta a mí es más realce. —Mariana puso cara de estar ahogándose y eso hizo reír a su amiga—. ¿No encuentras injusto todo esto, Luisa? Ningún hombre se pone nada para recuperar la figura. ¡Solo continúan respirando!

Los Osuna habían hecho todo lo posible por lograr la lista de invitados más influyentes y aquella noche de julio su baile de máscaras consiguió revolucionar la vida de la ciudad. Entre ellos no faltaron los duques de Fernán Núñez, los señores de Stuart, la duquesa viuda de Montijo, los marqueses de Puente y de Sotomayor, los Baeza de Jaén, los Fritz-James de Huelva, los cordobeses Medina y los Álvarez de Córdoba, los Valenzuela, los Sánchez Romero de Carvajal, las mejores familias sevillanas como los Sandoval y Machado, los bodegueros Gordon y Smith de Jerez y varios empresarios británicos como el señor William Thackeray.

Cientos de máscaras desfilaron por las calles de la capital hispalense, acompañando a trajes tan elegantes como pomposos. Los alrededores de los grandes palacios de Sevilla se llenaron de coches de caballos, damas con vestidos aparatosos y hombres trajeados con chistera. La competición por llevar el atuendo más grandioso fue absoluta y la gente corriente salió a pasear para ver el espectáculo.

El baile dio comienzo en torno a las nueve de la noche y se prolongó hasta altas horas de la madrugada. La música fue interpretada por una orquesta de hasta cuarenta músicos que se situó a un extremo del salón principal para amenizar la fiesta. Los vinos y licores fueron de las mejores bodegas españolas y se regaron todas las gargantas con un excelente champán francés. En cuanto a los refrigerios, se sirvieron bebidas como limonada, café, chocolate, sorbetes y zumos.

Los bailes representaban una ocasión única para el establecimiento del contacto físico entre los sexos. A ello ayudaba la gran intimidad e independencia que proporciona a la pareja la danza del vals, con la búsqueda de la sintonía entre dos cuerpos. Aquel baile poco o nada tenía que ver con los estudiados movimientos del minué o la contradanza, con exigentes coreografías. El vals permitía a las parejas entrelazarse en libertad y conquistar con cada uno de sus vertiginosos giros una absoluta sensación de independencia.

Las danzas del baile de los Osuna consistieron, en su mayoría, en valeses conocidos, que hicieron furor entre la juventud que acudió al baile y, para contentar a los mayores, que añoraban las antiguas composiciones y que consideraban aún al vals como una danza inmoral, se tocaron algunas contradanzas, mazurcas y polcas.

—Solo lo deberían bailar las damas casadas y no todas, que las hay muy ligeras de cascos. Es una danza extranjera demasiado inmoral para ser bailada por señoritas españolas —susurró una señora a otra que estaba sentada junto a Mariana, Luisa y su marido.

—Como dice mi esposo, doña Angustias, el vals echará a perder a las jóvenes decentes con tanto roce y apretujamiento —dijo otra.

—Diga usted que sí, doña Adelaida —respondió la primera.

Mariana y Luisa se miraron y sonrieron con complicidad.

—Voy a ver si mi Emilio me saca a bailar y me apretuja un poco —dijo Luisa, que se levantó y animó a su marido a hacerlo también.

Mariana los vio alejarse y el sentimiento de soledad, como un agujero que parecía hacerse cada vez más profundo, creció en su pecho hasta provocarle un vacío inmenso. Se quedó sentada viendo a las parejas girar al son de aquella música que volvía ligeros los pies y pretendió distraer sus pensamientos, muy alejados de aquel salón de baile, intentando descifrar el nombre de los presentes. Los invitados se vestían para no ser descubiertos y eso propiciaba el juego de imaginar las identidades de los demás.

Su madre, doña Ana, que había estado pendiente de su hija al principio del baile, había bajado la guardia y charlaba con varias señoras.

Fue entonces cuando lo vio al fondo del salón árabe. Llevaba un moderno frac a medida y lucía impecable con la chaqueta entallada hasta la cintura abierta por delante y con dos faldones que le llegaban hasta las corvas. El pantalón recto se completaba con chaleco, camisa y corbatín de seda, a lo Byron, y se ajustaba por detrás con broche a la inglesa. Aquel invitado destacaba

entre los demás caballeros de la fiesta por su gallardía y altura. La máscara le tapaba casi todo el rostro, pero Mariana reconoció la mandíbula afilada a pesar de la barba recortada y no dudó. Los ojos del enmascarado estaban clavados en los de Mariana. Eran aquellos amados ojos pardos sombreados por las pestañas más espesas que había visto jamás.

A Mariana ya no le quedó ninguna duda cuando el enmascarado cruzó el salón con paso firme y, sin decir una sola palabra, se colocó frente a ella e hizo una reverencia para solicitar el siguiente baile. Mariana asintió con una inclinación de cabeza sin dejar de mirarle a los ojos y tendió la mano para que él la cogiese.

Su tacto traspasó el satén del guante y la calidez hizo que ella temblara. Él tomó su cintura con delicadeza y el vals comenzó.

Ambos empezaron a dar vueltas alrededor de las otras parejas sin dejar de mirarse a través del anonimato de las máscaras. Tenerla de nuevo en brazos colmó los sentidos de Martín. A Mariana, sentir su tacto la hizo perder de vista cuanto la rodeaba.

Hasta que aquella danza austriaca se puso de moda en los salones de baile de todo el mundo, lo habitual era que los bailarines solo se tomaran de la mano, para mantener la distancia. Con el vals, los cuerpos estaban juntos, se rozaban, se seguían, respiraban a la par.

Se aferró a Martín y él la estrechó más fuerte. Ella inspiró hondo al notar su recio agarre y sintió una debilidad cálida por dentro. Continuaron dando vueltas y vueltas alrededor de otras parejas sin dejar de mirarse, solos entre la multitud. Los corazones de ambos latían desaforados. No podían expresarse ni dar muestras de lo que experimentaban sus mentes y sus cuerpos, pero las yemas de los dedos de Mariana acariciaban con lentitud el hombro de Martín mientras él presionaba y apenas deslizaba los pulgares por la espalda de ella. Las respiraciones se hicieron cada vez más profundas y el tacto más apasionado.

Fue Mariana quien rompió el silencio.

—Dime que no estoy soñando, que eres tú, Martín.

—Creo que no, aunque a mí me lo parece también —susurró él—. ¡Mariana...! Ojalá pudiera besarte.

—Estoy temblando y siento que voy a desmayarme —jadeó estremecida.

—No lo harás porque yo te sujeto, *maitia* —dijo Martín sonriendo emocionado—. Tengo tantas cosas que decirte, *bihotza*... Se supone que soy el señor William Thackeray, ciudadano británico, por si alguien te interroga

—¿Quién? —preguntó Mariana confusa y abrumada por la presencia de Martín. Era él, su hermoso semblante, su cuerpo grande y conocido y su maravillosa voz.

—No puedo contártelo ahora, pero te di mi palabra de que vendría a buscarte y la he cumplido.

Ella sonrió con los ojos humedecidos y exhaló un suave gemido que provocó que Martín

suspirara.

—¡Dios, Mariana! Necesito tenerte a solas, pero debemos tener cuidado. Nadie puede saber que estoy en Sevilla.

Mariana comprendió que a él le ocurría algo, como ella sospechaba, y la angustia la hizo cavilar a toda velocidad. No podían hablar mucho, así que Mariana se explicó muy deprisa, intentando con todo su ser no expresar lo abrumada que se sentía.

—Saldré a la balconada que da al patio principal con la excusa de tomar el aire y ahí podremos hablar sin que nos espíen, pero tendrá que ser acompañada de mi amiga Luisa —dijo ella.

—¿Será seguro?

—No te preocupes, Luisa es de mi total confianza. Aguarda a que yo salga primero, será menos obvio. Espera un tiempo prudencial, coge una copa y sal tú también.

Martín asintió a la vez que la presionaba un poco más contra su pecho, disfrutando de aquellos instantes juntos. Ella notó su respiración pesada y se estremeció al recordar.

Él le miraba la boca, la suya estaba entreabierta. Después no pudo evitar admirar su generoso escote que realzaba más todavía el exuberante busto de Mariana. Martín apartó la vista, respiró hondo y emitió un inaudible: «¡Oh, Señor!».

Los esfuerzos de ambos por mantener la compostura, con todos los ojos del salón puestos en las parejas que bailaban, fue colosal. El vals terminó y se separaron, aunque el sensual brío de la danza aún bullía en ellos.

Martín tenía el cuerpo tenso. Le ardían las manos por haberla tocado otra vez y, sin darse tiempo a recuperarse de la gloriosa sensación de escucharla y estrecharla, se dirigió a la mesa en la que varios camareros servían copas sin cesar. Por el rabillo del ojo, divisó como Mariana se sentaba junto a su amiga y comenzaba a abanicarse.

—Emilio se ha quedado charlando con unos conocidos. ¿Estás fatigada?

—Es por el vals —suspiró Mariana intentando recuperar el resuello mientras en su escote el pecho lleno subía y bajaba agitado.

—¿Con quién ha bailado, querida? —preguntó la señora sentada a su lado.

—Con un extranjero. Creo que un inglés. El señor Thackeray.

—Los ingleses son un poco mano larga —comentó la mujer con intención.

Buscó a Martín con la mirada y lo ubicó en la mesa donde se servía el champán.

—Necesito un poco de aire. ¿Me acompañas, Luisa? —dijo Mariana con voz clara para que la escucharan las damas sentadas junto a ellas.

Luisa asintió, algo preocupada por su amiga, que ya se había levantado y respiraba con dificultad.

—¿Se encuentra bien? Está muy sofocada —preguntó la señora de al lado.

—Es por estos nuevos corsés que se han puesto de moda y esta máscara —dijo deshaciendo la lazada que mantenía el antifaz atado a su cabeza—. Apenas puedo respirar. Y creo que estoy algo mareada de tanta vuelta.

En ese momento llegó doña Ana y les cortó el paso a ambas. Mariana vio como en aquel instante Martín se bebía la copa de un solo trago sin dejar de observarlas.

—Hija, ¿te encuentras bien? Pensaría que estás al borde del desmayo si no fuese porque tienes color en las mejillas.

—No me encuentro muy bien, madre, y voy a tomar un poco el aire con Luisa a ver si se me pasa.

Doña Ana le puso la mano en la frente.

—¡Estás ardiendo!

—Es que hoy ha hecho mucho calor, estoy en esos días y ya sabe que suelo encontrarme mareada —mintió bajando la voz.

—Lo dicho, estos bailes modernos no son buenos —remarcó la señora entrometida.

—Se le pasará si sale, doña Ana —dijo Luisa.

La madre de Mariana torció el gesto y se acercó a su hija.

—Me han dicho que has estado bailando con un caballero extranjero. Ten cuidado con lo que haces. Ahora todo el mundo sabe que eres una mujer casada y esta vez el escándalo sería imperdonable —le cuchicheó doña Ana al oído.

Mariana no contestó a su madre y tomó a Luisa del brazo para dirigirse a la balconada que rodeaba el salón de baile. Pasó al lado de Martín, que ya iba por la segunda copa de champán.

Las piernas le temblaban de verdad al cruzar la estancia. Cuando alcanzó el exterior, saludó a varios invitados que había abandonado el salón de baile para deleitarse con el aire nocturno que, aunque cálido, era menos agobiante que el ambiente del interior de palacio, lleno de gente e invadido por el humo de las velas. Se alejó lo más posible del gentío que pululaba por la galería mientras charlaba y disfrutaba de un refrigerio.

—Luisa, no he bailado con ningún extranjero ni estoy indispuesta. Me encuentro perfectamente. Te he traído aquí para citarme con Martín —susurró.

—¿Con tu esposo? —preguntó su amiga extrañada.

—Era el enmascarado que ha bailado conmigo.

—No entiendo nada, Mariana.

—Está en un apuro. Nadie debe saber que se encuentra en Sevilla, pero tengo que verlo y hablar con él. ¿Me prometes que guardarás el secreto? —dijo aferrando las manos de su amiga.

—¡Claro que sí! —asintió Luisa que disfrutaba del emocionante giro que habían tomado los acontecimientos.

—¡Mira, ahí está! —dijo al ver cómo Martín se acercaba a ellas.

Mariana hizo un gesto para que las siguiera hasta un lugar alejado de las miradas, tras una columna que sustentaba la galería, al abrigo de las sombras y ya sin las máscaras.

—Mariana... —susurró tomándola de la mano con fuerza.

—Martín, esta es mi amiga Luisa Sánchez Romero, señora de don Emilio del Valle. Luisa, mi esposo, don Martín de Izurza

—Señora... —saludó él con una elegante reverencia, a la que la joven respondió con una ligera genuflexión.

—Encantada de conocerlo —sonrió Luisa, admirada del gran porte del esposo de su amiga —. Voy a alejarme para que podáis hablar con un poco de intimidad, pero estaré aquí al lado por si viene alguien y tengo que acercarme.

—Gracias —dijo Mariana y, emocionada, la besó en la mejilla.

En cuanto Luisa se hubo alejado unos pasos, Martín y Mariana se relajaron.

—Estás... preciosa —susurró él contemplándola embobado.

—¿Qué ocurre, Martín? Miren me escribió y me dijo que te habías marchado de Durango y que no sabían de ti. Solo me refirió que tu tío estaba muerto, pero nada más. ¿Por eso te escondes? —le apremió ella.

—Mariana, me buscan por asesinato.

—¿Por lo que ocurrió con aquellos dos hombres de tu tío?

—No, *bihotza*, porque creen que maté a mi tío, pero no es verdad.

—¿Cómo?! —exclamó Mariana intentando no elevar el tono de voz.

—Por eso he tardado tanto en llegar y me oculto.

—Si mi padrastro lo supiese, no dudaría en entregarte a las autoridades.

—Lo suponía. Por eso no me he presentado ante tu familia todavía —resopló acariciando las manos de Mariana.

—¡No debiste correr este riesgo y venir, Martín! —gimió ella.

—Deseaba tanto verte, Mariana... ¡Te necesito!

—¡Y yo! —exclamó aferrando las manos de Martín. Todo su cuerpo clamaba por abrazarse a él.

—¿Dónde podemos estar a solas, *laztana*? —suspiró él, desesperado por tocarla.

—Déjame que piense.

Ambos escucharon unas voces que se acercaban y se soltaron con el corazón latiéndoles con fuerza en el pecho. Hasta ellos llegaba la música del baile. Luisa se acercó enseguida para servirles de carabina.

—He salido con la excusa de que me encontraba mareada. Volveré al baile y diré que estoy indispuesta y que debo retirarme a mi alcoba. Escúchame bien —dijo Mariana mientras Martín asentía—, mi cuarto está en el tercer piso. Es el del fondo del pasillo de la derecha. Sube por la

escalera. En el pasillo, junto a la puerta, hay un asiento horroroso de no sé qué siglo y un cuadro igual de feo. Aguarda a que comiencen a irse los primeros invitados. Hay mucha gente y nadie se percatará de que ya no estás. Te estaré esperando.

En ese momento Luisa, que estaba junto a Mariana, bajó el rostro ruborizada. Martín suspiró con fuerza e hizo un último asentimiento.

—Tocaré tres veces a la puerta para que sepas que soy yo —dijo mientras Mariana afirmaba con la cabeza.

Justo antes de que Luisa comenzara a caminar de vuelta al salón de baile, en un giro fortuito, las manos de Martín y de Mariana se rozaron y por un instante entrelazaron los dedos antes de volver a separarse.

Capítulo XXXIII

No fue difícil conseguir que la disculparan por sentirse indispuesta. Solo doña Ana se molestó un poco con ella, aunque, desde la conversación mantenida acerca del padre de Mariana, su madre parecía menos dispuesta al enojo constante. Luisa insistió en acompañar a su amiga, que corría el riesgo de desmayarse. Nada más salir del salón, se abrazaron emocionadas.

—No sé cómo agradecerte esto. Martín está en problemas. Ya te lo explicaré. Es por culpa de su tío. ¿Recuerdas que te hablé de él? —dijo Mariana.

—Sí —asintió su amiga—. Os ayudaré en todo lo que pueda, cuenta conmigo. Por cierto, tengo que confesarte que tu madre me pidió que no te perdiese de vista.

—Ahora no quiero pensar en mi madre —inspiró Mariana—. Estoy tan nerviosa, Luisa...

—No me extraña —rio ella. La acompañó hasta las escaleras mientras cuchicheaba a gran velocidad—: Me habías dicho que Martín era apuesto, pero no pensé que tanto. Tiene un rostro muy varonil, una voz muy hermosa, como tú dijiste, y parece tan impetuoso... ¡Es altísimo comparado con mi pobre Emilio, que no mide medio metro! Y tiene las manos más grandes que he visto jamás.

—Tiemblo solo de pensar que estaré con él de nuevo —sonrió Mariana.

—¡Ay, Mariana! Me alegro tanto de que volváis a estar juntos... —susurró su amiga con complicidad—. Ya sabes que siempre me han gustado los amores de los folletines y todo esto me parece tan romántico y emocionante...

Luisa suspiró y Mariana sonrió con cariño. Las dos amigas volvieron a abrazarse y se despidieron en los primeros peldaños de la escalera.

Mariana subió cada escalón sintiendo como si el corazón se le fuese a salir del pecho a cada paso que daba. Nada más alcanzar su dormitorio, atrancó la puerta tras de sí y, apoyada en ella, cerró los ojos, respiró hondo y emitió un quejido de dicha.

Tuvo que aguardar a que la fiesta decayera un poco y, mientras lo hacía, se paseó nerviosa por el dormitorio y el cuarto de aseo, comprobando que Abeliñe hubiese dejado todo ordenado y en perfecto estado. El servicio personal habitual ya descansaba desde la tarde, en previsión del agotador trabajo que tendrían el día siguiente al baile.

El bullicio ya no era tan ensordecedor y comenzaban a escucharse los coches de caballos con los primeros invitados que dejaban ya el palacio. Sentada sobre la cama, permaneció atenta a cada ruido, intentando captar el sonido de unos pasos sobre las losas del pasillo o la presencia de alguien al otro lado de la puerta. Así pasó un rato sin que ocurriera nada. El corsé se le clavaba en los costados y la criolina le impedía sentarse con comodidad, así que se tumbó en la cama

resoplando de impaciencia. A medianoche, oyó un sonido y se incorporó al instante. Alguien tocaba a la puerta con mucha suavidad. Aguardó el segundo toque ansiosa y después vino el tercero. Al escucharlo por fin, corrió a abrir y Martín entró, cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo antes de tomar a Mariana en sus brazos. La estrechó con fuerza y la elevó del suelo. Ella gimió, apresada entre sus fuertes brazos, mientras Martín susurraba su nombre y la besaba sin cesar en los labios, la cara, los ojos, mientras enredaba los dedos en su pelo y deshacía su peinado.

—Por fin... —gimió él.

Mariana respondió a sus besos jadeando de necesidad.

—¡Tómame! —imploró ella a lo que Martín respondió intentando desvestirla con rapidez.

—¡Maldita sea! ¿Cómo demonios se suelta esto? —exclamó luchando contra multitud de cintas y corchetes.

Mariana rio y se puso de espaldas para que Martín lidiara con los botones, pero al ser diminutos se le resistían. Al final, entre jadeos y suspiros de impaciencia, él logró alcanzar el corsé y soltarlo, apremiado por Mariana, que al verse libre gimió con fuerza e hizo que Martín la girara para terminar de desvestirla.

—¡Deja las enaguas, no importan! —le apuró Mariana desesperada por tenerlo.

Ella se lanzó en sus brazos, él volvió a cogerla y enterró la cabeza entre sus pechos para, con fogosas caricias y besos urgentes, posarla sobre un secreter.

—No voy a poder ser caballeroso, *bihotza* —jadeó mientras se quitaba la levita.

—No lo seas, no hace falta —dijo Mariana aferrándose a él ansiosa.

Sabía a champán y olía de maravilla. Mariana lo apremió soltándole los pantalones y rodeándolo con sus muslos.

Se unieron aún vestidos y sin miramientos. Martín la tomó con tanto ímpetu que Mariana se clavó algo punzante en una de las nalgas y gimió de dolor.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Martín interrumpiendo sus embestidas asustado.

—No, no, es que me he hincado algo en el trasero —dijo removiéndose sobre el escritorio diminuto.

—Perdóname, *bihotza*. Tenemos una cama y estas prisas... Soy un bruto —dijo e hizo que sonriera. Después la besó despacio para cogerla en brazos y llevarla hasta el lecho.

No la tumbó, la dejó de pie junto a la cama y, más sereno, la contempló mientras le acariciaba las mejillas durante un rato, absorto en cada detalle del rostro de Mariana. A ella le temblaban las piernas.

—Estás pálida pero preciosa —susurró embelesado y respiró con fuerza.

—Es que aquí no salgo apenas a la calle por el calor. Solo voy a misa por las mañanas y doy un paseo al atardecer, con sombrero o bajo la sombra —explicó Mariana.

—En la montaña tenías siempre las mejillas sonrosadas —dijo y le mordió un carrillo con delicadeza.

Aquella sensación de sus dientes en la carne estimuló todavía más a Mariana. El quejido que exhaló hizo sonreír a Martín, que la besó en el cuello, lo que provocó que ella se estremeciera de necesidad.

—Me estás torturando —dijo al notar como le soltaba el cabello y se lo dejaba caer por la espalda.

—No, *laztana*, te estoy disfrutando. Llevo tanto tiempo sin ti... Mejor así, despacio... —jadeó mordisqueándole la nuca con suavidad.

Mariana tembló de placer a la vez que asentía, pero no lograba soportar el hambre que la intensa irrupción de Martín le había dejado en las entrañas y decidió apremiarlo. Para ello, resolvió desnudarlo del todo, empezando por el corbatín. Desató la lazada muy despacio y deslizó la tela alrededor del cuello hasta desenredar la única vuelta. Lo dejó caer al suelo mientras él la miraba abrumado, sonrojado y encendido por el deseo. Después, le soltó y quitó el chaleco, desabotonó la camisa y se la sacó por la cabeza. Al hacerlo, Mariana lo acarició, lo que erizó el vello del pecho y el vientre. Martín suspiró y cerró los ojos cuando ella rozó sus caderas y alcanzó su miembro rígido con los dedos.

—Te quiero tener desnuda —susurró tocándola un pecho mientras le quitaba las enaguas y, por último, la saya.

El roce de la tela en sus pezones la hizo emitir un quejido que animó a Martín a acariciarlos y chuparlos con avidez. Sin soltarse, se fueron acercando al borde de la cama para tumbarse. Se besaron estrechándose con fuerza mientras sentían la piel desnuda del otro, respirando agitados.

Redescubrieron la forma de sus cuerpos con mucha calma, como si estuviesen conociéndose de nuevo. Se acariciaron con las manos, los labios, la lengua, hasta no poder más de ganas, con la música que llegaba del baile y los acompañaba.

—Lo confieso, soy adicto a ti, a tu sabor y a tu aroma —susurró deslizándole las yemas de los dedos por el vientre y acercando su nariz al suave vello del pubis.

Ella gimió con fuerza al notar la incursión de los dedos de Martín en su interior.

—Ahora... Quiero tenerte ahora... —Mariana le rodeó de nuevo con los muslos temblorosos y lo sintió entrar en ella.

Al penetrarla, Martín liberó un hondo quejido de dicha sin dejar de mirarla. Mariana emitió un grito ahogado y se abrazó a él. A partir de ese momento ya no pararon de mecerse juntos como solo ellos dos habían aprendido a hacerlo.

Se necesitaban tanto que no tardaron mucho en alcanzar aquel glorioso estado de gracia que los llevaba al éxtasis. Ambos se rindieron a la vez y cesaron de moverse para temblar abrazados, respirando el aliento del otro.

Mariana se sintió tan aliviada que emitió un dulce sollozo que hizo a Martín envolverla con su cuerpo y acunarla con una ternura infinita.

—¿Estás bien, *bihotza*? —preguntó.

—Mejor que nunca —sonrió ella—. ¿Y tú?

—Yo estoy en el cielo. Tú eres mi cielo, Mariana —le susurró al oído.

Ella dejó que él continuara abrazándola mientras pensaba en los meses pasados.

—Martín... ¿Por qué no me escribiste para hacerme saber algo de ti?

—¿Creíste que no vendría a buscarte?

—No, no es por eso. Siempre supe que lo harías.

—La verdad, *maitia*, es que llevo un tiempo escondido de las autoridades. He dormido en los bosques, alejado de los caminos desde la primavera, y me he dado cuenta de que solo soy un hombre violento propenso a la venganza, Mariana. He tenido que matar para llegar hasta ti.

—Entonces, yo también soy violenta y vengativa, cómo tú, porque también he matado y no lamento lo de tu tío —dijo acariciándolo—. ¿Qué ocurrió?

—Me utilizó una vez más para recabar apoyos y dinero para sus fines y cuando no le serví decidió deshacerse de mí. Me citó en su casa y buscó que yo luchase contra él.

—¡Te lo dije! ¿Cómo lo hizo?

—Discutimos. Me confesó sus deseos hacia ti de un modo soez —dijo Martín abrazando a Mariana con fuerza—. Sabía que yo le respondería. Lo reté y él aceptó. Cuando fui a enfrentarme a mi tío, ya estaba muerto. Uno de sus esbirros me encontró junto a su cadáver y llamó a sus hombres. Él tenía razón; Pedro de Izurza me había entrenado bien y acabé con ellos. Fue una lucha cuerpo a cuerpo. Pelearon, pero fui más fuerte o más rápido. Tenía que vencerlos para regresar contigo. No tuve otra opción, nunca me hubieran dejado escapar con vida. Varios de mis hombres me ayudaron a huir y solo se me ocurrió pedir socorro a mi amigo William Thackeray. No quise involucrar a los Mendiola, por eso no pudieron decirte nada.

—¿Tienes alguna sospecha de quién pudo ser?

—Mi tío hizo tantos enemigos en vida que podría haber sido cualquiera.

Mariana besó a Martín en el pecho.

—Pero alguien podrá testificar a tu favor. Tiene que haber alguna prueba de lo que tu tío hizo durante la guerra y de que tú no fuiste el asesino.

—La hay de lo primero. ¿Recuerdas la mujer que viste con él el día de nuestra boda?

Ella asintió.

—Era una de sus amantes: doña Paquita, viuda de Telmo Larrañaga, un industrial de las armas de Eibar. Mi tío ya no la frecuentaba como antaño porque tenía una nueva amante en Elorrio. Ella se enteró y, despechada y deseosa de vengarse, me prometió las pruebas de sus negocios ilícitos. Sabía de todos sus manejos porque él utilizaba una de sus casas para reunirse

con los compradores de su contrabando. Yo mismo vi los pagarés y la firma de mi tío en ellos. Con su testimonio lograré demostrar que yo no participé en el contrabando. El único problema es que, a cambio, me pide una importante suma de dinero que no poseo.

—¡Maldita sea! —exclamó Mariana.

Martín sonrió al escuchar a su esposa maldecir.

—No pude venir antes, *bihotza*, aunque eras lo único en lo que pensaba cada día. Te echaba tanto de menos... —suspiró recorriendo el cuerpo de Mariana con sus manos.

—Yo también. Había días que no podía soportar tu ausencia —jadeó.

—Mi pequeña y dulce Mariana... Te pido perdón.

—Para mí fue difícil, no lo voy a negar. Tuve que soportar a mi madre, sus críticas, las miradas de todos de nuevo, el control. Si sonrío, porque sonrío y, si no lo hago, porque no lo hago; todo es así en esta casa. Además, he descubierto acontecimientos en la vida de mis padres que desconocía. Mi padre no era quien yo pensaba. Eso y el no saber nada de ti... He tenido que contar solo con mi fe en tu palabra, pero veo que tú lo pasaste peor —dijo ella acariciando el vientre de Martín—. Estás más flaco y eso es porque has sufrido penurias.

—Siento que te he hecho padecer mucho desde que estás conmigo —resopló él con dolor.

—Escúchame, Martín de Izurza: pasaría una y mil veces por todo lo que hemos vivido juntos —dijo ella muy seria—. Pepa, en su lecho de muerte, me dijo que aquellos meses con Bittor habían sido los mejores de su vida, y lo mismo ha sido para mí todo este tiempo que hemos compartido.

—Mi tío me dijo una gran verdad justo antes de morir: soy un soldado, y un soldado que no lucha no es nada. Ahora no tengo nada, mi vida. Ni nombre ni casa ni fortuna.

—Tienes tu palabra y es más valiosa para mí que cualquier otra cosa en el mundo.

Martín la atrajo hacia él con fuerza y volvieron a amarse. Se exploraron hasta acabar bañados en sudor, en un silencio tan solo roto por las respiraciones entrecortadas del ardor que compartían.

El baile continuaba y hasta el dormitorio de Mariana llegaban los ecos de la fiesta. La noche era muy cálida. Desde el enrejado balcón abierto de su habitación se divisaba un retazo de cielo cuajado de estrellas. Ella se inclinó sobre Martín para besarle y sus cabellos le rozaron la cara, lo que provocó su sonrisa. Estaba sudoroso y el vello suave de su duro vientre sabía a sal. Al sentir los labios de Mariana surcando su cuerpo, suspiró con fuerza. Él le acarició el rostro, el cuello y los pechos, y ella emitió un ruido de pura satisfacción al sentir como le atrapaba uno de los pezones con la boca.

—Me moría por tenerte otra vez —dijo Mariana, y él la miró de una forma que le erizó toda

la piel del cuerpo y la hizo sentir que ardía de nuevo.

—Has sido mía desde que te conocí hasta este instante, pero también yo soy todo tuyo, *bihotza* —susurró ronco y sin resuello.

—Maldito Izurza... —jadeó Mariana sin dejar de acariciarle con los labios el pecho, el abdomen, mientras se aferraba a sus manos para cabalgar encima de él.

Durante aquella agotadora madrugada, Martín se quedó dormido unos minutos, exhausto en brazos de Mariana. Al despertar, suspiró satisfecho y la boca grande y hermosa se le curvó en un gesto dulce mientras sus ojos se encontraban con los de ella, que lo observaba maravillándose de lo bello e inofensivo que se veía dormido.

Se despezó haciéndola sonreír. Ella no había logrado ni tan siquiera sentir sueño. Tenía los nervios a flor de piel por la presencia de Martín y estaba atenta a cada uno de sus movimientos, gestos o palabras, que ahora le parecían preciosos.

—No me dejes dormir más, *bihotza*.

Mariana se percató de por qué lo decía al intuir las primerísimas luces del alba en el balcón y se puso triste. Él se dio cuenta y la atrajo hacia su cuerpo para rodearla con sus brazos, pero ninguno de los dos quiso mencionar la cercana despedida que se avecinaba al hacerse de día.

—Háblame de tu amigo, el señor Thackeray.

—¿De William? Pues es inglés y lo conozco desde que éramos unos críos. Su padre entabló amistad con el mío en la guerra contra los franceses. Después vino a Bilbao a hacer negocios con sus porcelanas inglesas y se trajo a su familia. William estudió conmigo. A los ocho años tuve que salvarlo porque cayó a la ría y no sabía nadar. Esa fue la primera vez. La segunda fue años después, durante el asedio a Bilbao. Teníamos orden de fusilar a todos los extranjeros que hiciésemos prisioneros. En una emboscada apresamos a varios viajeros y entre ellos estaba William. Por supuesto, lo ayudé a escapar. Supe por sus cartas que se había instalado en Sevilla con su fábrica de lozas finas y él ha sido quien me ha permitido suplantar su identidad para estar aquí contigo —dijo y besó a Mariana—. Estoy alojado en su casa, me ha prestado a su sastre y hasta me ha ayudado con el vals.

—Y con el pelo y tu barba —rio ella acariciándosela.

—Sí, tiene un buen barbero que dice que ahora se lleva así, que mi barba era de menestero y no le faltaba razón. Cuando llegué a Sevilla, hace unos días, lo era y, en realidad, lo sigo siendo, Mariana. No tengo nada, y menos con qué pagar los pasajes para América.

—Yo también tengo algo que decirte —dijo Mariana incorporándose mientras Martín aguardaba sus palabras expectante—. Mi hermano ya no va a ser sacerdote. Perdió su hacienda jugando a las cartas y se ha casado porque dejó encinta a una muchacha criolla muy acaudalada.

Es mi hermano y lo quiero, pero eso no significa que apruebe su conducta. Es más, me parece un auténtico cretino. Lo conozco y sé que nos acogería en su casa de Mérida, bueno, la de su esposa, pero ya no hay tierras ni hacienda ni nada. Bastante que no le han pegado dos tiros por mentecato.

—Vaya... No contábamos con esto, ¿verdad? —dijo Martín pensativo—. Pero debo abandonar España, *bihotza*. Tarde o temprano darán conmigo y terminaré con mis huesos en prisión. William se ha ofrecido a prestarme el dinero de los pasajes, pero esto cambia las cosas.

—Sí, las cambia mucho. Necesitamos contar con algún capital para subsistir allí.

El baile estaba finalizando y cada vez quedaban menos invitados en el hogar de los Osuna. La casa estaba rodeada de conventos y otros palacios y, desde el balcón de hierro forjado de Mariana, se oían las campanas a maitines, el arrullar de las tórtolas y el chisporroteo del agua de las fuentes y surtidores de los patios. También se contemplaban los tejados de las casas colindantes y de las cúpulas de las iglesias. Al dormitorio llegaba el denso perfume de jazmines que trepaban por las paredes de la casa.

Martín se levantó y se acercó a una jofaina para echarse agua por el cuello y mojarse la cara, el pelo y el pecho. Mariana lo contempló desde la cama y admiró su musculoso cuerpo desnudo. Sintió todavía una punzada de deseo en el vientre. Después, él se acercó al balcón en busca de un poco de aire. Ella lo siguió, lo rodeó con sus brazos y posó los pechos en su espalda.

—Estoy sudando —se disculpó.

—Lo sé y no me importa —dijo pasándole la punta de la nariz por la espina dorsal. Recogió las gotas de agua mezcladas con sudor con la lengua y le provocó un hondo suspiro.

Martín se giró para abrazarla y oler su pelo y su piel.

—Hueles tan bien...

—Es por el jabón de rosas. ¿Te gustaría bañarte? Te refrescarías.

—Pero tendríamos que llenar la bañera nosotros solos y en estas circunstancias sería complicado, *maitia*.

—No hace falta, tenemos agua corriente en casa.

—¿En serio?

—Ven —dijo tomando su mano para conducirlo a un cuarto contiguo al dormitorio, donde una bañera inmensa presidía la estancia.

—Es mi sala de baño. Solo para mí.

Martín se maravilló de aquella recámara decorada con azulejos de colores, que parecía sacada de *Las mil y una noches* y que contenía todo lo necesario para un relajante baño frío o caliente. Enseguida presenció con absoluta sorpresa cómo la tina se iba llenando gracias a un

grifo que dispensaba agua fresca desde la pared.

—¿Qué milagro es este? —susurró maravillado.

—En Sevilla es muy habitual tener agua en las casas y el baño como ritual. Echamos sales, aceites, y así nos perfumamos la piel. Supongo que estas costumbres provienen de la época musulmana. Hay una cultura del agua. Sevilla está llena de pozos, albercas, manantiales y acequias, en todos los patios hay un surtidor, una fuente, un aljibe y en cada callejuela hay un antiguo baño que los árabes llamaban *hamán*.

—Es cierto, nada más llegar fue lo primero que hice: acudir a una casa de baños para quitarme la suciedad del camino y el calor. Los hay por todas partes. Aquí apetece mojarse mucho más —sonrió él.

—El baño es un proceso, un ritual. Ahí tienes jabón de olor y toallas, cógelas y dame también ese aguamanil —le dijo invitándole a entrar con ella en la bañera.

Martín así lo hizo.

—¡Oh, Dios santo bendito! ¡Qué fresca está el agua!—resopló sentándose y cerrando los ojos. Mariana lo rodeó con las piernas y los brazos y él apoyó la cabeza entre sus pechos.

—¿No está muy fría? —dijo ella mientras le echaba agua por encima con ayuda del aguamanil.

—No, para nada. ¡Qué agradable! Creo que allí no le damos importancia al agua porque cae sobre nuestras cabezas todos los días. En esta semana que llevo en Sevilla no ha llovido nada y el sol es de justicia desde que sale hasta que se pone. No sé cómo podéis soportar el verano.

Mariana asintió acariciando su pecho.

—Estamos rogando que termine mientras que allí estáis deseando que comience —susurró enredando los dedos en el pelo de Martín, más corto de lo habitual.

—Por cierto, acabo de acordarme de Abeliñe. ¿Qué tal está? —preguntó él.

—Adaptada por completo a la vida en Sevilla. Le encanta —sonrió Mariana

—Miren y Anselmo pueden estar muy orgullosos de ella.

—Así es. Les echo mucho de menos. Añoro el caserío, ¿sabes? Y las montañas donde vive Mari, las canciones y los bailes y hacer el talo. Y hasta aquella lluvia fina tan persistente —rio.

—¿A pesar de este lujo? —señaló Martín chapoteando con los pies en la bañera, lo que esparció el aroma del agua perfumada.

Mariana asintió.

—¿Cómo se le dice en tu lengua a estar juntos?

—¿A tenernos? Hay varias formas. Por ejemplo, *txorta egin*, que significa algo parecido a «hacer gotas», que sería como sudar.

—Las hemos hecho —rio Mariana.

—Sí, *bihotza* —dijo él girándose para besarla—. Pero hay otra que es *larrua jo*, «darle a la

piel».

—Qué bonito —susurró ella sobre su boca.

—Y *untzea jo*, una expresión que no deben usar las damas y que quiere decir «golpear el clavo».

Mariana comenzó a reírse, pero dejó de hacerlo al sentir los primeros sonidos de las labores de los criados.

—¿Y qué fue lo que me dijiste en el muelle, en Bilbao, la primera vez que me viste? —preguntó.

Martín le susurró al oído:

—*Inoiz ikusi dudan gauzarik politena zara, neskatzo.*

—¿Qué quiere decir?

—«Eres lo más bonito que he visto nunca, chiquilla», como decís los sevillanos.

Capítulo XXXIV

El sol comenzaba a asomar cuando ambos secaron el cuerpo del otro despacio, con caricias, venerándolo como algo sagrado.

—Me das la vida, *bihotza*, pero también me la quitas. Estoy famélico y creo que voy a morir de hambre y de placer. Y no por ese orden —sonrió Martín secando el pelo de Mariana con la toalla.

—Los criados ya se han levantado y están a sus tareas. Puedo llamar a Abeliñe para que me traiga el desayuno. Hoy no me atenderá a la hora habitual para dejarme descansar, pero si la aviso vendrá —dijo y señaló la anilla del sistema de llamada que conectaba con la zona de servicio haciendo dudar a Martín.

—No, mejor que no me vea de momento.

—O puedo escabullirme hasta las cocinas, a ver qué puedo conseguir.

Él la besó con ternura asintiendo.

Mariana se puso un camisón y una bata de seda y bajó sigilosa hasta la zona de servicio. Por el camino encontró un batallón de criados que no repararon en ella, atareados en recoger y limpiar todas las pruebas de que en el palacio de los Osuna se acababa de celebrar un baile. El servicio extra, contratado solo para la fiesta, estaba a punto de concluir su jornada, pero las doncellas y lacayos personales tenían orden de dejar descansar a sus señores.

Sobre las encimeras de las cocinas reposaban los restos de los alimentos que se habían servido a los invitados en el moderno bufé a la francesa que se había ofrecido durante el baile y que consistía en colocar las viandas en bandejas sobre un aparador para que cada invitado se sirviera a su gusto en un platillo.

Mariana dio los buenos días, fue saludada por las cocineras y notó como le rugían las tripas al coger un par de platos que llenó de jamón y gambas de Huelva, quesos y fiambres, ensalada de frutas y pastelillos glaseados. También se agenció una jarra con chocolate caliente.

Salía de la cocina con una bandeja repleta cuando se topó con doña Ana. Nada más verla dio un respingo que casi le hizo tirarlo todo

—¿A dónde vas con tanta comida tan temprano, Mariana? —preguntó su madre.

—Buenos días. Es que me he despertado con un hambre... Ayer, con la indisposición, no cené nada. ¿Y usted? ¿Qué hace aquí, en las cocinas?

—No podía dormir por el calor. Vengo a por una tisana —se excusó doña Ana—. Ya te encuentras mejor por lo que veo. Ten cuidado no te vayas a empachar.

Ella asintió y salió con premura de vuelta al dormitorio.

Martín no abrió de inmediato, lo que puso muy nerviosa a Mariana, que tuvo que tocar a la puerta con contundencia. Él apareció desnudo, con cara somnolienta y una espléndida sonrisa que se ensanchó hasta límites insospechados al ver las exquisiteces que traía Mariana.

—Me había quedado traspuesto. ¡Dios! ¡Menudo festín! ¡Ahora te quiero muchísimo más, *bihotza*! —exclamó cogiendo la bandeja.

Mariana le dio un beso en la mejilla y se recostó junto a él en la cama.

Dieron buena cuenta de todo enseguida y, tal vez, aquella felicidad que sentían y la falta de sueño, como si fuese una borrachera, no les dejó advertir que no habían echado el cerrojo hasta que fue tarde.

Estaban prodigándose caricias y besos con sabor a chocolate cuando la puerta se abrió de pronto y entró doña Ana en bata. Martín se levantó de la cama de un salto y se percató de que estaba desnudo cuando la madre de Mariana dirigió la mirada hacia sus partes pudendas.

—¡Madre! —Mariana se incorporó también.

—Supongo que este es el famoso capitán Izurza —dijo doña Ana levantando una ceja.

—Señora... —saludó Martín con voz profunda tapándose los genitales con las manos.

—Señor Izurza... —La madre de Mariana habló muy seria—. Me hubiese gustado haberlo conocido en otras circunstancias, y con ropa, pero ya que no ha sido así, le agradecería que se pusiera algo encima antes de que continuemos con esta conversación.

—Discúlpeme. —Martín recogió su ropa con rapidez y pasó al cuarto de aseo ruborizado.

—En cuanto a ti, Mariana, creo que merezco una explicación de por qué tu esposo se encuentra en palacio, en concreto en tu dormitorio, sin haber sido presentado de forma adecuada.

—Es largo de explicar, madre.

—Tengo todo el día —suspiró doña Ana.

—Lo importante es que Martín ya está en Sevilla.

—De cuerpo presente. Acabo de darme cuenta —respondió doña Ana con ironía.

—¿Está usted sonriendo? —preguntó Mariana al ver una ligera curvatura en los labios, casi siempre apretados, de su madre.

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella intentando mostrarse ofendida.

—Martín suele ser mucho más caballeroso.

—Lo doy por hecho. He investigado un poco las andanzas de tu esposo y he de decir que procede de una familia vizcaína muy respetable, a pesar de lo que acabo de contemplar.

En ese momento apareció Martín en camisa de etiqueta y pantalones.

—Señor Izurza, tal vez usted pueda explicarme por qué nos hemos conocido de una forma tan poco... apropiada.

—Lo lamento mucho. Mi única excusa es que no pude esperar para dormir con mi esposa después de meses separados.

Mariana carraspeó sonrojada.

—Bueno, al menos es usted sincero —asintió doña Ana—. Quiero que sepa que no apruebo nada de lo que ha hecho mi hija. Ni su matrimonio apresurado, que se pareció más a un rapto, ni el modo en que conduce su vida desde que está con usted, pero me gustaría escuchar lo que tiene que decirme.

Su hija la contempló sorprendida.

—Pues verá... No soy un hombre adinerado. Ahora mismo solo tengo algo de valor en mi vida y está aquí con nosotros; se llama Mariana. Mi esposa lo es todo para mí, estoy muy orgulloso de ella y usted debería estarlo también. Es una mujer valiente, sincera, alegre, graciosa, bondadosa... y eso denota que fue criada como es debido.

—No hace falta que me adule. Prosiga —pidió doña Ana.

—Además, no se conforma, por eso la amo tanto. Es mi camino, mi bendición, mi corazón, y ella lo sabe. Pero no sabe que, aunque se casó conmigo para librarse de su compromiso con otro hombre y lograr su libertad, yo ya la amaba entonces, pero aún no estaba preparado para abrirte mi alma, *laztana*. No sabía que iba a ser de mí hasta que tú me encontraste y no sé si te merezco —dijo mirando a Mariana con pasión—. Desde entonces no he dejado de pensar en su hija ni un solo día y quiero pasar el resto de mi existencia con ella y que tengamos muchos hijos juntos. Y eso es todo cuanto tengo que decirle, señora.

Doña Ana se quedó callada unos segundos al ver cómo los ojos de Mariana se llenaban de lágrimas de alegría mientras Martín la observaba embelesado.

—Bonitas palabras, solo espero que sean ciertas y que mi hija no sea infeliz a su lado, porque he de decirle que con el amor, por desgracia, no basta.

—Le doy mi palabra de que no será desgraciada, si de mí depende —dijo Martín con voz suave y profunda—. Ahora, si no le importa, terminaré de vestirme.

Doña Ana guardó silencio y Martín entró de nuevo en el cuarto de aseo.

La madre de Mariana ya salía por la puerta cuando su hija habló:

—Madre, necesitamos su ayuda.

—¿Mi ayuda? Siempre has hecho lo que te ha dado la gana, hija. Tú nunca me has necesitado, y menos ahora que ya no eres una niña.

—¡Claro que la necesito! Necesito que no delate a mi esposo. No quiero ser rica ni tener una reputación impoluta o una gran posición social, solo quiero una vida con Martín y sin su ayuda no podrá ser.

Doña Ana alzó la palma de su mano derecha e interrumpió a su hija.

—Sé que a tu esposo le buscan las autoridades por asesinato. Conozco también las andanzas de su difunto tío. Durante la guerra se lucró con el contrabando, por lo que tengo entendido. —La madre de Mariana hizo una pausa—. No diré nada, pero tendrá que irse de palacio. Estando tu

padraastro aquí no puedo garantizar su seguridad.

—Y lo comprendo. Comprendo que le pongo en un compromiso, pero es que Martín solo luchó por su vida en legítima defensa. Es un buen hombre, madre, aunque usted ya no tenga fe en ellos. Él solo me prometió una vida mejor y, a pesar de Ignacio y de sus locuras, está dispuesto a cumplir con su palabra.

Doña Ana miró a su hija extrañada.

—¿Qué estás queriendo decirme? —preguntó alarmada.

—Queremos irnos a América, a México.

—¡No, de ninguna manera! Ya perdí a Ignacio, no pienso perderte también a ti. ¡Te lo prohíbo!

—Madre, usted y yo nunca nos hemos llevado bien, pero yo no sabía lo de padre. No me va a perder, pero, si Martín no pone tierra de por medio, lo apresarán y no sé qué será de mí entonces. Yo no puedo ni quiero estar sin él. Denos la oportunidad de ser felices, por favor —suplicó.

Doña Ana miró a su hija y ya no vio a la niña caprichosa y díscola a la que su padre consentía, que no la obedecía en nada y que tanto le recordaba a ella misma por su personalidad apasionada.

—No te culpo, te comprendo a la perfección. Es muy apuesto. Tiene ese aire entre pendenciero y un poco rudo que nos gusta tanto a las mujeres. Además, no puedo negar que su voz es un punto a su favor, a pesar del marcado acento que tiene de labriego vasco. Pero lo que lo hace tan bien parecido no es solo su físico, tan obvio, es que está loco por ti, solo hay que ver cómo te mira.

—Y encima piensa que soy graciosa —sonrió Mariana.

—Pues entonces es amor verdadero, porque nunca lo has sido, hija, las cosas como son.

Mariana rio entre lágrimas aceptando que su madre tenía razón en lo último.

—Él me quiere como soy, madre. No pretende cambiarme.

—Lo sé y me alegro —suspiró doña Ana bajando la guardia ante la mirada llorosa de su hija—. No sabes el coraje que me dio que te expusieras como lo hiciste. Pensé que eras otra lunática, como tu hermano. La decisión de casarte no vino de mí. Yo quería que te quedaras en Madrid con algún pariente durante un tiempo prudencial, pero la carrera política de tu padraastro era lo principal. Vivimos en un mundo dominado por los hombres. Ellos siempre son lo primordial. Deseaba a alguien que te mereciese, no quería menos para ti.

—¿Nos ayudará, entonces? —La pregunta que Mariana hizo con voz temblorosa quedó suspendida en el aire—. Estaré bien, madre.

Doña Ana aguardó en silencio unos instantes antes de contestar.

—¿Tiene tu esposo un lugar donde quedarse en Sevilla?

Capítulo XXXV

En las semanas siguientes, Mariana y Martín se ocuparon de disponer lo necesario para el viaje de dos meses a través del océano que hacía parada en las Islas Canarias antes de su destino final, el puerto de Veracruz. Doña Ana le había dado las alhajas del compromiso y la boda con su segundo esposo, unas joyas de mucho valor que detestaba porque, al llevar a arreglar el engarce de una de las pulseras, gracias al joyero descubrió que se habían encargado otras dos pulseras idénticas para diferentes mujeres de Sevilla.

Mariana vendió algunas por el oro, se quedó con las piedras preciosas como recurso una vez llegasen a México y mandó empeñar las demás al hijo del mayordomo, un lacayo que su madre le aseguró que era de su total confianza y que no iría contando chismes.

También escribió a la mujer que había sido una de las amantes del difunto don Pedro y que conocía sus negocios ilícitos, con la esperanza de que intercediera por Martín y entregara las pruebas que poseía sin extorsionarlo con aquella suma de dinero, que en un principio reclamó mientras el *jauntxo* vizcaíno aún estaba con vida. Mariana apeló al buen nombre y mejor corazón de doña Paquita, alegando que ya no debía temer por las represalias.

Por su parte, Martín, que ya había pagado los pasajes gracias a su amigo William Thackeray, aguardaba la fecha indicada para partir hacia las Américas en la casa que este tenía en el barrio del Arenal sintiéndose como un león enjaulado al no poder ver a Mariana.

El corazón del puerto de Sevilla se encontraba en los seiscientos cincuenta metros que separaban la almohade Torre del Oro del puente de barcas que unía el muelle con el arrabal del barrio de Triana. En esa zona, las dos orillas del Guadalquivir proporcionaban un kilómetro y medio de varaderos fangosos donde se apiñaban un enjambre de embarcaciones, las cuales se encallaban perpendiculares a esa la orilla para aprovechar mejor el espacio.

Frente al antiguo puerto de Indias, llamado la Puerta de América, que fue trasladado al puerto de Cádiz en 1717 por decreto del rey Felipe V, en la margen derecha, las casas de los pescadores de Triana llegaban casi al límite del agua, mientras que, en la orilla izquierda, las murallas de la ciudad distaban más de doscientos metros de la orilla. Esa explanada, cubierta por los viejos sedimentos del río, se llamaba el Arenal y daba nombre a uno de los barrios más populosos de Sevilla.

El agitado trajín portuario del barrio, ya recreado por Lope de Vega en su obra *El arenal de Sevilla*, albergaba almacenes, los edificios de las antiguas Atarazanas, el astillero de la ciudad, la

iglesia de San Jorge, el hospital de la Caridad y la Aduana. En el entorno también se situaban talleres de artesanía, como las herrerías o la Real Casa de la Moneda. Ese era el muelle donde los almohades desembarcaron las gigantescas losas chipioneras que cimentaron la Giralda.

Debido a las actividades del puerto y a la cercanía de la plaza de toros de la Maestranza, que estaba en construcción desde finales del siglo XVIII, abundaban las tabernas y mancebías donde marineros, pícaros y busconas se mezclaban con las capillas de las hermandades religiosas, los gremios de artesanos y mercaderes, soldados, frailes y toreros, que daban al lugar una asombrosa y extraña diversidad.

William Thackeray, amante de la vida nocturna y de la algarabía caótica de la zona, vivía en una casona de tres plantas con patio interior y cuadras junto a la capilla de la Pura y Limpia, ubicada en la calle Almirantazgo, al lado del Postigo del Aceite.

El barrio no era el más recomendable para que una dama se pasease sola sin compañía, pero Mariana se arriesgó y se reunió con Martín. Acudió en un carruaje cerrado, con una capota que le tapaba casi todo el rostro y acompañada de Abeliñe.

Tras el baile de los Osuna, a Luisa se le ocurrió que los esposos se citaran en la berlina para disponer de un poco de privacidad. Era el único lugar donde podrían hablar sin ser vistos a plena luz del día, tuvo que reconocer Mariana. La afición de su amiga a las novelas por entregas la había provisto de una imaginación muy viva en todo lo referente a escenarios románticos.

El coche paró en la plaza y Mariana hizo bajar a Abeliñe con la excusa de que necesitaba un recado en el mercado de abastos mientras ella hablaba con Martín. Nada más desaparecer la muchacha, él entró en el coche con una inmensa sonrisa que la contagió. Se besaron con lentitud al principio, pero pronto, el beso dulce y suave se convirtió en uno arrebatado que los dejó sin resuello.

Ninguno de los dos tuvo la intención, pero el recuerdo de la noche del baile no se les iba de la cabeza y cuando quisieron darse cuenta estaban desnudándose el uno al otro.

—No dejo de pensar en ti, *bihotza*. Saber que estamos en la misma ciudad y que no podemos estar juntos... —resopló mientras le acariciaba las corvas y le bajaba las medias de seda bordadas rozándole los muslos.

—A mí me pasa lo mismo —gimió Mariana soltándole la camisa para acariciarle el pecho.

—Es que... me hierve la sangre cuando te tengo cerca —jadeó Martín deslizándose una mano hasta alcanzar su ropa interior mientras le tocaba un seno con la otra.

—Y a mí —suspiró ella al notar cómo los dedos de Martín rozaban el vello entre sus piernas.

Lo que ocurrió después se quedaría grabado en su mente y la haría sonreír durante días.

Él no se detuvo ahí y continuó acariciándola hasta que la hizo temblar en su regazo. Para Mariana no fue suficiente. Cuando recuperó el aliento, contempló a Martín, que la miraba

embelesado, y se colocó sobre sus muslos.

Nadie en Sevilla se percató de que tras las portezuelas de aquel coche de caballos con las cortinillas bajadas, una pareja se amaba imprimiendo un extraño movimiento al traqueteo habitual del carruaje.

—Deberíamos haber quedado en una iglesia para que no ocurriera esto —jadeó Mariana sofocada.

—Francamente, creo que ni aun así, *bihotza* —susurró Martín sudoroso mientras intentaba acomodar su atuendo.

Ella le ató la corbata y él le ayudó con varias cintas y ojales. Mariana tenía las mejillas encendidas y Martín la encontró tan hermosa que la besó de nuevo con ímpetu. Ella le devolvió el beso y, al advertir el aroma especiado de su cuerpo y escuchar el modo en que pronunció su nombre, volvió a sentir un tremendo anhelo. Al notar como ella se apretaba contra su cuerpo y le enredaba los dedos en los cabellos la abrazó con fuerza. Estaban dispuestos de nuevo, a punto de dejarse llevar por aquella lujuria que los consumía, cuando Mariana recordó a su doncella y exclamó:

—¡Abeliñe! ¡Me había olvidado de ella!

En su segunda visita, de camino en el coche de caballos, no pudo evitar rememorar aquel encuentro hasta que Abeliñe interrumpió sus lujuriosos pensamientos.

—¿Qué? —preguntó Mariana saliendo de su arrobamiento.

—Que ya hemos llegado. ¿Se encuentra bien? Está encendida como una tea.

—Sí, sí, solo tengo calor. A pesar de ser septiembre, el calor aún aprieta —dijo Mariana algo avergonzada de sus propios pensamientos

Bajó del carruaje y tocó la puerta de la casa, situada en el barrio del Arenal. Fue el propio William quien abrió.

—¿Es la casa del señor Thackeray? —preguntó ella.

—Lo tiene delante, *milady* —respondió él con una franca y seductora sonrisa.

—*Good morning, mister Thackeray. I am Mariana de Ibarra and this is miss Abeliñe Mendiola, my personal maid* —dijo Mariana tendiéndole la mano.

—*A pleasure, miss Mendiola, lady Mariana* —saludó William Thackeray a Abeliñe, que se quedó muda al contemplar el porte del inglés—. Bienvenidas a mi casa.

William las hizo pasar a ambas con una respetuosa reverencia que dejó a la muchacha deslumbrada.

—¿Habla usted mi idioma? —preguntó William a Mariana.

—*A little bit*. Tuve una institutriz inglesa muy insistente —dijo ella.

—*What a wonderful surprise!*

En ese momento apareció Martín, que saludó afectuosamente a Abeliñe y tomó a Mariana

de la cintura para plantarle un beso que hizo sonreír tanto a la muchacha como a William.

William las condujo a un salón y les convidó a un refrigerio que consistió en limonada y una tarta que los sevillanos denominaban «torta inglesa». Cuando terminaron la merienda, amenizada con una charla ligera acerca de los gustos sevillanos, William se ofreció a enseñarle el patio a Abeliñe y contarle su teoría acerca de por qué aquella tarta tenía semejante nombre si era originaria de Carmona. En realidad, aquella fue una excusa para dejar a Martín y Mariana a solas durante un rato.

Nada más quedarse solos se aferraron sentados muy juntos.

—Deberías haberle dicho a Abeliñe que tenga cuidado con William. Es todo un donjuán.

—Déjala que se entretenga un rato.

—Prometimos a Miren y Anselmo velar por ella —rezongó Martín.

—Ya sé que te sientes responsable, cascarrabias, pero ya es una mujer y te puedo asegurar que muy lista —sonrió Mariana apretando las manos de Martín.

Él gruñó antes de besarla en los labios.

—Tengo una buena noticia y una mala, *laztana*. ¿Cuál te digo primero?

—La buena.

—Ya tengo los pasajes.

—¿Y la mala?

—La mala es que no partiremos hasta finales de noviembre.

—¡Faltan más de dos meses! No pensé que tuviésemos que esperar tanto tiempo. Llegaríamos en febrero —dijo Mariana decepcionada.

—Yo tampoco, *bihotza*. Según me han explicado, viajaremos en un bergantín mercante. Va con carga, por eso irá lento y en esas fechas se aseguran mejor clima para la travesía. Desde finales de noviembre hasta mediados de marzo es la mejor época del año para navegar por el Caribe, con meses más secos, con cielos soleados, poca lluvia y temperaturas muy agradables. Durante esta época los vientos alisios estarán mucho más establecidos, me han dicho. La flota abandonaba el litoral peninsular y empezaba su singladura entre Sanlúcar y Canarias, que se cubre en unos diez o doce días, dependiendo de las condiciones del mar. Después nos adentraremos en el Mar de las Damas. Se llama así porque se dice que hasta las mujeres pueden gobernar allí las embarcaciones.

Mariana puso los ojos en blanco.

—El viaje se hace entonces más monótono. La única distracción a bordo son los oficios religiosos.

—Pero estaremos juntos.

Martín la besó. Ella se sentó en su regazo y le rodeó el cuello con los brazos mientras él la estrechaba por la cintura.

—Saldremos de Sanlúcar —apuntó Mariana.

Él asintió.

—William nos ha conseguido tres pasajes en el bergantín-goleta de una compañía privada británica con socios bilbaínos y tripulación gaditana, que, tras pasar por las Islas Canarias atracará en el puerto de San Cristóbal, en La Habana, aunque antes hará escala en San Juan de Puerto Rico. Desde allí deberemos hacer transbordo a otro navío procedente de México y partir rumbo al puerto de Veracruz con escala en Campeche y después proseguir camino hasta Mérida por tierra. Será un largo viaje, *bihotza*.

—No importa.

—El problema es que cuanto más tiempo pasa, más peligro corro de ser encontrado.

—Aquí estás seguro.

—Lo sé, pero no puedo verte —resopló Martín apoyando la frente en la de Mariana—. Solo quiero una tierra que llamar nuestra y una casa con un lecho, *laztana* —susurró Martín acunándola en sus brazos mientras se besaban con lentitud.

—Y yo solo quiero dormir contigo todas las noches, aunque a veces no descansemos mucho —dijo Mariana, lo que hizo que Martín sonriera mientras la besaba con los ojos abiertos.

Al dejar la casa de William Thackeray, Mariana iba distraída pensando en cuando podría volver a estar con Martín, pero oyó el profundo suspiro de Abeliñe.

—¿Qué te ocurre, Abeliñe?

—Pues que había decidido que me quería casar con un sevillano por los requiebros que lanzan, pero ahora que he visto al amigo de don Martín, creo que prefiero a un inglés rubio y tan alto y buen mozo como el señor Thackeray, aunque no le entienda nada. ¿Qué fue lo que me dijo cuando nos saludó?

—Te llamó dama —dijo Mariana.

—Eso de que le llamen dama a una me gusta —concluyó la muchacha, lo que hizo reír a Mariana.

Capítulo XXXVI

Algunas noches, una sombra cruzaba el cielo nocturno sevillano y se encaramaba al balcón entreabierto de Mariana, el único de la casa que no estaba enrejado, trepando desde las ramas del inmenso ficus que crecía en una plazuela contigua al palacio de los Osuna hasta el emparrado que daba a su dormitorio.

A veces, ella ya estaba dormida y Martín solo se acurrucaba para descansar a su lado. Otras lo esperaba despierta y se amaban hasta el amanecer, que era cuando él desaparecía por las callejuelas blancas de vuelta a El Arenal.

Así pasaron dos largos meses y llegó el momento de partir. Para sorpresa de todos, Abeliñe había decidido irse con Mariana y Martín a México al saber que sus dos hermanos mayores, prisioneros durante la guerra, ya eran libres, estaban de vuelta en el valle de Achondo y se encargaban de nuevo de las tareas del caserío.

Mariana tuvo tiempo de despedirse de Luisa, que en un principio se enfadó con la noticia. El ir a perder a su mejor amiga le ocasionó un gran disgusto hasta que aceptó que la vida iba a separarlas una vez más, pero esta vez con felicidad y esperanza en que en el futuro volvieran a verse.

En aquellas semanas, Mariana también descubrió a una madre que no conocía y con la que limó asperezas. A su vez, doña Ana demostró a su hija que podía ser menos rígida en sus juicios y esta logró perdonar muchas cosas.

Faltaba pocos días para tomar el barco desde Sanlúcar de Barrameda cuando William Thackeray apareció en el palacio de los Osuna preguntando por Mariana.

No lo conocía mucho, pero se dio cuenta, a ojos vistas, de que el inglés estaba alarmado por algo. Mariana lo recibió en el salón un poco extrañada y lo presentó a su madre como amigo de Martín.

—Señor Thackeray, usted dirá a qué se debe su visita —dijo doña Ana, que convidó al invitado inesperado a sentarse en el salón principal frente a un té con limón que a William le pareció espantoso, pero que se bebió por cortesía.

—Sí, díganos, William —añadió Mariana.

—Vengo de parte de don Martín de Izurza, señoras. Créanme que lamento alarmarlas, pero he de decirles que su esposo y yerno se encuentra ahora mismo apresado. Unos agentes aparecieron en mi domicilio ayer por la mañana y se lo llevaron detenido. Durante la tarde procuré enterarme a dónde lo habían trasladado y puse en marcha algunas gestiones para intentar liberarlo, pero fue en vano.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Sabe si se encuentra bien? —preguntó Mariana alarmada.

—Estoy seguro de que está bien, —dijo William.

—Calma, hija, deja que el señor Thackeray se explique.

Mariana soltó un lamento de pura impotencia.

—Al parecer fue reconocido hace algunos días —aclaró William.

—Pero, ¿cómo? ¿Por quién?—preguntó ella.

—Supongo que se debe a un cúmulo de casualidades. Alguien se percataría de su acento, vería el retrato que la policía ha distribuido de él por Sevilla y daría parte a las autoridades para cobrar la recompensa... Con franqueza, no lo sé —respondió el inglés—. El hecho es que está encarcelado desde ayer y necesita ayuda. Él me ha dicho que quieren trasladarlo, no sabe a dónde.

—Tenemos que hacer algo antes de que eso ocurra —dijo Mariana con desesperación.

—Yo no he conseguido nada hasta el momento. Por eso he venido.

—¡Maldita sea! ¡Martín es inocente de lo que se le acusa! —bramó Mariana fuera de sí—. ¡Tengo que ir a verlo!

—Tranquilízate, Mariana, deja que yo me ocupe y no digas esas palabras. Mi esposo se encuentra en Madrid, señor Thackeray, así que tendremos más capacidad para lidiar con este contratiempo sin que él se entere.

Doña Ana movió todos los hilos para poder visitar a Martín en el cuartel donde había sido confinado y William Thackeray la acompañó con la mayor discreción posible.

Al citar el apellido Osuna, la madre de Mariana fue conducida de inmediato hasta la celda donde estaba preso Martín.

Se encontraba nerviosa y el lugar le pareció espantoso por lo oscuro y sucio que se veía. Le avisaron de que la visita no duraría más de un cuarto de hora. Ella asintió, respiró hondo, cuadró los hombros y entró buscando el rostro de Martín en el cubículo al que la condujeron. El lugar estaba oscuro, no tenía ventilación, las paredes estaban ennegrecidas por la humedad y olía a inmundicia y orines.

Él estaba sentado en el suelo, con la cabeza gacha y cuando escuchó la puerta elevó la mirada. Al ver a la madre de Mariana, se levantó confuso.

—Doña Ana... —saludó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Señor Izurza... El apellido de mi marido abre muchas puertas. Vengo porque mi hija me lo ha pedido —dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor. Una rata pasó rozando el vestido de doña Ana y esta dio un respingo—. Espero que no le hayan maltratado. Las condiciones de esta cárcel son penosas. Intentaré que le trasladen a un lugar mejor.

—Dígale a Mariana que estoy bien, por favor. No quiero que sufra.

—Lo haré, descuide. Por eso me encuentro aquí.

—Soy inocente, señora.

—Podría intentar probarlo, pero eso llevaría tiempo y no lograríamos evitar que lo mantengan preso. Puedo ayudarlo a salir y conseguir que se reúna con Mariana para coger ese barco que los llevará a México y salvarlo del presidio —susurró doña Ana, e hizo una pausa—. Aunque también podría no hacer nada, librarme de usted y lograr que mi hija no se fuese de mi lado. Esta sería mi oportunidad, ya que no he podido hacerla cambiar de opinión.

Martín sonrió.

—Mariana es muy inteligente. Se enteraría y la odiaría para siempre.

—Lo sé, así que he desestimado esa opción. Solo le pido algo a cambio por dejarla ir.

—Dígame.

—Quiero conocer a mis futuros nietos. Prométame que regresará con ellos y con mi hija sana y salva algún día. Mientras, intentaré interceder por usted ante las autoridades.

Martín miró a aquella mujer y vio la misma determinación apasionada que hallaba en Mariana y asintió.

—Le doy mi palabra.

Doña Ana regresó al palacio de los Osuna con la promesa de su yerno y tranquilizó a Mariana, que la abrazó aliviada y agradecida.

Cuatro días después, la joven se despedía de su madre en la puerta del palacio casi sin amanecer, afligida por tener que separarse de ella justo cuando habían logrado entenderse.

—¿Seguro que no quiere venir conmigo hasta Sanlúcar?

—No, prefiero despedirme aquí. Ya sabes que no me gustan las llantinas.

—Le escribiré y le contaré todo.

Doña Ana asintió, esforzándose por no sucumbir a la emoción.

—Dale un fuerte abrazo a tu hermano y besa mucho a mi primer nieto de mi parte. Y ya sabes lo que ha dicho el señor Thackeray: cuando llegues a Sanlúcar, podrás reunirte con Martín.

Mariana asintió, aguantándose las lágrimas y se abrazó a su madre con fuerza.

—Anda, vete ya, que la diligencia os espera.

Doña Ana cerró la portezuela del carruaje. Justo después de darse la vuelta en dirección al palacio, escuchó el grito del cochero a los caballos y el chasquido del látigo. Entonces, el corazón le dio un vuelco y la diligencia se puso en marcha, pero no miró atrás.

—¿Y cómo es eso de que van a soltar a don Martín? —preguntó Abeliño, ya sentada en el carruaje junto a Mariana.

—El dinero mueve montañas.

—No me cabe duda. Mis hermanos estuvieron prisioneros meses porque mis padres no pudieron pagar por su liberación. Otros salieron nada más terminar la guerra tras untar a los cristinos. A usted se lo puedo decir.

Mariana aferró la mano de Abeliñe con cariño. Era cierto lo que la muchacha acababa de confesar. Su propia madre, mediante su lacayo de confianza, había sobornado con un sustancioso anticipo, y la promesa de una buena suma de dinero, a dos de los carceleros del penal donde estaba Martín y estos habían aceptado dejar escapar al reo durante el cambio de guardia nocturna. La amenaza de represalias por parte de los Osuna a los soldados del penal y sus familias si no cumplían con el trato fueron suficientes para que aquellos dos hombres no dudasen en venderse.

Martín había escapado saltando los tejados de Sevilla hasta llegar al río y, tras cruzarlo en un lugar que consideró seguro para alcanzar Triana, se dirigió a la fábrica de porcelana de William para esconderse allí.

Tras pasar una jornada aguardando, William apareció para conducirlo a Sanlúcar, alojarlo en una posada del puerto donde nadie hacía preguntas y ayudarle a que se reuniese con Mariana. Eso le había asegurado William, pero ella no lograba relajarse. Sabía que no iba a estar tranquila hasta que tuviese a Martín junto a ella de nuevo.

Mariana y Abeliñe llegaron al puerto de partida de su viaje a través del océano el 24 de noviembre de 1840, justo cuando amanecía.

En 1821 se había habilitado en Bonanza el muelle de desembarco de viajeros y la Casa de Vapor, donde se instaló la Aduana y el Cuartel de Carabineros. Desde que en 1778 Carlos III promulgara el Reglamento del Libre Comercio, las salidas independientes de naves hacia el continente americano estaban permitidas y, poco a poco, los viajes de navieras privadas habían ido sustituyendo a las flotas del ejército, culminando el proceso de liberación del transporte marítimo con América.

El crecimiento de la vitivinicultura en Jerez había hecho de Bonanza el puerto del jerez, desde donde se exportaban los famosos y apreciados vinos por vía marítima, a Gran Bretaña.

Las dos mujeres bajaron de la diligencia. A aquella hora temprana de la mañana el aire era fresco húmedo y olía a sal. El recinto portuario ubicado en la margen izquierda del estuario del río Guadalquivir, al norte del casco urbano de Sanlúcar, recibía el nombre de «puerto de Bonanza», por una ermita cercana llamada Nuestra Señora de la Bonanza, a la que la doncella se encaminó seguida de su señora para rogar por una buena travesía.

Mariana escuchó susurrar a Abeliñe en su lengua materna y sintió una añoranza dolorosa por aquellas tierras del norte, por sus abrumadores paisajes montañosos nublados y sus gentes sencillas, hospitalarias y recias, que vestían ropajes sobrios, que eran templados en sus

demostraciones de afecto y parcos en palabras, pero que para festejar comían, bailaban y bebían en cuanto tenían la oportunidad. Recordó a Miren y Anselmo y su generosidad, a la difunta *amama* Tomasa y a Bittor, el gigante silencioso que había hecho tan feliz a Pepa, y no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Rememoró una conversación que había tenido con Pepa, cuando su antigua doncella personal y amiga le dijo que se sentía extraña, como enferma, y que lloraba por todo. Fue justo antes de saber que estaba encinta.

Mariana se dio cuenta de que llevaba varios meses de intimidad con Martín sin tomar las hierbas que Miren le había dado porque se le habían terminado y tembló de emoción y miedo a la vez.

Desechó cualquier pensamiento que no estuviese relacionado con el inminente viaje y, tras abandonar la ermita con Abeliñe, se dirigió al embarcadero donde debían tomar el barco para aguardar a William, que ya habría ido en busca de Martín.

—Creo que es ese —dijo Mariana señalando una embarcación a vela, hecha de madera y con tres palos.

—¿Vamos a cruzar el mar en ese cascarón? —preguntó la muchacha mirando el barco con aprensión.

—Es mucho más seguro de lo que parece.

Mariana intentaba creerse lo que decía.

—*Ai, ene!* Creo que me estoy arrepintiendo. ¡Si ni sé nadar! —exclamó Abeliñe santiguándose.

—No nos pasará nada. Elcano viajó en uno mucho más pequeño y dio la vuelta al mundo y regresó a Guetaria sano y salvo.

—Pues si es así... —Abeliñe miró a su señora con suspicacia y asintió no muy convencida.

Ambas se quedaron frente al buque, con los pasajes y papeles para embarcar en la mano, incluido el de Martín. Al rato se colocó la pasarela para acceder al barco y Mariana comenzó a ponerse nerviosa.

Pronto empezaron a subirse los equipajes de los primeros pasajeros que iban llegando a Bonanza.

«Izurza, ¿dónde estás?», se preguntaba Mariana oteando a derecha y a izquierda en el espigón del puerto.

Observó cómo los marineros comenzaban una actividad frenética dándose voces unos a otros y se dio cuenta de que se preparaban para soltar amarras.

—No viene —susurró.

—Estará al caer. Si don Martín ha dicho que vendrá es que vendrá —dijo Abeliñe mientras acariciaba el brazo de Mariana con cariño.

—Lo sé, lo sé.

No quiso exponer en voz alta su temor de que, si Martín no estaba ya allí, en el puerto junto a ella, era por fuerza mayor y no por su propia voluntad.

Varias muchachas gitanas que se paseaban voceando por el muelle para vender naranjas y limones a los viajeros la distrajerón de su desasosiego. Mariana se acercó a comprar un poco de fruta porque había oído que era buena para conservar la salud durante el viaje. Además, pensó, el aroma a los cítricos evitaría malos olores en el camarote y no la haría extrañar tanto el aire de Sevilla.

Una de aquellas gitanillas le tomó la mano, a pesar de su negativa y de que intentó soltarse del férreo agarre sin éxito.

—Si me das un poco más de parné por la fruta, también te leo la buena ventura, mi arma —dijo la joven vestida de vivos colores, en estado de buena esperanza y con una espesa melena oscura y rizada

—No, ya te he pagado bien. Vete, chiquilla.

—Venga, que yo no te voy a camelar, que te digo la verdá verdadera con estos acáís. Te lo juro por mis hijos.

—¿Tienes más hijos? ¿Cuántos años tienes? —preguntó Mariana sorprendida.

—Dos churumbeles como dos soles. Mi madre dice que tengo quince —dijo la gitana guiñando un ojo.

—Está bien —dijo Mariana pensando en los niños—. Pero no tardes.

La muchacha se metió las monedas en el bolsillo y volvió a tomar la mano de Mariana para observarla con detenimiento mientras gesticulaba en silencio.

—Tienes la suerte de tu lao. Vas a vivir muchos años y hay un gachó que te ama con locura.

—Eso ya lo sé —rio.

—Vas a hacé un largo viaje y...

—Es obvio. ¿Algo más? —interrumpió impaciente.

—Y hay alguien que cuida de ti desde el cielo. Una mujé.

—¿Una mujer? —preguntó pensando en Pepa.

—Ella siempre veló por ti en vida. También veo un churumbel, un niño varón.

—¿El de la mujer?

—No, el tuyo, chiquilla —sonrió la gitana mirándole el vientre y guiñándole un ojo—. Vas a tené varios varones y una niña.

—¿Cómo lo sabes?

Y en ese momento, la gitanilla le soltó la mano.

—Te voy a traer la suerte. Ya lo verás, mi arma. —La chica volvió a hacer un guiño antes de alejarse con el dinero en el bolsillo—. ¡Y si te mareas, chupa limones! ¡Salud!

Con los nervios a flor de piel por lo que le había dicho la muchacha gitana y la tardanza de

Martín, oteó el horizonte. Las gaviotas no paraban de chillar y el sol ya comenzaba a calentar.

Entonces se giró hacia la entrada del puerto y divisó un carruaje, del que bajó primero William Thackeray. El corazón le dio un vuelco cuando por fin vio apear a Martín. Él no tardó en encaminarse hacia el muelle. Al divisar a su esposa, una espléndida sonrisa iluminó su rostro, al igual que le ocurrió a ella. Él aligeró el paso y Mariana lo aguardó hasta que, cuando ya lo tenía muy cerca, corrió a su encuentro para abrazarlo con fuerza. Martín la estrechó contra su cuerpo y la besó con pasión.

—¿Por qué has tardado tanto? —gimió Mariana de puro alivio.

—No es tan tarde, *bihotza*. Me he dado un baño; no sé cuándo podré volver a hacerlo en los próximos meses.

—Me estaba poniendo tan nerviosa... Siempre tengo que esperarte —protestó al acariciar su rostro.

Martín la miró con dulzura y la volvió a besar mientras William llegaba con los equipajes que acababa de bajar el cochero. Mariana no pudo contener las lágrimas que brotaron de repente por culpa de una mezcla de emoción, tristeza y alegría desbordante.

—*Laztana*, no llores... —susurró Martín con ternura.

—Creo que estoy un poco abrumada. Estos últimos días han puesto a prueba mi entereza. Bueno, ¿cuándo no ha ocurrido eso contigo?

—Lo mismo digo —sonrió él.

—Cuando William vino a decírnos lo que pasaba casi me da algo. ¿Seguro que estás bien?

—Me encuentro mejor que nunca —respondió Martín tomando su rostro entre las manos para besarla de nuevo.

De pronto, se dieron cuenta de que Abeliñe aguardaba junto a la pasarela de acceso al barco, que William ya había entregado el equipaje de ambos para que lo subiesen a bordo y que era el momento de partir.

—¡Todo listo! —exclamó William Thackeray—. Quiero que sepáis que me dais cierta envidia. Tal vez vaya a visitaros.

—Ojalá, amigo —dijo Martín abrazándolo.

—No sé cómo darle las gracias por su ayuda, William. —Mariana le ofreció un afectuoso apretón de manos.

—No tiene por qué darlas, Mariana. Ha sido un placer. Este tipo es un hombre con suerte —dijo besando su mano y repitió el gesto con la doncella.

Mariana, Martín y Abeliñe subieron al barco poco antes de soltar amarras. William Thackeray se quedó en el muelle saludándolos junto con la gente que despedía a los suyos entre lágrimas.

Ella se fijó en los rostros de los demás pasajeros, algunos apenados y llorosos, otros con la

mirada llena de incertidumbre por un incierto futuro que los asustaba o con la esperanza de una nueva vida en lejanas tierras que imaginaban repletas de prosperidad. Supo que sería complicado, que les aguardaban años difíciles, pero también tuvo la certeza de que Martín y ella serían dichosos si estaban juntos.

Abeliñe bajó al camarote para disponer los equipajes mientras el barco comenzaba a alejarse del puerto de Bonanza. En cubierta, acompañados de un montón de rostros que aferraban sus miradas a tierra firme, cada vez más lejana, Mariana y Martín suspiraron a la vez y se abrazaron mientras las gaviotas perseguían al navío.

—¿Volveremos algún día? —preguntó ella con un nudo en la garganta.

—Tu madre me hizo prometer que lo haríamos —dijo Martín sorprendiéndola.

—¿Ah, sí?

—Me dijo que quiere conocer a sus nietos.

—¡Oh, madre...! —gimió Mariana.

Martín le acarició la espalda y los hombros intentando confortarla.

—¿Sabes qué? Una gitanilla me acaba de leer la buena ventura en el muelle y me ha dicho que tendremos varios hijos.

—Una vez te dije que no era el momento, pero quiero que sepas que los quiero, quiero hijos contigo. Muchos, *maitia*.

—¿Muchos? —rio.

Él asintió sonriendo y ella pensó que no podía quererlo más mientras lo miraba a los ojos en silencio.

Martín la escrutó de arriba abajo y notó algo diferente en ella que no supo explicar.

—¿Estás encinta, *bihotza*? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No tengo ni idea, pero podría ser porque hace tiempo que no tenemos ningún cuidado cuando estamos juntos.

—¡Dios bendito, Mariana! —exclamó Martín tomándola en sus brazos y elevándola del suelo para besarla con pasión. De pronto, la posó de nuevo sobre el barco y la miró preocupado—. Pero acabamos de empezar un viaje a través del océano de casi dos meses.

—¡Martín! No pasará nada. Tranquilo —dijo ella mientras le acariciaba las mejillas—. No creo que lo esté, aunque, si es así, soy una mujer joven, sana y fuerte y no me pasará nada ni durante el viaje ni después. Ya lo verás.

Él asintió emocionado y ambos se abrazaron dispuestos a afrontar la larga travesía y el incierto pero esperanzador futuro juntos.

A medida que se adentraban en alta mar, el balanceo de las olas que rozaban el casco del buque fue volviéndose más impetuoso. El barco cabeceaba cada vez con más fuerza.

—Espero no indisponerme con tanto meneo —dijo Martín suspirando.

Mariana lo miró y se percató de lo desencajado que estaba.

—¡No me lo puedo creer, Martín de Izurza! Has dormido en bosques a la intemperie, has cruzado el país tú solo, has enviado a hombres a la batalla y has luchado con ellos y con otros cuerpo a cuerpo y... ¿palideces en un barco? ¡No me digas que te vas a marear!

—Nunca había estado en uno antes —dijo inspirando con fuerza.

Mariana sonrió y se acercó para acariciarle el cuello y la espalda.

—Eso se arregla con limones.

—¿Con limones?

—Eso me han dicho —respondió y bajó al camarote a buscar la navaja de Martín y un vaso.

Tras tomarse el zumo de limón a sorbos pequeños, mientras hacía mil muecas de desagrado y disgusto, Martín comenzó a notar que remitían las náuseas.

—¿Mejor? —preguntó Mariana y le dio un tierno beso.

Martín lanzó un pequeño eructo.

—Creo que sí. Parece que ya tengo más asentado el estómago. Ahora tendrás que ayudar a Abeliñe, que está bastante peor que yo —dijo señalando la cubierta de babor, donde la doncella de Mariana se acababa de incorporar con la cara tan blanca como el papel tras arrojar por la borda todo el almuerzo.

Se quedaron en silencio sobre cubierta para ver cómo, poco a poco, la costa se convertía en un punto en el horizonte cada vez más pequeño hasta que al final desapareció de la vista de ambos.

—Vamos a un lugar mejor. A un lugar sin reyes ni señores ni súbditos, donde los hijos no pagarán por los pecados de sus padres —dijo ella.

—¿Lo crees de verdad? ¿Crees que ese lugar existe? —preguntó Martín tomando su mano con fuerza.

—Podremos intentar encontrarlo o crearlo nosotros.

—Es cierto, pero siempre echaré de menos nuestras montañas y a nuestra gente.

—Yo también. No les olvidaremos —susurró—. Aunque tu hermana me pidió que no nos aferrásemos al pasado.

—Es un buen consejo. Lo haremos juntos, *bihotza* —dijo atrayéndola a su cuerpo.

—Juntos —respondió ella abrazada a Martín.

GLOSARIO

A

Agintariena: mandatario, autoridad.

Aita: padre.

Aizkolari: cortador de troncos, leñador.

Akerbeltz (*aker*: macho cabrío; *beltz*: negro): un espíritu de la mitología popular del pueblo vasco. Vive en el interior de la tierra y tiene muchos espíritus menores como siervos. En el cristianismo, Akerbeltz fue identificado con el demonio que presidía los aquelarres o reuniones de las brujas.

Alboka: instrumento de viento tradicional, popular en Europa, cuyo uso actual se ha reducido casi en exclusiva al País Vasco. Su sonido es similar al de la gaita y, al igual que ella, el sonido no es interrumpido. El método utilizado para tocar es el de la insuflación continua y para ello se utiliza la respiración circular; con esta técnica se consigue respirar sin dejar de tocar.

Amalur: en las leyendas mitológicas del pueblo vasco, Amalur o Ama-Lurra (en euskera, madre Tierra) es la personificación de la Tierra.

Amama: abuela (en el territorio de Bizkaia).

Anderuak: los que conducen de oficio los cadáveres al cementerio.

Arin-arin (*arin*: veloz): baile y tonada popular originaria de Bizkaia. Se baila en grupo por bailarines de ambos sexos en círculo y por parejas, con los brazos en alto y chasqueando los dedos. Se ejecuta con pasos ligeros y pequeños saltos. Se tocaba con *txistus*, tamboriles, panderetas y *alboka*. En el siglo XIX era, junto con el fandango, la danza más común en las plazas vascas y, por tanto, uno de los bailes tradicionales más populares.

Argia: luz.

Argizaiolak: conocida en castellano como «cerillero de difuntos», es una talla de madera con aspecto antropomorfo que incluye una vela enrollada. Labrada sobre madera de haya o roble, tiene talladas diferentes representaciones y figuras. Es un instrumento de culto tradicional y se utiliza en particular en el Día de Todos los Santos y el 2 de noviembre, Día de los Fieles Difuntos. La vela permanece encendida durante toda la eucaristía y sus propietarios giran la pieza de madera para mantener viva la llama.

Artuemon (también *hartu eman*): intercambio, transacción, negocio, trato, tener relación.

Atarrabi: hijo bondadoso de Mari y hermano de Mikelatz. Dios de la batalla, de la justicia y la protección. Defensor de la palabra dada, patrón de la ley. También llamado Atagorri.

Azkar: deprisa.

Azkonarra: 1. Tejón. 2. Canalla, ruin, bribón.

B

Basajaun: en la mitología vasca, señor del bosque. De aspecto humano, de gran tamaño y fuerza y recubierto de abundante pelo. Lejos de ser agresivo, es el protector de los rebaños de ovejas. Estas indican su presencia con una unánime sacudida de cencerros. Cuando se acerca una tempestad o merodean los lobos, da gritos y silbidos en la montaña para prevenir a los pastores. A cambio, los Basajaun reciben como tributo un trozo de pan que recogen mientras los pastores duermen. Junto con Tartalo y los gentiles (*jentilak*), forma parte del grupo de gigantes en la mitología vasca. En los orígenes, Basajaun era el poseedor de los secretos de la arquitectura, la agricultura, las herrerías y la vida sedentaria, y fue Martín Txiki quien, mediante argucias, le arrebató sus secretos para divulgarlos a la humanidad.

Baserria: caserío.

Bihotza: corazón.

D

Dantzaria: bailarín.

E

Eguzkia: el sol.

Eguzkilore: «flor del sol». Flor mística de la mitología vasca cuyo nombre científico es la carlina angélica. Se creía que esta flor de cardo era capaz de ahuyentar a los malos espíritus y proteger los hogares de brujos, genios de la enfermedad, tempestades, rayos y otros enemigos. Es un emblema de luz que ha perdurado a lo largo del tiempo, convirtiéndose en uno de los símbolos más tradicionales de Euskal Herria. La leyenda se remonta al inicio de los tiempos, cuando la tierra empezó a poblarse por el ser humano. Entre ellos también vivían criaturas oscuras y aterradoras que salían de las profundidades de la tierra. Ante esto, los hombres vivían en cavernas, aterrorizados por las criaturas de la noche, hasta que decidieron pedir ayuda a Amalur, que en respuesta creó la luna (Ilargia) y el sol (Eguzkia) para traer luz al mundo y alejar las sombras. Pero incluso con la presencia del sol y la luna, los hombres seguían necesitando protección durante la noche. Entonces, Amalur creó una flor tan hermosa que los seres de la noche creerían que era el propio Eguzki, el sol, y huirían aterrados. Hoy en día, encontrar esta flor en su entorno natural se ha vuelto cada vez más raro debido al cambio climático y al consumo masificado. Ahora está prohibido coger *eguzkilores* en el monte, ya que se considera una especie rara y amenazada.

Eskontza kontratua: contrato matrimonial.

Esku pilota: pelota a mano.

Etxekoandre: señora de la casa.

Ezpata jokoa (o *ezpata dantza*): Baile tradicional llamado *dantzari dantza*, originario de la merindad de Durango en Bizkaia. Se realizaba con espadas y en la actualidad se hace con palos.

G

Galtzagorriak: seres diminutos que ayudan a los humanos. Llevan puestos pantalones rojos y se ocultan en los alfileros. Giran alrededor de su dueño humano pidiendo más tareas que hacer y preguntan a gritos: «¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?». Y de noche, en un momento, cumplen las órdenes que reciben de su jefe o dueño, incluso las más sorprendentes.

Goikoa: el superior, el de arriba.

H

Hamaiketako: almuerzo.

Hika: tuteo. Una forma de hablar euskera utilizada en zonas rurales que implica cercanía, amistad y familiaridad con los que te rodean.

Hil-bidea: vía funeraria.

Hil-kanpaia: campana funeraria.

I

Iarleku: también *jarleku*, *jarlekhu*, *Iar-lekhua* o *yarleku*. Lugar asignado a los miembros de cada familia en las iglesias parroquiales. Cada caserío poseía su tumba junto a la iglesia parroquial, o dentro de ella, en cuyo caso la losa que la recubre es el *iarleku* correspondiente.

Ilargia: la luna.

Infernuko zubia: paso de montaña llamado el Puente del Diablo, situado en el monte Alluitz, en Bizkaia. Unos de los pasos más difíciles y peligrosos de las montañas vascas.

Irrintzi: grito o relincho. Es un grito agudo, estridente, largo y de un solo aliento que se emitía para que resonara en los flancos de las montañas. Se usaba en el territorio de Vasconia entre pastores y gentes del campo para hacerse señales. En la actualidad, se utiliza como manifestación de alegría y otro tipo de sentimientos (duelo, solidaridad, etc.). Se suele oír en fiestas, celebraciones y como acompañamiento en algunas canciones. La persona que lo hace recibe el nombre de *irrintzilari* y en muchas fiestas se realizan concursos de *irrintzis*. El grito suele ser realizado por un individuo, pero es recibido por un grupo cuyos individuos responden al mismo, dando un carácter colectivo a la acción. En la Edad Media se usaba para atemorizar a los enemigos. Hay crónicas en que señalan que los montañeses atemorizaban a los musulmanes con gritos prolongados, jugando, con toda probabilidad, un efecto psicológico antes de las batallas. El 11 de noviembre de 1918 se hizo célebre esta expresión sonora al ser utilizada de forma espontánea en la calle Víctor Hugo de Bayona para celebrar el armisticio de la Primera Guerra Mundial, que se acababa de proclamar. En abril de 1845, Joseph-Augustin Chaho publicó en la revista *Ariel* número 13 un artículo en el que distinguía entre diecinueve gritos o *irrintzis* diferentes como el *oihu* (grito de llamada), el *deigrito* (grito para despertar), el *hela* (grito de alerta) o el *deihadarra* (grito de alarma).

J

Jauntxoa: el señor. Era el más poderoso del lugar y solía tener bajo su yugo a todos habitantes de la zona. Controlaba las decisiones de la administración local y también influía en el Gobierno a través del gobernador de la provincia. Podía pedir favores y concederlos, así como agilizar trámites y reglamentos; a cambio, los habitantes de su entorno se comportaban con absoluta lealtad hacia él.

Jentileak: los gentiles o paganos. Son personajes de la mitología vasca dotados de fuerza sobrehumana. Gigantes que vivían en cuevas y lanzaban grandes peñascos hasta lugares lejanos. Son los constructores de los cromlechs y los dólmenes. Una leyenda narra el final de los *jentileak*, acontecido cuando estos divisaron una extraña luz en el cielo. No sabían qué podría significar y fueron a buscar al más anciano y sabio entre ellos. Cuando los cansados ojos de este consiguieron divisar el fenómeno dijo: «Esa luz anuncia la llegada de *Kixmi* (Cristo). Es el fin de nuestra raza». Y dicho esto, todos los *jentileak* corrieron a una cima a esconderse bajo tierra.

K

Kalejira: pasacalle.

Koba: cueva.

Kutxa: caja, arca.

L

Lamiak: En la mitología vasca, las lamias (*lamiak* o *laminak*) son genios mitológicos a menudo descritos con pies de pato, cola de pescado o garras de algún tipo de ave. Casi siempre femeninos, de una extraordinaria belleza, moran en los ríos y las fuentes, donde acostumbran a peinar sus largas cabelleras con peines de oro. Suelen ser amables y la única manera de enfurecerlas es robarles sus peines. A veces se enamoran de los mortales, pero no pueden casarse con ellos, pues no pueden pisar tierra consagrada. En ocasiones tienen hijos con ellos.

Lauburu: el *cuatrisquel*, *tetrasquel* o *lauburu* (del euskera, *lauburu*, «cuatro cabezas») es una esvástica de cuatro brazos curvilíneos presente en la cultura de abundantes pueblos antiguos y destacada entre la etnia vasca. También se encuentra en representaciones artísticas de otros pueblos europeos, como los celtas y los germanos. En la actualidad es uno de los símbolos más representativos y reconocibles de la cultura vasca. Al ser un símbolo precristiano, su significado original no está claro: para algunos representa el sol; otra interpretación dice que con giro a la derecha es símbolo de vida y con giro a la izquierda es símbolo de muerte, razón por la cual aparece de esta última manera en monumentos funerarios. Es también el símbolo de la energía o virilidad masculina. Aparece en banderas y otras enseñas y es usado desde el siglo XVI o principios del XVII. También se pueden hallar en estelas funerarias medievales, en los frontispicios de las casas y en otros lugares a modo de amuleto o talismán.

Laztana: cariño.

M

Mamia: cuajada.

Makila: bastón.

Makil joko: El baile de bastón es una danza del Duranguesado. Se realiza siguiendo el son del *txistu* y el tamboril. Durante las fiestas de los pueblos y de los barrios o cofradías, ocho *dantzaris* bailan acompañados de un *txistu*. El origen de la danza está relacionado con las peleas de palos. Existen otros bailes en el País Vasco que se realizan con palos o bastones que antiguamente se hacían con espadas.

Mandatariak: 1. Mensajero. 2. Delegado. 3. Recadista.

Maitia (o *maitea*): querida.

Mari: divinidad principal de la mitología vasca. Es una deidad de carácter femenino que habita en todas las cumbres de las montañas vascas, recibiendo un nombre por cada montaña. La más importante de sus moradas es la cueva de la cara este del Anboto, a la que se conoce como Cueva de Mari. También llamada Mari de Anboto o Dama de Anboto (en euskera, *Anbotoko Dama*). Se presenta con cuerpo y rostro de mujer, vestida con elegancia (de verde). Puede aparecer también en forma de árbol, de mujer con patas de cabra y garras de ave rapaz o como una mujer de fuego, un arco iris inflamado o un caballo que arrastra las nubes. En su forma de mujer aparece con abundante cabellera rubia que peina al sol con un peine de oro. Su consorte es Sugaar; sus asistentes, las brujas, y tiene dos hijos: Mikelatz, el hijo perverso, y Atarrabi, el hijo bondadoso.

Martintxo: diminutivo de Martín.

Mikelatz: también conocido como Mikelats, es el dios de los engaños. Hijo de Mari y hermano de Atarrabi. Es de naturaleza compleja y un maestro del engaño debido a su elevada inteligencia. En algunas ocasiones con sus trampas o bromas, molesta o pone en apuros a las divinidades y luego las ayuda. Es quien enseñó el lenguaje de

la naturaleza y el uso de la magia a las primeras brujas.

P

Pitxin: cariñito, amorcito.

Porrusalda: caldo de puerros, también llamado purrusalda. Plato típico vasco a base de puerro, patata y zanahoria. Algunas variantes admiten las partes menos nobles del bacalao en salazón, como cola, aletas o quijadas.

S

Saltokako zortziko: es un ritmo típico de baile popular tradicional vasco y una de las danzas del *aurresku*. El instrumento típico utilizado para ejecutarlo es el *txistu* acompañado por el tamboril. *Zortziko* significa «octava», de *zortzi* (ocho), pues sus partes constan de ocho compases.

Sorginak: suele traducirse como «bruja». El término *sorgin*, sin embargo, podría referirse a adivinas o sanadoras, a quienes, durante el proceso de cristianización del País Vasco, se demonizó identificándolas como brujas. Tras la caza de brujas de Zugarramurdi por la Inquisición española, se extendió el mito de que las *sorginak* se reunían las noches de los viernes en una campa llamada con frecuencia *akelarre* (campo del macho cabrío) para celebrar rituales mágico-eróticos. Aquelarre, sin embargo, es un término del que no se tiene constancia que se empleara hasta el proceso de Zugarramurdi, lo que hace pensar que el nacimiento de esa palabra fuera una deformación de *alker-larre*, siendo *alker* un tipo de pasto, por lo que en realidad significaría «el prado de hierba del tipo *alker*. Por otro lado, en la mitología vasca, Aker (el macho cabrío) era un numen protector del rebaño y no una deidad sexual. Por otro lado, *sorgin* se ha empleado también para referirse a seres mitológicos asistentes de la diosa Mari en su lucha por hacer pagar cara la mentira.

Soka dantza: danza de cuerda. Es una denominación genérica con la que se conoce a la danza social que, a lo largo de la historia, más se ha bailado en Vasconia. Los *dantzaris*, de uno en uno o por parejas, conforman una línea, cadena o cuerda a lo largo de casi todo el baile. Lo que en la actualidad se conoce con el término de *aurresku* es una de las partes de estas *soka-dantzak*. A lo largo de la Historia, por ejemplo, se han utilizado a menudo los de *karrika-dantza* (danza de la calle), *gizon-dantza* (danza de hombres), *esku-dantza* (danza de manos), *soka-dantzay*, por supuesto, *aurresku*.

Sua: fuego.

Sugaar: También llamado Maju, Sugar, Suarra, Sugahar, Sugoi, Maiu. Deidad de la mitología vasca de carácter masculino, consorte de Mari y padre de Mikelatz y Atarrabi. Sugaar es capaz de cambiar de forma, tomando la de una serpiente o dragón. Una leyenda vizcaína lo vincula al origen mitológico del linaje de los señores de Bizkaia. Según esta leyenda, una princesa escocesa refugiada en Mundaka tuvo un encuentro carnal con Sugaar, del que nacería Jaun Zuria, primer señor mitológico (no histórico) de Bizkaia.

Sukaldea: cocina, hogar.

Sukalki: plato típico del País Vasco. Es un ragú de carne con cebolla, zanahorias, patatas, guisantes, pimiento choricero y ajo.

T

Talo: plato típico del País Vasco, Navarra y País Vasco francés similar a una tortilla o torta de maíz, de textura quebradiza y arenosa. La masa se elabora con harina de maíz, sal y agua, y se hace a la plancha. El maíz traído de América se adaptó como cultivo en los terrenos ondulados, cuyas altas precipitaciones impedían sembrar

trigo o la cebada. El talo solía utilizarse como pan en los caseríos vascos y el sobrante se comía untado en leche para cenar, en una especie de sopas. La generalización del pan de trigo a lo largo del siglo xx acabó con el consumo del talo en la cultura popular y el talo pasó a ser un alimento consumido solo en ciertas ocasiones especiales del año. En la actualidad, es típico comerlo envolviendo la *chistorra*, una especie de chorizo fino fresco; y acompañándolo con *txakolí* o sidra. Es un elemento esencial de un sinnúmero de ferias populares, de pelota y fiestas de *eskolas* (escuelas), como la feria de Santo Tomás, que se celebra cada 21 de diciembre.

Txapela: boina.

Txerriboda: también denominada *txarriboda* o *txarboda*, era la matanza de cerdos que se realizaba en los caseríos del País Vasco el día de San Martín. El objetivo de esta actividad era abastecer el almacén de la finca con la carne necesaria para el invierno.

Txistu: es el instrumento de música popular vasca más extendido y conocido. Se trata de una flauta de pico vertical de tres agujeros. En la antigüedad, los *txistus* eran de hueso, pero en la actualidad lo normal es que sean de madera. Se toca acompañado del tamboril en bailes, bodas, romerías y plazas del entorno rural, así como en cortejos religiosos y protocolos oficiales.

EXPRESIONES Y FRASES

Ai, ene!: ¡Ay de mí!

Amama Tomasa hil da: La abuela Tomasa está muerta.

Eta oso polita: Y muy bonita.

Ezagaz eta baiagaz: Con la negación y con la afirmación.

Inoiz ikusi dudan gauzarik politena zara, neskatzo: Eres lo más bonito que he visto en mi vida, chiquilla.

Larrua jo: follar, darle a la piel.

Maite zaitut ere, bihotza: Yo también te quiero, corazón.

Txorta egin: follar, hacer gotas, arrugar.

Untzea jo: follar, golpear el clavo.



Irene Mendoza Gascón es de Bilbao, estudió Bellas Artes y, además de su labor como escritora, trabaja como ilustradora, maquetadora y diseñadora *freelance*.

Hasta el momento ha publicado cinco novelas con Harper Collins Ibérica y ha autopublicado varios libros que abarcan distintos subgéneros de la romántica: romance histórico, contemporáneo, erótica y *thriller*. En la actualidad, se encuentra inmersa en una nueva edición de su primer libro publicado, *El tiempo detenido*, y está escribiendo su primera novela juvenil.

Le encantan los gatos, las estrellas, el té, el café, los bombones de licor, las flores, dibujar, leer, el cine y la ópera. Escribe historias sobre cualquiera, así que ten cuidado con lo que le cuentas porque puede convertirte en uno de sus personajes.

Novelas publicadas con editorial:

10 cosas que quiero hacer... contigo (2018). Ed. Harper Collins Ibérica. Romance contemporáneo. Digital.

Un puñado de esperanzas. (2018, 2019, 2020). Ed. Harper Collins Ibérica. Trilogía erótica contemporánea. Digital.

Llueven diamantes sobre Júpiter y Saturno (2019). Ed. Harper Collins Ibérica. *Thriller* romántico contemporáneo. Digital.

Con mucho amor y mucho limón. (2019). Ed. Harper Collins Ibérica. Relato erótico y gastronómico incluido en la colección *Recetas para el calor de una noche*. Digital.

Las cosas bellas. (2022). Ed. Harper Collins Ibérica. Romance histórico. Papel y digital.

Novelas autopublicadas (papel y digital):

Forever & Always (2021). Bilogía vampírica.

Fantasmia (2021). *Thriller* contemporáneo con toques de terror psicológico.

Bajo la lluvia escocesa (2023). Romance histórico de posguerra ambientado en las Highlands.

NOLA (2023). Fantasía contemporánea que transcurre durante el Mardi Gras.

Te doy mi palabra (2024). Romance histórico.



irenita.mendozao8@gmail.com



irenita.mendozao8 
irenemendozagascon 

kindleunlimited

[\[1\]](#) Y muy bonita.

[\[2\]](#) Yo también te quiero, corazón.